

"EL MEJOR NOVELISTA HISTÓRICO." STEPHEN KING



WILBUR SMITH

FARAÓN

 emecé grandes novelistas

Faraón

Wilbur Smith

Traducción de Julio Sierra

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Faraón

Smith, Wilbur

Faraón / Wilbur Smith. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

Traducción de: Julio A. Sierra.

ISBN 978-950-04-3920-6

1. Narrativa Sudafricana. 2. Novelas Policiales. I. Sierra, Julio A., trad. II. Título. CDD SA820

Título original: Pharaoh

Primera edición: HarperCollins Publishers 2016

HarperCollins Publishers, 1 London Bridge Street, London SE1 9GF

Copyright © Orion Mintaka (UK) Ltd 2016

Wilbur Smith afirma su derecho moral a ser identificado como autor de esta obra.

Traducción de Julio Sierra

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Emecé®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: noviembre de 2017

Digitalización: Proyecto451

ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-3920-6

Dedico este libro, Faraón, a mi mujer Mokhiniso.

Desde el día en que te conocí has sido la fuerza que impulsa mi vida. Tú haces que cada día sea más brillante y cada hora más preciosa.

Soy tuyo para siempre y siempre te amaré.

Wilbur

Aunque habría preferido tragarme mi propia espada antes que admitirlo abiertamente, en el fondo de mi corazón, yo sabía que finalmente todo había terminado.

Cincuenta años atrás, ingentes fuerzas de hicsos que provenían del desierto oriental, habían atravesado sin previo aviso las fronteras de nuestro amado Egipto. Eran un pueblo salvaje y cruel sin nada que los reivindicase. Contaban con un elemento que los volvía invencibles en la batalla: el carro de combate con caballos, algo que nosotros, los egipcios, nunca habíamos visto antes, ni teníamos noticia de su existencia y al que veíamos como algo vil y detestable.

Tratamos de enfrentar a pie aquella embestida de los hicsos, pero nos aplastaron y nos rodearon sin esfuerzo con sus carros y su lluvia de flechas. No tuvimos otra alternativa que huir hacia nuestros barcos y escapar de ellos hacia el sur, río arriba por el poderoso Nilo, arrastrando nuestros equipos por sobre las cataratas y hacia el desierto. Allí permanecimos durante más de diez años, suspirando por nuestra tierra.

Por pura casualidad logré atrapar un gran número de caballos del enemigo y los llevé con nosotros. Pronto descubrí que el caballo, lejos de ser detestable, es el más inteligente y tratable de todos los animales. Desarrollé mi propia versión del carro de combate, que era más ligero, más rápido y más maniobrable que la versión de los hicsos. Le enseñé al muchacho que luego se convertiría en Tamose, faraón de Egipto, a ser un experto auriga.

Cuando fue oportuno, nosotros los egipcios bajamos por el Nilo con nuestra flota de embarcaciones fluviales, desembarcamos los carros de combate en las costas de nuestro amado Egipto y caímos sobre nuestros enemigos para empujarlos hacia el delta del norte. A lo largo de las décadas que siguieron estuvimos ocupados en la lucha contra nuestros enemigos hicsos.

Pero en ese momento la rueda había dado una vuelta completa. El faraón Tamose era un hombre viejo y estaba echado en su tienda, mortalmente herido por una flecha de los hicsos. El ejército egipcio se estaba disolviendo y al día siguiente debía yo enfrentarme a lo inevitable.

Incluso mi espíritu intrépido, que había sido vital para conducir a Egipto hacia delante durante el último medio siglo de lucha, ya no era suficiente. En el último año habíamos sido derrotados en dos grandes batallas sucesivas, tan

amargas como sangrientas, pero en vano. Los invasores hicsos que se habían apoderado de la mayor parte de nuestra patria, estaban en el umbral de su triunfo final. Todo Egipto estaba ya casi en sus manos. Nuestras legiones estaban desarticuladas y derrotadas. Por mucho que desesperadamente intenté reunir las y empujarlas hacia adelante, parecía que se habían resignado a la derrota y a la ignominia. Más de la mitad de los caballos había caído, mientras que los que seguían en pie apenas si podían soportar el peso de un hombre o de un carro. En cuanto a los hombres, casi la mitad de ellos tenía heridas recientes y abiertas que habían vendado con trapos. Su número se había reducido en casi tres mil durante esas dos batallas en las que habíamos luchado y perdido desde el comienzo del año. La mayoría de los supervivientes trastabillaba o cojeaba en la refriega con una espada en una mano y una muleta en la otra.

Es cierto que este déficit en nuestras filas tenía su origen más en la deserción que en la muerte o las heridas en el campo de batalla. Las otrora orgullosas legiones del Faraón finalmente habían perdido el entusiasmo, y huían en grandes cantidades ante el enemigo. Lágrimas de vergüenza corrían por mis mejillas mientras les rogaba y los amenazaba con la flagelación, la muerte y el deshonor, cuando pasaban a mi lado en su carrera hacia la retaguardia. No me prestaban atención y ni siquiera me miraban cuando arrojaban sus armas para alejarse corriendo o cojeando. A las puertas mismas de Luxor se habían reunido grandes cantidades de hicsos. Y al día siguiente yo iba a liderar lo que seguramente iba a ser nuestra última y débil oportunidad de evitar una sangrienta aniquilación.

Al caer la noche en el campo de batalla hice que mis criados limpiaran las manchas de sangre fresca de mi escudo y mi armadura, y repararan las abolladuras de mi casco, que más temprano ese mismo día había desviado la hoja afilada de algún hicsos. Faltaba el penacho, arrancado por ese mismo golpe enemigo. Luego, gracias al parpadeo de una antorcha pude contemplar el reflejo de mi propia imagen en mi espejo de mano de bronce pulido. Como siempre, eso levantó el ánimo de mi alicaído espíritu. Una vez más me recordó la facilidad con que los hombres siguen una imagen o una reputación cuando el sentido común señala la inminente aniquilación. Forcé una sonrisa en el espejo, tratando de ignorar las sombras melancólicas en lo más profundo de mis ojos; luego me agaché para pasar por la puerta de tela de mi tienda y me dirigí a presentar mis respetos a mi bienamado Faraón.

El faraón Tamose yacía en su litera asistido por tres de sus cirujanos y seis

de sus numerosos hijos. En un círculo más amplio en torno a él estaban reunidos sus generales y altos consejeros, además de cinco de sus esposas favoritas. Todos tenían expresiones solemnes y sus consortes estaban llorando, pues el Faraón estaba muriendo. Más temprano ese día había recibido una grave herida en el campo de batalla. El astil de la flecha hicsa todavía sobresalía de entre las costillas. Ninguno de sus médicos presentes, entre ellos yo mismo, el más experto de todos, había tenido la temeridad de intentar retirar la punta de flecha de púas de un punto tan cerca de su corazón. Solo habíamos cortado el astil a la altura de los labios de la herida y simplemente esperábamos el inevitable resultado. Antes del mediodía del día siguiente, el Faraón casi seguramente habría dejado vacante el trono de oro en favor de Utteric Turo, su hijo mayor, sentado a su lado tratando de que no fuera demasiado obvio que estaba disfrutando el momento en que la soberanía de este amado Egipto pasara a sus manos. Utteric era un joven insípido e ineficaz que ni siquiera podía imaginar que para la puesta del sol del día siguiente su imperio bien podría ya no existir; o mejor dicho, eso era lo que yo pensaba de él en ese momento. Pronto iba yo a darme cuenta de cuán tristemente me había equivocado al juzgarlo.

Para ese entonces Tamose era ya un hombre viejo. Yo sabía cuál era su edad con suma precisión pues fui yo quien lo había traído como un bebé a este áspero mundo. Era leyenda popular que su primer acto al llegar había sido orinar copiosamente sobre mí. Suprimí una sonrisa mientras pensaba en cómo durante los siguientes sesenta y tantos años él nunca dudó en manifestarme su más leve desaprobación de la misma manera.

En ese momento fui hacia él y me arrodillé para besarle las manos. El Faraón parecía aún más viejo que sus años reales. A pesar de que había recientemente comenzado a teñirse el pelo y la barba, yo sabía que debajo de la brillante pigmentación color jengibre que había elegido, en realidad el pelo era blanco como algas desteñidas por el sol. La piel de su cara estaba profundamente arrugada y salpicada de manchas oscuras. Había bolsas de piel arrugada debajo de sus ojos, ojos en los que las señales de la cercanía de la muerte eran más que evidentes.

No tengo ni la más remota idea de mi propia edad. De todas maneras, soy bastante mayor que el Faraón, pero por mi aspecto parezco mucho menos de la mitad de su edad. Esto se debe a que soy una persona de larga vida y bendecido por los dioses, muy especialmente por la diosa Inana. Este es el nombre secreto de la diosa Artemisa.

El Faraón levantó la vista para mirarme y habló con dolor y dificultad, su voz ronca y su respiración con silbidos y grandes esfuerzos.

—¡Tata! —me saludó con el sobrenombre cariñoso que me había dado cuando era solo un niño—. Sabía que vendrías. Siempre sabes cuándo te necesito más. Dime, mi viejo y querido amigo, ¿qué hay del mañana?

—El mañana te pertenece a ti y a Egipto, mi señor rey. —No sé por qué elegí esas palabras para responderle, cuando era una certeza que todos nuestros mañanas ya pertenecían a Anubis, el dios de los cementerios y del inframundo. Pero yo amaba a mi Faraón, y quería que muriera tan pacíficamente como fuera posible.

Él sonrió y no dijo nada más, pero estiró una mano que se sacudía con dedos temblorosos para tomar mi mano y acercarla a su pecho hasta que se durmió. Sus cirujanos y sus hijos salieron del pabellón, y juro que vi una débil sonrisa que cruzaba los labios de Utteric al salir. Me senté junto a Tamose hasta bien pasada la medianoche, tal como había hecho con su madre antes de su partida, pero finalmente la fatiga adormecedora de la batalla de ese día me sobrepasó. Liberé mi mano de la suya y me aparté de él que no dejaba de sonreír, di unos pasos tambaleantes hacia mi propio jergón y me eché allí en un sueño parecido a la muerte.

Mis criados me despertaron antes de que la primera luz hubiera tocado el cielo del amanecer con su oro. Me vestí presuroso para la batalla y me puse el cinturón con la espada; luego me dirigí veloz otra vez al pabellón real. Cuando me puse de rodillas una vez más junto al lecho del Faraón, él todavía sonreía, pero sus manos estaban frías cuando las toqué. Estaba muerto.

—Voy a llorar por ti más tarde, mi Mem —le prometí mientras me ponía de pie otra vez—, pero ahora tengo que salir y tratar una vez más de cumplir con mi juramento a ti y a nuestro amado Egipto.

La maldición de los que gozamos de larga vida es la de sobrevivir a todos los que más amamos.

El resto de nuestras devastadas legiones estaba reunido en la garganta del paso ante la dorada ciudad de Luxor, donde habíamos mantenido a raya a las voraces hordas hicas durante los últimos treinta y cinco días de desesperación. Para pasar revista conduje mi carro de guerra a lo largo de las filas diezmadas y, cuando los que todavía estaban en condiciones de hacerlo me reconocían, se ponían de pie de un salto. Se agacharon para arrastrar a sus

compañeros heridos a la posición vertical para tenerlos junto a ellos en sus formaciones de batalla. A continuación, todos ellos, hombres que todavía estaban sanos y fuertes, junto a aquellos que estaban más allá de la mitad del camino hacia sus muertes, levantaron sus armas al cielo del amanecer y me aclamaron al pasar.

Un rítmico cántico se hizo cada vez más fuerte.

—¡Taita! ¡Taita! ¡Taita!

Me tragué mis lágrimas al ver a estos valientes hijos de Egipto en una situación tan desesperada. Forcé una sonrisa en mis labios y entre risas les grité arengas, llamando por su nombre a los incondicionales que en medio de esa multitud yo conocía muy bien.

—¡Vamos, Osmen! Yo sabía que te iba a encontrar todavía en la primera fila.

—¡Nunca más del largo de una espada detrás de ti, mi señor! —me respondió a los gritos.

—¿Y tú Lothan, codicioso y viejo león? ¿Todavía no has reunido ya más de lo que te corresponde de los perros hicsos?

—Sí, pero solo la mitad de todo lo que tú tienes, mi Señor Tata. —Lothan era uno de mis favoritos especiales de modo que le permitía el uso de mi sobrenombre cariñoso. Después de mi paso ante ellos, las aclamaciones se convirtieron otra vez en un terrible silencio y cayeron de nuevo de rodillas para mirar hacia el paso por donde sabían que las legiones de los hicsos solo estaban esperando la plena luz del amanecer para renovar su ataque. El campo de batalla a nuestro alrededor estaba cubierto con una gruesa capa de muertos dejados tras los muchos y largos días de masacre. La ligera brisa previa al amanecer arrastraba el hedor de la muerte hacia donde nosotros esperábamos. Con cada respiración mía este se pegaba pesado como el aceite en la lengua y en la parte posterior de la garganta. Yo tosía y escupía a un lado de mi carro de guerra, pero cada vez que volvía a respirar, el hedor se hacía más fuerte y más repelente.

Los carroñeros ya estaban dándose un banquete en los montones de cadáveres dispersos alrededor de nosotros. Los buitres y los cuervos volaban sobre el terreno planeando con sus alas extendidas para luego lanzarse al suelo para competir con los chacales y las hienas en medio de los gritos y las peleas de todos ellos, rasgando la carne humana en descomposición, arrancando trozos y jirones de ella para tragarlos enteros. Sentí que mi propia piel se erizaba con horror al imaginar el mismo fin que me esperaba para

cuando finalmente sucumbiera a las espadas de los hicsos.

Me estremecí y traté de dejar estos pensamientos a un lado mientras les gritaba a mis capitanes que enviaran a sus arqueros adelante para recuperar la mayor cantidad de flechas usadas de los cadáveres que pudieran encontrar para volver a llenar sus aljabas vacías.

Entonces, por encima del griterío de aves y animales peleando entre sí, escuché el sonido de un solo tambor que resonaba en el paso. Mis hombres lo escucharon también. Los sargentos gritaron órdenes y los arqueros volvieron rápidamente del campo con las flechas que habían rescatado. Los hombres en las filas que estaban a la espera, se pusieron de pie y formaron hombro a hombro con los escudos superpuestos. Las hojas de las espadas y las puntas de sus lanzas estaban melladas y romas por el uso excesivo, pero aun así las apuntaban hacia el enemigo. Los extremos de sus arcos estaban atados con cuerdas donde la madera se había resquebrajado y muchas de las flechas que habían sido recuperadas del campo de batalla carecían de emplumado, pero todavía podían volar con bastante precisión para lograr su objetivo usadas de cerca. Mis hombres eran veteranos y conocían todos los trucos para sacar el máximo provecho de las armas y equipos dañados.

En la distante entrada del paso, los enormes grupos enemigos comenzaron a aparecer en la oscuridad antes del amanecer. En un primer momento sus formaciones parecían encogidas y disminuidas por la distancia y la temprana luz, pero se hincharon rápidamente en tamaño mientras avanzaban para enfrentarnos. Los buitres chillaban y graznaban para luego elevarse por el aire; los chacales y otros carroñeros se escabullían ante el avance del enemigo. El suelo del paso se llenó de lado a lado con los numerosos hicsos, y no por primera vez sentí que mi ánimo se estremecía. Parecía que nos superaban en número por lo menos tres o incluso cuatro a uno.

Sin embargo, a medida que se acercaban vi que los habíamos vapuleados tan salvajemente como ellos nos habían tratado a nosotros. Muchos de ellos estaba heridos, y sus heridas estaban envueltas con trapos manchados de sangre, al igual que las nuestras. Algunos de ellos avanzaban con muletas, y otros se sacudían y se tambaleaban mientras sus sargentos trataban de hacerlos avanzar más rápido recurriendo a sus látigos de cuero crudo. Me alegré al verlos obligados a recurrir a este tipo de medidas extremas para inducir a sus hombres a mantener sus formaciones. Conduje mi carro a lo largo de la primera fila de mis propios hombres gritando arengas para ellos y señalando el uso de los látigos de los jefes hicsos.

—Los hombres como ustedes nunca necesitan del látigo para convencerlos de cumplir con su deber.

Mi voz les llegó claramente por encima del ritmo de los tambores hicsos y de los pasos de sus pies con armadura. Mis hombres me aclamaron y les gritaron insultos y burlas a las filas enemigas que se acercaban. Todo el tiempo yo iba calculando la disminución de la distancia que separaba las primeras filas de nuestros ejércitos enfrentados. Yo tenía solo cincuenta y dos carros de guerra de los trescientos veinte con los que había comenzado esta campaña. El desgaste de los caballos había sido amargamente difícil de soportar. Sin embargo, nuestra única ventaja era que estábamos en una posición fuerte, aquí en la cabecera del escarpado y difícil paso. Yo la había elegido con todo el cuidado y la astucia aprendidos en innumerables batallas en toda mi larga vida útil.

Los hicsos contaban en gran medida con sus carros para llevar a sus arqueros a distancias que facilitaban el ataque a nuestras filas. A pesar de nuestro ejemplo, ellos nunca habían desarrollado el arco recurvado, y se habían aferrado tenazmente a los arcos de extremos rectos que no podían disparar flechas a mayor velocidad y por lo tanto a mayor distancia que nuestras armas superiores. Al obligarlos a abandonar sus carros al pie del paso rocoso, yo les había negado la oportunidad de llevar a sus arqueros con rapidez a la mejor distancia de nuestra infantería.

Y el momento crítico llegó cuando tuve que desplegar los carros que me quedaban. Conduje este escuadrón personalmente, corriendo en línea hacia adelante y derribamos la vanguardia del avance de los hicsos. Disparamos nuestras flechas a sus filas amontonadas a una distancia de sesenta o setenta pasos y pudimos matar o mutilar a casi treinta enemigos antes de que pudieran llegar a nosotros.

Cuando esto sucedió, bajé de un salto de la plataforma de mi vehículo y mientras mi auriga se alejaba, me metí en el centro de la primera fila y ubiqué mi escudo entre dos de mis compañeros y lo presenté hacia el enemigo.

Casi inmediatamente llegó el momento tumultuoso en que la batalla comienza en serio. La falange enemiga chocó contra nuestro frente con un poderoso estruendo de bronce contra bronce. Con los escudos entrelazados los ejércitos enfrentados empujaron y tiraron uno contra el otro, tratando de forzar un avance en la línea opuesta. Era una lucha gigantesca que a todos nos envolvía en un estado de intimidación más obscuro que cualquier acto sexual perverso. Vientre contra vientre y cara a cara luchábamos al punto que

cuando gruñíamos y gritábamos como animales en celo, la saliva volaba de nuestras bocas torcidas hacia las caras del enemigo que nos enfrentaba a unos pocos centímetros de distancia.

Estábamos tan amontonados que nos resultaba imposible utilizar nuestras armas largas. Estábamos aplastados entre filas de escudos de bronce. Perder el equilibrio era caer para ser gravemente aplastados, o muertos por las sandalias de bronce tanto de los aliados como las de nuestros enemigos.

He luchado con tanta frecuencia en el muro de escudos que he diseñado un arma particular, especialmente para ese propósito. La larga hoja de la espada de caballería debe permanecer firmemente en su vaina, y debe ser reemplazada por una delgada daga con una hoja de no más de un palmo de largo. Cuando los dos brazos están atrapados en la prensa de cuerpos con armaduras y la cara del enemigo a solo centímetros de la nuestra, uno todavía puede hacer uso de esta pequeña arma y poner la punta de la hoja en una grieta de la armadura delantera del enemigo y empujarla hacia adentro.

Ese día a las puertas de Luxor maté a por lo menos diez de esos brutos y barbudos hicsos de piel oscura en el mismo lugar, y sin mover la mano derecha más que unos pocos centímetros. Me daba un desmesurado sentimiento de satisfacción mirar a los ojos de mi enemigo y ver su rostro retorcerse de dolor al sentir que mi daga perforaba sus órganos vitales, hasta que finalmente sentía su último aliento soplando tibio sobre mi cara al expulsarlo de sus pulmones antes de desplomarse. No soy por naturaleza una persona cruel o vengativa, pero el buen dios Horus sabe que mi pueblo y yo hemos sufrido bastante a manos de esta tribu bárbara como para no deleitarnos con cualquier represalia de la que podamos disponer.

No sé cuánto tiempo quedamos trabados en el muro de escudos. En el momento me pareció que eran muchas horas de lucha brutal, pero supe por el cambio de ángulo del sol implacable por encima de nosotros que había pasado menos de una hora antes de que las hordas de hicsos se separaran de nuestras filas para retroceder a una corta distancia. Ambas partes estaban agotadas por la ferocidad de la lucha. Nos enfrentábamos unos a otros por encima de la estrecha franja de tierra, jadeando como animales salvajes, empapados con nuestra propia sangre, nuestro propio sudor y tambaleando sobre nuestros pies. Pero yo sabía por experiencia que este respiro no duraría mucho, y que luego nos lanzaríamos unos sobre los otros de nuevo como perros rabiosos. También sabía que esta era nuestra última batalla. Miré a los hombres a mi alrededor y vi que estaban cerca del final. No quedaban más de

mil doscientos. Tal vez podrían sobrevivir otra hora en el muro de escudos, pero no mucho más que eso. Entonces todo habría terminado. Mi desesperación estuvo cerca de sobrecogerme.

Entonces, de repente hubo alguien detrás de mí, tirándome del brazo y gritando palabras que al principio no tenían mucho sentido.

—Mi Señor Taita, hay otro gran destacamento enemigo que se acerca por nuestra retaguardia. Nos tienen rodeados por completo. A menos que usted pueda pensar en una manera de salvar la jornada, estamos perdidos.

Me di vuelta para enfrentar al portador de noticias tan terribles. Si esto fuera cierto, estábamos condenados, decididamente condenados. Pero yo sabía que el hombre que estaba delante de mí era alguien en quien podía confiar. Era uno de los oficiales jóvenes más prometedores del ejército del Faraón. Comandaba el 101º Escuadrón de Carros Pesados.

—¡Vamos y muéstrame, Merab! —le ordené.

—¡Por acá, mi señor! Tengo un caballo fresco para usted. —Debió haber visto lo cerca que estaba yo del agotamiento total que me agarró del brazo y me ayudó a caminar por sobre los montones de hombres muertos y moribundos, armas abandonadas y otros pertrechos bélicos que cubrían el campo. Llegamos al pequeño destacamento de nuestros propios legionarios en la retaguardia, que tenía un par de caballos de refresco para nosotros. Para entonces ya me había recuperado lo suficiente como para librarme de la mano de apoyo de Merab. No me gusta mostrar ni la más mínima señal de debilidad ante mis hombres.

Monté uno de los caballos y conduje este pequeño grupo al galope hacia la cresta de terreno elevado que se extendía entre nosotros y la costa baja del río Nilo. Una vez en la cresta, tiré de las riendas de mi caballo tan bruscamente que arqueó el cuello y caracoleó en apretados círculos. Me sentí incapaz de expresar mi desesperación.

Por lo que Merab me había dicho anteriormente esperaba encontrar tal vez tres o cuatro centenares de soldados hicsos frescos marchando hacia nuestra retaguardia para encerrarnos. Ese habría sido un número suficiente para sellar nuestro destino. En cambio, me encontré con un poderoso ejército de literalmente miles de soldados de infantería y por lo menos quinientos carros, y otros tantos de caballería montada, que cubría la costa más cercana del Nilo. Estaban en el proceso de desembarcar de una flotilla de naves de guerra extranjeras que en ese momento estaba amarrada a lo largo de la orilla del río, frente a nuestra ciudad dorada de Luxor.

La formación principal de la caballería enemiga ya había desembarcado, y apenas detectaron a nuestro pequeño y patético grupo de casi una docena de hombres, se lanzaron al galope pendiente arriba para enfrentarnos. Me vi atrapado en un dilema sin salida. Nuestros caballos estaban casi agotados. Si dábamos la vuelta y tratábamos de superar a esos magníficos y obviamente frescos animales, nos atraparían antes de que hubiéramos recorrido un centenar de pasos. Si nos manteníamos en nuestro lugar e intentábamos ofrecer pelea, nos iban a destruir sin demasiado esfuerzo.

Entonces, me obligué a ignorar mi desesperación y miré otra vez a estos extraños con nuevos ojos. Sentí un ligero estremecimiento de alivio, lo suficiente fuerte como para levantarme el ánimo. No eran cascos de guerra hicsos los que llevaban puestos. No eran galeras típicamente hicsas de las que estaban desembarcando.

—¡Deténgase, capitán Merab! —le espeté a mi hombre—. Voy a adelantarme para parlamentar con estos recién llegados. —Antes de que tuviera la oportunidad de discutir conmigo, desenganché la vaina de la espada del cinturón y, sin sacar la hoja desnuda, la invertí y la sostuve en alto, en la señal universal de paz. Luego troté lentamente por la pendiente para encontrarme con este grupo de jinetes extranjeros.

Recuerdo vívidamente la sensación de fatalidad que me embargaba al acercarnos. Yo sabía que esta vez había empujado demasiado a Tyche, la diosa de la Providencia. Entonces, para mi sorpresa, el líder del grupo de jinetes gritó una orden y sus hombres, obedientes, envainaron sus espadas en señal de tregua y se detuvieron en ordenada formación detrás de él.

Seguí su ejemplo y tiré de las riendas de mi propio corcel hasta detenerlo frente a ellos, con apenas unas pocas docenas de pasos de separación entre el líder del grupo y yo. Nos estudiamos el uno al otro en silencio durante el tiempo que se necesita para una respiración profunda, y luego levanté la visera de mi casco abollado para mostrar mi cara.

El líder de este destacamento de jinetes extranjeros, se rio. Era un sonido por lo demás inesperado en estas tensas circunstancias, y al mismo tiempo resultaba provocadoramente familiar. Yo conocía esa risa. De todos modos, lo miré fijo durante medio minuto antes de reconocerlo. Tenía ya una barba gris, pero era grande, musculoso y seguro de sí mismo. Ya no era el macho joven con la cara fresca y ansioso por encontrar su lugar en este mundo duro e implacable. Era evidente que había encontrado ese lugar. Y se mostraba con el aire de un alto dominio sobre su persona y sobre el poderoso ejército a sus

espaldas.

—¿Zaras? —Pronuncié su nombre con muchas dudas—. No es posible que seas tú, ¿o sí?

—Solo el nombre es un tanto diferente pero todo lo demás acerca de mí es lo mismo, Taita. Excepto, posiblemente, que soy un poco más viejo y confío en que un poco más sabio.

—Me recuerdas todavía, después de todos estos años. ¿Cuánto tiempo ha pasado? —le pregunté con asombro.

—Han pasado apenas treinta años, y sí, te recuerdo todavía. Nunca te olvidaré; ni aunque viva diez veces más del tiempo que ya he vivido.

Entonces fue mi turno de reír.

—Dices que tu nombre ha cambiado. ¿Con qué nombre se te conoce ahora, buen Zaras?

—He tomado el nombre de Hurotas. Mi nombre anterior tenía ciertas connotaciones desafortunadas —respondió. Sonreí ante tan flagrante subestimación.

—¿Así que ahora tienes el mismo nombre que el rey de Lacedemonia? —pregunté. Yo había escuchado ese nombre antes, y siempre pronunciado con el más profundo respeto y admiración.

—Exactamente el mismo nombre —estuvo de acuerdo—, pues el joven Zaras que alguna vez conociste se ha convertido en el rey del cual hablas ahora.

—¿Estás bromeando? —exclamé con asombro, pues parecía que mi subordinado de antaño había llegado alto en el mundo, de hecho hasta el mismo pináculo—. Pero si dices la verdad, dime qué sucedió con la hermana del faraón Tamose, la princesa real Tehuti, a quien secuestraste para sacarla de mi cargo y cuidado.

—La palabra que estás buscando a tientas es «cortejada» y no «secuestrada». Y ella ya no es una princesa. —Sacudió la cabeza con firmeza—. Ahora es una reina, porque tuvo el buen sentido de casarse conmigo.

—¿Sigue siendo la mujer más bella del mundo? —le pregunté con algo más que una cierta melancolía.

—En la lengua vernácula de mi reino, «Esparta» significa «la más encantadora». Le puse el nombre a la ciudad en su honor. Así que ahora la princesa Tehuti se ha convertido en la reina Esparta de Lacedemonia.

—¿Y qué fue de los otros que también están en mi corazón y en mi memoria y que te llevaste contigo al norte, hace ya tantos años?

—Por supuesto estás hablando de la princesa Bekatha y de Hui. —El rey Hurotas se anticipó a mis preguntas—. Ellos también son marido y mujer. Pero Hui ya no es un humilde capitán. Es el Gran Almirante y comandante de la flota de Lacedemonia; la misma flota que ves allá abajo en el río. —Señaló detrás de él, a la enorme formación de naves ancladas en la orilla del Nilo—. En este momento está supervisando el desembarco del resto de mi fuerza expedicionaria.

—Y entonces, rey Hurotas, ¿por qué has regresado a Egipto ahora, después de todos estos años? —quise saber.

Su expresión se volvió fiera al responder.

—Vine porque en el fondo sigo siendo un egipcio. Me enteré por mis espías que ustedes en Egipto estaban muy presionados y al borde de la derrota a manos de los hicsos. Estos animales han despojado nuestra otrora preciosa tierra natal. Han violado y asesinado a nuestras mujeres y niños; entre sus víctimas están mi propia madre y mis dos hermanas menores. Después de violarlas las echaron vivas a las ruinas ardientes de nuestra casa, riéndose mientras las veían quemarse. He vuelto a Egipto para vengar sus muertes y salvar a nuestro pueblo egipcio de un destino similar. Si lo consigo, espero forjar una alianza duradera entre nuestros dos países: Egipto y Lacedemonia.

—¿Por qué has esperado veintitrés años antes de regresar?

—Como estoy seguro de que recordarás, Taita, la última vez que nos vimos éramos un puñado de jóvenes fugitivos en tres pequeñas galeras. Estábamos escapando de la tiranía de un faraón que quería separarnos de las mujeres que amábamos.

Reconocí la verdad de esto con un movimiento de cabeza. Era seguro hacerlo ahora, ya que el faraón en cuestión era Tamose y, desde el día anterior, ya estaba muerto.

El rey Hurotas, que había sido el joven Zaras, continuó.

—Estábamos buscando un nuevo hogar. Se necesitó todo este tiempo para que encontráramos uno y convertirlo en una gran potencia, con un ejército de más de cinco mil de los mejores hombres de guerra.

—¿Cómo conseguiste eso, Majestad? —pregunté.

—Con un poco de educada diplomacia —respondió con cierta ironía, pero cuando lo miré escéptico, se rio y admitió—: junto con algo más que un poco de lisa y llana fuerza de las armas y directa conquista. —Con un gesto de su mano señaló el poderoso ejército que estaba desembarcando en la orilla este

del Nilo, allá abajo, frente a nosotros. —Cuando uno tiene una formación bélica como la que ves ante ti, los extranjeros rara vez están dispuestos a resistirse.

—Eso se parece más a tu estilo —estuve de acuerdo, pero Hurotas descartó mi réplica con un movimiento de cabeza y una sonrisa y continuó con su explicación.

—Yo sabía que era mi deber patriótico darte todo el auxilio y asistencia a mi alcance. Habría venido un año antes, pero mis escuadras navales no eran suficientes para llevar a mi ejército. Tenía que construir más barcos.

—Entonces eres más que bienvenido, Majestad. Has llegado precisamente en el momento crítico. Una hora más y habría sido demasiado tarde. —Giré sobre mí para bajar de mi caballo, pero él se me adelantó y saltó de su propia montura, con la agilidad de un hombre de la mitad de su edad, y vino a mi encuentro. Nos abrazamos como hermanos, pues lo éramos de corazón. Pero sentí algo más que el mero amor fraternal por él, porque no solo me había traído los medios para salvar a mi amado Egipto de aquella banda de merodeadores y feroces depredadores, sino que también parecía que había traído de nuevo a mi querida Tehuti, la hija de la reina Lostris. Madre e hija, esas dos mujeres siguen siendo a las que más he amado en toda mi larga vida.

Nuestro abrazo fue cálido pero fugaz. Retrocedí y le di a Hurotas un ligero golpe en el hombro.

—Habrá tiempo para estas reminiscencias más adelante. Pero en estos momentos hay varios miles de hicsos esperando en la entrada del paso a que los atendamos, tú y yo. —Señalé hacia la cresta, arriba, y Hurotas pareció sorprendido. Pero se recuperó casi de inmediato, y sonrió con auténtico placer.

—Perdóname, viejo amigo. Debería haber sabido que me proporcionarías una generosa diversión apenas llegara. Vamos ya por ellos y ocupémonos de unos cuantos de estos desagradables hicsos, ¿de acuerdo?

Sacudí la cabeza en señal de fingida desaprobación.

—Siempre has sido impetuoso. ¿Recuerdas lo que respondió el viejo toro cuando el novillo sugirió que se precipitaran sobre la manada de vacas para cubrir a algunas de ellas?

—Dime lo que dijo el viejo toro —pidió expectante. Siempre había disfrutado de mis bromitas. No quería que en esta ocasión se decepcionara.

—El viejo toro respondió: «Vamos a ellas con paso tranquilo y cubrámoslas a todas».

Hurotas soltó una carcajada, encantado.

—Dime cuál es tu plan, Taita, pues yo sé que tienes uno. Siempre tienes un plan.

Se lo expuse rápidamente porque era un plan sencillo, y luego me di vuelta para saltar de nuevo a la silla de mi cabalgadura. Sin mirar hacia atrás llevé a Merab y mi pequeño grupo de hombres a caballo cuesta arriba. Yo sabía que podía confiar en Hurotas, quien otrora había sido Zaras, para que llevara a cabo mis instrucciones al pie de la letra; aunque él ya fuera un rey, era lo suficientemente inteligente como para saber que mi consejo era siempre el mejor disponible.

Al llegar a la cima de la colina otra vez me di cuenta de que no había llegado antes de tiempo. La horda de hicsos avanzaba una vez más sobre las filas maltrechas y menguadas de Egipto, que se mantenían en sus puestos esperándolos. Azucé a mi caballo para ir al galope y llegué al muro de escudos apenas unos segundos antes de que el enemigo nos atacara de nuevo. Dejé libre a mi cabalgadura y tomé el escudo de bronce que alguien puso en mis manos mientras ocupaba mi lugar en el centro de la primera fila. Entonces, con un ruido como el de un trueno de verano, la primera fila de los hicsos, una vez más, chocó, bronce contra bronce, con nuestra debilitada línea.

Casi al mismo tiempo quedé inmerso en la pesadilla de la batalla en la que el tiempo pierde todo significado y cada segundo parece durar una eternidad. La muerte nos acosaba en un miasma oscuro de terror. Finalmente, después de lo que pareció ser una hora o cien años, sentí que la presión insostenible del bronce hicso sobre nuestra frágil primera línea se debilitaba bruscamente, y luego comenzamos a avanzar rápidamente, en lugar de retroceder a los tropezones.

El bramido discordante de los gritos de guerra del enemigo triunfante fue reemplazado por aterrorizados gritos de dolor y desesperación en la bárbara lengua de los hicsos. Luego, las filas enemigas parecieron marchitarse y colapsar sobre sí mismas, de modo que mi visión hacia adelante ya no estaba totalmente oscurecida.

Vi que Hurotas había seguido mis órdenes exactamente, tal como yo sabía que lo haría. Había ubicado a sus hombres en dos alas alrededor de nuestros dos flancos simultáneamente, atrapando a los agresores hicsos en un perfecto movimiento envolvente, como la red de un pescador envuelve un banco de sardinas.

Los hicsos combatieron con la temeridad nacida de la desesperación, pero mi muro de escudos se mantuvo firme, y los lacedemonios de Hurotas estaban frescos y con ganas de pelear. Empujaban al odiado enemigo contra nuestra línea, como trozos de carne cruda arrojada a la mesa del carnicero. Rápidamente el conflicto pasó de ser una batalla a ser un matadero, hasta que finalmente los hicsos sobrevivientes arrojaron sus armas para caer de rodillas al suelo que se había convertido en un pantano fangoso de sangre. Imploraban clemencia, pero el rey Hurotas se reía de sus pedidos de piedad.

—Mi madre y mis pequeñas hermanas pidieron a sus padres lo mismo que ustedes me piden ahora. Les respondo a ustedes con la misma respuesta que sus padres sin corazón les dieron a mis seres queridos. «¡Mueran, bastardos, mueran!»

Y cuando los ecos de los últimos gritos de muerte se habían hundido en el silencio, el rey Hurotas condujo a sus hombres por el campo ensangrentado cortándole el cuello a cualquier enemigo que mostrara todavía la más débil llama de vida. Admito que en el calor de la batalla fui capaz de dejar de lado mis habituales instintos nobles y compasivos, así como de celebrar juntos nuestra victoria enviando a más de unos pocos hicsos heridos a los brazos de su repugnante dios Seth. Cada cuello que corté lo dediqué a la memoria de cada uno de mis valientes hombres que habían muerto antes y ese mismo día en este campo.

La noche había caído y la luna llena estaba alta en el cielo antes de que el rey Hurotas y yo pudiéramos abandonar el campo de batalla. Él había aprendido de mí mucho antes, al principio de nuestra amistad, que todos los heridos debían ser llevados a un lugar seguro y atendidos, y luego el perímetro del campamento debía ser asegurado y los centinelas ubicados, antes de que los comandantes pudieran ocuparse de sus obligaciones. Así pues, ya era bien pasada la medianoche cuando terminamos con nuestras responsabilidades y ambos pudimos cabalgar colina abajo hacia la orilla del Nilo, donde estaba amarrada su nave insignia.

Cuando subimos a bordo, el almirante Hui estaba en la cubierta para recibirnos. Después de Hurotas, este era uno de mis favoritos, y nos saludamos como los viejos y queridos amigos que realmente éramos. Él había perdido la mayor parte de su otrora densa mata de pelo en la cabeza y el cuero cabelludo desnudo asomaba con timidez por entre los mechones grises,

pero sus ojos todavía eran brillantes y alertas y su buen humor omnipresente le dio calor a mi corazón. Nos llevó al camarote del capitán y con sus propias manos nos sirvió al rey y a mí grandes cuencos de vino tinto caliente con miel. Pocas veces he probado nada tan delicioso como aquella bebida. Dejé que Hui llenara mi cuenco más de una vez antes de que el agotamiento interrumpiera nuestra alegre y ruidosa reunión.

Dormimos hasta que el sol estuvo casi separado del horizonte a la mañana siguiente y nos bañamos en el río, para lavar la suciedad y las manchas de sangre de los esfuerzos del día anterior. Luego, cuando los ejércitos combinados de Egipto y de Lacedemonia estuvieron reunidos en la orilla del río, montamos en caballos descansados y con las legiones de Hurotas y mis propios compañeros sobrevivientes marchando con orgullo por delante de nosotros con los estandartes flameando y al ritmo del redoble de tambores y la música de los laúdes, cabalgamos desde el río hasta la Puerta de los Héores de la ciudad de Luxor para reportar nuestra gloriosa victoria al nuevo faraón de Egipto, Utteric Turo, hijo mayor de Tamose.

Cuando llegamos a las puertas de la ciudad de oro las encontramos cerradas y atrancadas. Me adelanté y llamé a los guardianes de la puerta. Me vi obligado a repetir mis pedidos para entrar a la ciudad más de una vez, antes de que los guardias aparecieran en la parte superior de la muralla.

—El Faraón quiere saber quién eres y qué quieres —me informó el capitán de la guardia. Yo lo conocía bien. Su nombre era Weneg. Era un joven y apuesto oficial que llevaba el oro al Valor, el más alto honor militar de Egipto. Me sorprendió que no me reconociera.

—Tu memoria te falla, capitán Weneg —respondí gritando—. Yo soy el Señor Taita, Presidente del Consejo Real y comandante general del ejército del Faraón. Vengo a informar sobre nuestra gloriosa victoria sobre los hicsos.

—¡Espera aquí! —ordenó el capitán Weneg y su cabeza desapareció debajo de las almenas. Esperamos una hora y luego otra.

—Parece que tal vez hayas ofendido al nuevo Faraón. —El rey Hurotas me dirigió una sonrisa irónica—. ¿Quién es, lo conozco?

Me encogí de hombros.

—Su nombre es Utteric Turo, y no has perdido nada.

—¿Por qué no estaba en el campo de batalla contigo estos últimos días, como era su deber real?

—Es un dulce niño de treinta y cinco años, poco dado a las malas compañías y a la conducta áspera —expliqué, y Hurotas dejó escapar un

bufido de risa.

—¡No has perdido tu habilidad con las palabras, buen Taita!

Finalmente, el capitán Weneg reapareció en la muralla de la ciudad.

—El faraón Utteric Turo el Grande te ha concedido graciosamente el derecho a entrar en la ciudad. Sin embargo, ordena que dejes tus caballos fuera de los muros. La persona que está contigo puede acompañarte, pero no los otros.

Di un grito ahogado al escuchar la tremenda arrogancia de la respuesta. Una réplica subió a mis labios, pero me mordí con fuerza para no decir nada. Todo el ejército de Egipto junto con el de Lacedemonia estaba escuchando con atención. Casi tres mil hombres. No estaba yo dispuesto a seguir esa línea de discusión.

—El Faraón es muy gentil —respondí. La Puerta de los Héroes se abrió pesadamente.

—Ven conmigo, tú, persona sin nombre a mi lado —le dije a Hurotas con gravedad. Hombro con hombro, las manos sobre los pomos de las espadas pero con viseras levantadas, entramos a la ciudad de Luxor. Pero no me sentía como un héroe conquistador.

El capitán Weneg y un grupo de sus hombres marchaban delante de nosotros. Las calles de la ciudad estaban inquietantemente silenciosas y vacías. Debí haberle tomado las dos horas completas de espera que el Faraón nos había impuesto para limpiar las calles de las multitudes habituales que circulan por ella. Cuando llegamos al palacio las puertas se abrieron, aparentemente por su propia voluntad, sin fanfarria ni multitudes reunidas vitoreando para darnos la bienvenida.

Subimos la amplia escalera de entrada a la real sala de audiencia, pero el cavernoso edificio estaba vacío y en silencio, salvo por los ecos de nuestras sandalias con suelas de bronce. Marchamos por el pasillo central entre vacíos asientos de piedra para acercarnos al trono en su alto estrado en el otro extremo de la sala.

Nos detuvimos ante el trono vacío. El capitán Weneg se volvió hacia mí y su voz sonó áspera y de tono brusco.

—¡Esperen aquí! —espetó, y luego, sin aflojar su expresión en silencio vocalizó las palabras que no tuve ninguna dificultad de leer en sus labios: «Perdóname, mi Señor Taita. Esta forma de bienvenida no es decisión mía. Yo, personalmente, te tengo en la más alta estima».

—Gracias, capitán —respondí—. Ha cumplido con su deber de manera

admirable. —Weneg me agradeció con un puño cerrado sobre el pecho. Condujo a sus hombres fuera de la sala. Hurotas y yo quedamos de pie, en posición de firmes ante el trono vacío.

No tuve necesidad de advertirle que estábamos sin duda siendo observados por alguna mirilla oculta en las paredes de piedra. De todas maneras, sentí que mi propia paciencia estaba siendo puesta a prueba por las extrañas y poco naturales excentricidades de este nuevo Faraón.

Finalmente, oí el sonido de voces y risas lejanas, que se fueron sintiendo más fuertes y más cercanas hasta que las cortinas que cubrían la entrada de la sala detrás del trono se abrieron y el faraón Utteric Turo, autodenominado el Grande, entró en la sala de audiencias. Su cabello estaba peinado en rizos que colgaban sobre sus hombros. Había guirnaldas de flores alrededor de su cuello. Estaba comiendo una granada e iba escupiendo las pepitas al suelo de piedra. Nos ignoró a Hurotas y a mí cuando subió al trono y se acomodó en el montón de cojines.

Utteric Turo era seguido por una media docena de muchachos jóvenes en diversas etapas de vestirse y desvestirse. Todos ellos estaban adornados con flores y la mayoría de ellos se había pintado la cara con los labios de color carmesí como la sangre y tonos azules o verdes alrededor de los ojos. Algunos estaban mordisqueando frutas o golosinas como estaba haciendo el Faraón, pero dos o tres de ellos portaban copas de vino de las que bebían mientras charlaban y reían entre ellos.

El Faraón le arrojó uno de sus cojines al muchacho que iba adelante y hubo estallidos de risa cuando la copa de vino se le desprendió de las manos para derramar su contenido sobre su túnica.

—¡Oh, mi travieso Faraón! —protestó el muchacho—. ¡Mira lo que acabas de hacerle a mi hermosa vestimenta!

—Por favor, perdóname, mi querido Anent. —El Faraón puso los ojos en blanco a manera de penitencia—. Ven y siéntate a mi lado. Esto no tomará mucho tiempo, te lo prometo, pero antes tengo que hablar con estos dos atractivos tipos. —El Faraón nos miró directamente a Hurotas y a mí por primera vez desde que había entrado en la sala—. Te saludo, buen Taita. Espero que estés en excelente estado de salud, como siempre. —Luego dirigió su mirada hacia mi compañero—. ¿Y quién es este que tienes a tu lado? No creo conocerlo, ¿o sí?

—Permíteme presentarte al rey Hurotas, monarca del Reino de Lacedemonia. Sin su ayuda nunca podríamos haber superado a las fuerzas de

los hicsos que estaban ya babeando a las puertas de tu poderosa ciudad de Luxor. —Extendí los brazos para señalar al hombre a mi lado—. Tenemos con él una profunda deuda de gratitud por la continuación de la supervivencia de nuestro país...

El Faraón levantó la mano derecha para interrumpir y abreviar mi apasionado discurso, y se quedó mirando pensativo a Hurotas por lo que me pareció un tiempo innecesariamente largo—. ¿Rey Hurotas, me dices? Pero él me recuerda a otra persona.

Me tomó desprevenido y no se me ocurrió qué decir para manifestar lo contrario, que era lo característico de mí. Y ante mis ojos esta rama débil y apática de la Casa de Tamose se estaba transformando en un monstruo enojado y formidable. Su rostro se oscureció y sus ojos lanzaban llamas. Sus hombros comenzaron a temblar furiosos a la vez que señalaba a mis acompañantes.

—¿No se parece a alguien llamado capitán Zaras, un soldado raso del ejército de mi glorioso padre, el faraón Tamose? Seguramente tú recuerdas a ese granuja, ¿no es cierto, Taita? A pesar de que yo era un niño muy pequeño en ese momento, sin duda recuerdo a este tipo, Zaras. Recuerdo su mirada maliciosa y su insolencia. —La voz del faraón Utteric se elevó hasta ser un chillido; la saliva volaba de sus labios—. Mi padre, el Grande y Glorioso Faraón Tamose, envió a este tipo Zaras en una misión a Knossos, la ciudad capital del Supremo Minos, en la isla de Creta. Tenía a su cargo la seguridad de mis dos tías, la princesa Tehuti y la princesa Bekatha, en su viaje a Creta. Tenían que casarse con el Minos Supremo para consolidar el tratado de amistad entre nuestros dos grandes imperios. Pero lo que ocurrió fue que este personaje Zaras secuestró a mis reales parientes y las llevó a algún desolado y bárbaro lugar en los confines mismos del mundo. Nunca más se supo nada de ellas. Yo amaba a mis dos tías, eran tan hermosas...

El Faraón se vio obligado a interrumpir su serie de acusaciones. Jadeaba violentamente en su esfuerzo por serenar la respiración y recuperar la compostura, pero continuó señalando con su tembloroso dedo índice a Hurotas.

—Su Majestad... —Di un paso adelante y extendí mis dos manos en un intento de desviar su rabia salvaje e irracional, pero él se volvió hacia mí con la misma furia.

—¡Tú, canalla traicionero! Pudiste engañar a mi padre y a toda su corte, pero nunca te tuve confianza. Siempre pude ver más allá de tus tretas y

maquinaciones. Siempre he sabido lo que eres. Eres un mentiroso de lengua bífida, un intrigante villano de corazón negro... —El Faraón gritaba violentamente, y miró a su alrededor buscando a sus guardias—. Arresten a estos hombres. Los haré ejecutar por traición...

La voz del Faraón se apagó y se desvaneció. Un profundo silencio llenó la cámara de audiencias reales.

—¿Dónde está mi Cuerpo de Guardias? —preguntó el Faraón en tono quejumbroso. Sus jóvenes compañeros se apiñaron detrás de él, pálidos y aterrorizados. Por último, el que se llamaba Anent habló.

—Despediste a tus guardias, querido. Y yo no voy arrestar a nadie; y menos a estos dos matones. A mí me parecen unos asesinos terribles. —Se dio vuelta y se alejó trotando por la puerta con cortinas, seguido inmediatamente por el resto de los lindos muchachos del Faraón.

—¿Dónde están mis guardias reales? ¿Dónde está todo el mundo? —La voz del Faraón se convirtió en un incierto gemido casi de disculpa—. Les ordené que estuvieran listos a la espera de hacer las detenciones. ¿Dónde están ahora? —Pero solo silencio obtuvo como respuesta. Volvió a mirarnos a los dos vestidos con nuestras armaduras, nuestras manos con guanteletes agarrando la empuñadura de nuestras espadas y los rostros ceñudos. Retrocedió hacia la salida con cortinas en la pared de atrás. Caminé hacia él y en ese momento su expresión se convirtió en una de terror absoluto. Cayó de rodillas frente a mí, con los brazos extendidos hacia mí, como para defenderse de los golpes de mi espada.

—Taita, mi querido Taita. Era solo una pequeña broma. Era todo una amable diversión. No era mi intención hacer daño. Tú eres mi amigo, y el amado protector de mi familia. No me hagas daño. No haré nada... —Y entonces sucedió algo extraordinario. El Faraón se cagó encima. Lo hizo tan fuerte y hediondamente que por un momento quedé aturdido y tieso como una estatua, con un pie en el aire, suspendido en la mitad de dar un paso.

Detrás de mí Hurotas estalló encantado en una carcajada.

—¡El saludo real, Taita! El gobernante del poderoso Egipto te saluda con el más alto honor del país.

No sé cómo me contuve para no reírme junto con Hurotas, pero logré mantener mi expresión seria y, dando un paso adelante, me agaché y tomé con firmeza las manos del Faraón con las que trataba de defenderse de mi supuesto ataque. Lo levanté para ponerlo de pie y le hablé con suavidad.

—Mi pobre Utteric Turo; yo te he molestado. El gran dios Horus sabe que

nunca tuve la intención de hacerlo. Ve ahora a tu suite real y báñate. Cámbiate las ropas. Pero, antes de hacerlo, por favor, danos tu permiso a mí y al rey Hurotas para llevar tus gloriosos ejércitos hacia el norte, hacia el delta y caer sobre ese granuja de Khamudy, el autoproclamado rey de los hicsos. Hemos jurado que nuestro deber es limpiar para siempre la maldición y las manchas sangrientas de la ocupación de los hicsos de nuestra patria.

Utteric se liberó de mis manos y se alejó de mí, con una expresión todavía de terror. Asintió con la cabeza frenéticamente, y entre sollozos, espetó:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Vayan de inmediato! Tienes mi permiso. ¡Tomen todo y a todos lo que necesiten y vayan! ¡Váyanse! —Luego se volvió y huyó de la sala de audiencias reales, con sus sandalias haciendo ruidos de chapoteo en cada zancada.

El rey Hurotas y yo salimos solos de la gran sala de audiencia y regresamos por las calles vacías de la ciudad. Aunque estaba ansioso por dar comienzo a la siguiente fase de nuestra campaña, no quería que el Faraón recibiera informes sobre nuestra precipitada salida de Luxor de sus espías y agentes. Por supuesto, habría muchos de ellos escondidos en los edificios y callejones, manteniendo su vigilancia sobre nosotros. Cuando finalmente salimos por la Puerta de los Héroes de la ciudad, nuestros ejércitos reunidos seguían allí esperándonos.

Más tarde me enteré de que entre sus filas habían corrido preocupantes rumores que se hicieron más alarmantes cuanto más tiempo permanecimos encerrados detrás de las puertas de la ciudad. Incluso hubo rumores de que nosotros, los dos generales, habíamos sido detenidos con falsas acusaciones y llevados a las mazmorras y de ahí a las cámaras de tortura. La reacción de nuestros aguerridos hombres cuando regresamos fue emocionante y tocó profundamente el corazón del rey Hurotas y el mío. Viejos veteranos y jóvenes reclutas lloraron y nos vivaron hasta que sus voces se quebraron. Las primeras filas se adelantaron y algunos de ellos cayeron de rodillas para besarnos los pies protegidos con cota de malla.

Luego nos alzaron sobre sus hombros y nos llevaron hasta las orillas del Nilo, donde estaba anclada la armada de Lacedemonia, cantando canciones de gloria con toda la fuerza de sus voces hasta que tanto Hurotas como yo quedamos casi sordos por el griterío. Debo admitir que casi no pensé en las infantiles extravagancias del nuevo Faraón. Había muchas otras cosas de

verdadera importancia que ocupaban mi mente. Pensé que Hurotas y yo lo habíamos puesto firmemente en su lugar, y que no íbamos a tener muchas más noticias de él.

Subimos a bordo de la nave insignia de los lacedemonios, donde fuimos recibidos por el almirante Hui. Aunque para entonces el tumultuoso día había pasado y era casi de noche, pasamos inmediatamente a planificar el capítulo final de nuestra campaña contra Khamudy, el líder de lo que quedaba de la chusma de hicsos en el delta del norte del padre Nilo.

Khamudy había establecido su capital en Menfis, aguas abajo de donde estábamos. Mi información sobre el estado de las fuerzas de Khamudy era amplia y estaba actualizada. Mis agentes estaban bien ubicados en los territorios de nuestro amado Egipto ocupados y dominados por los hicsos.

Según estos agentes, Khamudy había despojado casi totalmente a su territorio en el norte de Egipto de guerreros y carros de combate para enviarlos a todos al sur a participar en lo que él había esperado que fuera el último avance para destruir los restos de nuestras fuerzas egipcias allí. Pero, como ya lo he relatado, la llegada oportuna del rey Hurotas había puesto fin a las grandiosas aspiraciones de Khamudy. Las fuerzas hicsas, en su mayoría, yacían muertas en la entrada del paso más allá de Luxor, un festín para los carroñeros. Nunca iba a haber otra oportunidad igualmente fortuita para poner fin a la presencia de los hicsos en nuestro amado Egipto como la que se nos ofrecía en ese momento.

Lo que quedaba del ejército de los hicsos, infantería y caballería, estaba en ese momento con Khamudy en su capital de Menfis, en el delta al norte del Nilo. No eran más de tres mil hombres en total, mientras que Hurotas y yo podíamos desplegar una fuerza total de casi el doble de esa cantidad, incluyendo varios cientos de carros de guerra. Casi todos estos eran lacedemonios, y a pesar de que yo era, indudablemente, el comandante más experimentado y hábil en Egipto y probablemente en el mundo civilizado, de todos modos, sentí que debía, como una cuestión de cortesía, darle el mando de nuestras fuerzas combinadas al rey Hurotas. Manifesté mi condescendencia al invitar a Hurotas a expresar sus puntos de vista en cuanto a de qué manera debía llevarse a cabo la segunda fase de nuestra ofensiva, lo que equivalía a ofrecerle el mando supremo.

Hurotas me dirigió esa sonrisa infantil que yo recordaba de otros tiempos, y respondió:

—Cuando se trata de mandar, me inclino solo ante un hombre, y se trata

precisamente de quien está sentado a esta misma mesa frente a mí. Por favor procede, Taita. Oigamos tu plan de batalla. Adonde tú nos conduzcas, nosotros te seguiremos.

Asentí aprobando con un gesto su sabia decisión. Hurotas no solo era un gran guerrero, sino que además nunca dejaba que su orgullo anulara su buen sentido. Así que dirigí a él mis siguientes preguntas.

—Ahora me gustaría saber cómo fue que de repente apareciste en Luxor sin que ninguno de nosotros, incluyendo a los hicsos, supiera nada de tu llegada. ¿Cómo condujiste tu flota de veinte grandes galeras de guerra por centenares de leguas río arriba, pasando ante las ciudades amuralladas y los fuertes hicsos para llegar hasta nosotros aquí?

Hurotas desestimó mi pregunta con un gesto de indiferencia.

—En mis naves tengo algunos de los mejores pilotos que hay en esta tierra, sin contarte a ti, Taita, por supuesto. Una vez que entramos en la desembocadura del río Nilo, viajamos solo de noche y amarrábamos en las orillas, escondidos debajo de un camuflaje de ramas cortadas durante el día. Afortunadamente Nut, la diosa del cielo nos concedió una luna oscura para ocultar nuestro avance por la noche. Pasamos delante de los principales puntos fuertes del enemigo en las orillas del río después de la medianoche, y nos mantuvimos en el centro del río. Tal vez algunos pocos pescadores nos vieron, pero en la oscuridad debieron pensar que éramos hicsos. Nos movimos rápido, muy rápido. Hicimos el viaje desde la desembocadura del río Nilo hasta donde nos encontramos aquí en solo seis noches de remar duro.

—Así que todavía tenemos el elemento sorpresa de nuestro lado — reflexioné—. Incluso si algunos de los enemigos sobrevivieron a la batalla en el paso, lo que parece poco probable, a pie necesitarían muchas semanas para encontrar su camino de regreso a Menfis y dar la voz de alarma—. Me puse de pie y comencé a pasear por la cubierta, pensando rápidamente—. Ahora lo que es absolutamente vital cuando atacemos la capital de Khamudy es que ningún enemigo logre escapar y de alguna manera se dirija hacia el este hasta la frontera de Suez y el Sinaí, y desde allí llegar a su tierra ancestral más hacia el este, donde podrían lograr reagruparse y volver a lanzarse otra vez contra nosotros en unos pocos años... para repetir el mismo lamentable ciclo de guerra, conquista y esclavitud.

—Tienes razón, Taita —estuvo de acuerdo conmigo Hurotas—. Tenemos que poner fin a esto. Las futuras generaciones de nuestro pueblo deben poder vivir en paz y prosperar como la nación más civilizada que existe, sin temor a

las hordas bárbaras de los hicsos. Pero ¿cómo podemos llegar de la mejor manera a esa feliz conclusión?

—Planeo utilizar la mayor parte de los carros como una fuerza de bloqueo a lo largo de la frontera oriental para evitar que cualquiera de los hicsos sobrevivientes intente escapar hacia la seguridad y llegue a su antigua tierra —les dije.

Hurotas consideró mi propuesta por tan solo unos segundos antes de sonreír.

—Tenemos la suerte de tenerte, Taita. Tú eres, sin duda, el auriga más experimentado y hábil, que yo conozca. Contigo protegiendo la frontera no apostaré yo a que algún perro pueda regresar a su canil.

A veces sospecho que mi viejo amigo Hurotas se burla de mí con su extravagante elogio, pero como hice en esta ocasión, suelo dejarlo pasar.

Por entonces ya era casi la medianoche. De todas maneras, la oscuridad apenas si le quitaba velocidad a nuestros preparativos para la salida. Encendimos antorchas y con la luz que nos daban volvimos a cargar todos los carros a bordo de las galeras de los lacedemonios. Una vez hecho esto, hicimos subir a bordo a nuestros hombres, incluyendo los restos de mis propios regimientos egipcios nativos.

Con esta carga adicional los barcos estaban tan llenos que no había lugar para los caballos a bordo. Di órdenes a los encargados de los establos para que condujeran a los caballos sueltos hacia el norte, a lo largo de la orilla oriental del Nilo. Luego, todavía en la oscuridad, soltamos nuestras amarras y nos dirigimos río abajo para entrar en territorio controlado por los hicsos, con los marineros encargados de sondear la profundidad en la proa dando sus avisos y los pilotos alertando cada giro y curva del río. Los rebaños de caballos al trote casi mantenían la misma velocidad de la flota, a pesar de que nuestros barcos tenían la corriente favorable para llevarlas adelante.

Cubrimos casi treinta leguas del viaje aguas abajo antes del amanecer. Luego fuimos a tierra para descansar durante el calor del día. A las pocas horas, las manadas de caballos nos habían alcanzado y pastaban entre las hierbas y pastos que crecen en la orilla del río.

Estos cultivos habían sido plantados por los agricultores hicsos, pues ya estábamos en territorio enemigo. Les agradecemos por su generosidad. Y luego los enviamos a sus lugares en los bancos de remos de las galeras del almirante Hui, donde las cadenas de esclavos fueron ajustadas a sus tobillos. Sus mujeres fueron alejadas por los hombres de Hurotas; pero no hice

ninguna investigación acerca de qué había sido de ellas. La guerra es un asunto brutal, y ellos habían entrado en nuestras tierras sin invitación, para apoderarse de los terrenos de nuestros campesinos y los trataron peor que a los esclavos. No podían esperar que nosotros los tratáramos mejor.

Cuando todo estuvo seguro, los tres nos sentamos debajo de los sicomoros en la orilla del río, mientras los cocineros nos servían un desayuno de salchichas asadas y panes crujientes y calientes salidos de los hornos de arcilla, que regamos con jarras de cerveza recién hecha; y que por mi parte yo no habría cambiado por un banquete en las mesas del Faraón.

Fuimos a bordo de nuevo tan pronto como el sol hubo pasado el cenit y continuamos nuestro viaje hacia el norte, hacia Menfis. Todavía nos quedaban casi dos días de navegación por delante y esa era la primera vez desde que Hurotas y Hui habían regresado de manera tan inesperada que se me presentaba la oportunidad de hablar con ellos sobre la vida que habíamos conocido juntos, hacía muchos años. En particular, yo estaba ansioso por saber algo acerca de lo ocurrido a las dos jóvenes princesas que ellos habían llevado al exilio consigo al huir de la ira del hermano de las princesas, el faraón Tamose.

Estábamos los tres sentados en la cubierta de popa de la nave insignia, y habíamos quedado solos y bien lejos de los oídos de cualquier miembro de la tripulación. Me dirigí a los dos.

—Tengo preguntas para los dos, preguntas que estoy seguro ustedes preferirían evitar. Recordarán que yo tenía un afecto especial por las dos jóvenes vírgenes que ustedes, incultos rufianes, tuvieron el descaro de robarlas y llevarlas lejos de mí, su protector, y del faraón Tamose, su hermano que tanto las quería.

—Permíteme dar un reposo a tu mente, porque yo sé exactamente cómo funciona la lasciva mente de Taita. —Hurotas me interrumpió antes de que yo pudiera hacerle mi primera pregunta—. Ya no son ni jóvenes ni vírgenes.

Hui se rio mostrando su acuerdo.

—Sin embargo, las amamos más con cada año que pasa porque ellas han demostrado ser incomparablemente leales, honestas y prolíficas. Mi Bekatha me ha dado cuatro hermosos hijos.

—Y Tehuti me ha dado una sola hija que es bella y atractiva más allá de lo que uno pueda poner en palabras —se jactó Hurotas, pero yo era escéptico ante tales afirmaciones porque sé muy bien que todos los padres tienen una opinión exagerada de su propia descendencia. No fue hasta mucho más tarde,

cuando mis ojos vieron por primera vez a la hija única de Hurotas y Tehuti, que me di cuenta de que él había sido muy injusto con ella.

—No espero que Tehuti o Bekatha les hayan dado mensajes para transmitirme. —Traté de no sonar melancólico—. Las posibilidades de que alguna vez pudiéramos vernos de nuevo eran remotas, y seguramente sus recuerdos de mí se habrán desvanecido con los años... —No me dejaron terminar mi modesta afirmación y ambos se echaron a reír.

—¿Olvidarte? —Hurotas preguntó entre sus risas—. Fue solo con las mayores dificultades que pude convencer a mi esposa para que permaneciera en Lacedemonia en lugar de regresar a Egipto con nosotros para encontrar a su querido Tata. —Esto hizo que mi corazón diera un salto al escucharlo imitar con exactitud la manera en que ella pronunciaba mi apodo cariñoso—. Ni siquiera confía en mí para memorizar sus mensajes a ti, por lo que insistió en escribirlos en un rollo de papiro para que yo te lo entregara en persona.

—¡Un papiro! —exclamé encantado—. ¿Dónde está? Dámelo ya mismo.

—Por favor, perdóname, Taita. —Hurotas parecía avergonzado—. Pero era realmente demasiado voluminoso para llevarlo conmigo. Tuve que pensar en dejarlo en Lacedemonia. —Me quedé mirándolo consternado, tratando de encontrar las palabras para castigarlo con toda la severidad que se merecía. Me dejó sufrir solo un poco tiempo más, y luego ya no pudo contenerse más y sonrió—. ¡Pero yo sabía lo que podrías pensar de semejante idea, Taita! Así que lo tengo en mis alforjas, que están abajo, en mi camarote.

Le di un golpe en el hombro que fue más duro de lo realmente necesario.

—Ve a buscarlo de una vez, granuja, o de lo contrario nunca te perdonaré. —Hurotas fue abajo y volvió casi de inmediato trayendo consigo un voluminoso rollo de papiro. Se lo saqué de las manos y me lo llevé a la cubierta de proa donde podía estar solo sin ser interrumpido. Suavemente y casi con reverencia rompí el sello y desenrollé la primera hoja para poder leer las saluciones.

Nadie que yo conozca puede pintar un jeroglífico tan artísticamente como mi amada Tehuti. Había dibujado «El halcón con un ala rota», que es mi jeroglífico, de modo que parecía estar dotado de vida propia para volar desde la hoja pintada del papiro a través de la bruma de lágrimas que llenaba mis ojos, e ir directamente a mi corazón.

Las palabras escritas por ella me tocaron tan íntimamente que no puedo persuadirme a mí mismo de repetírselas a otro ser viviente.

En la mañana del tercer día después de abandonar nuestras amarras frente a la ciudad de Luxor, nuestra flota estaba a tan solo veinte leguas aguas arriba de Menfis, el bastión de los hicsos que se alzaba sobre ambas orillas del Nilo. Allí detuvimos nuestras galeras sobre la playa y descargamos los carros de combate. Los caballerizos reunieron a los animales para separarlos por grupos de tiro y los aurigas los ataron a los carros.

Los tres realizamos una última reunión de estrategia a bordo de la nave insignia de la flota lacedemonia, durante la cual repasamos detalladamente una vez más nuestros planes, que cubrían todas las contingencias posibles que pudiéramos encontrar durante el asalto a Menfis. Luego abracé rápidamente, pero con fervor, a Hui y Hurotas y pedí la bendición y los favores de todos los dioses para cada uno de ellos antes de separarnos. Partí con mi equipo de carros hacia el extremo norte del Mar Rojo para bloquear la ruta de escape de Egipto de los hicsos, mientras que los otros continuaron su viaje hacia el norte hasta quedar en posición para lanzar su asalto final sobre el bastión del jefe de los hicsos, Khamudy.

Cuando Hurotas y Hui llegaron al puerto de la ciudad de Menfis se encontraron con que Khamudy ya la había abandonado después de prender fuego a los barcos amarrados entre los espigones de piedra. La cortina de humo negro de las naves que ardían era visible incluso para mí y mis aurigas que esperábamos en la frontera de Egipto, en Suez, a muchas leguas de allí. De todos modos, Hurotas y Hui llegaron a tiempo para salvar de las llamas a cerca de treinta de las galeras de los hicsos, aunque, por supuesto, no teníamos suficiente tripulación para equipar a estos valiosos barcos.

Ese fue el momento en que mi escuadrón de carros de combate entró en acción. A pocas horas después de tomar posición a lo largo de la frontera de Egipto con Suez y el Sinaí, estábamos en plena actividad reuniendo a los cientos de refugiados que huían de la ciudad condenada de Menfis. Por supuesto, cada uno de ellos llegaba cargado con sus objetos de valor.

Estos cautivos fueron organizados cuidadosamente. Los ancianos y los enfermos fueron primero despojados de todas sus pertenencias y después se les permitió alejarse por el desierto de Sinaí, luego de haberles advertido que no volvieran nunca más a Egipto. Los jóvenes y fuertes fueron atados en grupos de diez y luego los envié de nuevo a Menfis y al Nilo cargando sus pertenencias y las de sus compatriotas que habían sido autorizados para continuar su viaje. En el caso de los hombres, estos cautivos, cualquiera fuera su rango, fueron destinados a una corta vida encadenados a los bancos de

remo de nuestras galeras, o a trabajar como bestias de carga en los campos de las orillas del Nilo; mientras que las mujeres más jóvenes —aquellas que no eran demasiado grotescamente feas— serían enviadas a servir en los burdeles públicos, y el resto se ocuparía del trabajo en las cocinas o las mazmorras de las grandes mansiones de nuestro amado Egipto. Los papeles se habían invertido completamente, e iban a recibir el mismo trato que nos habían dado a nosotros, los egipcios, cuando nos tenían en su poder.

Cuando llegamos a la ciudad de Menfis con estas tristes filas de cautivos que marchaban delante de nuestros carros, la encontramos sitiada por las legiones de Hurotas. Pero como los carros de combate no son los medios más eficaces para un sitio, mis gallardos aurigas los abandonaron para dedicarse a hacer túneles por debajo de las murallas y obligar a salir a Khamudy y sus secuaces que acechaban desde sus oscuros escondrijos dentro de la ciudad.

Como todos los sitios, este fue un monótono ejercicio de larga duración. Nuestro ejército se vio obligado a acampar fuera de las murallas de Menfis durante casi seis meses hasta que, con un ruido sordo como un rugido y una columna de polvo visible a muchas leguas a la redonda, todas las murallas de la parte oriental de la ciudad se derrumbaron y nuestros hombres pudieron entrar por las brechas abiertas.

El saqueo de la ciudad se prolongó durante muchos días más ya que esta se extendía sobre las dos orillas del río. De todas maneras, nuestras tropas victoriosas por fin pudieron aprehender a Khamudy, allí donde él y su familia fueron hallados acurrucados en su escondite en la profundidad de las mazmorras debajo de su palacio. Fue una gran casualidad que estuviera sentado sobre un enorme tesoro de lingotes de plata y de oro, así como de innumerables arcones de joyas que a él y a sus predecesores les había llevado casi un siglo sacarle a la población egipcia esclavizada. Esta cría de pícaros y canallas reales fue escoltada hasta el puerto en el Nilo por las tropas de Hurotas, donde al son de la música y las risas fueron ahogados, uno tras otro, comenzando por los más pequeños de la familia.

Estos eran un par de niñas gemelas de unos dos o tres años de edad. Al contrario de lo que había llegado a esperar de la tribu no eran realmente repulsivas a la vista; de hecho eran unas cositas bastante lindas. Su padre, Khamudy, lloraba cuando fueron hundidas en el Nilo y mantenidas debajo de la superficie del río. Yo tampoco estaba preparado para eso. De alguna manera yo había llegado a creer que, como todos los brutos animales, los hicsos eran incapaces de amar y de lamentarse.

El temido Khamudy estaba reservado para el último sitio en la lista de ejecuciones. Cuando le llegó el turno, a él se le otorgó una salida de este mundo más elaborada que la del resto de su familia. Esta comenzó desollándolo vivo usando cuchillos calentados a un rojo brillante en braseros de carbón; a lo que siguió el ahogamiento para luego ser descuartizado, lo que provocó aún más diversión a los espectadores. Pareció que los hombres de Hurotas tenían un sentido del humor particularmente poderoso.

Me las arreglé para mantener una expresión neutra durante estos procedimientos. Habría preferido más bien no tener que participar de ellos. Pero si me hubiera ausentado, esto habría sido visto como una muestra de debilidad por mis hombres. Las apariencias son de vital importancia, y las reputaciones, efímeras.

Hurotas, Hui y yo nos sentimos un tanto desanimados a nuestro regreso al palacio de Menfis. Pero pronto volvimos a ser los de siempre, alegres y animados, cuando comenzamos a contar y catalogar el contenido de los sótanos debajo del palacio de Khamudy. Me resulta verdaderamente notable advertir que cuando todo lo demás en la vida ha perdido su sabor, solo el oro conserva su encanto y atractivo.

A pesar de que teníamos cincuenta de los hombres de más confianza de Hurotas para ayudarnos, nos llevó varios días catalogar y ordenar todos estos tesoros. Cuando por fin dirigimos nuestros faroles hacia esta masa de metales preciosos y piedras de colores, la luz reflejada fue tan fuerte como para encandilarnos. La miramos con asombro y admiración.

—¿Recuerdas el tesoro de Creta que capturamos en la fortaleza de Tamiat? —me preguntó Hurotas en voz baja.

—¿Cuando eras todavía un joven capitán de legionarios, y tu nombre era Zaras? Nunca lo olvidaré. No creía yo que hubiera tanto oro y tanta plata en todo el mundo.

—Aquello no era ni siquiera una décima parte de lo que tenemos aquí ahora —señaló Hurotas.

—Mejor así —respondí.

Hurotas y Hui me miraron con recelo.

—¿Cómo es eso, Taita?

—Pues tenemos que repartirlo al menos en cuatro partes —expliqué, y como ellos seguían sin comprender, continué—: Tú y Hui; yo y Utteric Turo.

—No te refieres a Utteric, ese imbécil, ¿verdad? —Hurotas se mostraba espantado.

—¡Exactamente! —confirmé—, Utteric el Grande, faraón de Egipto. Este tesoro fue robado originariamente de sus antepasados.

Consideraron lo que yo había dicho en silencio por un momento y luego Hurotas preguntó con mucho tacto:

—Ajá... entonces parece que tienes la intención de permanecer en el reino de Utteric Turo, ¿verdad?

—¡Naturalmente! —La pregunta me tomó de sorpresa—. Soy un noble egipcio. Poseo vastas propiedades en este país. ¿A qué otro lugar podría ir?

—¿Confías en él?

—¿En quién?

—En Utteric el Gran Tonto. ¿Qué otro podría ser? —insistió Hurotas.

—Es mi Faraón. Por supuesto que confío en él.

—¿Dónde estaba tu Faraón en la batalla de Luxor? —preguntó Hurotas, implacable—. ¿Dónde estaba él cuando asaltamos las murallas de Menfis?

—El pobre Utteric no es un guerrero. Él un alma gentil. —Traté de encontrar excusas para él—. Aunque su padre, Tamose, era un feroz y magnífico guerrero.

—Estamos hablando del hijo, no del padre —señaló Hurotas.

Quedé otra vez en silencio mientras consideraba lo que implicaban sus palabras.

—Entonces —le pregunté finalmente—, ¿me estás diciendo que no vas a regresar conmigo a Luxor cuando vaya a presentar mi informe al faraón Utteric Turo?

Sacudió la cabeza.

—Mi corazón se encuentra en Lacedemonia, con la encantadora mujer que es mi reina, y con nuestra hija. Mis obligaciones en Luxor están terminadas. Aparte de lo cual, hay mucha gente en esa ciudad que todavía me recuerda como el joven Zaras. Estuve solo una vez con tu faraón Utteric, y no me dio ninguna buena razón para quererlo o para confiar en él. Pienso que es preferible que regrese a mi propia ciudadela, donde tengo el control de la situación. —Vino hacia mí y me dio una palmada en el hombro—. Mi viejo amigo, si eres tan sabio como todos creemos que eres, me darás a mí tu parte de este espléndido tesoro para que te la guarde en lugar seguro hasta que me la reclames cuando vengas a verme. En ese caso no se habrá hecho daño alguno. Como sea, si no me equivoco en mis sospechas, tú tendrás buenas razones para estarme agradecido.

—Voy a pensarlo —murmuré con tristeza.

Hurotas y Hui se quedaron otros diez días mientras cargaban sus barcos con los esclavos y todo el botín capturado en Menfis, incluida mi parte del tesoro hisco que yo había aceptado a regañadientes dejar al cuidado de Hurotas. Después embarcaron los carros de combate y los caballos, y nos despedimos en el muelle de piedra, en la orilla occidental del Nilo.

Cuatro de los hijos de Hui y la princesa Bekatha estuvieron con nosotros en Menfis. Cada uno al mando de un escuadrón de carros de combate. Tuve pocas ocasiones para conocerlos mejor, pero me pareció que habían salido tanto al padre como a su real madre, y eso significaba que para mí eran unos espléndidos jóvenes, y unos aurigas valientes y hábiles. El mayor se llamaba Huisson por la razón obvia de que era hijo de Hui. Y los otros tres se llamaban Sostrato, Palmys y Leo. Bárbaros nombres griegos, sin duda. Y ellos me abrazaron y me llamaron «venerable e ilustre tío», lo que confirmaba mi buena opinión sobre ellos. Me prometieron transmitir mis saludos y mi fidelidad a su madre y a su tía apenas llegaran de vuelta a Lacedemonia.

Hurotas había escrito una autorización para hacer un viaje desde el delta del Nilo hasta la isla de Lacedemonia, y me la puso en las manos, más el recibo por mi parte del tesoro de Menfis.

—Ahora no tendrás ninguna excusa para no visitarnos en la primera oportunidad que se te presente —me dijo, con voz ronca, mientras trataba de ocultar tristeza en esta segunda y significativa despedida.

Por otra parte yo había escrito un rollo de papiro para cada una de mis dos queridas princesas, Tehuti y Bekatha, para que sus maridos los entregaran apenas llegaran a sus hogares. No podía yo confiar en que estos dos amables rufianes repitieran textualmente mis preciosas palabras a sus respectivas esposas. Eran expresiones de tal belleza poética que, incluso después de todos estos años de repetirlas en silencio para mí mismo, me conmovían hasta las lágrimas.

Luego todos ellos subieron a bordo de sus galeras y se separaron del muelle. Los tambores marcaban el ritmo de los remeros; los largos remos se hundían, empujaban y se hundían de nuevo. En fila avanzaban y se desplegaban como un poderoso dragón al despertar, y con la corriente del Nilo empujándolos hasta que desaparecieron en la primera curva del río, en dirección al delta donde el río desembocaba en el gran Mar del Medio.

Me quedé solo y melancólico.

Tres días más tarde subí a bordo de mi propia galera y nos dirigimos hacia el sur, rumbo al hogar en Luxor, la ciudad de oro. Pero mi corazón todavía se sentía pesado y mis pensamientos viajaban en la dirección opuesta a la que el viento y los bancos de remos me llevaban

Cuando llegamos al puerto de Luxor, frente a la ciudad, parecía que la noticia de nuestra magnífica victoria en Menfis había sido transmitida al palacio del faraón Utteric por la paloma mensajera antes de nuestra llegada. Tres de sus ministros estaban esperando en el muelle del río a la cabeza de lo que parecía ser toda la población del Alto Egipto. Detrás de esa multitud había al menos veinte carretas, cada una de ellas dotada con un tiro de doce bueyes. Supuse que eran para trasladar el tesoro hicsa a la ciudad de Luxor, donde la tesorería del Faraón, sin duda, estaba lista y deseosa de recibirlo. Una enorme banda de arpas, flautas, liras, trompetas, panderetas y tambores rugía en una interpretación vigorosa del nuevo himno a la gloria del faraón Utteric Turo, que, según se rumoreaba, él mismo había compuesto. La población egipcia parecía haber despojado a todas las palmeras del país de sus frondas, las que agitaban con entusiasmo mientras cantaban siguiendo a las bandas.

Cuando mi nave insignia atracó en el muelle principal yo estaba listo para recibir los elogios y el agradecimiento del faraón Utteric Turo y de todo el pueblo Egipto por librarlos de la amenaza de Khamudy y su repugnante tribu para siempre y por traerles un fabuloso tesoro sacado de las arcas del enemigo.

El Ministro Principal de Utteric era un hermoso joven que había hecho una gran fortuna en el comercio de esclavos. Su nombre era Señor Mennakt. Era un compañero del corazón del Faraón, y posiblemente mucho más cercano de él en otras partes más íntimas de la carne, además del corazón, pues yo había oído el rumor de que compartían sus predilecciones lujuriosas. Seguramente un escriba le había escrito su discurso en un rollo de papiro, pues lo leía en un tono monótono y aburrido, tropezando con las palabras de más de una sílaba. Yo podría haberle perdonado esta falta de habilidad escénica, pero lo que me molestaba era que no hizo mención alguna de mi participación en la brillante campaña final que yo había conducido contra los hicsos. De hecho no mencionó nunca mi nombre. Solo habló de su patrón, el faraón Utteric Turo, y de las legiones leales y valientes que se suponía que él había conducido en la batalla. Exaltó el liderazgo y el valor del Faraón, y también su sabiduría y su genialidad pura al liberar a nuestro amado Egipto

de un siglo de esclavitud y dominación extranjera. Señaló que los cinco faraones que lo precedieron, incluyendo a su propio padre, Tamose, habían tristemente fracasado en sus intentos de lograr los mismos resultados definitivos. Terminó su homenaje señalando que esta magnífica victoria seguramente le había hecho ganar al faraón Utteric Turo un lugar destacado junto a Horus, Isis, Osiris y Hator en el panteón de nuestra patria. Por esta razón, explicó Mennakt, la parte principal del tesoro que el faraón Utteric había obtenido de los hicsos en Menfis sería usada para construir un templo para celebrar su ascenso por encima de la mera condición humana a la condición celestial e inmortal.

Mientras el Señor Mennakt nos obsequiaba e iluminaba con este discurso, mi tripulación descargaba el tesoro que habíamos traído con nosotros y lo amontonaba en el muelle. Se convirtió en un magnífico despliegue, que desvió por completo la atención de la multitud allí reunida del ingenio y dominio de la palabra hablada de Mennakt.

Cuando Mennakt finalmente quedó en silencio, se dio la orden para que las carretas avanzaran y los sudorosos esclavos cargaran en ellas los cofres del tesoro. A continuación, los boyeros hicieron sonar sus largos látigos y una escolta de guardias de palacio fuertemente armados de inmediato los rodearon y empezaron a subir por la calzada hacia la puerta principal de la ciudad de Luxor.

Todo esto me tomó completamente por sorpresa. Yo había supuesto que iba a tener el honor de encabezar esta procesión y de hacer el ofrecimiento formal del tesoro al Faraón personalmente. Cuando aceptara mi regalo, él se vería obligado a concederme su pleno reconocimiento y aprobación. Di un paso adelante para presentar mi protesta al Señor Mennakt y exigir mi legítimo lugar a la cabeza de la caravana del tesoro.

De lo que no me di cuenta en medio de la presión de cuerpos a mi alrededor y las exigencias del momento fue que seis oficiales de alto rango de los guardias de palacio habían subido a bordo de mi nave insignia después de salir de entre la multitud en el muelle. Sin ninguna alharaca ni gritos habían logrado rodearme con una envoltura de armaduras y espadas desenvainadas.

—Mi Señor Taita, por expresa orden del Faraón queda usted arrestado por alta traición. Por favor, venga conmigo. —El líder de este grupo me habló en voz baja pero firme al oído. Me di vuelta y lo miré sorprendido. Me tomó un momento darme cuenta de que se trataba del capitán Weneg a quien yo tenía en gran estima.

—¿Qué tontería es esta, capitán Weneg? Soy probablemente el súbdito más fiel al Faraón —protesté indignado. Ignoró mi arretrato e hizo un gesto con la cabeza a sus hombres. Inmediatamente estos me rodearon de tal manera que no pude resistirme. Sentí que uno de los hombres detrás de mí me sacaba la espada de la vaina, y luego me llevaron a la planchada. Al mismo tiempo, el Señor Mennakt le hizo una señal a la banda que se había reunido detrás de él y todos comenzaron otro animado y entusiasta himno de alabanza y adoración al divino Faraón, de modo que mis protestas se volvieron inaudibles. Para cuando mis guardias y yo llegamos al muelle de piedra, la densa multitud de espectadores se había dado vuelta para seguir a la banda y a la procesión de carretas con tesoros por el camino hacia la puerta principal de la ciudad.

Apenas quedamos solos, el capitán Weneg les dio órdenes a sus hombres, quienes me ataron las muñecas en la parte baja de la espalda con cuerdas de cuero crudo, mientras otros de su grupo traían cuatro carros de guerra. Cuando me tuvieron bien atado, me empujaron hasta la plataforma del carro principal. Sonaron los látigos y partimos al galope, no detrás de las bandas y la caravana del tesoro, colina arriba hacia las puertas principales de la ciudad, sino que tomamos uno de los caminos secundarios que rodeaba la ciudad, para luego abrirse hacia las colinas rocosas más allá. El camino era poco usado. Es más, era frecuentemente evitado por la mayoría de los ciudadanos. Esto no era extraordinario, si se tenía en cuenta cuál era su destino final. A menos de cinco leguas más allá del palacio real y de las principales murallas de la ciudad se alzaba una línea baja de colinas, y a horcajadas sobre su cumbre había un sombrío edificio de roca natural cincelada, de un sombrío tono de color azul y un diseño inequívoco. Esta era la prisión real, que también albergaba el patio de la horca y las cámaras oficiales de tortura.

Tuvimos que cruzar una pequeña corriente de agua para llegar a las laderas de las colinas. El puente era estrecho y los cascos de los caballos golpeaban ruidosamente sobre él. Para mi recalentada imaginación, sonaban casi como el tambor de la Marcha de la Muerte. Mi escolta y yo no fuimos detenidos hasta que llegamos a las apropiadamente llamadas Puertas del Tormento y la Tristeza, que daban acceso a través de un imponente muro de mampostería a las entrañas de la prisión. El capitán Weneg saltó de la plataforma de nuestro vehículo y golpeó las puertas con la empuñadura de su espada. Casi de inmediato apareció un guardián vestido de negro sobre el puente del rastrillo levadizo arriba de nosotros. Su cabeza estaba encerrada en

una capucha del mismo color y ocultaba por completo sus rasgos, salvo los ojos y la boca.

—¿Quién quiere entrar aquí? —nos gritó.

—¡Prisionero y escolta! —respondió Weneg.

—¡Entren por su cuenta y riesgo! —nos advirtió el guardián—. ¡Pero sepan que todos los enemigos de Faraón y de Egipto están eternamente condenados una vez dentro de estas murallas! —Entonces el rastrillo fue levantado lenta y pesadamente y entramos. El nuestro fue el único vehículo que entró. Los otros tres de nuestra escolta permanecieron fuera de las murallas cuando el rastrillo se cerró ruidosamente otra vez.

Las murallas interiores del primer patio estaban decoradas con hileras de nichos que se elevaban nivel sobre nivel hasta una altura tal que tuve que echar la cabeza hacia atrás para ver el pequeño cuadrado de cielo azul arriba.

En cada nicho sonreía un cráneo humano: cientos y cientos de ellos. No era la primera vez que pasaba por ahí. En ocasiones había visitado a otros desgraciados que habían sido encarcelados dentro de estos muros, para ofrecerles el poco de ayuda y consuelo que había en mi poder. Sin embargo, mi espíritu nunca dejó de conmocionarse, ni mi piel de erizarse ante la presencia de la muerte en tal extrema abundancia; mucho más en ese momento en que la amenaza era tan personal y particular para mí.

—Esto es lo más que puedo acompañarte, Señor Taita —dijo Weneg en voz baja—. Por favor, comprenda que estoy siguiendo órdenes. No hay nada personal en lo que tengo que hacer, y no me complazco en ello.

—Comprendo tu situación, capitán —respondí—. Espero que nuestro próximo encuentro sea más placentero para ambos.

Weneg me ayudó a bajar de la plataforma del carro de combate y luego cortó las ataduras de mis muñecas con un movimiento de su daga.

Rápidamente cumplió con la formalidad de entregarme a los guardias de la prisión y entregarles el rollo de mi acusación. Reconocí el jeroglífico del faraón Utteric al pie de ese documento. Luego Weneg hizo un saludo militar para despedirse de mí y se dio vuelta. Me quedé mirándolo y lo vi saltar sobre su vehículo, tomar las riendas y hacer girar sus caballos para quedar en dirección a la puerta de salida. Apenas el rastrillo se elevó lo suficiente, se agachó para pasar por debajo y, sin mirar hacia atrás, partió hacia la luz del día.

Fui recibido por cuatro guardias de la prisión. Apenas Weneg salió del patio, uno de ellos se quitó la capucha negra y me miró con una sonrisa

burlona. Era una criatura groseramente obesa, con guirnaldas de grasa que le colgaban de la mandíbula sobre el pecho.

—Nos honra tu presencia, mi señor. No es frecuente que tengamos la oportunidad de recibir a un personaje tan ilustre, un hombre de la más alta reputación y una fabulosa fortuna, después de la del Faraón, por supuesto. Estoy decidido a darte un tratamiento completo. Primero me voy a presentar. Me llamo Oneub. —Inclinó su gran cabeza calva, que estaba cubierta con tatuajes obscenos de figuras humanas simplificadas haciendo cosas repulsivas unas a otras, y siguió hablando—: Un hombre de tu erudición y cultura se dará cuenta inmediatamente de que «Oneub» es «bueno» deletreado al revés, y sabrás qué esperar de mí. Los que me conocen bien a menudo se refieren a mí como «Oneub el Terrible». Oneub tenía un tic nervioso que le hacía parpadear el ojo derecho rápidamente al final de cada frase que pronunciaba. No pude resistir la tentación, así que le respondí con un guiño.

Dejó de sonreír.

—Veo que te gustan las bromitas, milord. A su debido tiempo te ofreceré chistes que te harán morir de risa —me prometió—. Pero debemos aplazar ese placer por un rato más. El Faraón te ha arrestado por alta traición, pero aún no te ha juzgado ni te ha encontrado culpable. Pero ya llegará el momento, y estaré listo para ello, te lo aseguro.

Empezó a dar vueltas alrededor de mí, pero yo giré a la misma velocidad para mantenerme con la cara hacia él.

—¡Sujétenlo para que se quede quieto! —les gruñó a sus secuaces, quienes me tomaron por los brazos y los retorcieron para ponerme de rodillas.

—Tienes una hermosa vestimenta, mi señor —me elogió Oneub—. Pocas veces he visto ropajes tan espléndidos. —Esto era cierto, pues yo había esperado dirigirme al Faraón y a su Consejo de Estado cuando le entregara el tesoro de los hicsos. Llevaba yo puesto el casco de oro que le había sacado a un general hicsa en otro campo de batalla hacía mucho tiempo. Era una obra maestra de oro y plata. De mis hombros colgaba la cadena del Oro del Valor y la del Oro de Alabanza, cadenas igualmente magníficas que me habían sido concedidas por la mano del faraón Tamose mismo por el servicio y sacrificio que yo le había brindado. Sabía que, así adornado, yo era un espectáculo maravilloso para contemplar.

—No debemos dejar que tan preciosas prendas se ensucien o dañen. Debes quitártelas de inmediato. Me las llevaré para custodiarlas —explicó Oneub—. Pero te aseguro que te las devolveré apenas seas encontrado

inocente de las acusaciones en tu contra y te liberen del arresto. —Lo miré en silencio, sin darle el placer de oír mis protestas o súplicas—. Mis hombres te ayudarán a desvestirte.

Oneub terminó el discursito, que, estaba yo seguro, también les había dirigido a todos los hombres que en ese momento no eran más que calaveras en los nichos de los muros arriba de nosotros.

Hizo un movimiento de cabeza hacia sus secuaces quienes me arrancaron el casco de la cabeza y las cadenas de oro de mi cuello; luego me arrancaron las preciosas prendas que cubrían mi cuerpo, dejándome desnudo, salvo con un pequeño taparrabos. Finalmente me arrastraron para volver a ponerme de pie y me obligaron a caminar hacia las puertas de la pared trasera del patio.

Oneub caminaba pesadamente junto a mí.

—Todos los que trabajamos aquí dentro de las murallas de la prisión estamos muy emocionados y felices por el ascenso al trono del faraón Utteric Turo—. Pestañeó cuatro o cinco veces para expresar su emoción, y balanceaba la cabeza al ritmo del parpadeo de sus ojos—. El Faraón ha cambiado nuestras vidas y nos ha convertido en unos de los ciudadanos más importantes del amado Egipto. Durante el reinado del faraón Tamose casi nunca derramábamos sangre semana tras semana. Pero ahora su hijo mayor nos mantiene ocupados desde la mañana hasta la noche. Si no estamos cortando cabezas, estamos sacándoles las entrañas a hombres y mujeres; o retorciéndoles los brazos; o colgándolos del cuello o de los testículos; o despellejándolos con hierros calientes—. Rio alegremente—. Hace apenas un año mis hermanos y mis cinco hijos estaban sin trabajo, pero ahora son verdugos y torturadores de tiempo completo, como yo. Somos invitados por el faraón Utteric Turo casi todas las semanas al palacio real de Luxor. Le gusta vernos mientras cumplimos con nuestros deberes. Por supuesto, él nunca viene a visitarnos aquí. Está convencido de que hay una maldición en estas paredes. Las únicas personas que vienen aquí, lo hacen para morir; y nosotros somos de los pocos escogidos que los ayudan a que así sea. Pero al Faraón le encanta verme trabajar, especialmente en las mujeres jóvenes, sobre todo si están embarazadas. Así que las llevamos al palacio para hacerlo. Una de mis pequeñas debilidades es colgarlas del andamio con ganchos de bronce que atraviesan sus tetas, para luego usar otros ganchos y con ellos arrancarles el feto vivo de sus úteros. —A Oneub se le hacía agua la boca y babeaba como un animal hambriento con su propia descripción. Sentí que mi ira aumentaba al tener que escuchar semejantes obscenidades.

—Te permitiré ver mientras esperas tu turno. Habitualmente cobro una tarifa, pero me has dejado poseer tu casco y tus cadenas de oro, por lo que estoy muy agradecido... —Era una de las personas más repulsivas entre las que me haya topado. La capucha y la capa negras que llevaba tenían, evidentemente, el objetivo de disimular la sangre de sus víctimas, y a esa distancia de él pude ver que algunas de las manchas estaban todavía húmedas, y las que se habían secado comenzaban a descomponer el tejido, de modo que el hedor de putrefacción y muerte lo envolvía como el miasma húmedo sobre un pantano.

Los ayudantes me arrastraron a través de este matadero humano donde sus colegas estaban cumpliendo con aquella horrible actividad. Los gritos de sus víctimas resonaban contra los muros de piedra desnudos y se mezclaban con el crujido de los látigos y la risa jovial de estos torturadores profesionales. El olor a sangre fresca y excrementos humanos era tan abrumador que me ahogaba y jadeaba al respirar.

Finalmente descendimos un estrecho tramo de escalones de piedra para llegar a una diminuta celda subterránea sin ventanas. Estaba iluminada por una sola vela, y el lugar estaba desnudo. Solo había espacio suficiente para sentarme en el suelo, si mantenía las rodillas bajo la barbilla. Mis captores me metieron allí.

—Tu juicio ante el Faraón está programado para tres días a partir de hoy. Vendremos a buscarte. Mientras tanto no volveremos a molestarte —aseguró Oneub.

—Pero necesito comida y agua fresca para beber y lavarme —protesté—. Y necesitareé ropa limpia para mi juicio.

—Los prisioneros hacen sus propios arreglos para esos lujos. Somos hombres ocupados. No puedes esperar que nos ocupemos de esas nimiedades. —Oneub gruñó mientras apagaba la llama de la vela y metió lo que quedaba de cera en un bolsillo de su capa. Luego cerró de un golpe la puerta de mi celda y escuché el ruido de sus llaves en la parte externa de la cerradura. Tres días más sin agua en esta celda de piedra sin aire y sofocante serían amargamente difíciles de soportar, y no estaba yo seguro de poder sobrevivir.

—Te pagaré. —Oí mi propia voz que se alzaba con desesperación al gritar.

—No tienes nada con qué pagarme —la voz de Oneub me llegó, incluso a través de la gruesa puerta, pero luego las pisadas de mis captores se alejaron hasta dejarme en silencio, y a mi celda en total oscuridad.

En circunstancias particulares puedo tejer un hechizo de protección sobre mí mismo que me sirve como el capullo les sirve a ciertos insectos. Puedo retirarme a un lugar seguro muy profundamente dentro de mi propio yo. Eso fue lo que hice en ese momento.

A primera hora de la madrugada del tercer día de mi encarcelamiento, Oneub y sus secuaces tuvieron gran dificultad para hacerme salir del distante lugar de mi mente en el que me había refugiado. Podía oír sus voces débiles y lejanas y poco a poco me fui dando cuenta de que sus manos me golpeaban y me sacudían, y sus botas me daban patadas. Pero fue recién cuando sentí el agua que arrojaron con un cubo a mi cara que recuperé la plena conciencia. Agarré el cubo con ambas manos y lo que quedaba de agua lo hice pasar por mi garganta para tragarla, a pesar de los esfuerzos de tres de los torturadores para arrancármelo. Aquellas aguas sucias y tibias fueron mi salvación. Pude sentir el poder y la energía que volvían a mi cuerpo sediento y los bastiones de mi alma que se reanimaban. Apenas me daba cuenta del azote del látigo de Oneub sobre mi espalda desnuda mientras me empujaban por la escalera hacia la luz y el fresco aire del día. Efectivamente, los nocivos olores de esa prisión eran como el néctar de las rosas en comparación con la celda de la que estaba siendo arrastrado.

Me llevaron de vuelta al Patio de las Calaveras donde encontré al capitán Weneg esperando junto a su carro de combate. Después de una sola mirada, Weneg apartó su mirada aturdida de mi rostro maltratado y de mi desecado cuerpo, y se concentró en dibujar su jeroglífico al pie del pergamino que Oneub exigió que firmara para mi liberación. Entonces sus aurigas me ayudaron a subir al vehículo. Aunque traté de no mostrarlo, seguía estando débil y tambaleándome sobre mis pies.

Mientras Weneg tomaba las riendas y hacía girar el carro para quedar mirando hacia la puerta de entrada abierta, Oneub me miró con una sonrisa y gritó:

—Espero tu regreso a nosotros, mi señor. He elaborado algunos nuevos procedimientos especiales para tu ejecución. Estoy seguro de que los vas a encontrar divertidos.

Cuando llegamos al arroyo al pie de las colinas, Weneg frenó sus caballos, me ofreció su mano para ayudarme a bajar del carro y me condujo por la orilla del arroyo.

—Estoy seguro de que querrás refrescarte, mi Señor. —A diferencia del buen Oneub, Weneg usó mi título sin siquiera un toque de ironía—. No tengo

idea de qué ha ocurrido con tu espléndido uniforme, pero he traído una túnica nueva para ti. No puedes ir a la presencia del Faraón vestido como estás.

El agua del arroyo era dulce y fresca. Me limpié la sangre seca y la mugre de la prisión que me cubría y luego me peiné el cabello largo y denso del que me siento tan justificadamente orgulloso.

Por supuesto, Weneg debía saber perfectamente lo que había pasado con mi casco y mis cadenas de oro una vez que Oneub los vio, y por eso había traído consigo una túnica azul de auriga para cubrir mi desnudez. Extrañamente esto mejoraba en vez de desvirtuar mi apariencia, ya que mostraba mi torso musculoso a la perfección. No tenía un espejo de bronce conmigo, pero mi reflejo en las aguas del arroyo me llenó de entusiasmo. Naturalmente, no estaba en mis mejores condiciones, pero incluso con los moretones en la cara que los hombres de Oneub me habían infligido, podía levantar la barbilla con la certeza de que muy pocos podían igualarse a mí por el aspecto, incluso ante el alto tribunal del Faraón.

Weneg también había traído comida y bebida para mí: pan y filetes fríos de bagre de río del Nilo con una pequeña jarra de cerveza para bañarlos. Fue delicioso y nutritivo. Sentí una fuerza renovada que recorría todo mi cuerpo. Luego volvimos al vehículo y seguimos hasta el palacio de Faraón, que se alzaba en el patio más interior de la ciudad amurallada de Luxor. El Faraón había decidido que mi juicio comenzara al mediodía, pero nosotros nos hicimos presentes en la gran sala del palacio más o menos una hora antes del momento previsto. Esperamos hasta la media tarde antes de que entraran el Faraón y su cortejo. Era evidente que todos habían estado bebiendo licor fuerte, especialmente el Faraón. Tenía el rostro enrojecido, su risa era estridente y su paso poco firme.

Todos los que habíamos estado esperando su llegada estas últimas horas, nos postramos ante él y pusimos la frente contra el suelo de mármol. El Faraón se sentó en el trono frente a nosotros, mientras su grupo de aduladores se distribuía a cada lado de él, riendo y haciendo misteriosas bromas que eran divertidas solo para ellos.

Mientras esto sucedía, los ministros de Estado y los miembros de la familia real entraron en la gran sala y ocuparon sus asientos en la línea más baja de bancos de piedra dispuestos detrás del Faraón pero frente a mí, el acusado.

El más importante y más relevante de estos testigos era el segundo hijo mayor del faraón Tamose, el siguiente en la línea de sucesión al trono,

después de su medio hermano Utteric Turo.

Su nombre era Ramsés. Su madre era la primera y favorita esposa del Faraón. Era la reina Masara, y le había dado seis hijas antes de dar a luz a un varón. Mientras tanto, otra de las esposas más tardías y menos amadas de Tamose, una bruja llamada Saamorti, la había privado por una cuestión de meses del honor de darle el hijo primogénito y heredero al trono. Este era Utteric Turo.

Este público mantuvo un silencio digno, que contrastaba con Utteric Turo y sus secuaces, que continuaron charlando y atronando con risas durante algún tiempo más. Me ignoraron por completo a mí y a mi escolta, obligándonos a soportar el capricho y la voluntad del Faraón.

De pronto, el Faraón me miró por primera vez y su voz sonó como un látigo, brusca y maliciosa.

—¿Por qué este prisionero peligroso no está atado de manos en mi presencia?

El capitán Weneg respondió sin levantar la cabeza para no mirar directamente al Faraón.

—Su Poderosa Majestad... —Nunca antes había yo escuchado este obsequioso término para dirigirse al Faraón, pero después me enteré de que se trataba de una terminología obligatoria cuando uno se dirigía a Utteric Turo, so pena de la ira real.— ...No pensé en encadenar al prisionero porque aún no ha sido juzgado ni declarado culpable de ningún delito.

—¿No lo «pensaste», amigo? ¿Es eso lo que te oí decir? Por supuesto que no pensaste. El pensamiento presupone un cerebro con el que pensar. —Los aduladores reunidos a sus pies soltaron risitas y aplaudieron el ingenio real, mientras dos de los hombres de Weneg me hicieron sentar y me pusieron las esposas de Oneub de nuevo en las muñecas. Weneg no pudo mirarme a los ojos por vergüenza mientras cumplía la orden del Faraón. Cuando terminaron de esposarme me empujaron para quedar boca abajo en el suelo otra vez.

De repente, el faraón Utteric Turo se levantó de su trono para caminar de un lado a otro delante de mí. No me atreví a levantar la cabeza, así que no pude verlo, pero pude escuchar sus sandalias golpeteando en el mármol. Pude juzgar por su ritmo cada vez más acelerado que se estaba poniendo furioso.

Abruptamente me gritó:

—¡Mírame, cerdo traidor!

Inmediatamente uno de los hombres de Weneg detrás de mí me agarró del pelo y me arrastró hacia atrás, hasta quedar sentado y dirigió mi rostro hacia

el Faraón.

—¡Miren ese rostro feo, atontado y contento consigo mismo! Díganme, si se atreven, que no es culpa lo que está escrito en gigantescos jeroglíficos de oreja a oreja, atravesándolo —desafió a todo el mundo en el gran salón—. Ahora recitaré la lista de crímenes contra mí y mi familia que este trozo de excremento ha cometido. Se darán cuenta de cuán ricamente merece la muerte del traidor que le he preparado. —Estaba empezando a temblar por la fuerza de su ira mientras apuntaba con el dedo índice de su mano derecha hacia mi cara. —Su primera víctima que conozco con certeza, aunque probablemente hubo muchas más antes que ella, fue mi abuela paterna, la reina Lostris.

—¡No! ¡No! Yo amaba a la reina Lostris —estallé de angustia, incapaz de contenerme ante la mención de su nombre—. La amé más que a la vida misma.

—Esa es probablemente la razón por la que la asesinaste. No podías tenerla, así que la mataste. La mataste y te jactaste de tu maldad en los rollos que dejaste en su tumba real. Tus propias palabras escritas, que he visto con mis propios ojos, son: «Maté la cosa mala de Seth que crecía en su vientre».

Gemí ante el recuerdo de la excrescencia que el maldito dios Seth había puesto dentro de su cuerpo. En mis tratados médicos le he dado el nombre de «carcinoma». Sí, arranqué esa monstruosidad de su cuerpo muerto, lamentando el hecho de que todas mis habilidades como médico fueran inadecuadas para salvarla de su ataque. Lo arrojé a las llamas y lo reduje a cenizas, antes de comenzar la momificación de sus hermosos restos.

Pero no tenía las palabras para explicar todo esto a su nieto. Soy un poeta que se regocija con las palabras, pero aun así no pude encontrar las palabras para defenderme. Lloré a sollozos pero el faraón Utteric Turo continuó implacable con su lista de acusaciones contra mí. Sonreía con sus labios, pero sus ojos eran como los de una cobra erguida: llenos de odio frío y amargo. El veneno que me escupía era tan nocivo como el de la serpiente misma.

Le relató a los nobles y herederos de la realeza allí reunidos cómo había yo robado una gran fortuna en oro y plata del tesoro real que su padre el faraón Tamose había puesto bajo mi cuidado. Como prueba de mi traición, se refirió a la fabulosa fortuna en terrenos y tesoros que había yo acumulado a lo largo de los años. Hizo un gesto teatral para abrir un rollo que luego leyó en voz alta. Se suponía que allí estaban registrados todos mis desvíos del tesoro. Estos ascendían a más de cien millones de lakhs de plata; más plata que la

que existe en toda nuestra tierra.

Las acusaciones eran tan absurdas que no sabía por dónde empezar mi refutación. Lo único que pude pensar en mi defensa fue negar las acusaciones y repetir una y otra vez:

—¡No! No fue así. El faraón Tamose era como un hijo para mí, el único hijo que he tenido. Él me dio todo eso para recompensarme por los servicios que hice en su nombre durante los cincuenta años de su vida. Nunca le robé nada, ni oro ni plata, ni siquiera una hogaza de pan.

Yo podría no haber hablado, pues el Faraón continuó con la lista de las acusaciones contra mí.

—Este asesino Taita utilizó su conocimiento de drogas y venenos para asesinar a otra preciosa mujer real. Esta vez su víctima fue mi propia madre, la hermosa, amable y muy querida reina Saamorti.

Me quedé sin aliento al oír que esa monstruosa ramera era descrita de ese modo. Yo había tratado a muchos de sus esclavos que ella personalmente había castrado o golpeado hasta la muerte. Ella se había deleitado burlándose cruelmente de mí, por mi hombría dañada y mutilada, lamentando el hecho de que otros se hubieran adelantado a ella con el cuchillo para castrar. Sus sirvientas se habían dedicado de manera lucrativa a llevar a escondidas una aparentemente interminable fila de esclavos varones a su elaborado dormitorio. Las obscenidades que ella practicaba con estas tristes criaturas habían probablemente dado como resultado el nacimiento de la misma persona que estaba delante de mí en ese momento leyendo mi sentencia de muerte: Su Poderosa Majestad el Faraón Utteric Turo.

Una cosa que yo sabía con la mayor certeza era que las pociones y medicinas que yo administraba desesperadamente a la reina Saamorti no habían sido lo suficientemente terapéuticas como para curar las enfermedades sucias que uno o más de sus innumerables amantes habían derramado en los orificios corporales inferiores. Le deseo la paz, aunque estoy seguro de que los dioses en su sabiduría se la van a negar.

Pero ese no fue el final de las terribles acusaciones que el faraón Utteric presentó contra mí. La siguiente fue tan exagerada como todas las acusaciones anteriores juntas.

—Luego vino su escandaloso tratamiento a dos de mis tías reales, las princesas Bekatha y Tehuti. Es cierto que mi padre consiguió arreglar un matrimonio para ambas con el monarca más poderoso y fabulosamente rico del mundo, el poderoso Minos de Creta. El Faraón, mi padre, envió a estas

vírgenes reales en una caravana para su boda con Minos. Su séquito reflejaba nuestra propia riqueza como nación. Estaba compuesto por varios cientos de personas. El tesoro que era la dote de las hermanas era de casi doscientos lakhs de barras de plata fina. Mi padre, el faraón Tamose, una vez más depositó su confianza en este criminal sórdido y depravado que ven ante ustedes, Taita. Le dio el mando de la caravana. Sus ayudantes eran dos oficiales militares, el capitán Zaras y el coronel Hui. Mi información es que esta criatura, Taita, logró llegar a Creta y casar a mis tías con Minos. Pero en la erupción del Monte Cronos causada por la rabia del epónimo dios Cronos, que es el padre del dios Zeus y que fue encadenado por toda la eternidad por su hijo en las profundidades de la montaña...

Aquí el Faraón se detuvo un instante para recuperar el aliento, y luego siguió con sus salvajes acusaciones.

—Minos fue muerto por la caída de rocas cuando la isla de Creta fue devastada por la erupción. En el caos que siguió, esos dos piratas, Zaras y Hui, secuestraron a mis tías. A continuación, secuestraron dos de los barcos que pertenecían a la flota de mi padre el faraón Tamose y huyeron hacia el norte, al archipiélago inexplorado y salvaje en el más lejano fin del mundo. Todo esto se hizo contra la voluntad de mis tías, pero con la connivencia y aliento del acusado canalla, Taita. Cuando volvió a nuestro amado Egipto, Taita le dijo al Faraón que sus hermanas habían muerto en la erupción volcánica, y el Faraón dio por terminada la búsqueda de ellas. Taita debe cargar con toda la culpa por su secuestro y los sufrimientos que sin duda padecieron. Ese solo acto cobarde hace que su perpetrador merezca la pena de muerte.

Una vez más, el único veredicto que podía darme con sinceridad era el de ser culpable: culpable de permitir que las dos mujeres jóvenes a las que amo más aún de lo que ellas me aman tuvieran la oportunidad de encontrar la verdadera realización de sí mismas y la felicidad después de haber cumplido con su deber al máximo. Pero una vez más no pude más que quedar mudo ante mi acusador y mantener el silencio que les había prometido a Bekatha y Tehuti cuando las envié a encontrar la felicidad con los hombres que verdaderamente amaban.

El Faraón se dio vuelta y dejó de mirarme, se irguió cuan alto era y miró a las filas de nobles y príncipes, que habían quedado aturcidos, inmóviles y en silencio por sus revelaciones y acusaciones. Los miró uno a uno, estirando el suspenso. Luego, finalmente, volvió a hablar. No esperaba yo misericordia de

él, y no decepcionó mis expectativas.

—Encuentro al prisionero culpable de todos los cargos que se le imputan. Se le debe privar de todos sus bienes, ya sean grandes o pequeños, muebles o inmuebles, situados en cualquier parte del mundo. Todos son confiscados por mi tesorería, sin excepción alguna.

Un zumbido recorrió las filas de los presentes e intercambiaron miradas envidiosas entre ellos porque todos sabían cuántas riquezas implicaba esta breve enumeración. Era de conocimiento común que yo era el hombre más rico de Egipto, solo después del Faraón. Los dejó debatir entre sí por un rato antes de levantar una mano pidiendo silencio y todos de inmediato quedaron inmóviles. Incluso en mi terrible situación me sorprendió lo aterrizados que estaban todos de su nuevo Faraón, pero yo empezaba a entender la sabiduría de su miedo.

Entonces el Faraón se rio. Este fue el momento en que por primera vez me di cuenta de que Utteric Turo estaba rematadamente loco, y que él no ponía ni moderación ni control sobre su propia locura. Esa risita aguda era un sonido que solo podía ser producido por un lunático. Entonces me acordé de que su madre también había enloquecido; solo que su locura tomaba la forma de incontinencia sexual. En Utteric Turo tomaba la forma de megalomanía. No podía contener ninguno de sus más bajos instintos, ni ninguna de sus fantasías. Deseaba ser un dios, así que declaró serlo y creyó que eso era todo lo que se requería para convertirse en uno.

Al comprender esto, mi corazón voló junto a mis compatriotas, el pueblo de este, el país más grande de la historia del mundo. Ellos estaban apenas empezando a darse cuenta del destino que les esperaba. No me importaba mi destino, pues ya sabía que había sido fijado en la mente confusa de este loco. Pero me preocupaba profundamente lo que le iba a suceder a mi amado Egipto.

Entonces el Faraón empezó a hablar de nuevo.

—Solo me mortifica saber que la muerte le llegará demasiado rápido a este malhechor después de todo el sufrimiento que le ha infligido a mi familia. Me habría gustado hacerlo sufrir hasta los límites de su alma maligna por los aires y gracias que siempre se ha atribuido, y por su pretensión de sabiduría y conocimientos.

En ese momento me las arreglé para sonreír al ver que Utteric no podía disimular su envidia por mi intelecto superior. Pude ver el rápido relámpago de ira que mi sonrisa le provocó, pero él siguió vociferando.

—Soy consciente de que no es un castigo adecuado; pero decreto que seas llevado con tus harapos y cadenas al lugar del Tormento y la Tristeza. Allí serás entregado a los torturadores que te harán...

Y pasó a recitar una lista de atrocidades tan espantosas que dejó a algunas de las amables mujeres en su audiencia con náuseas y llorando horrorizadas.

Finalmente, el Faraón se volvió hacia mí.

—Ya estoy preparado para escuchar tu expresión de remordimiento y arrepentimiento antes de que te envíe a enfrentarte con tu destino.

Me puse de pie, todavía maniatado y medio desnudo, y hablé con claridad, pues ya no tenía nada más que perder.

—Gracias, Su Poderosa Majestad Faraón Utteric Turo. Ahora entiendo por qué todos tus súbditos, sin excluirme, sienten lo que sienten por ti. —No hice ningún esfuerzo por disimular el tono sardónico de mi voz.

El cobarde Utteric me lanzó una mirada de disgusto y me despidió con un movimiento de su mano. Yo era la única persona en el gran salón de Luxor que todavía estaba sonriendo. Esa sonrisa de burla era la única respuesta en mi poder para infligirle al monstruo que ahora gobernaba Egipto.

Como el Faraón había decretado, Weneg y su pelotón me acompañaron para salir de la gran sala del Palacio de Luxor, vestido solamente con mi taparrabo y mis cadenas. En lo alto de la gran escalera me detuve asombrado y contemplé la multitud que llenaba la plaza abierta al pie de la escalinata. Parecía que todos los ciudadanos de nuestra gran ciudad estaban reunidos allí, llenando la plaza hasta desbordar. Permanecían en completo silencio.

Podía sentir su odio y su enemistad. Sin embargo, la mayoría de ellos habían sido mi pueblo. Ellos o sus padres y abuelos habían luchado conmigo en cincuenta batallas. Aquellos que habían quedado lisiados en la lucha yo los socorrí y les di abrigo en mis propiedades, dándoles refugio de los elementos y al menos una comida sustancial al día. Sus viudas también estaban seguras de mi recompensa. Les había dado empleo útil y había educado a sus hijos, dotándolos de un lugar en este mundo difícil. Me di cuenta de que se habían resentido con mi caridad y habían llegado ese día a dar rienda suelta a sus sentimientos.

—¿Por qué están ellos aquí? —le pregunté a Weneg suavemente, apenas moviendo los labios.

Su respuesta fue un susurro aún más suave que mi pregunta.

—Es por la orden del Faraón. Están aquí para injuriarte como un traidor y para arrojarte desperdicios.

—Por eso ordenó que me quitaran las ropas. —Me había preguntado por qué el Faraón había insistido en eso—. Él quiere que sienta la suciedad sobre mi piel. Es mejor que no me sigas de cerca.

—Estaré a un paso de ti. Lo que es bueno para ti, Taita, es suficientemente bueno para mí.

—Me ofreces mucho respeto, buen Weneg —protesté. Entonces me preparé y bajé las escaleras hacia ese mar de humanidad enojada. Podía oír los pasos de mis guardias presionando cerca detrás de mí, dispuestos a compartir mi sufrimiento. No me apresuraba ni me retrasaba, sino que caminaba tranquilamente con los hombros hacia atrás y mi cabeza en alto. Busqué en los rostros de esa multitud que me esperaba, buscando sus expresiones de odio, esperando que la tormenta de sus insultos cayera sobre mí.

Entonces, cuando los rostros de la primera fila de la densa multitud se hicieron más claros, me sentí repentinamente confundido. Muchas de las mujeres estaban llorando. Eso no lo había esperado. Los hombres parecían sombríos y —¿me atrevo siquiera a pensarlo?— tan tristes como dolientes en un funeral.

De pronto una mujer rompió la fila de guardias armados, ostentadamente colocada allí para mantener a las multitudes bajo control. La mujer se detuvo a unos pasos de mí y me arrojó algo. Cayó a mis pies, y me agaché y lo recogí de las losas de piedra entre mis manos esposadas.

No era una bola de excremento como el Faraón había decretado, sino un precioso loto azul de las aguas del Nilo. Esta era la ofrenda tradicional al dios Horus, una muestra de amor y profundo respeto.

Dos de los guardias salieron de la fila tras la mujer y la tomaron por los brazos para contenerla, pero no estaban enojados. Sus modales eran suaves y sus expresiones, de dolor.

—¡Taita! —me gritó la mujer—. Te amamos.

Entonces una segunda voz gritó desde la masa de humanidad detrás de ella.

—¡Taita!

Y luego otro grito:

—¡Taita!

Y de repente mil y luego dos mil voces gritaban mi nombre.

—Tenemos que apurarnos para sacarte fuera de las murallas —me gritó Weneg al oído—, antes de que el Faraón se dé cuenta de lo que está pasando y caiga sobre nosotros su ira.

—Pero yo tampoco entiendo lo que está sucediendo —le grité. No me respondió, sino que me agarró por la parte superior del brazo. Uno de sus hombres agarró con fuerza mi otro brazo. Casi me levantaron apartando mis pies mientras corrían conmigo por el sendero abierto que se achicaba a medida que la multitud se acercaba para intentar tocarme o abrazarme, y sin saber qué ocurriría.

Al final del pasillo, cuatro hombres de Weneg sostenían los carros de combate. Llegamos a ellos justo antes de que la multitud nos superara. Los caballos estaban asustados por el alboroto, pero tan pronto como estuvimos a bordo, los aurigas les dieron rienda libre. Galoparon en una fila por las calles adoquinadas, dirigiéndose hacia las puertas principales de la ciudad. Pronto habíamos dejado atrás a la masa de humanidad. Las puertas ya se estaban cerrando cuando las vimos, pero Weneg hizo crujir su látigo sobre los lomos de sus animales y los lanzó por el estrecho hueco hacia el campo abierto.

—¿A dónde nos dirigimos? —quise saber, pero Weneg ignoró mi pregunta y le entregó la llave de mis esposas a su arquero que iba detrás de mí, sosteniéndome firme en la caja del carro.

—Quita esas cosas de sus muñecas y luego cubre la desnudez del Magus. —No respondió a mi pregunta, pero se mostraba misterioso y seguro de sí.

—¿Con qué piensas cubrirme? —pregunté, mirando mi cuerpo desnudo. Otra vez hizo caso omiso a mi pregunta, pero su arquero me entregó un pequeño paquete de ropa que sacó del compartimento en la carrocería del carro de combate.

—Nunca supe que fueras tan famoso —dijo el arquero mientras me ponía una túnica verde por la cabeza. Lamentablemente era la única para elegir en la bolsa. El verde es un color que me gusta poco; choca terriblemente con el color de mis ojos—. ¿Los oíste gritar por ti? —dijo entusiasmado el arquero—. Pensé que iban a despreciarte, pero te amaron. Todo Egipto te ama, Taita. —Estaba empezando a hacerme sentir incómodo, así que me volví hacia Weneg.

—Este no es el camino más corto de regreso a Oneub en las Puertas del Tormento y la Tristeza —le señalé, y Weneg me sonrió.

—Siento decepcionarte, milord. Pero se ha dispuesto que te encuentres con otra persona aparte del honorable Oneub.

Weneg azuzó a los caballos y los condujo hacia el camino pavimentado que conducía al puerto del Nilo. Pero antes de llegar allí, él volvió a hacer girar las cabezas de los caballos, pero esta vez hacia un sendero hacia el norte que corría paralelo al gran río. Continuamos en silencio durante varias leguas a un trote rápido. No le iba a dar a Weneg la satisfacción y la importancia de volver a preguntarle. Yo no estaba enfurruñado —eso es algo que nunca hago— pero debo confesar que estaba ligeramente irritado por su misteriosa reticencia.

Pude vislumbrar el río a través del espeso bosque que crecía a lo largo de la orilla, pero fingí indiferencia y desvié la vista hacia las lejanas colinas del horizonte oriental. Entonces de repente oí a Weneg que gruñía y exclamaba:

—¡Ah! Ahí está, justo donde prometió estar.

Me volví, pero de manera relajada y sin mostrar interés. Pero súbitamente me senté en el travesaño del carruaje, porque allí, a solo cien pasos de la orilla cercana del Nilo, estaba la nave insignia de nuestra flota de batalla, indudablemente el trirreme más espléndido y más rápido que existía. Podría vencer a cualquier otra nave a flote y abordarla con cien hombres.

No pude permanecer sentado tranquilamente. Me puse de pie, y antes de que pudiera contenerme, había dejado escapar una exclamación.

—¡Por los rebosantes pechos y la untuosa vulva de la gran diosa Hathor! ¡Esa nave es el *Memnon*!

—¡Por el portentoso pene y los testículos turbulentos del gran dios Poseidón! Creo que tienes razón. Por una vez al menos, Taita —me imitó Weneg.

Me contuve un instante y luego, antes de que pudiera evitarlo, me reí y lo golpeé entre los omóplatos.

—Nunca deberías haberme mostrado un barco tan hermoso. Solo servirá para poner una serie de ideas traviesas en mi cabeza.

—Lo cual era mi intención, debo confesarlo. —Weneg le gritó a su tiro de animales grises—. ¡Oh, oh, caballo! —Los magníficos animales asintieron con la cabeza y arquearon el cuello siguiendo el tirón de las riendas, y el carro se detuvo en la orilla, mirando hacia el Nilo, hacia el gran barco de guerra.

En el instante en que nos reconocieron en la costa, la tripulación del *Memnon* saltó al cabrestante en la cubierta de proa y subió la pesada ancla de cobre con forma de cruz. Luego, con la vela trinquetilla y el foque desplegados, el barco de guerra se movió con la ligera brisa del oeste hacia la

costa, donde esperábamos extáticos para saludarlos.

Mi entusiasmo en particular era abrumador, ya que sentí que mi salvación estaba a la mano, y me estaban ahorrando otra sesión con el temido Oneub en las Puertas del Tormento y la Tristeza.

«Memnon» era el nombre de niño de mi amado faraón Tamose, que tan recientemente había sido derribado por la flecha hicsa, tanto que su cadáver aún no había completado el proceso de embalsamamiento que le permitiría descansar en su tumba que estaba lista para recibirlo en el Valle de los Reyes, en la orilla occidental del Nilo. Allí iba a yacer con sus antepasados por toda la eternidad.

El *Memnon* era una nave enorme. Conozco sus especificaciones íntimamente porque, después de todo, yo era el principal responsable de su diseño. Es cierto que el faraón Tamose reclamó los honores por esa hazaña, pero ahora él se ha ido y yo no soy tan malo como para quitarle el crédito a un hombre muerto.

En longitud el casco del *Memnon* excedía los cien codos. Su calado era de 3 codos completamente cargado. Su tripulación era de doscientos treinta hombres. Tenía un total de cincuenta y seis remos en tres bancos por lado, como su nombre de trirreme sugiere. Los bancos inferiores de remo estaban escalonados, y los estabilizadores de la parte superior impedían que los movimientos de los remos interfirieran entre sí. Su ancho era de menos de trece codos por lo que era veloz como un rayo en el agua, y fácil de acercarse a la playa. Su único mástil podía estar bajado, pero cuando se lo levantaba desplegaba una enorme vela cuadrada. Era simplemente el barco de combate más bellamente diseñado a flote.

Cuando se acercó para amarrar en la orilla del río, advertí la presencia de una alta y misteriosa figura en la popa. Estaba vestido con una larga túnica roja y una capucha del mismo color que le cubría la cara, a excepción de las hendiduras de los ojos. Era evidente que no quería ser reconocido y cuando la tripulación hizo que la nave aumentara la velocidad, se fue abajo sin revelar sus rasgos ni dar ninguna otra pista en cuanto a su identidad.

—¿Quién es ese? —le pregunté a Weneg—. ¿Es él a quien hemos venido a conocer?

Sacudió la cabeza.

—No lo puedo decir. Te esperaré aquí, en tierra.

No vacilé y subí por la proa del *Memnon* y caminé por la cubierta superior hasta llegar a la escotilla por la que la figura de túnica roja había

desaparecido. Golpeé la cubierta con el pie e inmediatamente me respondió una voz profunda pero culta. No la reconocí.

—La escotilla está abierta. Baja y ciérrala después.

Seguí estas instrucciones y me agaché para entrar al camarote de abajo. El espacio libre era mínimo pues era una nave de combate y no un crucero de placer. Mi anfitrión de túnica roja ya estaba sentado. No intentó levantarse, sino que indicó el estrecho banco que tenía frente a él.

—Por favor, disculpa mi vestimenta pero por razones que te serán claras de inmediato, necesito mantener mi identidad oculta del rebaño común, al menos por el futuro inmediato. Te conocí bien cuando era niño, pero las circunstancias nos han mantenido separados desde entonces. Por otra parte, conocías bien a mi padre, que te tenía en la más alta consideración, y más recientemente a mi hermano mayor que es menos entusiasta...

Antes de que terminara de hablar yo supe sin lugar a dudas quién era el que estaba sentado ante mí. Me puse de pie para mostrarle el respeto que tanto merecía, pero al hacerlo golpeé la cabeza con fuerza sobre las vigas de la cubierta superior sobre mí. Estas estaban hechas con el mejor cedro del Líbano, y mi cráneo no pudo competir con ellas. Me desplomé otra vez en mi banco con ambas manos tomando mi cabeza y un ligero goteo de sangre cayó sobre mi ojo izquierdo.

Mi anfitrión se puso de pie de un salto, pero tuvo el buen sentido de permanecer agachado. Se quitó la capucha roja de la cabeza e hizo una pelota con ella. Luego la colocó sobre mi herida, presionando fuerte para detener el flujo de la sangre de mi vida.

—No eres el primero en sufrir la misma lesión —me aseguró—. Dolorosa, pero no fatal, te lo aseguro, mi Señor Taita. —Dado que su capucha adornaba mi cuero cabelludo en lugar de cubrir sus rasgos, pude confirmar que en efecto se trataba del príncipe heredero Ramsés quien estaba atendiendo mi lesión.

—Por favor, Su Alteza Real, es solo un rasguño que me tengo muy merecido por mi torpeza. —Me sentí avergonzado por su solicitud, pero agradecido por la oportunidad de recobrar mi ingenio y reconocer al príncipe como tal a tan corta distancia.

Ocupaba el cargo de Gran Almirante de la Flota y era tan meticuloso con sus deberes que muy pocas veces estaba disponible para la vida social ligera y mezclarse con cualquier otra gente que no fueran sus colegas oficiales navales o, naturalmente, su padre. Por supuesto que yo había juguetado con

él de niño y le había contado cuentos de hadas sobre nobles príncipes salvando a doncellas adorables de dragones y otros monstruos, pero al acercarse a la pubertad nos separamos y Ramsés quedó totalmente bajo la influencia de su padre. Desde entonces, nunca más tuve contacto con él. De modo que en ese momento me sorprendió lo mucho que se parecía a su padre, el faraón Tamose. Por supuesto, este parecido reafirmó la alta consideración en la que siempre lo había tenido. En todo caso era aún más guapo que su padre. Sentí una punzada de conciencia por solo pensar en eso; pero esa era la verdad.

La línea de su mandíbula era más fuerte y sus dientes más parejos y más blancos. Era un poco más alto que su padre, y tenía la cintura más delgada y los miembros más flexibles. Su piel era de un muy notable tono de color oro profundo, que reflejaba la ascendencia abisinia de su madre, la reina Masara. Sus ojos eran más brillantes y un poco más lustrosos de esa misma tonalidad: su mirada era penetrante, y al mismo tiempo inteligente y amable.

Mi corazón se volcó hacia él una vez más, como si los años pasados nunca hubieran existido. Sus siguientes palabras confirmaron mis instintos.

—Tenemos muchas cosas en común, Taita. Pero, en este momento, la más apremiante de ellas es la cruel e implacable enemistad de mi hermano mayor. El faraón Utteric Turo no va a descansar hasta vernos muertos. Por supuesto, tú ya estás condenado a muerte. Pero yo también lo estoy, aunque no tan abiertamente, pero con igual o mayor placer y expectativa.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué te odia tu hermano? La pregunta llegó fácilmente a mis labios. Sentí que con este hombre estaba perfectamente de acuerdo. No tenía yo nada que ocultarle, ni él tenía nada que ocultarme a mí.

—Es simplemente porque el faraón Tamose me amaba a mí y a ti más de lo que amaba a Utteric, su hijo mayor. —Se detuvo un instante y luego prosiguió—: Y también porque mi hermano está loco. Se siente acosado por fantasmas y espíritus nacidos de su propia mente retorcida. Quiere deshacerse de cualquier persona más sabia y noble que él.

—¿Estás seguro de eso? —le pregunté, y él asintió con la cabeza.

—¡Con toda certeza, sí! Tengo mis fuentes, Taita, como sé que tú también las tienes. En secreto y solo para sus aduladores, Utteric se ha jactado de sus intenciones hostiles hacia mí.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —quise saber y su respuesta resonó en mis oídos como si fuera mi propia voz la que hablaba.

—No puedo convencerme de hacerle daño. Mi padre lo amaba. Eso es suficiente para detener mi mano. Pero tampoco voy a dejar que me asesine. Hoy mismo me voy de Egipto. —Su tono era tranquilo y razonable—.

¿Quieres venir conmigo, Taita?

—Le serví a tu padre con alegría —le respondí—. No puedo hacer menos por ti, mi príncipe que debería ser faraón. —Se acercó a mí y me estrechó la mano derecha en un gesto de amistad y acuerdo, y seguí hablando—: Sin embargo, hay otros que se han puesto en peligro por mi causa.

—Sí, ya sé a quién te refieres —estuvo de acuerdo Ramsés—. El capitán Weneg y sus legionarios son buenos y leales. Ya he hablado con ellos. Ellos pondrán su suerte en nuestras manos.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Entonces no tengo ninguna otra objeción. Dondequiera que tú conduzcas, te seguiré, mi señor Ramsés. —Yo sabía muy bien dónde estaba eso; mejor que el propio príncipe. Sin embargo, todavía no era el momento de abordar ese tema.

Los dos volvimos a subir a la cubierta y vi que en la orilla Weneg y sus hombres ya habían desmontado los carros. Mientras observábamos, sus hombres llevaban las partes por la planchada y las guardaban en la bodega del barco. Luego condujeron los caballos a bordo y los enviaron abajo también. En menos de una hora el *Memnon* estaba listo para navegar. Salimos de la orilla y apuntamos la proa hacia el norte. Con el viento en nuestras velas, la corriente del río empujándonos y la triple fila de bancos de remos golpeando las aguas del Nilo levantando espuma, nos dirigimos hacia el norte, hacia el mar abierto y la libertad de la esclavitud maligna y perniciosa del Faraón.

* * *

Uno de los pocos beneficios de ser un longevo es estar dotado con poderes notables de curación y recuperación de cualquier lesión. Casi al cabo de una hora, la herida autoprovocada en mi cuero cabelludo dejó de sangrar y comenzó a secarse y a desaparecer, y antes de llegar a la desembocadura del estuario del Nilo, donde desembocaba en el gran mar del medio, los latigazos, las contusiones y otras lesiones infligidas por el terrible Oneub y sus secuaces

habían sanado completamente, dejando otra vez mi piel suave, brillante y saludable como la de un joven.

Durante los largos días que siguieron mientras navegábamos hacia el norte por el río hacia el mar, el príncipe y yo tuvimos tiempo de sobra para renovar nuestra relación.

La siguiente decisión urgente que teníamos que tomar era elegir nuestro destino final una vez que nos hubiéramos alejado de Egipto. Parecía que Ramsés había concebido la espantosa idea de navegar a través de las rocosas Puertas de Hathor en el fin del mundo, solo para ver lo que había más allá de ellas. Yo sabía muy bien lo que había más allá. La gran nada estaba más allá. Si estuviéramos tan mal aconsejados como para tomar ese curso, simplemente caeríamos del fin del mundo hacia la oscuridad por toda la eternidad.

—¿Cómo sabes que eso es lo que nos pasará? —me preguntó Ramsés.

—Porque nadie ha regresado de más allá de las Puertas —expliqué de manera bastante razonable.

—¿Cómo sabes eso? —quiso saber.

—Dime el nombre de alguien que haya regresado —lo desafié.

—Scaeva de Hispan.

—Nunca escuché hablar de él. ¿Quién era?

—Fue un gran explorador. Mi bisabuelo lo conoció.

—¿Pero alguna vez estuviste con él?

—¡Por supuesto que no! Murió mucho antes de que yo naciera.

—¿Entonces tu bisabuelo te habló de él?

—Bueno, en realidad no. Él también murió antes de que yo naciera. Mi propio padre me contó la historia de Senebsen.

—Tú sabes cuánto respeto la memoria de tu padre. Sin embargo, nunca tuve la oportunidad de discutir los viajes de este Senebsen con él. Además, dudo que yo hubiera quedado suficientemente convencido por los relatos de tercera mano acerca de lo que hay más allá de las puertas como para correr el riesgo de viajar allí.

Por pura casualidad, tuve un sueño dos noches más tarde. Soñé que las princesas Bekatha y Tehuti junto con todos sus numerosos hijos habían sido capturadas por piratas persas y encadenados a una roca en el borde del mar como una ofrenda para apaciguar al terrible monstruo marino conocido como Tarquist. Esta criatura tiene alas con las que es capaz de volar por el aire como un gran pájaro o nadar por el mar como un poderoso pez. También

tiene cincuenta bocas que son insaciables ante la carne humana y con las cuales es capaz de destruir hasta los más grandes barcos jamás construidos por los hombres.

Por cierto, yo me sentía muy reacio a contarle mi sueño a Ramsés, pero al final tuve que tener en cuenta el deber solemne que yo le había jurado a la casa real de Egipto. Por supuesto, Ramsés conocía perfectamente mi reputación de augur y lector de sueños. Escuchó en silencio y muy serio mi propia interpretación del sueño, luego, sin dar su opinión se dirigió a la proa de la nave donde permaneció aislado durante el resto de la tarde. Volvió a mí, en la popa, cuando el sol se ponía y no desperdió palabras.

—Te ordeno muy estrictamente que me digas la verdad sobre lo que les ocurrió a mis dos tías cuando fueron enviadas por mi padre, el faraón Tamose, al Imperio de Creta para convertirse en esposas del Gran Minos, rey de Creta. Tenía entendido que ellas cumplieron con su deber tal como mi padre lo había decretado y se convirtieron en esposas de Minos, pero luego murieron en la erupción violenta del Monte Cronos. Esto es lo que mi padre me dijo. Pero también estuve presente cuando mi hermano Utteric te acusó de traición y de falsear la verdad. Él dice que mis tías sobrevivieron a las erupciones volcánicas que mataron a su marido, Minos, pero luego descuidaron sus obligaciones y en lugar de regresar a Egipto se escaparon con esos dos pícaros Zaras y Huí y desaparecieron. Descarté las acusaciones de Utteric como desvaríos de un lunático, pero ahora este sueño tuyo parece confirmar la idea de que todavía están vivas. —Se interrumpió y me miró con su penetrante mirada—. Dime la verdad, Taita —me desafió—. ¿Qué pasó realmente con mis tías?

—Hubo circunstancias —evadí la pregunta directa.

—Eso no es una respuesta —me reprendió—. ¿Qué quieres decir con «hubo circunstancias»?

—Por favor, déjame darte otro ejemplo, Ramsés.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Te escucho.

—Supongamos que un príncipe de la casa real de Egipto se da cuenta de que su hermano mayor, que es el faraón, tiene la intención de asesinarlo sin ninguna buena razón, y decide huir de su país en lugar de quedarse y morir. ¿Considerarías eso como un abandono de su deber? —le pregunté, y Ramsés se balanceó sobre sus talones y me miró con asombro.

Finalmente sacudió la cabeza como para aclarar sus ideas, y luego habló

en voz baja.

—¿Quieres decir que yo lo consideraría como circunstancias atenuantes?

—¿Lo harías?

—Supongo que lo haría —admitió, y luego sonrió—. Supongo que ya lo hice.

Me agarré de su admisión.

—Muy bien. Te hablaré de tus dos tías. Eran muchachas encantadoras, leales y honestas, y también inteligentes y muy hermosas. Tu padre las envió a Creta como futuras esposas de Minos. Fui nombrado acompañante de ambas. Cumplieron con su deber ante tu padre y ante Egipto. Se casaron con Minos a pesar de que estaban enamoradas de hombres elegidos por ellas. Entonces Minos murió en la erupción del monte Cronos y de pronto se vieron libres. Se fugaron con los hombres que amaban de verdad y yo, en lugar de desalentarlas, las ayudé.

Me miraba fascinado mientras seguía hablando.

—Tienes razón en tus sospechas. Tus tías siguen vivas.

—¿Cómo lo sabes? —me conminó.

—Porque no hace más de un mes hablé del tema con sus maridos. Quiero que vengas conmigo a visitarlos. Puedes viajar de incógnito, como capitán del *Memnon*, no como un príncipe de la casa real de Tamose. Entonces estarás en posición de juzgarlas y comparar su decisión de desaparecer con tu propia decisión de hacer exactamente lo mismo.

—¿Y si sigo pensando que mis tías incumplieron sus deberes reales?

—Entonces navegaré contigo por las Puertas de Hathor y saltaré contigo por el borde del mundo hacia la eternidad.

Ramsés dejó escapar una carcajada y, cuando recuperó la compostura, se enjugó de las mejillas las lágrimas que la risa le había provocado, y preguntó:

—¿Sabes dónde encontrar a estas dos huidizas damas?

—Sí.

—Entonces muéstrame el camino —me invitó.

Dos días después llegamos a la desembocadura del Nilo sin mayores retrasos. La flota hicsa estaba destruida, y no había otra nave a flote que se atreviera a desafiar nuestro derecho de paso, porque el *Memnon* dominaba el río tal como su homónimo había gobernado la tierra. El Mar del Medio estaba delante de nosotros. Pasamos por Fatnic, la más grande de las siete bocas del río Nilo, y mi corazón se regocijó dentro de mí al navegar una vez más por las olas del más grande de todos los océanos.

Yo sabía que en el curso norte que teníamos que tomar, estaríamos sin ver tierra durante varios días y posiblemente hasta una semana tal vez. En esta estación del año las nubes probablemente iban a tapar el sol durante días enteros. La navegación fue siempre un problema en estas circunstancias, por lo que era hora de mostrarle a Ramsés mi pescado mágico. Este me fue dado hace muchos años por un curandero africano. Yo había salvado a su hijo mayor de la muerte por mordedura de serpiente y su gratitud fue total.

Este pescado mágico está tallado en un tipo raro y pesado de piedra negra que solo se encuentra en Etiopía, por encima de la última catarata del Nilo. Los miembros de la tribu la conocen como la «piedra para volver a casa», porque con ella pueden encontrar el camino de regreso al hogar. Hay muchos que menosprecian la sabiduría de las tribus negras, pero yo no soy uno de ellos.

Mi pescado mágico es tan largo como mi dedo meñique, pero apenas ancho como una astilla. Cuando es necesario, lo pego a un pedazo de madera tallada con la forma del casco de un barco. Hay que hacer flotar este barco en miniatura con el pescado a bordo en un bol redondo de agua. El bol también debe ser de madera y debe estar decorado con diseños africanos esotéricos en colores vivos. Luego viene la parte mágica. El pez tallado en la piedra nada lentamente pero con decisión hacia el punto más septentrional de la circunferencia del recipiente, sin importar en qué dirección apunte la proa de la nave. En esta etapa de nuestro viaje solo tuvimos que dirigir la proa del *Memnon* ligeramente a la izquierda de la dirección en la que la nariz del pez estaba apuntando. Noche o día, el pez mágico es infalible. En nuestro viaje de regreso simplemente habremos de dirigir la proa del *Memnon* en la dirección inversa; eso siempre suponiendo que alguna vez vayamos a volver a Egipto.

Ramsés se burló de mi pequeño pez.

—¿Puede también cantar una oda a los dioses, o traerme una jarra de buen

vino, o señalar el camino a una muchacha bonita con una entrepierna dulce como la miel? —quiso saber. Permanecí sordo ante tan indecorosa liviandad.

En nuestra primera noche en mar abierto el cielo fue oscurecido completamente por las nubes. No había sol, luna ni estrellas para guiarnos. Navegamos toda la noche en una oscuridad propia del inframundo solo con la piedra para volver a casa indicándonos el camino. Mucho antes del amanecer, los dos subimos a cubierta y nos sentamos alrededor del cuenco de madera, observándolo con la débil luz de una lámpara de aceite. Ramsés estuvo todo el tiempo haciendo más bromas a mi costa. Se sintió mortificado cuando se hizo el día y las nubes se apartaron para revelar que el *Memnon* y mi pequeño pez mantenían el curso preciso, un poco al oeste del norte.

—Es realmente mágico —le oí murmurar para sí mismo cuando esto sucedió la mañana del tercer día consecutivo. Luego, en la cuarta mañana, cuando el sol empujó su cabeza ardiente sobre el horizonte, la devastada isla de Creta apareció a no más de cinco leguas delante de nuestra proa.

Muchos años antes, cuando las vi por primera vez, las montañas de Creta eran verdes y densamente boscosas. Las grandes ciudades y los importantes puertos marcaban las costas de la isla como las más prósperas del mundo. Las aguas que rodeaban sus costas estaban repletas de embarcaciones, tanto naves de guerra como barcos de carga.

Pero esta vez los bosques y las ciudades habían desaparecido, convertidos en negras cenizas por el aliento ardiente del gran dios Cronos, que en un ataque de ira destruyó la montaña a la que su propio hijo Zeus lo había encadenado, haciéndola estallar en una feroz erupción volcánica. Los restos de su singular montaña se habían hundido bajo las aguas, sin dejar rastro alguno de su existencia anterior. Cambiamos de rumbo y navegamos tan cerca de la costa como parecía seguro, pero no pude reconocer ningún rasgo que hubiera existido antes. Incluso después de todos estos años, el aire todavía apestaba a azufre y a cosas muertas, tanto animales como peces. O tal vez eso en realidad era solo mi imaginación vívida y mi agudo sentido del olfato. En cualquier caso, las aguas bajo nuestra quilla carecían de vida; los arrecifes de coral habían sido destruidos por el mar hirviente. Incluso Ramsés y su tripulación, que nunca habían conocido este mundo, estaban anonadados y consternados por semejante destrucción total.

—Esto es un abundante testimonio de que todos los esfuerzos del hombre son insignificantes y triviales frente a los dioses. —Ramsés habló en voz baja—. Alejémonos pronto de este lugar y dejémoslo en manos de la ira

apocalíptica del dios Cronos.

Así pues, le ordené al timonel que cambiara de rumbo y aumentara el ritmo de los remos. Nos dirigimos hacia el norte, hacia el Mar de Grecia, siempre navegando algunos puntos al oeste del norte verdadero.

Las aguas en que navegábamos eran para mí inexploradas. Creta era lo más al norte que me había aventurado. En un día pasamos la zona devastada por el volcán y el mar retomó su aspecto amistoso y acogedor. Ramsés tenía una mente rápida e inquisitiva. Estaba ansioso por aprender y yo encantado de complacerlo. Quería particularmente saber todo lo que pudiera yo contarle sobre su historia y sus orígenes familiares, de los que yo sabía mucho. Había convivido personalmente con cuatro generaciones de faraones. Me complacía poder compartir mis conocimientos con él.

Pero no estábamos tan metidos en la historia de Egipto como para que descuidáramos nuestros deberes como comandantes del mejor buque de guerra en actividad. El tiempo que dedicamos a examinar el pasado no fue nada comparado con el que pasamos preparándonos para futuras contingencias. Como convenía a una nave de su clase, la tripulación había sido seleccionada por el mismo Ramsés y estaba formada por un grupo de hombres más espléndidos de los que yo jamás había visto en acción, pero siempre he creído en mejorar la perfección si ello es remotamente posible. Ramsés entrenaba a sus hombres sin piedad, y yo lo ayudaba a mantenerlos en los niveles más altos de entrenamiento.

Los mejores comandantes militares tienen un instinto para el peligro y para la presencia de un enemigo. Al mediodía de la tercera mañana después de haber dejado atrás la isla de Creta comencé a experimentar una conocida sensación sin nombre. Pasé gran parte de la tarde escudriñando subrepticamente el horizonte no solo delante de la nave, sino también detrás de nosotros. Sabía por experiencia que era peligroso ignorar estas premoniciones mías. Entonces vi que no estaba solo en mi inquietud. Ramsés también estaba inquieto, pero él no podía ocultar su preocupación tan bien como lo hacía yo. Él, por supuesto, tenía mucha menos experiencia que yo. A última hora de la tarde, cuando el sol estaba a solo un palmo sobre el horizonte occidental, él dejó la espada y el casco a un lado y trepó hasta arriba del palo mayor. Observé que fijó su mirada detrás de nuestra estela por un rato, y luego ya no pude contenerme. También me despojé de mis armas y la media armadura y me dirigí al pie del mástil. Para entonces la tripulación y especialmente aquellos que tomaban su turno en los remos largos me

observaban con interés. Subí desde la cubierta principal hasta la cofa sin detenerme y Ramsés hizo sitio para mí, aunque quedamos apretados uno al otro en el estrecho espacio del lugar del vigía. Él no dijo nada, pero me miró con curiosidad por un rato.

—¿Lo has visto ya? —rompí el silencio y él se sorprendió.

—¿He visto a quién? —preguntó cauteloso.

—Quienquiera que sea que nos está siguiendo —respondí, y él se rio suavemente.

—Así que también los has sentido. Eres un astuto perro viejo, Taita.

—No he llegado a ser un perro viejo por ser estúpido, jovencito. A mi edad soy sensible a las pistas.

Ramsés dejó de reír.

—¿Quién crees que es? —preguntó con más sobriedad.

—Este mar del norte es el coto de caza de todo pirata que se precie de tal. ¿Cómo podría escoger a uno de ellos?

Vimos al sol que se hundía pesadamente en el mar. Sin embargo, el horizonte detrás de nosotros permaneció desprovisto de vida, hasta que de repente gritamos juntos:

—¡Ahí está!

Justo un instante antes de que el sol fuera succionado bajo las aguas, disparó un rayo de luz dorada sobre las oscuras olas. Los dos sabíamos que eso era un reflejo de la vela de la nave que nos acechaba.

—Creo que lo que persigue es nuestra sangre, de lo contrario, ¿por qué está siendo tan cauteloso? Espera a que nosotros achiquemos vela o nos detengamos completamente a la puesta del sol, así que se está conformando con no sobrepasarnos. Quiere llegar a nosotros en la oscuridad sin causar una colisión —conjeturé—. De modo que ahora deberíamos prepararle una pequeña sorpresa.

—¿Qué sugieres, Taita? Yo estoy más acostumbrado a luchar contra otras naves dentro de los confines del Nilo, no aquí en el mar abierto. Así que me someto a tu superior conocimiento.

—Vi que tienes un cambio de velas en la bodega de popa.

—Ah, te refieres a la vela negra. Es útil para el trabajo nocturno, cuando no queremos ser descubiertos por el enemigo.

—Eso es exactamente lo que necesitamos ahora —le dije.

Esperamos hasta que el último rayo de luz se desvaneció en la oscuridad. Luego cambiamos de curso a noventa grados a babor y navegamos por lo que

calculé era aproximadamente una milla. Allí nos detuvimos y bajamos nuestra vela blanca y la reemplazamos por la negra. Esta maniobra fue complicada por la oscuridad, y nos ocupó durante más tiempo de lo que esperaba. Por fin, con nuestra vela mayor negra como la noche, volvimos a nuestro curso original, maniobra que fue posible gracias a mi pescado mágico y un ocasional destello de un relámpago fugaz que iluminó brevemente las nubes.

Tenía yo la esperanza de que la otra nave hubiera seguido nuestro rumbo original y que en la demora mientras cambiábamos la vela, nos hubiera pasado y en ese momento estuviera navegando delante de nosotros, con la mirada fija de todos los miembros de su tripulación por sobre la proa. Obviamente, el capitán del barco pirata estaría desplegando todas sus velas para sobrepasarnos, así que le pedí a Ramsés que hiciera lo mismo. El *Memnon* avanzó por la oscuridad levantando una espuma que nos rociaba desde la proa y nos golpeaba como una tormenta de granizo. Todos los miembros de nuestra tripulación estaban armados y listos para una pelea, pero a medida que pasaba el tiempo, empecé a dudar de mis propios cálculos acerca de las posiciones relativas de las dos naves.

De repente, el barco pirata pareció brotar ante nosotros desde la oscuridad de la noche. Apenas tuve tiempo de gritarle una advertencia al timón y allí estaba, directamente por delante y de costado hacia nosotros, iluminado por otro relámpago fugaz. Parecía que el capitán pirata había renunciado a toda esperanza de acercarse a nosotros por la popa. Se había convencido de que había pasado junto a nosotros en la oscuridad, así que ahora estaba tratando de avanzar hacia el punto opuesto y dar la vuelta para buscarnos. Estaba directamente en la ruta del *Memnon* y parecía un tronco en el agua. Nos dirigíamos hacia él a velocidad de ataque y con nuestra proa afilada como un hacha que lo habría atravesado de lado a lado, y habría sido dominado por la ferocidad del impacto.

Fue un tributo a la habilidad marítima de Ramsés y al entrenamiento de su tripulación que él pudiera impedir una colisión frontal que hubiera destrozado ambas naves y nos hubiera enviado a todos nosotros al fondo del océano. Logró cambiar de rumbo apenas lo suficiente como para presentar nuestro costado al de la nave detenida. De todos modos, el impacto fue suficiente para derribar a todos los miembros de la tripulación a la cubierta, incluido el capitán y el timonel. Estaban allí amontonados, muchos de ellos heridos o aturcidos, e incluso los pocos que podían ponerse de pie habían perdido sus

armas y no estaban en condiciones de defenderse.

La mayor parte de la tripulación del *Memnon* había sido advertida con suficiente antelación como para poder sujetarse y agarrarse de algún asidero. Los otros fueron catapultados desde la cubierta del *Memnon* hasta la cubierta del barco pirata. Yo fui uno de ellos. No pude desacelerarme por mis propios esfuerzos, así que elegí el obstáculo más suave en mi camino y me dirigí hacia él. Y sucedió que este era el capitán pirata en persona. Los dos nos estrellamos sobre la cubierta juntos, pero conmigo en la parte superior, sentado a horcajadas en el torso del otro hombre. Había perdido mi espada en este cambio abrupto de embarcación, así que no pude matarlo de inmediato, lo cual probablemente fue mejor, porque dejó escapar un gemido lastimero a la vez que empujaba la visera de su casco de bronce a la parte posterior de su cabeza, para fijar su mirada en mí. Justo en ese momento otro relámpago iluminó la cara del hombre que tenía debajo de mí.

—En nombre de Seth y su hediondo culo, almirante Hui, ¿qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—Sospecho que es exactamente lo mismo que tú estás haciendo aquí, buen Taita. Ganándome algunas monedas de plata para ayudar a alimentar al bebé —me respondió roncamente, tratando de recuperar el aliento y haciendo fuerza para sentarse—. Ahora, si solo te apartas de mí, te daré un abrazo y te ofreceré un tazón de buen vino tinto de Lacedemonia para celebrar nuestra oportuna reunión.

Llevó algún tiempo poner a las dos tripulaciones en pie, ocuparnos de los heridos más graves y luego disponer de hombres para poner en funcionamiento las bombas en el buque pirata y así evitar que se hundiera, pues el daño que había sufrido en la colisión era mucho peor que el de nuestra nave.

Recién entonces tuve la oportunidad de presentarle a Ramsés a Hui. No lo hice como el siguiente en línea de sucesión al trono de Egipto, sino simplemente como el capitán de la nave. Luego presenté Hui a Ramsés. No como su tío político sino como almirante de la flota de Lacedemonia y bucanero de tiempo parcial.

A pesar de la diferencia en sus edades, simpatizaron mutuamente casi de inmediato, y para cuando empezamos con la segunda jarra de vino tinto estaban charlando como viejos compañeros de barco.

Se necesitó el resto de esa noche y la mayor parte del día siguiente para reparar el daño en ambos barcos, y para que yo terminara de coser los cortes

y entablillar los miembros rotos de las víctimas que ambos lados habían sufrido. Cuando finalmente partimos rumbo a puerto Githion en la costa sur de Lacedemonia, Hui guió al *Memnon* en su nave insignia que había llamado con el nombre de su propia esposa, el *Bekatha*.

Dejé a Ramsés al mando del *Memnon* y fui a bordo del *Bekatha*, y así pude explicarle a Hui en privado las circunstancias complicadas de nuestra repentina llegada. Hui escuchó mi explicación en silencio y recién cuando terminé se rio divertido.

—¿Qué te parece tan gracioso? —pregunté.

—Pudo haber sido mucho peor.

—¿De qué manera, por favor, dime? Soy un paria, se me niega la entrada a mi patria bajo pena de muerte, privado de mis propiedades y títulos. —Fue la primera vez desde que fui forzado a huir de mi amado Egipto que tuve ocasión de lamentar mis circunstancias. Me sentí completamente desdichado.

—Por lo menos, eres un paria rico, y todavía muy vivo —señaló Hui—. Todo gracias al rey Hurotas.

Me tomó un momento recordar de quién se trataba. A veces todavía pensaba en él como Zaras. Pero Hui tenía razón. No solo seguía siendo un hombre rico, gracias al tesoro que Hurotas guardaba para mí, sino que también estaba a punto de reunirme con mis queridas princesas después de haber estado separado de ellas durante casi tres décadas.

De repente me sentí bastante alegre de nuevo.

Los picos de la cordillera del monte Taigeto fueron lo primero que mis ojos alguna vez vieron de Lacedemonia. Eran tan afilados como los colmillos de un dragón, empinados como el golfo de Hades y aunque era el principio de la primavera todavía estaban adornados con brillantes campos de hielo y nieve.

Al navegar hacia ellos, se elevaron muy por encima del mar y vimos que sus laderas inferiores eran verdes y con altos bosques. Al acercarnos más todavía tuvimos ante nosotros las costas, fortificadas con acantilados de roca gris. Las filas ininterrumpidas de olas agitadas se precipitaban sobre ellos como legiones de guerreros al ataque y una tras otra descargaban su furia sobre ellos en un estruendoso oleaje con espuma.

Entramos en la boca de una bahía profunda de muchas leguas de ancho. Era la Bahía de Githion. Aquí las olas eran más suaves y contenidas. Pudimos acercarnos más a la orilla. Navegamos frente a la boca de un ancho río que

desciende de las montañas.

—El río Hurotas —me explicó Hui—. Llamado así por alguien que tú conoces muy bien.

—¿Dónde está su ciudadela? —quise saber.

—A casi cuatro leguas hacia el interior —respondió Hui—. La hemos ocultado deliberadamente del mar para desalentar a los visitantes no deseados.

—Entonces, ¿dónde está anclada su flota? Seguramente sería difícil ocultar una serie de galeras de guerra como yo sé que ustedes tienen.

—Mira a tu alrededor, Taita —sugirió Hui—. Están ocultas a la vista de todos.

Tengo una visión muy aguda, pero no pude distinguir lo que Hui me estaba desafiando a descubrir. Esto me irritó. No me gusta ser ridiculizado. Debí de haberlo sentido porque cedió y me dio una pista.

—Mira allá donde las montañas bajan hasta el mar. —Entonces, por supuesto, todo quedó en foco y me di cuenta de que lo que yo había supuesto eran unos cuantos árboles muertos esparcidos a lo largo de la costa eran demasiado rectos y carecían de ramas y follaje.

—¿No son estos los mástiles desnudos de una serie de galeras de guerra? Pero parecen estar varados en tierra, porque no puedo distinguir sus cascos.

—¡Excelente, Taita! —Hui me aplaudió generosamente, disipando mi irritación con sus infantiles juegos de adivinanzas—. Los cascos de nuestras galeras están ocultos detrás del muro del puerto que hemos construido para ellos. Solo unos pocos de ellos tienen sus mástiles todavía en alto. La mayoría los han bajado, lo que los hace todavía más difíciles de detectar.

—Están hábilmente ocultos —concedí magnánimamente.

Nos dirigimos hacia el puerto escondido con el *Memnon* siguiéndonos. Cuando estuvimos cerca, a medio tiro de arco, la entrada nos fue repentinamente revelada. Doblaba sobre sí misma para ocultarlos desde el mar. Cuando entramos, bajamos nuestras propias velas y empujamos con los remos para avanzar por el pasaje. Pasamos por la curva final y el puerto interior nos fue revelado con toda la flota de Lacedemonia amarrada a sus embarcaderos a lo largo de la muralla sobre el mar. Este puerto oculto era una colmena en plena actividad. En todos los barcos los hombres estaban ocupados preparándose para el mar: reparando velas y cascos o llevando a bordo nuevos suministros de comida, equipo y armas.

Pero toda esta actividad se detuvo abruptamente cuando nuestras dos

galeras pasaron por la entrada. El *Memnon* causó un revuelo entre los hombres en tierra. Dudo que alguna vez hubieran visto algo como este a flote, pero entonces algo más sucedió para desviar su atención incluso de una vista tan magnífica como la nave insignia de Ramsés. Los hombres volvieron su atención al trirreme principal: el *Bekatha* de Hui. Comenzaron a señalar a nuestro pequeño grupo de oficiales en la cubierta de popa. Empezaron a gritarse unos a otros y escuché que mi nombre, «Taita», iba de boca en boca.

Por supuesto la mayoría de ellos me conocía bien, no solo como un viejo compañero de armas y una persona de aspecto excepcional y llamativo, sino por otra razón eminentemente más memorable para el marinero o el auriga común.

Antes de separarme de ellos después de la captura de la ciudad de Menfis, la derrota de Khamudi y la aniquilación de las hordas hicsas, yo le había pedido al rey Hurotas que distribuyera una pequeña porción de mi parte del botín entre sus tropas en reconocimiento por su actuación en la batalla. Esto equivalía a un mero lakh de plata de los diez lakhs que eran míos, el equivalente a unas diez monedas de plata de cinco débens de peso para cada hombre. Por supuesto, esto es una cantidad insignificante para usted y para mí, o para cualquier otro noble, pero para el rebaño común equivale a casi dos años de salario. En otras palabras, es una verdadera fortuna. Ellos lo recordaban, y probablemente continuarían haciéndolo hasta el día de su muerte.

—¡Es el Señor Taita! —se gritaban unos a otros, señalándome.

—¡Taita! ¡Taita! —Otros fueron uniéndose al cántico y se agolpaban en el muelle para darme la bienvenida. Trataban de tocarme cuando bajé a tierra y algunos de ellos incluso tuvieron la temeridad de intentar darme palmadas en la espalda. Varias veces casi me hicieron perder el equilibrio, hasta que Hui y Ramsés formaron una escolta con veinte de sus propios hombres para proteger mi persona. Ellos me llevaron por entre el alboroto hasta donde los caballos estaban esperando para llevarnos por el valle hasta el sitio donde el rey Hurotas y la reina Esparta estaban construyendo su ciudadela.

A medida que nos alejábamos de la costa, la campiña se hacía más hermosa con cada legua que recorríamos. El telón de fondo constante de las montañas cubiertas de nieve siempre estaba a plena vista para recordarnos el invierno que acababa de terminar. Los prados debajo de ellas eran de un verde exuberante, con hierba fresca a la altura de la cintura y miríadas de hermosas flores inclinando la cabeza con la ligera brisa que bajaba desde las

alturas del Taigeto. Por un tiempo avanzamos por las orillas del río Hurotas. Sus aguas eran todavía abundantes por el deshielo, pero lo suficientemente claras como para distinguir las formas de los grandes peces que yacían en las profundidades con la nariz contracorriente. Había hombres y mujeres medio desnudos metidos hasta el pecho en las heladas aguas, arrastrando entre ellos largas curvas de redes tejidas, recogiendo esos peces y apilándolos en montones brillantes sobre la orilla. Hui se detuvo durante unos minutos para regatear y comprar cincuenta de las más grandes de estas deliciosas criaturas y llevarlas a las cocinas de la ciudadela real.

Aparte de estos habitantes del río, había muchachitos a lo largo de la carretera que vendían racimos de palomas y perdices que ellos habían atrapado, y puestos en los que se exhibían los cuerpos de bueyes y ciervos salvajes. Había manadas de animales domesticados pastando en los campos: ganado bovino y cabras, ovejas y caballos. Todos estaban en buenas condiciones, engordados y robustos con la piel brillante. Los hombres y mujeres que trabajan en los campos eran en su mayoría muy jóvenes o muy viejos, pero todos parecían igualmente felices. Nos gritaron alegres saludos cuando pasamos cerca de ellos.

Recién cuando nos acercamos a la ciudadela, el aspecto de la población comenzó a cambiar. Eran más jóvenes, la mayoría de ellos en edad militar. Vivían en barracones bien construidos y amplios y estaban ocupados participando en entrenamientos y ejercicios tácticos de batalla. Sus carros de guerra, armaduras y armas parecían ser del mejor y más moderno tipo, incluyendo el arco recurvado y los carros ligeros pero resistentes con un tiro de cuatro caballos cada uno.

Nos detuvimos más de una vez para observarlos en sus ejercicios y fue inmediatamente evidente que estas eran tropas de primera, listas para la batalla, en el pico de su entrenamiento. No se podía esperar otra cosa con Hurotas y Hui como sus oficiales al mando.

Habíamos estado ascendiendo gradualmente desde que dejamos atrás la costa. Finalmente, después de un viaje de cuatro leguas, llegamos a otra altura boscosa y volvimos a detenernos, esta vez con asombro cuando apareció ante nosotros la ciudadela que se extendía en el centro de una amplia cuenca de terreno abierto rodeada por las altas murallas de las montañas.

El río Hurotas corría por el centro de esta cuenca. Pero se dividía en dos fuertes corrientes de agua que corrían con rapidez, en el centro de las cuales se alzaba la ciudadela. El río formaba un foso natural a su alrededor. Luego

esas corrientes se reunían en la parte inferior para continuar su curso hasta el mar en el puerto de Ghition.

La ciudadela estaba formada por un saliente vertical de roca volcánica desde el centro de la tierra. Cuando después de cientos de siglos su jefe se desencantó de la ciudadela, la abandonó. Fue entonces ocupada por la tribu salvaje y primitiva de los neglints que vivían en el monte Taigeto. A su vez los neglints fueron derrotados y esclavizados más recientemente por el rey Hurotas y el almirante Hui.

Hurotas y Hui habían utilizado a los esclavos recién capturados para reforzar las fortificaciones de la ciudadela hasta que resultaron casi inexpugnables y el interior no solo era espacioso sino también extremadamente cómodo. Hurotas estaba decidido a convertirla en la capital de su nuevo país.

Dediqué muy poco tiempo a examinar la ciudadela desde lejos y a escuchar a Hui recitar su historia. Puede que sea un almirante de primera categoría, pero como relator es más que aburrido. Sacudí mi corcel y le di un toque con las espuelas para conducir a mi grupo al galope cuesta abajo y hacia la ciudadela. Cuando todavía estaba a cierta distancia, vi bajar el puente levadizo y apenas toqué la orilla cercana, dos jinetes lo atravesaron a toda velocidad, sus débiles chillidos de excitación y gritos agudos de alegría iban aumentando de volumen mientras se acercaban.

Reconocí de inmediato al primer jinete. Tehuti iba a la cabeza, como siempre lo había hecho. Su pelo volaba como una bandera en el viento detrás de ella. La última vez que la había visto este era de un precioso color rojizo, pero ahora era blanco puro y brillaba a la luz del sol como los picos nevados de las Montañas del Taigeto detrás de ella. Pero incluso a esa distancia pude ver que era tan delgada como la joven que yo recordaba con tanto amor.

Era seguida a un ritmo mucho más tranquilo por una señora más vieja y más voluminosa que estaba seguro de no haber visto nunca en mi vida.

Tehuti y yo nos encontramos gritando palabras de cariño uno al otro. Ambos desmontamos mientras nuestras cabalgaduras estaban casi en pleno galope y mantuvimos el equilibrio cuando tocamos el suelo, y usamos nuestro impulso residual para unirnos en un abrazo feroz.

Ella se reía y lloraba al mismo tiempo.

—¿Dónde has estado escondido todos estos años, hombre pícaro? ¡Pensé que nunca volvería a verte! —Lágrimas de alegría fluían por sus mejillas y goteaban desde la punta de su barbilla.

Mi rostro también estaba mojado. Por supuesto, la humedad no era mía. La había recibido de segunda mano de la mujer a la que estaba abrazando. Había tanto que quería decirle, pero las palabras se atascaban en mi garganta. Solo podía apretarla contra mi pecho y rezar para que nunca nos separásemos de nuevo.

Entonces su compañera trotó hasta donde estábamos abrazados. Desmontó con cuidado, y luego llegó a nosotros con ambos brazos extendidos.

—¡Taita! Te he extrañado tan amargamente. Doy gracias a Hathor y a todos los demás dioses y diosas que te han permitido volver a nosotras —dijo con aquella hermosa voz musical que había permanecido inalterada a través de todos esos años, y que recordé con súbito placer culpable.

—¡Bekatha! —grité y me apresuré a envolverla en mi abrazo. Pero mantuve a Tehuti firmemente en el círculo de mi otro brazo mientras abrazaba a su hermana menor, que ya no merecía ese adjetivo diminutivo.

Los tres nos abrazamos sollozando y murmurando tonterías alegres uno a otro, intentando así borrar el recuerdo de todos los años que habíamos estado separados.

De repente, Tehuti, que siempre había sido la más observadora de las dos, habló.

—Realmente es extraño, Tata, mi querido y viejo amor, pero no has cambiado ni un ápice desde que te dije adiós hace tantos años. En todo caso pareces haberte vuelto más joven y más hermoso.

Por supuesto que hice ruidos de desacuerdo, pero Tehuti siempre ha tenido la habilidad de elegir la descripción más apropiada de cualquier asunto.

—Ustedes dos están mucho más encantadoras de lo que recuerdo —repliqué—. Deben ustedes saber que recientemente he oído hablar mucho de ustedes a sus maridos que tanto las quieren, pero eso solo sirvió para estimular mi apetito en lugar de apaciguarlo. He conocido a tus cuatro hijos, Bekatha, cuando llegaron a Egipto para ayudar a liberar a la patria de la dominación de los hicsos. Pero fue solo una breve reunión y ahora quiero que seas tú quien me cuente todo sobre ellos.

Para cualquier madre sus cachorros son los objetos más fascinantes de la creación y así Bekatha nos regaló todo el camino de regreso a la ciudadela con un minucioso relato de las virtudes de sus cuatro hijos.

—No son tan perfectos como los pinta mi hermana —dijo Tehuti a la vez que me hacía un guiño subrepticio—. Pero lo cierto es que ningún hombre lo es.

—Esos son puros celos —intervino Bekatha complaciente—. Verás, mi pobre hermana solo tiene un vástago, y es una niña.

Tehuti tomó la broma con ecuanimidad. Obviamente, se había vuelto obsoleta con el uso excesivo.

A pesar de su melena plateada, o probablemente por eso, Tehuti seguía siendo una mujer de aspecto magnífico. Su rostro no estaba marcado por el tiempo ni por los elementos. Sus miembros eran magros pero elegantemente esculpidos a partir de músculos duros. Su vestido no estaba adornado con cintas y flores y frivolidades femeninas; en cambio, llevaba una túnica de oficial militar. Se movía con gracia y elegancia femeninas, pero también con poder y propósito masculino. Se reía con facilidad, pero no en voz alta ni sin razón. Tenía los dientes blancos e iguales. Su mirada era profunda y penetrante. Oía como un manzano con frutos. Y yo la amaba.

Cuando me volví hacia Bekatha, vi que ella era diametralmente opuesta a su hermana mayor. Si Tehuti era Athena la diosa de la guerra, entonces Bekatha era Gaia la diosa de la tierra en persona. Era regordeta y rosada. Incluso su rostro era redondeado como la luna llena, pero de color más intenso, rosado y brillante. Reía con frecuencia y fuerte, sin otra buena razón que la alegría de la vida misma. Yo la recordaba como una niña recién llegando a la pubertad, la mitad de la altura de Hui, su marido. Pero aunque se había vuelto más voluminosa con los partos repetidos, él todavía la adoraba, y pronto descubrí que yo también la amaba.

Los tres cabalgamos bien por delante del resto del grupo. Hui y Ramsés se quedaron atrás con tacto para dejar que las dos hermanas y yo retomáramos nuestra muy singular relación. Teníamos tanto para recordar y deleitarnos que el tiempo no fue suficiente antes de encontrarnos ante las puertas principales de la ciudadela de Esparta, la «Muy Encantadora».

Aunque un ejército de esclavos había estado trabajando en ella durante muchas décadas, todavía no estaba terminada, pero consideré que sus poderosos muros y sistemas de fosos y fortificaciones serían capaces de repeler al más grande y más decidido ejército de cualquier enemigo potencial del que yo tuviera noticia. Frené mi caballo para admirarla en detalle, y mientras lo hacía Hui y Ramsés se adelantaron para unirse a nosotros.

Tanto Tehuti como Bekatha inmediatamente transfirieron su atención de mí a Ramsés. Eso no me molestó. Me habían dado más de lo que yo merecía, y Ramsés era un hombre de apariencia extraordinaria. Con toda justicia, no conocía yo a ningún otro que se le pareciera. Bueno, tal vez eso no es

estrictamente correcto, pero la modestia me impide comparaciones adicionales. Así que me retiré con gracia hacia atrás.

—¿Y quién eres tú, joven señor? —Bekatha nunca fue de quedarse atrás. Estudió a Ramsés sin timidez.

—No soy nadie de particular importancia, Su Alteza Real. —Ramsés desvió su pregunta con una sonrisa modesta—. Solo soy el capitán de la nave que trajo al Señor Taita a visitarte en tu hermosa isla. Soy el capitán Rammy. —Él y yo habíamos acordado no hablar de sus estrechos vínculos con el trono de Egipto. Ambos éramos plenamente conscientes de que el faraón Utteric Turo el Grande tenía sus espías en lugares elevados e inesperados.

Tehuti estaba estudiando a Ramsés con una intensidad que era mucho más reveladora que la charla ansiosa de su hermana menor.

—Eres un miembro de la realeza egipcia.

Cuando habló, Tehuti hizo que sonara como una acusación y un desafío.

—¿Cómo lo supiste, Majestad? —Ramsés estaba desconcertado.

—Cuando hablas, tu acento es inconfundible. —Tehuti continuó estudiando la cara de él un momento más y luego dijo con certeza—: Me recuerdas a alguien que yo conocía bien, pero a quien no he visto en muchos años. ¡Déjame pensar! —Entonces su expresión cambió de nuevo, poniéndose cada vez más impaciente y fascinada—. Me recuerdas a mi hermano, el faraón Tamose... —se interrumpió y miró fijamente a su renuente pariente—. ¡Rammy! ¡Sí, por supuesto! Eres mi sobrino Ramsés. — Se dio vuelta alejándose de él y concentró su desaprobación en mí, pero su censura estaba compensada por el brillo de felicidad en sus ojos y la risa apenas reprimida en sus labios. —¡Tú, pícaro, pícaro, Tata! ¿De dónde sacaste la idea de tratar de engañarme? Como si yo no fuera a reconocer a mi propia sangre, mi propia carne. Yo le enseñé a este pequeño diablo sus primeras malas palabras. ¿No las recuerdas, Ramsés?

—¡A la mierda! ¡Carajo! ¡La puta madre! Las recuerdo tan bien. — Ramsés combinó su risa con la suya—. Yo tenía unos tres o cuatro años y tú eras una anciana de dieciséis o diecisiete años, pero nunca olvidaré esas dulces palabras de sabiduría.

Tehuti saltó de su montura y abrió los brazos a modo de invitación.

—¡Ven a darle un beso a tu vieja tía, muchacho horrible!

Miré con placer el abrazo entre ellos y no fue solo porque ya no estaba obligado a saltar desde el fin de la tierra a la eternidad para cumplir con mi promesa a Ramsés. Se necesitó algún tiempo para que la ceremonia de los

saludos siguiera su curso porque, naturalmente, Bekatha se sintió obligada a añadir su considerable peso a la ocasión, pero finalmente estuvimos libres para montar de nuevo y continuar nuestro camino a la ciudadela. Las dos hermanas cabalgaban a una conmovedora distancia de cercanía con Ramsés, una a cada lado de él.

Las puertas se abrieron de par en par cuando nos acercamos a la ciudadela y el rey Hurotas bajó veloz por el andamio que todavía cubría parte de las nuevas fortificaciones y desde donde había estado dirigiendo a los trabajadores. Por su aspecto parecía más un obrero que un rey, cubierto como estaba por el polvo y la mugre. Por supuesto, me había reconocido desde lejos. No soy una persona que sea fácil de pasar por alto, incluso en medio de una multitud. Y luego quedó intrigado al ver a propia esposa y su cuñada agarradas con afecto al joven desconocido que viajaba entre ellas.

—¡Este es mi sobrino Ramsés! —gritó Tehuti a su esposo cuando todavía estaban separados por cincuenta pasos.

—Es el hijo mayor de nuestro hermano Tamose —Bekatha confirmó el parentesco. Quería asegurarse de manera absoluta de que no hubiera malentendido alguno en cuanto al significado de la palabra «sobrino»—. Y él es el siguiente en la línea de sucesión al trono de Egipto después de que tú y Taita hayan librado al mundo de Utteric.

Me sorprendió un poco que diera por supuesto nuestro futuro papel de hacedores de reyes. De todas maneras, Hurotas obviamente estaba acostumbrado a esos vuelos de fantasía de ella. Se acercó rápidamente a abrazar a Ramsés y transfirió al uniforme de su almirante una generosa porción de la mugre de constructor que cubría a su real persona.

Finalmente retrocedió y anunció con gritos tan fuertes como los de Bekatha:

—Esto requiere una celebración para dar la bienvenida al príncipe Ramsés. Avisen a los cocineros que daré un banquete esta noche, con el mejor vino y buena comida para todos.

Esa noche el patio de armas interior de la ciudadela estuvo iluminado por una docena de grandes hogueras y suficientes mesas de caballete como para sentar a varios cientos de los más importantes nobles de Lacedemonia. El Rey y su familia inmediata estaban sentados en el centro de un estrado elevado donde eran visibles a todas las criaturas inferiores de la creación. Por

supuesto, me senté entre mis dos antiguas pupilas, Tehuti y Bekatha. Inmediatamente más abajo que nosotros estaban los hijos de Bekatha y Huí. Estos eran los cuatro jóvenes espléndidos que habían acompañado a su padre a Egipto en la campaña para librar al mundo del rey Khamudi. Aunque solo los había tratado brevemente en aquella época, soy un juez infalible de los seres humanos. Yo sabía que Bekatha había sido fiel a su línea de faraones al procrear, y sus hijos eran ejemplares de la mejor nobleza egipcia. Dos de sus muchachos ya estaban casados y sus bonitas esposas estaban sentadas con ellos. Todos tenían más o menos la misma edad de Ramsés, y lo estaban tratando como al huésped honorable que tan claramente era. Expresé mi aprobación acerca de ellos a Bekatha, su madre, y ella lo tomó simplemente como algo que le era debido.

—En realidad, esperaba que uno de mis hijos se casara con su prima, Serrena —me dijo confidencialmente. Yo sabía ya que Serrena era el nombre de la misteriosa e inasible hija de Tehuti, cuya silla vacía esperaba su llegada para sentarse al lado de su padre, el rey Hurotas, en la cabecera de la mesa del banquete. Bekatha siguió hablando casi sin hacer una pausa para respirar—: Los cuatro intentaron cortejarla, uno tras otro. Pero ella los rechazó amablemente con la excusa de que no podía casarse con alguien con quien se había bañado desnuda cuando era niña, y había discutido sus diferentes estructuras genitales mientras compartían el mismo orinal. Me pregunto qué excusa tuvo para los ciento y tantos otros pretendientes que han venido uno tras otro desde los confines de la tierra para pedir su mano en matrimonio.

—Tengo ganas de conocerla. Me imagino que es una jovencita muy hermosa —acoté, y Bekatha siguió desarrollando el tema.

—Todo el mundo y sus tíos dicen que es la chica más hermosa de la creación, una rival apropiada para la diosa Afrodita. Pero yo no lo veo así. De todos modos, Serrena es tan quisquillosa en su elección de marido que probablemente muera siendo una vieja solterona.

Bekatha dirigió una mirada burlona a su hermana, junto a mí al otro lado. Tehuti había seguido nuestra conversación, pero no se dignó a responder y solo se limitó a sacar la punta de su lengua rosada en dirección de Bekatha.

—¿Dónde está ese modelo de belleza femenina? —pregunté. Nada de esto era nuevo para mí, pero pensé que era mejor desviarlas de su discusión antes de que pasaran de la diversión a la furia—. ¿Va a reunirse con nosotros esta noche?

—¿Ves un taburete vacío en el patio? —preguntó Bekatha, y miró

fijamente en dirección al rey Hurotas, que estaba sentado frente a nosotros. El asiento a su izquierda era el único en el atestado patio de armas que estaba desocupado. Bekatha sonrió y respondió a su propia pregunta antes de que su hermana mayor pudiera responder—: La princesa Serrena de Esparta marcha al ritmo de su propio tambor, que solo ella puede oír.

Lo dijo en un tono jocosos, casi como si quisiera decirlo como un cumplido más que como una acusación. Pero el rey Hurotas, que había estado siguiendo la conversación, se inclinó rápidamente e intervino.

—Cuando una mujer hermosa tiene solo una hora de retraso, es porque está haciendo un esfuerzo especial para llegar a tiempo.

Bekatha se calmó inmediatamente y me di cuenta de quién gobernaba verdaderamente este reino y dónde estaba la devoción de él. Hubo una pausa casi inmediata en el clamor de los festejos, y por un instante pensé que el resto de los presentes estaba reaccionando a la reprensión del rey, pero luego me di cuenta de que muy pocos de ellos podrían haberlo oído y que no estaban prestando atención a Hurotas o a cualquier otra persona en el patio. En cambio, todas las cabezas estaban dirigidas hacia las puertas principales que se abrían hacia el patio de armas desde la ciudadela.

A través del gentío caminó una mujer joven. Esta es una descripción inexacta de la entrada de ella en mi vida y en la de Ramsés. La princesa Serrena no caminaba, se deslizaba sin dar la sensación de que alguna parte de su cuerpo estuviera moviéndose, pues las largas faldas que llevaba ocultaban sus piernas y sus partes inferiores desde las caderas hacia abajo. Llevaba el cabello recogido en lo alto de su cabeza como una corona de oro denso y reluciente. La piel ligeramente bronceada de sus brazos y hombros era tan inmaculada y brillante como mármol pulido o seda recién tejida. Era alta, y su cuerpo estaba perfectamente proporcionado.

No era bonita, porque ese adjetivo sugiere una tonta vacuidad. Era sencillamente magnífica. Cada rasgo de su rostro era la perfección. Considerados todos juntos exceden mis poderes de descripción. A medida que se movía, sus facciones cambiaban de manera sutil, la perfección superaba la perfección. Cautivaba a cada persona que la miraba. Pero su característica más llamativa, si fuera posible distinguirla, eran sus ojos. Eran enormes, pero en perfecta armonía con el resto de su rostro. Eran de un particular tono de verde que era más brillante que cualquier esmeralda. También eran penetrantes y perspicaces, pero al mismo tiempo clementes e indulgentes.

Solo había otras dos mujeres que yo conociera y que se le compararan en belleza. Una era la reina Lostris, la que había sido mi primer amor. Luego estaba la mujer que se sentaba a mi lado en ese momento, la reina Tehuti, que había sido y era todavía mi segundo amor. Eran la madre y la abuela de esta joven.

De todas maneras, la princesa Serrena era, de lejos, la persona más encantadora, viva o muerta, que mis ojos jamás hubieran visto.

Vio a su madre sentada a mi lado y se volvió hacia nosotros con su sonrisa floreciente. Entonces, en el otro extremo de la mesa, Ramsés se puso de pie, y este movimiento hizo que la atención de Serrena cambiara de dirección. La sonrisa en el rostro de Serrena se desvaneció en una expresión de asombro. Quedó inmóvil con un pie levantado, la punta de un delicado zapatito asomó furtivamente por debajo de sus faldas. La espléndida pareja se miró el uno al otro durante un largo momento durante el cual nadie más existió en el mundo para ninguno de los dos. Finalmente, Serrena bajó el pie al suelo. Pero todavía tenía los ojos fijos en los de él. Luego se sonrojó ligeramente, un resplandor rosado que iluminó su rostro y de manera increíble hizo que fuera aún más bello de lo que ya era.

—¿No eres tú mi primo Ramsés? Mi madre me dijo que habías venido a visitarnos —le preguntó con una voz espléndida y cantarina, solo apenas sin aliento. Llegó claramente a cada rincón del patio en silencio. Había una luz en sus ojos que me recordó mucho la manera en que Tehuti había mirado a Zaras en su primer encuentro casi treinta años antes. Ramsés se inclinó profundamente, pero sin hablar, a manera de respuesta a su pregunta, sin apartar los ojos de los rasgos inefablemente encantadores de ella.

Tehuti estaba sentada cerca de mí, pero nadie en el patio de la ciudadela nos estaba observando cuando ella estiró la mano subrepticamente bajo la mesa para apretarme los dedos.

—¡Sí! —Ella murmuró suavemente pero con vehemencia, y otra vez dijo —: ¡Sí!

Había reconocido por su propia experiencia ese momento encantado en que su hija, a la avanzada edad de diecinueve años, había encontrado a su alma gemela.

Los días, semanas y meses que siguieron fueron algunos de los más felices que pueda recordar.

El primer deleite para mí fue cuando el rey Hurotas y su reina me invitaron como huésped a visitar las cámaras de tesoros recién excavadas en las profundidades de las mazmorras de la ciudadela. Bajamos muchos tramos sucesivos de escalones de piedra con diez guardias fuertemente armados que nos precedían y otros diez detrás de nosotros. Cada uno de ellos sostenía una antorcha encendida para iluminar nuestro camino. Cuando llegamos al fondo del tramo más profundo, Hurotas usó una pesada llave de bronce para destrabar la enorme puerta ante nosotros. Luego tres de los guardias usaron todas sus fuerzas para abrirla.

Seguí al rey hasta entrar a la sala del tesoro real y miré alrededor de mí con entusiasmo. Aunque nada se había dicho sobre el propósito de esta expedición a las profundidades de la tierra, pensé que yo sabía qué esperar. Tanto Hurotas como Tehuti me observaban con ojos que brillaban por la expectativa. Casi inmediatamente vi lo que buscaba. Había casi dos docenas de grandes arcas de madera de cedro apiladas hasta la altura de la cabeza en un rincón de la pared de pesados bloques de granito. Aunque por lo general soy capaz de contener un comportamiento descontrolado, en esta ocasión hice una excepción y dejé escapar un grito de excitación. Entonces atravesé corriendo la habitación y traté de levantar uno de los cofres de la pila. No tuve éxito. Necesité tres guardias para que me ayudaran antes de que pudiéramos colocarlo en las losas del piso. Luego levantaron la tapa con las espadas y retrocedieron.

No soy un hombre avaro. Pero hay que recordar que hace muy poco tiempo el faraón Utteric Turo me quitó hasta el último codo de tierras y de todos los débens de plata que yo tenía. Cuando uno posee un lakh de plata, uno casi nunca piensa en ello. Cuando la cantidad se reduce a un único dében, resulta casi imposible pensar en otra cosa.

—Creía que jamás volvería a ver un espectáculo tan glorioso. —Hablé en voz alta sin dirigirme a nadie en particular mientras entrecerraba los ojos contra los reflejos de las llamas de las antorchas en los bloques amontonados de metales preciosos, tanto de plata como de oro. Luego me limpié las lágrimas de mis mejillas con la palma de la mano y me volví hacia el rey Hurotas. Me acerqué a él y me arrodillé. —Gracias, Su Majestad —susurré, y me incliné para besarle los pies. Pero él fue demasiado rápido para mí y con una mano en cada uno de mis hombros me levantó, y me miró a los ojos.

—¿Qué es un solo acto de bondad cuando se lo compara con los centenares que tú nos has demostrado a mí y a Tehuti? —preguntó.

Me tomó, con la ayuda de una docena de esclavos, los siguientes tres días para sacar de las arcas, pesar y luego volver a guardar esta plétora de riquezas. Tehuti hizo un rápido cálculo de que esto debería ser suficiente para mantenerme en la opulencia durante innumerables años.

—Siempre que puedas vivir tanto tiempo —añadió a su cálculo.

—Eso no es un verdadero desafío —le aseguré—, pero son los segundos quinientos años los que me preocupan.

Los cuatro hijos de Hui formaban una estrecha alianza familiar. Pero debido a su mayor edad, belleza, encantadora personalidad y el favor especial de su padre el rey, Serrena era el líder indiscutible del grupo. Ella podía bailar como un torbellino y montar como una furia. Podía tocar cualquier instrumento musical conocido por la humanidad y cantar como las sirenas que atraen a los marineros a las rocas con el dulce sonido de sus voces. Pero su voz era alegre y no cargada de amenazas.

Podía inventar adivinanzas y rimas, y hacer reír a otros con solo una sonrisa o una palabra amable.

Hombres ricos y poderosos llegaron de todos los confines de la tierra para pedir su mano en matrimonio, pero ella los rechazó con tanta gracia y dulzura que no rompió un solo corazón y se retiraron tan felizmente como si les hubieran hecho el mayor favor.

Al igual que su madre, era una formidable arquera y un ejemplo en el manejo de todas las armas con filo. Era la única a quien Tehuti le permitía manejar la espada azul con el pomo de rubí. Esta era un arma casi mítica, con una procedencia sumamente complicada. La había visto por primera vez muchos años antes cuando pertenecía al Señor Tanus, que había sido el amante fiel pero clandestino de la reina Lostris durante la mayor parte de su vida. En su lecho de muerte legó la espada al príncipe Memnon, que era hijo de Lostris. Él era también el hijo de Tanus, aunque yo era la única persona que conocía este hecho, aparte de ambos padres. Cuando Lostris falleció, Memnon la sucedió en el trono del faraón, y se convirtió en el faraón Tamose a su vez. Él era el hermano mayor de mis queridas Tehuti y Bekatha, y por lo tanto, abuelo de Serrena misma.

Fue Tamose quien, con alguna ayuda de mi parte, negoció el matrimonio de sus dos hermanas con el poderoso Minos de Creta. Como regalo de bodas, el Faraón le dio la espada azul con el pomo de rubí a su hermana mayor

Tehuti. Cuando Minos y su reino insular fueron casi totalmente destruidos en aquella gigantesca erupción volcánica, las dos hermanas viudas se fugaron con sus amantes Hui y Zaras y zarparon hacia el norte para construir un reino propio en Lacedemonia. Por supuesto, ayudé a las dos hermanas a huir con sus amantes, en lugar de regresar a Egipto. Y por supuesto la fabulosa espada fue con Tehuti.

Como apasionada y dedicada esgrimista, Tehuti estaba encantada con la espada azul. No había otra hoja como esa y en sus manos se convirtió en el arma por excelencia. Probablemente fue el único regalo que pudo haberla compensado por su exilio en Creta.

Tehuti no permitió que nadie más tocara la hoja azul encantada, ni siquiera el rey Hurotas, su marido. Solo Tehuti lavaba la sangre coagulada de su enemigo en el brillante metal cerúleo. Tehuti era la única que pulía y afilaba los lados cortantes del arma hasta una perfección mortal, lo que la convirtió en una experta en el trabajo de los metales.

Sin embargo, aquel día a la orilla del río Hurotas fue uno de rara magia. Fue el día en que la princesa Serrena cumplió catorce años; el día en que se transformó para pasar de ser una niña a ser una mujer. Ningún regalo fue demasiado extravagante para ella.

Por supuesto, yo no estaba con ellas en persona ese día. Tehuti me contó el siguiente incidente recién después de mi llegada con Ramsés a Lacedemonia, cuando Serrena ya había llegado a la edad de veinte años.

Como era su costumbre y su placer, las dos, madre e hija, habían cabalgado hasta su piscina secreta en el río Hurotas, río arriba de la ciudadela. Entregaron sus monturas a los palafreneros antes de llegar al lugar y corrieron de la mano los últimos cien codos hasta el pabellón real construido sobre la orilla del río, debajo de la cascada. Los palafreneros y sirvientes sabían que no debían seguirlos. Iban a esperar con los caballos hasta que las dos damas reales regresaran.

Tehuti llevaba la espada azul en la cadera, pero eso era normal, porque la usaba con mucha frecuencia. Los sirvientes y esclavos habían llegado temprano por la mañana al pabellón y lo habían limpiado dejándolo immaculado. Habían puesto flores frescas en los enormes jarrones de cobre, de modo que la habitación principal con vistas a la piscina se transformó en un jardín de placer. Habían cubierto los sofás con pieles de alce curtidas y almohadones de seda. Habían encendido el fuego del hogar en el centro del suelo, porque el invierno aún se prolongaba. Luego prepararon una comida

suntuosa que habría alimentado a diez hombres hambrientos, sabiendo muy bien que lo que quedara les sería pasado a ellos.

Tehuti y Serrena comenzaron a quitarse la ropa casi en el momento en que entraron a este santuario. Tehuti desabrochó la espada azul de su cintura y la depositó reverentemente sobre la mesa, en el centro de la habitación, frente al fuego. Echaron el resto de su ropa sobre los cojines cubiertos de piel de ante. Luego, completamente desnudas y tomadas de la mano una vez más, salieron del pabellón y bajaron corriendo hasta la orilla del río. Se sumergieron en las aguas límpidas, levantando una nube de espuma por el aire. Gritaron ante el contacto con el agua fría, pues había grandes pedazos de hielo arrancados de las montañas flotando en la superficie del río. Se salpicaron una a otra con puñados de agua del río hasta que Tehuti se separó y trató de escapar de otro castigo. Serrena persiguió a su madre y cuando la atrapó, la arrastró bajo el agua de las cataratas, y la mantuvo allí hasta que ella pidió misericordia. Fuerte como era, Tehuti tuvo que esforzarse al máximo para igualar a su hija. Parecía que el cuerpo de Serrena estaba tallado no de carne y hueso humanos, sino de alguna sustancia divina dura como un diamante, tal como el metal azul de la fabulosa espada.

Pero ninguna de estas dos magníficas mujeres era a prueba del frío de la fusión del hielo de las montañas. Cuando se dirigieron a la costa, con el agua a la altura de la cintura y tomadas del brazo, temblaban tan incontrolablemente como víctimas de la fiebre intermitente. Sus nalgas y vientres brillaban enrojecidas por el frío. En el pabellón, arrojaron leños sobre las agonizantes brasas del hogar y cuando comenzaron a arder y producir llamas, se acercaron tanto que estuvieron casi a punto de quemarse, frotándose una a otra con las toallas secas que los sirvientes habían preparado para ellas.

Una vez recuperado el calor suficiente como para controlar sus temblores, Tehuti puso una gran jarra de vino tinto sobre las brasas y cuando este empezó a burbujear, agregó un doble puñado de hierbas secas a la bebida y la agitó vigorosamente. Ya secas y con el cuerpo caliente, se vistieron y se recostaron lado a lado en el diván frente al fuego. Se pasaban la jarra humeante una a la otra y se deleitaban en el bienestar producido por el vino caliente y la mutua compañía.

Tehuti tenía en su regazo la espada azul todavía en su vaina enjoyada. Se inclinó y se acercó a su hija. Con su brazo libre la tomó por los hombros. Serrena correspondió besando a su madre en la mejilla.

—Gracias por este maravilloso día, mi querida madre —le susurró—. Me convertiste en la chica más feliz del mundo.

—Ya no eres una niña, querida. Eres una mujer tan encantadora que supera toda descripción. Pero tu cumpleaños todavía no ha terminado. Tengo un regalo más para ti.

—Ya me has dado mucho más que suficiente... —comenzó a decir Serrena, pero luego se interrumpió y miró a su madre sin decir palabra. Tehuti había tomado la espada azul de su regazo para ponerla sobre el de su hija. Luego tomó la mano de Serrena e hizo que envolviera con sus dedos la enjoyada empuñadura.

—Este es mi regalo para ti, Serrena —dijo—. Úsala solo con sabiduría y con prudencia, pero cuando lo hagas, no vaciles y golpea directo al corazón de tu enemigo.

—Es demasiado. —Serrena llevó ambas manos detrás de la espalda y sacudió la cabeza, mirando el arma que yacía en su regazo—. Sé lo mucho que significa para ti. No puedo aceptarla.

—Pero te la he dado con mi amor, así que no puedes tomar una sin tomar también al otro —explicó Tehuti.

Serrena apartó los ojos de la espada y se quedó mirando el rostro de su madre mientras trataba de resolver esa disyuntiva. Era un juego de palabras y algo que ambas disfrutaban; luego sonrió cuando vio la solución.

—La espada azul es una parte tuya, ¿no? —preguntó y Tehuti hizo a regañadientes un gesto de asentimiento.

—Sí, supongo que sí. —Aceptó lo dicho.

—Pero también yo soy parte de ti, y tú eres parte de mí, ¿verdad?

Tehuti vio hacia dónde apuntaba y su expresión solemne dio paso a una sonrisa encantada.

—Entonces, de ello se sigue que las tres somos una sola entidad, la espada es parte de los dos, y por lo tanto, las tres nos pertenecemos una a la otra. —Mientras Serrena cerraba de nuevo los dedos alrededor de la empuñadura de la espada y sacaba la hoja de su vaina enjoyada, añadió con sencillez—: Es el mayor honor para mí compartir esta magnífica arma contigo, querida madre.

Luego se puso de pie y sostuvo la hoja en alto como una antorcha encendida. Parecía iluminar toda la habitación con el reflejo azul de las llamas. Comenzó el ejercicio de las armas que Tehuti le había inculcado desde que tuvo la edad suficiente y la fuerza necesaria para levantar un arma de juguete. Comenzó con las doce paradas, y luego los cortes y las estocadas,

todo ello hecho con una perfección sin prisas.

Tehuti la aplaudió, marcando el ritmo con las manos que aplaudían a medida que gradualmente Serrena aumentaba el ritmo hasta que la hoja pareció disolverse en un resplandor y un fulgor etéreo de luz, como el ala de un colibrí cuando flota ante una flor. Su brazo se convirtió en parte de la misma ala, cambiando de forma en una constante mutabilidad. Todo su cuerpo bailaba al ritmo de la brillante hoja. Entonces empezó a girar y sus pies se movieron con la velocidad del parpadeante relámpago de verano. Con cada revolución cortaba la flor más alta de uno de los floreros de cobre, haciéndolo con tanta precisión que parecía no darse cuenta de que había sido desprendida, sino que se mantenía en el aire un momento antes de caer al suelo; para entonces, Serrena había ya cortado tres o cuatro flores más. Cayeron una tras otra como copos de nieve en una densa tormenta de invierno hasta que todos los tallos quedaron desnudos, y Serrena dejó de bailar tan abruptamente como había comenzado con la hoja azul sostenida una vez más en alto como una antorcha.

Fue una exhibición de esgrima tan maravillosa que Tehuti la iba a recordar siempre. Fue ella quien me la describió cuando le mencioné la espada azul que colgaba del cinturón de Serrena.

Si estos fueron días felices para mí, entonces para Ramsés y Serrena fueron paradisiacos. He oído decir que no existe tal cosa como el amor a primera vista, pero esta pareja desmentía semejante tontería.

No hacían el menor intento de ocultar su fascinación y atracción mutuas. Se tocaban el uno al otro en todo momento, y quedaban pendientes de los labios del otro cuando uno de ellos estaba hablando, o simplemente se quedaban sentados en silencio mirando profundamente a los ojos del otro durante varios minutos sin interrupción.

La satisfacción inicial de Tehuti ante su evidente atracción mutua pronto se convirtió en alarma. Ella le arrancó a su hija un solemne juramento de castidad, y luego se quejó ante mí.

—No creo en una sola palabra de lo que dice. Está tan caliente como una potranca joven entrando en su primer celo. Puedo sentir el olor en ella apenas lo ve a él. Tienes que ayudarme, Tata.

Fingí inocencia.

—¿Quieres decir de la misma manera en que te ayudé a proteger tu

virginidad contra las incursiones de Zaras?

Ella retrocedió y luego me miró indignada.

—Lo siento mucho por ti. Tienes una mente tan sucia.

—¿Cuándo? —le pregunté—. ¿Cuando se trataba de ti y de Zaras, o ahora, cuando se trata de Ramsés y de Serrena? —Y ella levantó las manos con gran frustración para luego desplomarse muerta de risa.

—Hay una gran diferencia —me explicó en serio tan pronto como recuperó la compostura—. Zaras y yo nunca tuvimos la menor oportunidad con mi hermano, el Faraón. Yo estaba siendo entregada a un horrible hombre viejo como parte de un arreglo político. Yo quería una sola vez en mi vida estar con el hombre que amaba. Ahora, en el caso de Serrena y Ramsés, ellos tienen la aprobación de todo el mundo. Solo queremos que tengan un poco de paciencia.

—Creo que tú y tu hija pueden tener diferentes cálculos respecto de cuánto es un poco de paciencia. Pero haré todo lo posible para mantener a Ramsés con rienda corta por ti.

No fue una promesa ociosa la que le hice a Tehuti. Yo sabía tan bien como ella cuán impetuosas e irresistibles son las pasiones del amor joven. El rey Hurotas y Tehuti estaban ambos fuertemente a favor de la unión de Ramsés y de Serrena, pero era también una cuestión de alta política. Para sus mentes era esencial que los gobernantes de todos los numerosos reinos que rodeaban a Lacedemonia, tanto los cercanos como los que estaban más lejos, estuvieran presentes en la boda. El rey Hurotas y la reina Esparta Tehuti estaban decididos a obtener el mayor capital político de esa unión.

Calculaban que llevaría casi un año enviar las invitaciones de boda a todos los potenciales aliados políticos cuyo favor estaban consolidando y luego hacer malabarismos con la tarea casi imposible de reunirlos a todos simultáneamente en la ciudadela de Lacedemonia.

—¡Un año! —protestó Ramsés en un ataque de impaciencia—. Podría hacerme viejo y morir en ese tiempo. —Pero para mi asombro Serrena fue mucho más sensata y práctica.

—Si me amas tanto como dices —le dijo a Ramsés en mi presencia y en la de sus propios padres—, entonces estarás de acuerdo con lo que nos piden mi padre y mi madre. Como herederos del trono de este maravilloso país que amo, tenemos un deber para nuestra nación que tiene prioridad sobre nuestros propios deseos mezquinos, además de que nuestro amor solo puede fortalecerse con el tiempo y el sacrificio.

Ella lo convenció casi inmediatamente con esa lógica simple pero formidable.

Hasta ese momento yo la veía simplemente como una joven hermosa, pero desde ese día empecé a darme cuenta de la extraordinaria persona que en realidad era. Sus talentos y sus fuerzas estaban ocultos para la mayoría de nosotros por la pantalla superficial de su belleza. Pero si uno podía mirar más allá de esa fachada, como pude hacer yo, descubría una inteligencia y un núcleo de acero que era sorprendente.

Aunque pasaban juntos gran parte del tiempo de modo que sus sentimientos mutuos eran evidentes para todo el mundo, Serrena se cuidó de no perderse de vista para que las mentes lujuriosas no tuvieran nada para deleitarse. De hecho, ambos amantes parecían sentirse fuertemente atraídos por la compañía de otros hombres y mujeres de mentes excepcionales y Serrena, en particular, disfrutaba de la conversación erudita. Ella me buscaba casi todos los días para al menos unas pocas horas de discusión sobre asuntos que variaban tan ampliamente como la forma de nuestro mundo o lo que movía las mareas del océano y la naturaleza de las sustancias que formaban la luna y el sol.

Yo esperaba ansioso nuestros argumentos y discusiones, y a los pocos meses de nuestra primera reunión me di cuenta de que amaba a Serrena tanto como a su madre Tehuti, si no más. No importaba que ella se resistiera con obstinación a mi lógica cuidadosamente razonada y no admitiera que la tierra era plana, que las mareas eran la consecuencia de la insaciable sed de Poseidón, el dios del mar, bebiendo profundamente dos veces al día en el océano. O que la luna y el sol son un solo y mismo cuerpo celestial compuesto de una sustancia inflamable que se consume durante el curso del día y luego se regenera durante la noche. Ella tenía sus propias teorías, que eran tan risibles como para soportar la repetición. Quiero decir, si el mundo fuera verdaderamente redondo como una calabaza, como ella proponía, ¿cómo podría la gente aferrarse al lado inferior sin caerse?

A lo largo de los meses siguientes, poco a poco me fui dando cuenta de que Serrena no era hija de dos seres humanos comunes, sino que uno de sus padres al menos debía ser divino. Tanta belleza e inteligencia eran de un nivel más alto. Lo sé porque también estoy afectado, o bendecido, de manera similar. No sé cómo describirlo mejor.

Tengo la más alta consideración posible por el rey Hurotas, el putativo padre de Serrena. Es un soldado ingenioso y valiente, y un amigo querido y

leal. Incluso es un buen rey, el mejor que he conocido después del faraón Tamose, pero nadie en su sano juicio lo confundiría con un dios.

Sin embargo, no había duda de cuál de ellos había llevado a Serrena en su vientre, ya que solo uno de ellos estaba adecuadamente equipado para esa tarea. Por lo tanto, me pareció obvio que Tehuti debió haberse extraviado más que un poco del estrecho camino de la fidelidad.

Pero, solo para asegurarme doblemente, yo estaba decidido a poner a prueba la procedencia de Serrena, no porque sea un entrometido, como algunas personas tienden a pensar, sino por mi afecto genuino por todos los involucrados.

Hay una serie de pruebas infalibles de divinidad, una de las cuales es la capacidad de entender y hablar el lenguaje arcano de los Iniciados y los Magos, transmitido a nosotros por el dios Hermes, o Mercurio como también se lo conoce. Hermes es el hijo de Zeus Tonante, que le dio a su hijo favorito muchos papeles para interpretar en la historia y la evolución de la humanidad. Entre los más importantes están los de generar el habla, el lenguaje, el aprendizaje y la elocuencia. Por otra parte Zeus también hizo de Hermes el dios de la mendacidad, y el autor de palabras astutas y tortuosas. Como parte de estos múltiples deberes Hermes creó el lenguaje de los adivinos, que él llamó Tenmass.

No tuve que esperar demasiado tiempo. La mayoría de las noches, las mujeres de la familia real, Tehuti, Bekatha y Serrena, salían a caballo para un largo paseo, ya sea a lo largo de la orilla del río, hasta el monte Taigeto o a lo largo de las doradas arenas de la playa que corría a lo largo del norte de la isla. Por supuesto Ramsés y yo fuimos invitados a unirnos a ellas. Al igual que yo, Serrena estaba fascinada por las criaturas marinas que abundaban en las aguas que nos rodeaban, y las aves y animales salvajes que habitan las montañas y los bosques. Recogía los huevos de los pájaros que anidaban en las montañas y los bosques y las conchas de los diversos moluscos que se lavaban en la orilla. Inventó sus propios nombres fantásticos para cada especie y se alegraba cuando descubría algo nuevo o desconocido para ella. Ramsés, al igual que la mayoría de los soldados y hombres de acción, no estaba muy interesado en estos temas naturales, pero dondequiera que Serrena lo llevara, él la seguía obedientemente.

Aquel día en particular mientras cabalgábamos a lo largo del borde del océano, la marea había subido más allá de lo habitual.

Serrena planteó la absurda teoría de que esto se debía al hecho de que el

sol y la luna estaban alineados de una manera misteriosa y ejercían una mayor atracción en las aguas, no porque Poseidón tuviera más sed de lo habitual y bebiera más profundamente.

Ahora bien, al igual que todos los hombres cultos que han estudiado los cuerpos celestes, soy plenamente consciente del hecho de que el sol y la luna son en realidad una y la misma entidad. Se convierte en el sol cuando está completamente cargado durante el día, y luego se convierte en la luna durante la noche cuando sus llamas están agotadas y se recargan, momento en el cual se transforma en una mera sombra de su ardiente ser.

Cuando le expliqué esto a Serrena, ella inmediatamente me desafió. ¿Cómo pueden ambos ser el mismo cuerpo celestial cuando yo he visto al sol y a la luna en el cielo al mismo tiempo? —me preguntó en el tono de quien ha resuelto el tema de una vez por todas.

Frené mi caballo hasta detenerlo, obligándola a hacer lo mismo.

—Haz un puño con la mano, Serrena —le dije. Pero pasé suavemente al lenguaje Tenmass, y cuando ella obedeció le dije—: Ahora levántalo hacia el sol.

—¿Quieres decir así? —preguntó en Tenmass. Lo pronunció perfectamente, pero era obvio que no sabía que lo había hecho.

—Mira el suelo debajo de ti y dime qué ves allí —le dije.

—No veo nada más que mi propia sombra —replicó ella en lengua Tenmass, un poco perpleja.

—¿Qué es esa forma redonda y oscura? —le pregunté, apoyándome en la silla de montar mientras la señalaba.

—Esa es la sombra de mi mano.

—Entonces, ¿quieres decir que estamos viendo tanto tu mano como la sombra de tu mano al mismo tiempo; así como podemos ver tanto el sol como su sombra a la que llamamos luna al mismo tiempo? —le pregunté, y ella abrió su bonita boca para seguir argumentando, luego la cerró y cabalgamos en silencio. Por extraño que parezca, no hemos vuelto a abordar el tema del sol y la luna desde ese día.

Sin embargo, a menudo conversamos en lengua Tenmass cuando estamos solos juntos, aunque Serrena no es consciente de que estamos hablando un lenguaje extraño. Es para mí un gran placer hacerlo porque me proporciona una prueba incontrovertible de que ella es parte de la divinidad.

Pensé mucho y seriamente en cómo dirigirme a la única persona en esta tierra que podía confirmar los detalles de cómo este milagroso nacimiento había llegado a ocurrir. Incluso mi relación especial con el principal personaje humano en este drama no me daba el privilegio de una confrontación directa. Esto requeriría toda mi sutileza y astucia para llegar a la verdad sin crear un peligroso furor. Incluso llegué a considerar la prudencia de dejar que la verdad del asunto quedara sin ser descubierta. Quiero dejar bien en claro que no se trataba de una sórdida curiosidad de mi parte, sino que lo que me impulsaba era una preocupación genuina por el bienestar de todos los seres implicados.

La primera vez que les permití a Tehuti y a su hermana Bekatha degustar el fruto de la vid fue hace mucho, mucho tiempo, cuando no tenían más de quince o dieciséis años y yo las escoltaba desde Egipto hasta Creta para que se casaran con el poderoso Minos. En el largo viaje, ambas me rogaron que las dejara matarse en vez de proseguir con los planes de boda, y les había dado vino para aliviar su angustia. Funcionó, porque esa fue la última vez que pensaron en el suicidio, hasta donde yo sé. Desde que me reuní con ellas aquí en Lacedemonia me he dado cuenta de que los años no han cambiado en gran medida su inclinación por el jugo de la uva. La única diferencia fue que se habían vuelto más exigentes y minuciosas en sus gustos, y bebían solo de las ánforas más cuidadosamente escogidas, llenas con los productos de los viñedos reales, como era su derecho.

Esperé mi oportunidad con la paciencia del cazador en el abrevadero de su presa. Hasta que, finalmente, el potentado de uno de los misteriosos reinos que se extendían lejos hacia el este hizo una visita de estado a Lacedemonia, aparentemente para reforzar la relación comercial, pero en realidad para explorar la posibilidad de pedir la mano de la princesa Serrena para el matrimonio. Las descripciones de su belleza habían llegado muy lejos, pero todavía eran pocos los que se habían enterado de su compromiso.

Yo era la única persona en Lacedemonia que hablaba persa. De modo que quedó en mis manos informar con mucho tacto al rey Simashki, tal era el nombre del pretendiente, que Serrena no estaba disponible. Su Majestad expresó su decepción en un lenguaje tan bellamente poético que Serrena quedó reducida a lágrimas. Luego besó tanto a Ramsés como a Serrena en las mejillas y le obsequió a la feliz pareja como regalo de boda veinte grandes ánforas del vino tinto de sus propios viñedos.

Cuando Tehuti probó este vino por primera vez, le comentó a su marido:

—Por otras veinte ánforas de este maravilloso néctar le permitiría a Simashki casarse conmigo.

El rey Hurotas bebió un poco de su propia copa, lo hizo rodar por su lengua y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Y por veinte más yo lo dejaría tenerte.

Me pareció afortunado que nuestro huésped no hablara una palabra de egipcio, y simplemente levantó su copa hacia ellos y se unió a la risa general que siguió a este intercambio con una ligera expresión de desconcierto.

Era la regla autoimpuesta de Tehuti limitar su consumo nocturno de vino a dos copas grandes.

—Solo suficiente para ponerme alegre, pero todavía capaz de llegar a mi cama con la ayuda de solo dos de mis sirvientas —como lo explicaba ella.

En la confusión y bonhomía del banquete me las arreglé para aumentar su consumo a cuatro o cinco, simplemente llenando su copa de la mía cada vez que se daba vuelta para besar o acariciar a su marido. Así, cuando por fin decidió abandonar la reunión, tuvo que agarrarse de mi brazo para sostenerse cuando intentó ponerse de pie. Despedí a sus criadas y la llevé escaleras arriba hasta su dormitorio, mientras ella se sostenía con ambos brazos alrededor de mi cuello y reía alegremente.

La desvestí y la metí entre las sábanas, tal como lo hacía mucho tiempo atrás, cuando era una niña. Luego me senté en el colchón a su lado y charlamos y reímos juntos. Pero todo el tiempo estuve dirigiendo la conversación en la dirección que yo había elegido.

—¿Por qué solo has tenido una sola hija mientras que Bekatha tiene cuatro? ¿Y por qué te tomó tanto tiempo? —le pregunté.

—Solo los buenos dioses conocen la respuesta a esa pregunta —replicó—. Zaras y yo apenas si hemos perdido alguna noche en treinta años, incluso cuando estoy haciendo flamear la bandera roja. Él es insaciable, y yo tengo casi tanto apetito sexual como él. Yo quería desesperadamente un bebé. Y como tú lo señalaste, mi hermanita Bekatha los estaba sacando uno tras otro, como pasteles del horno. Casi la odiaba por ello. Yo solía rezarle a Taweret, la diosa de los nacimientos y hacía sacrificios todas las noches antes de que Zaras llegara a mi cama. Pero eso no funcionó. —Luego mostró una astuta sonrisa—. ¿Cómo puedes confiar en una diosa que parece un hipopótamo parado sobre las patas traseras? Ella solo devoró todas mis ofrendas y nunca más pensó en mí, y mucho menos en un bebé para mí.

—¿Entonces qué hiciste? —pregunté, pero su respuesta fue oblicua y

complicada.

—¿No te importa si uso el orinal mientras pienso en ello, verdad, Tata? — Saltó de la cama y se sentó en la bacinilla que estaba en un rincón de la habitación. Durante un rato ambos escuchamos respetuosamente el tintineo de su líquido en el receptáculo debajo de ella, y luego Tehuti preguntó—: Si te lo digo, ¿prometes que no se lo dirás a nadie más, Tata? —Su dicción estaba apenas ligeramente marcada por su exceso de uva.

—Que los dioses me derriben de un golpe si alguna vez lo hago — respondí obedientemente y ella dio un chillido de horror.

—No debes decir esas cosas, Tata. Retíralo de inmediato. ¡Nunca debes provocar a los dioses! —Hizo el signo contra el mal de ojo.

Acepté su reto e hice una advertencia al panteón de inmortales que se cernía sobre nosotros y que probablemente estaban escuchando en las sombras.

—¡No se atrevan a tocarme, ninguno de vosotros, horribles dioses antiguos, o la reina Tehuti saltará de su orinal y meará en el orificio de sus orejas!

Tehuti estalló en nuevos arrebatos de risitas.

—¡Eso no es gracioso! —me dijo, tratando sin éxito de mantener una cara seria—. Nunca debes hacer bromas sobre los dioses. Ellos no tienen sentido del humor. Para nada en absoluto... a menos que los chistes sean los que nos hacen a nosotros.

—No más bromas —le prometí—. De todas maneras, dime qué hiciste para quedar embarazada. Estoy ansioso por escuchar el secreto, y repito mi promesa de no contárselo a nadie.

—Hice lo que debería haber hecho desde el principio. Apelé a un dios masculino, no a una diosa. Le sacrificué un buey y le recé de rodillas durante la mitad de la noche.

—¿Y qué pensó el rey Hurotas, tu marido?

—Nunca lo supo. Estaba lejos, haciendo la guerra a nuestros vecinos en ese momento. Y nunca me molesté en decírselo cuando regresó a casa.

—¿Y el dios hombre respondió a tus súplicas?

—Cuando al fin me quedé dormida, vino a mí en un sueño. —Ella bajó la voz y habló en un susurro, se sonrojó de un rosado intenso y bajó las pestañas sobre sus adorables ojos oscuros—. Fue solo un sueño, te lo juro, Taita. Siempre he sido una buena chica. Zaras es mi marido. Siempre he sido fiel a él.

—¿Quién era el dios? ¿Te dijo quién era? —le pregunté y ella se ruborizó más brillantemente y bajó la cabeza, incapaz de mirarme a los ojos. Se quedó en silencio durante un rato y luego habló tan suavemente que no pude estar seguro de lo que dijo—. Habla por favor, Tehuti. ¿Quién fue? —pregunté de nuevo.

Ella me miró y repitió claramente:

—Él dijo que era Apolo, el dios de la fecundidad, de la música, de la verdad y de la curación. Le creí, pues era muy hermoso.

Asentí con la cabeza en un gesto de sabiduría. Por supuesto yo podría haber agregado a esa breve lista de virtudes que ella me recitó. Apolo es también el dios de la lujuria y la ira, el vino y la embriaguez, la enfermedad y las falsedades entre innumerables otras virtudes y vicios.

—Por supuesto, tú y Apolo se unieron. —Lo enuncié como una declaración de hecho, no como una pregunta. Se empalideció con un blanco de muerte.

—Fue un sueño, ¿no lo entiendes, Tata? —Su voz se elevó en un chillido de sufrimiento—. Nada de eso fue real. Serrena es la hija de mi esposo y yo soy su casta esposa. Amo a mi marido, y amo a mi hija, no a algún fantasma del Olimpo o del inframundo.

La miré con silenciosa compasión, profundizada por el amor. Se puso en pie de un salto y corrió hacia mí. Se arrojó a mis pies y me abrazó las rodillas, hundiendo su rostro en mi regazo.

—Perdóname, mi querido Tata. —Su voz fue amortiguada por las faldas de mi túnica—. Fue todo un sueño y yo no tenía control sobre lo que ocurrió. Era magia y brujería. Yo era una pluma arrastrada por la tormenta. Fue terrible y fue magnífico. Él llenó cada parte de mi cuerpo y mi mente con un dolor insoportable y un placer increíble, con una cegadora luz dorada y una oscuridad de vacío. Fue hermoso más allá de las palabras, pero aterrador y horrible como el pecado. Duró solo un instante y mil años. Lo sentí poner el milagro que era Serrena en mi vientre y me regocijé en ello. Pero no era la realidad. ¿Podrás perdonarme alguna vez por mi maldad, Taita?

Le acaricié el pelo suavemente y lo sentí como seda debajo de mis dedos mientras le susurraba:

—No hay nada que perdonar, Tehuti. Tu marido y tu hija son todos de la realidad y todo lo demás son sombras. Mantenlos cerca de tu corazón y cuídalos, y no le cuentes a nadie tus extraños y fantásticos sueños. Olvida incluso que me lo contaste a mí.

* * *

Los preparativos para la boda de Ramsés y Serrena tardaron aún más de lo que Hurotas había previsto. Tuvimos dos inesperadas pequeñas guerras para luchar en el ínterin. Era la ambición de Hurotas y Hui someter a todas las islas y tierras que rodeaban a las Cícladas y el sur del Mar Egeo, pero después de treinta años de guerra casi continua, la tarea estaba todavía a medio terminar. Tan pronto como un archipiélago quedaba bajo control, otro se rebelaba en el extremo opuesto del imperio del rey Hurotas. Además, los persas estaban perpetuamente complicando y confundiendo las cosas. Dondequiera que detectaban alguna debilidad, se apresuraban a entrar y cortar algunas gargantas, para luego llenar sus naves con el botín y desaparecer tan repentinamente como habían llegado, de regreso a su vasto y misterioso dominio que se tambaleaba en el borde oriental del mundo.

—No son más que salvajes sin educación y piratas despiadados —me dijo Hui en tono de indignación.

—Es muy probable que digan lo mismo de nosotros —le señalé razonablemente.

—Nosotros somos pioneros y constructores de imperios —me contradijo con gran altivez—. Es nuestro destino civilizar y gobernar el mundo en nombre de los dioses verdaderos a quienes adoramos.

—Pero tú y tus hombres aman una buena pelea tanto como cualquier salvaje —respondí—. Tú mismo me lo dijiste.

—Solo hay una cosa que mi gente disfruta más que una buena pelea, y eso es una buena fiesta —reconoció Hurotas—. Es mi intención darles la boda más grande, más salvaje y más famosa que cualquiera de ellos haya soñado jamás, y que ningún hombre va a querer perderse de ninguna manera.

Asentí con la cabeza dando mi aprobación.

—Entonces, mientras tus invitados todavía se estén recuperando del exceso de buen vino y ricas comidas, tú puedes usurpar tranquilamente sus reinos.

—Mi querido Taita, siempre he admirado tu perspicacia política. — Hurotas se acarició la barba y su sonrisa fue evasiva.

Y yo proseguí.

—Si tu encantadora hija Serrena hubiera escogido a uno de los jefes de alguna isla como marido, habría convertido en enemigos a los otros quince,

pero de este modo, todos ellos, los dieciséis, se convertirán en tus aliados y vasallos. Aunque es muy joven, su sabiduría va mucho más allá de sus años.

—Solo puedo repetir mi última afirmación sobre ti, Taita. —Hurotas seguía sonriendo—. Siempre has podido ver el camino a seguir con gran claridad.

Aunque estábamos los dos solos, bajé la voz, de modo que Hurotas se vio obligado a inclinarse hacia mí para oír lo que yo tenía para decir a continuación.

—Con esos dieciséis aliados detrás de ti, la anexión de nuestro amado Egipto y el castigo al tirano Utteric Turo se hace factible.

—Debo admitir que he pensado en esa posibilidad. ¿A quién sugerirías para que sustituya a Utteric como faraón en Luxor, Taita?

—Tú eres la elección obvia —respondí sin vacilar, pero él se rio entre dientes.

—No tengo ningún deseo en particular de regresar a Egipto de manera permanente. Estoy muy cómodo en mi nueva ciudadela aquí en Lacedemonia. He puesto mucho esfuerzo para construirla. Además, mis recuerdos de Egipto no son particularmente felices. ¿Pero a quién más puedo enviar para hacer el trabajo? —preguntó y yo medité sobre su pregunta por un momento.

—El nombre de Faraón Ramsés tiene un cierto atractivo —sugerí, y la expresión de Hurotas cambió. Parecía tener dudas. Me di cuenta de mi error y volví atrás con delicadeza—: Por otra parte, aunque por lo que sé, nunca ha habido una mujer gobernante de Egipto, el nombre de Reina Serrena tiene una resonancia aún más noble en mi oído —y Hurotas sonrió otra vez—. Podrían gobernar como un triunvirato conjunto, o tal vez más precisamente como un «biumvirato». —En este punto Hurotas se echó a reír.

—Nunca dejas de divertirme, Taita. ¿De dónde sacas esas ideas? Muy bien, será un «biumvirato».

Solo habían pasado unos pocos meses desde que había llegado a Lacedemonia, pero ya mi posición era casi inexpugnable. Treinta años antes, Hurotas había recibido sus instrucciones de mí. Muy poco había cambiado en el ínterin, excepto que en estos tiempos mis instrucciones eran formuladas más diplomáticamente en forma de sugerencias.

No podía yo en este momento empujar la promoción de Ramsés demasiado rápidamente por encima de Hui y sus hijos, pero con mucho tacto me ocupé de que quedara situado en el centro de los asuntos militares y

navales de Lacedemonia y de que conservara el mando del poderoso buque de guerra *Memnon* en el que ambos habíamos escapado de Utteric y de Egipto. Oficialmente tenía el rango de contralmirante, directamente debajo del almirante Hui. Su sangre real y su compromiso matrimonial con la princesa Serrena le daban un alto estatus, pero él era lo suficientemente sabio a pesar de su juventud como para no hacer alarde de ello. Ya era un favorito de la familia de Hui. Cuando ella lo invitaba, lo cual ocurría a menudo, la princesa Bekatha lo sentaba a su lado en su amplia mesa y lo alimentaba con generosidad. Se refería a él como «Rammy querido». Sus hijos lo aceptaron en la familia sin mostrar el más mínimo rencor o celos y su creciente prole de niños pequeños estaba encantada de tener otro tío para empujar, pedirle golosinas y molestar para que les contara historias y los llevara sobre los hombros.

Por supuesto, el rey Hurotas y la reina Tehuti estaban encantados ante la perspectiva de que él engendrara a sus propios nietos a su debido tiempo, una vez cumplidas las formalidades. Le dieron a Ramsés su propia suite de habitaciones en la ciudadela al lado de la mía, en el enorme edificio y en el extremo más alejado de los apartamentos de Serrena. El número de centinelas que custodiaban a la princesa real se duplicó con discreción, como si mi propia vigilancia fuera insuficiente para asegurar que su castidad no terminara prematuramente.

Las habitaciones que me dieron eran casi tan grandes como las del rey Hurotas y de la reina Tehuti, pero tenía buenas razones para creer que la reina misma era directamente responsable de esto. No pasaba un día en que no apareciera sin ser invitada en mi comedor privado con provisiones suficientes para abastecer a cien hombres o más, y suficiente vino para mantenerme borracho durante un año. O para despertarme después de la medianoche en camisón llevando una vela mientras se subía a mi cama asegurando que «no voy a estar más que unos minutos, te lo prometo, Tata. Pero solo tengo que pedirte algo muy importante, y no puede esperar hasta mañana».

Varias horas más tarde, cuando la llevaba de vuelta dormida en mis brazos a su propia cama, su esposo se quejaba conmigo.

—¿Nunca te acuerdas de cerrar con llave tu puerta para mantenerla lejos, Taita?

—Ella tiene su propia llave.

—Entonces déjala que se quede contigo.

—A veces ronca.

Hurotas sacudió la cabeza con desesperación.

—¿Crees que me estás diciendo algo que no sé?

Sin embargo, las horas de sueño perdidas eran un precio pequeño por la comodidad y utilidad que estas magníficas habitaciones me proporcionaban. Desde mi terraza en el último piso del monumental edificio podía contemplar los picos nevados de las montañas y hacia abajo, el ancho valle hasta la bahía. Podía monitorear las idas y venidas del ejército y toda la actividad de los barcos. Me encantan las aves silvestres y todas las mañanas dejaba comida para las diferentes especies en esa terraza, y el placer que me daban era intenso. Usaba una de las habitaciones más grandes como mi biblioteca y mi cuartel general. Pronto las estanterías se llenaron con mis rollos escritos, y el excedente se apilaba en montones altos hasta la cabeza en los rincones de la habitación.

El capitán Weneg, con quien tenía una pesada deuda de gratitud por mi huida de las Puertas del Tormento y la Tristeza y los brutales castigos del temible Oneub, estaba fuera de lugar aquí en Lacedemonia. Vino a mí para pedirme una ocupación apropiada para su rango, experiencia y capacidad. En muy poco tiempo hice todos los preparativos para que Weneg y su pequeño grupo de hombres regresara subrepticamente a Egipto, y estableciera allí una unidad de inteligencia para proporcionarme información actualizada sobre las tribulaciones y dificultades que mi pobre patria egipcia sufría bajo el yugo del faraón Utteric Turo.

Me encargué de que Weneg tuviera suficiente débens de plata para pagar a sus informantes y aliados, y compré tres naves comerciales pequeñas pero rápidas para transportarlos a él y a sus hombres en su misión. Era más de medianoche cuando zarparon desde puerto Githion y, por supuesto, yo estaba en el muelle para despedirlos y expresarles mis buenos deseos en su viaje hacia el sur.

Con un nombre falso y con una densa barba ondulada que ocultaba sus hermosas facciones, Weneg había establecido en muy poco tiempo su cuartel general en una tienda de vino casi a la sombra de los muros del palacio de Utteric en Luxor.

Por supuesto, yo le había proporcionado una serie de cajas, cada una con numerosas palomas mensajeras. Todas ellas habían nacido y habían sido criadas en los palomares reales por el palomero del rey Hurotas en Lacedemonia. Weneg llevó escondidas estas aves con él a Egipto. Al cabo de unos meses, su red estaba firmemente establecida en Luxor y funcionaba

perfectamente y con gran eficiencia, y yo estaba recibiendo despachos regulares llevados a través del mar del norte por las palomas de Weneg. El tiempo promedio que tardaban estas aves para hacer el viaje era de menos de cuatro días. El valor de la información que me traían era incalculable.

Gracias al correo de palomas me enteré, casi al mismo tiempo en que sucedió, que Utteric había cambiado su nombre por el de Faraón Utérico Bubastis, en celebración por su ascensión al panteón de los dioses. Bubastis era el dios de la belleza y el valor masculinos, entre sus otros numerosos atributos. Por lo único que yo me sentía verdaderamente envidioso era que Bubastis tenía la reputación de poder estirar su pene erecto hasta una longitud de cien codos, para atrapar desprevenida a cualquier hembra que su fantasía deseara.

El dios Bubastis se representaba a menudo como un gato masculino o femenino. Al parecer, era capaz de cambiar su orientación sexual a voluntad, lo que tal vez explica la atracción de Utteric por esa deidad en particular.

También me enteré por Weneg que el faraón Utteric Bubastis estaba construyendo un elaborado templo a sí mismo en una isla en el Nilo, aguas abajo de Luxor. Estaba gastando en esta empresa casi los diez lakhs de plata de Khamudi que yo había ganado para él en Menfis.

Esto fue seguido al poco tiempo por la noticia de que los agentes del faraón Utteric Bubastis habían rastreado al poderoso trirreme de guerra, el *Memnon*, en el que Ramsés y yo habíamos huido de Egipto, hasta su nuevo fondeadero en puerto Githion. Weneg informó que los oficiales navales del Faraón habían sido encomendados con la tarea de recuperar el barco y regresar con él a Luxor. Sus órdenes consistían en asegurarse de que el traidor Taita estuviera a bordo y encadenado cuando el *Memnon* regresara a Egipto. El Faraón había puesto una recompensa de medio lakh de plata por mi cabeza. Claramente no se había olvidado de mí, ni me había perdonado.

Recientemente me había vuelto bastante relajado en cuanto a mi seguridad personal. Creía que estaba seguro en mi elaborada y cómoda residencia en la ciudadela, pero esta noticia me sacó de mi letargo. Hasta ese momento, Ramsés había destinado una tripulación mínima para que amarrara al *Memnon* en el centro de puerto Githion a la vista de cualquier persona con malas intenciones respecto de él. En ese momento ordené que la nave fuera llevada para quedar junto a la muralla del puerto y por debajo de la superficie del agua, estaba asegurado con cabos gruesos como mi muñeca, atados a los anillos colocados en la construcción de piedra del muelle. En todo momento

había un destacamento de veinte marinos fuertemente armados a bordo, y este era cambiado cada seis horas. Otros cincuenta hombres estaban alojados en un edificio de piedra en el muelle a solo treinta pasos de la planchada del *Memnon*. Podían ser desplegados ante la primera sospecha de que algún grupo hostil llegara a tierra para tratar de apoderarse de la nave y llevarla al mar abierto.

A las dos semanas recibí otra paloma de Weneg en Luxor. El mensaje que llevaba este pájaro era que una tripulación de unos quince a veinte hombres en un barco de pesca pequeño y sin obstáculos había dejado la boca del Nilo. Parecía muy probable que estuvieran en camino de intentar la recuperación del *Memnon*. Weneg me había dado incluso el nombre del teniente al mando de la expedición. Era un tipo escurridizo llamado Panmasi, a quien Ramsés y yo conocíamos de vista. Se había convertido en uno de los favoritos de Utteric. Tenía solo veinticinco años, pero ya se había ganado la reputación de ser un hombre duro. Se lo podía reconocer por una cicatriz en la mejilla derecha, y por la renguera producida por otra herida de guerra, lo que le obligaba a arrastrar ligeramente la pierna derecha en cada paso.

No mucho después nuestros vigías en las alturas del monte Taigeto informaron acerca de un extraño barco pesquero que se movía sigiloso y a lo lejos en la gran bahía de Githion. Parecía estar ocupado echando sus redes de pesca, pero era demasiado tarde al final del día y estaba demasiado lejos de la costa para estar seguros. Cuando la novedad de este avistamiento nos llegó a Ramsés y a mí en la ciudadela, inmediatamente ensillamos y fuimos a todo galope hacia el puerto. Nuestros hombres a cargo de proteger al *Memnon* informaron que todo parecía tranquilo. De todos modos, los puse en alerta total y todos ocupamos nuestras posiciones de batalla y nos acomodamos para esperar. Yo estaba casi seguro de que Panmasi no iba a hacer su intento de apoderarse del *Memnon* hasta las primeras horas de la madrugada, cuando esperaba que la atención y las energías de nuestros guardias estuvieran en su punto más bajo. Los hechos me dieron la razón, como tan a menudo sucede. Una hora más o menos antes de la primera luz oí el canto de un chotacabras en el bosque arriba del puerto, o más bien oí a alguien hacer una aproximación de aficionado del canto del chotacabras. Esa es una de mis aves favoritas y la imitación no me engañó. En silencio pasé a mi grupo de emboscada la orden de estar listos.

Hubo un breve momento de calma. Después descubrimos que este se produjo cuando los matones de Panmasi se acercaron a los centinelas de las

puertas del puerto y los silenciaron degollándolos o golpeándoles el cráneo con garrotes. Luego se produjeron movimientos casi silenciosos de figuras oscuras que salían de entre los depósitos. Arma en mano corrieron por el muelle de piedra hacia el costado del *Memnon*, donde yo había ordenado que se dejara la planchada como una invitación tácita a los intrusos para subir a bordo.

Yo también había colocado una serie de barriles de agua y cajones de carga en el embarcadero, como si estuvieran allí listos para ser cargados apenas comenzara el trabajo la mañana siguiente. Detrás de ellos hice que se ocultaran mis arqueros y mis piqueros. Reconocí a Panmasi a la cabeza de su grupo de piratas. Pero esperé a que él hubiera sacado a sus hombres al espacio abierto y estuviera casi llegando a la planchada que invitaba a subir a la cubierta del *Memnon*, donde quedarían de espaldas a nosotros. Recién entonces di la orden de ataque a mis muchachos. Saltaron de donde se habían escondido detrás de los barriles y los cajones. Cada uno de ellos tenía una flecha ya cargada y todos a la vez las dejaron volar. La distancia era prácticamente inexistente y casi todas las flechas dieron en el blanco. Con gritos de dolor y sorpresa, cayó casi la mitad de los hombres de Panmasi y los demás se volvieron para enfrentarnos.

Pero el elemento de sorpresa estaba a nuestro favor y la pelea terminó casi de inmediato. Los enemigos sobrevivientes arrojaron sus armas y cayeron de rodillas, gruñendo y pidiendo misericordia con las manos en alto. Veinticinco habían sido los hombres del grupo de ataque, pero solo dieciséis sobrevivieron a la descarga de flechas. Me alegró que Panmasi fuera uno de los supervivientes. Quería verlo castigado adecuadamente por su arrogancia y traición. Pero pronto me sentiría decepcionado, y desde un espacio totalmente inesperado.

Los hombres de Ramsés tenían las cadenas de esclavos listas para nuestros prisioneros. Primero fueron despojados de sus ropas hasta quedar solo con sus taparrabos, y les ataron las muñecas por atrás y les encadenaron los tobillos de modo que quedaban limitados a dar pasos cortos e inseguros. Luego fueron cargados en dos grandes carretas para el estiércol y las yuntas de bueyes las arrastraron valle arriba hacia la ciudadela.

Envié algunos hombres por delante para alertar a la población de la captura de los piratas que se volcó a los bordes del camino para burlarse de los prisioneros y lanzarles misiles de barro y basura cuando pasaran camino al cautiverio, al juicio y la ejecución por sus crímenes.

Tres días después el rey Hurotas encontró tiempo para juzgar a los piratas en el patio de armas de la ciudadela. Por supuesto, el veredicto era una conclusión inevitable. De todos modos hubo una gran participación de espectadores para la ocasión. Entre ellos estaba la reina Tehuti y su hija Serrena, que se sentó sobre unos almohadones apilados a los pies de su madre.

Di testimonio por la acusación y un relato justo y equilibrado de los hechos, lo cual, de todos modos, era todo lo que se necesitaba para condenar de antemano a Panmasi y a sus secuaces. No era realmente necesario que el rey oyera alguna prueba de la defensa, pero Hurotas era un hombre generoso.

—¿Tiene el líder de esta banda de piratas algo que decir antes de que pase la sentencia sobre todo el grupo? —preguntó el rey.

Panmasi, que había estado arrodillado frente al trono con la frente apoyada en el suelo y los hombres detrás de él en la misma actitud de penitencia, se puso de pie. Ya he insinuado que era un canalla escurridizo, pero en ese momento me sorprendió y me divertió ver que resultó ser un talentoso actor.

Su expresión era el epítome de la abyecta tristeza y el arrepentimiento por sus crímenes. Hizo una gran interpretación al arrastrar su pierna dañada para ganarse la simpatía de los presentes. Mocos y lágrimas corrían por sus mejillas para gotear desde la barbilla. Su voz temblaba al describir a la familia que había dejado en Egipto: sus tres esposas, todas con el peso del embarazo; sus doce hijos hambrientos y la pequeña hija lisiada a la que adoraba. Era todo tan absurdo que me resultaba difícil contener la risa. Yo sabía con certeza que Panmasi poseía cuatro prósperos burdeles en Luxor, y que él era su propio mejor cliente. Golpeaba a sus esposas solo por el placer de oírlas chillar y su hija estaba lisiada debido al golpe en la cabeza con una pala que le había dado antes de que hubiera aprendido a caminar correctamente. Cuando llegó al final de su actuación, ahogando sollozos, el rey me miró buscando mi opinión. Sacudí la cabeza y él asintió con la cabeza para confirmar su propio veredicto.

—Que los prisioneros se pongan de pie para oír mi veredicto —ordenó. Los malvados se pusieron de pie y quedaron frente a él, pero aún con los ojos bajos. Creo que sabían muy bien qué castigo iban a recibir.

—Dentro de sesenta días se realizará el casamiento de mi hija Serrena con el príncipe Ramsés de la noble casa de Egipto. En esa feliz ocasión todos los dieciséis prisioneros serán sacrificados a Hera, la diosa del matrimonio y la felicidad matrimonial, para asegurar la futura felicidad de mi hija. Antes de

morir sus entrañas deben ser extraídas de su sitio con anzuelos de pesca. Luego serán decapitados. Finalmente sus restos deben ser reducidos a cenizas y arrojados al mar en una marea saliente, mientras las sacerdotisas de Hera cantan plegarias de celebración por la futura felicidad matrimonial de mi hija.

Asentí con la cabeza en acuerdo con el veredicto del rey Hurotas. Me pareció justo y equitativo, teniendo en cuenta el alcance y la naturaleza de los crímenes cometidos.

—¡No!

El grito nos sobresaltó a todos, incluido el rey y hasta a mí mismo. Nos quedamos todos mudos y nos volvimos todos a la vez hacia la princesa Serrena, que se había puesto de pie para enfrentarse a su padre.

—¡No! —repitió ella—. ¡Cien veces, no!

Hurotas fue el primero en recuperarse de este ataque sorpresa de su única hija, que probablemente era también su única debilidad.

—¿Por qué no, hija mía? —Pude ver que estaba haciendo un gran esfuerzo para mantener su enojo bajo control—. Esto lo hago por tu bien, por tu propia felicidad.

—Te quiero mucho, padre. Pero dieciséis cadáveres sin cabeza dispuestos en una fila poco placer o felicidad me van a brindar.

Como todos los demás en el patio de armas, Panmasi y todos sus hombres habían levantado por primera vez la cabeza y miraban fijamente a la princesa. Vi el nacimiento de la esperanza en sus expresiones. Pero más que eso, había un asombro que bordeaba la incredulidad mientras contemplaban la belleza de Serrena. Esta era acentuada por su vivacidad, por el tono subido de sus mejillas, el destello de sus ojos y el temblor de sus hermosos labios. Su voz sonó como un instrumento musical celestial, cautivando y seduciendo a toda su audiencia, incluso a mí que estaba acostumbrado a ella.

—¿Qué quieres que haga con estos sinvergüenzas, entonces? —preguntó Hurotas exasperado. —Podría dejarlos encadenados a los bancos de remo de una de las galeras o enviarlos a las minas de cobre...

—Envíalos de regreso a sus amorosas esposas y familias en Egipto — interrumpió Serrena—. Tú harás feliz a mucha gente con tanta clemencia y compasión, incluyéndome a mí, sobre todo, el día de mi boda, mi querido papá.

Hurotas abrió la boca para hablar y yo vi las chispas de ira que crepitaban en sus ojos. Luego cerró la boca y, como mucha gente hace cuando están en un grave aprieto, me miró a mí. Yo quería reír. Era divertido ver al canoso

héroe de tantos conflictos amargos expulsado del campo de batalla por una jovencita.

Hacía mucho tiempo yo le había enseñado a leer mis labios, y le lancé una sola palabra en silencio. «¡Capitula!» Le aconsejé en silencio.

Él ahogó su sonrisa mientras se volvía para enfrentar a Serrena.

—Eso es pura estupidez —le dijo con severidad—. No seré yo parte de ello. Te doy a estos delincuentes como parte de mi regalo de bodas. Haz con ellos lo que quieras.

Una búsqueda por la orilla al otro lado de la isla reveló el pequeño barco pesquero que había llevado a Panmasi y a sus hombres desde la boca del Nilo. Lo habían arrastrado a la playa y lo habían cubierto con frondas y ramas muertas. Debía ser más robusto y estar en mejores condiciones de navegación de lo que parecía para haber llevado a tantos hombres tan lejos y con tanta rapidez. En respuesta a los deseos de la princesa Serrena, mis hombres pusieron a Panmasi y los restos de su tripulación a bordo, sin armas y sin sustento, y señalé el camino hacia el sur y la boca del Padre Nilo.

—No tenemos comida ni agua —me imploró Panmasi—. Todos moriremos de sed o de hambre. Ten misericordia, buen Taita, te lo ruego.

—Solo puedo darte un buen consejo, pero no comida ni bebida, que son costosas y escasas. Debes recordar mantener la orina fresca. Es mucho más aceptable al paladar cuando se la bebe de esa manera —le dije afablemente—. Te daré una ventaja de veinticuatro horas y luego enviaré tras de ti un trirreme de guerra para que acelere tu viaje. Adiós, buen Panmasi. Dale mis respetos al faraón Utteric cuando... o más bien, si llegas a Egipto otra vez. — Hice un movimiento de cabeza dirigido a mis hombres que estaban vigilando a los prisioneros liberados y desmontaron de sus caballos y se prepararon para empujar el barco pesquero para sacarlo de la playa. Pero fueron detenidos por el cantarín grito de una voz familiar.

—¡Espera, Taita! ¡No dejes que se vayan todavía! —Con un suspiro de resignación me volví para encarar a la princesa Serrena de Lacedemonia a la cabeza de una línea de media docena de caballos cargados con cestas de comida y odres de agua que descendían por el sendero a través del bosque hacia la arena dorada de la playa—. Te olvidaste de las provisiones para estas pobres criaturas, hombre tonto. Habrían muerto de hambre o de sed antes de llegar a Egipto.

—Esa era mi ferviente esperanza —murmuré, pero ella fingió no oírme. Para añadir a mi disgusto vi que había incluido dos odres grandes del

excelente vino tinto de su padre a las provisiones de supervivencia que les estaba proporcionando. Esto fue para mí la locura final.

Panmasi se acercó a los pies de Serrena, alabando su belleza, su misericordia y su generosidad y pidiendo las bendiciones de todos los dioses sobre ella, pero vi cómo él la miraba bajo sus párpados y eso me preocupó. Me acerqué por detrás de él y le di una patada entre las nalgas que lo doblaron, y le dije:

—Vete, pedazo de fétido despojo, y nunca vuelvas o me aseguraré de que te quedes para siempre, enterrado muy abajo en el suelo.

Cojeó de regreso a su barco masajeándose sus órganos doloridos y gritándoles insultos a sus propios hombres. Bajaron los remos con entusiasta rapidez y, al pasar por el arrecife, izaron una vela y se dirigieron hacia el sur. Panmasi y yo nos miramos hasta que la distancia entre nosotros fue demasiado grande, y luego me di vuelta y cabalgué con mi querida princesa de vuelta a la ciudadela. Pero yo esperaba que no fuera la última vez que viera a ese malvado canalla, aunque no por un buen tiempo.

La desagradable premonición se prolongaba en mi mente, incluso durante los días ocupados y alegres que siguieron. Más de una vez estuve a punto de romper mi promesa a Serrena y salir a perseguir a Panmasi en el *Memnon* para resolver el asunto de una vez. Sabía que podía convencer a Ramsés para que me acompañara. Pero soy un hombre de honor, y mi palabra es sagrada para mí.

Es poco consuelo para mí saber que si hubiera roto mi promesa en esta sola ocasión habría salvado la vida de mil valientes y honorables hombres, para no hablar del dolor y la tristeza que habría evitado para mí y para todos mis seres queridos.

La organización de la boda del príncipe Ramsés de Egipto y de la princesa Serrena de Esparta había quedado bajo mi responsabilidad casi por completo. Esto significaba que si las cosas salían bien, todos los elogios serían para el rey Hurotas y la reina Tehuti de Esparta. Pero, en caso de producirse una catástrofe, debacle o calamidad, entonces todas las cabezas se volverían inmediatamente hacia mi persona.

Las festividades preliminares durarían un mes antes de la ceremonia de matrimonio propiamente dicha, y durante un mes más después de ella. A petición de la reina Tehuti serían dedicadas a Apolo, el dios de la fecundidad

entre muchas otras cosas, incluyendo la infidelidad.

Las celebraciones iban a incluir banquetes y otros placeres, adoración a los ciento cincuenta dioses y diosas principales, carreras de carros y barcos, más bailes y abundante vino, lucha libre, concursos de oratoria y canto, tiro con arco, música y baile, carreras de caballos, todo con grandes premios de oro y plata para los ganadores.

Además, tenía que supervisar la construcción de alojamientos adecuados para los dieciséis reyes menores visitantes y sus comitivas que el rey Hurotas y su reina habían invitado a participar de los festejos.

Hago una digresión por un momento para explicar la relación de Hurotas con estos pequeños jefes o reyes. Cuando Hurotas desembarcó por primera vez en puerto Githion casi treinta años antes, después de huir de Creta con su nueva esposa, Tehuti, y en busca de un lugar en el mundo donde pudiera gobernar y volverse poderoso, se apoderó del territorio de la actual Lacedemonia, cuyo rey era Clydese. Sencillamente hizo que los súbditos descontentos de este se volvieran contra él para derrotarlo en una feroz batalla que duró tres días a orillas del río Hurotas.

Clydese tenía como aliados a los tres jefes en el norte de su reino. Los tres habían muerto espada en mano en el conflicto junto a Clydese, pero sus hijos mayores se habían rendido al nuevo rey Hurotas. En lugar de ejecutar a los tres de inmediato, como ellos esperaban, Hurotas le impuso un juramento de lealtad a él. Cosa que ellos aceptaron con gran presteza, teniendo muy en mente la alternativa. Hurotas les devolvió entonces los territorios al norte del monte Taigeto que él había tomado a sus difuntos padres, reteniendo para sí solo lo que había pertenecido a Clydese.

Naturalmente, también habían jurado pagarle un importante tributo sobre todos los ingresos que pudieran recibir ellos y sus herederos de cualquier fuente, a perpetuidad. Era un arreglo con el que todos se beneficiaban, algunos más que otros.

Los tres jefes conservaron la vida y el control nominal de los reinos de sus padres, mientras que Hurotas se veía liberado de la tediosa tarea de tener que mantener el control sobre una plétora de tribus salvajes que no entendían ni siquiera los fundamentos de lo que era la lealtad y la fidelidad. Durante los años siguientes, los dieciséis pequeños caudillos del archipiélago circundante habían sido reclutados por Hurotas en los mismos términos: un ofrecimiento de vasallaje o de olvido. Hurotas era el único que tenía la ferocidad y la astucia como para mantenerlos a todos en orden. Sin él para imponer el

látigo, ellos habrían estado listos para atacarse mutuamente todo el tiempo. El resultado fue una tregua incómoda entre ellos, y sentimientos de temor y respeto hacia Hurotas tan profundos que nunca cuestionaron sus órdenes, ni se olvidaban de pagarle su tributo, por lo general muy anticipado a la fecha acordada.

Así fue que, treinta y tantos años después, Hurotas invitó a sus dieciséis pequeños caudillos, o a quienes los habían sucedido, a la boda de su hija, y yo estaba obligado a ayudar con los preparativos.

Todo debía estar listo treinta días antes del comienzo de la estación de Shomu, que es el período de aguas bajas del río Nilo y el alto verano en nuestro amado Egipto. Aunque Lacedemonia es un reino separado, seguíamos fielmente el calendario egipcio, porque allí era donde Hurotas y su esposa Tehuti habían nacido, y el egipcio era su lengua madre.

El primer día de Shomu fue la fecha elegida por la reina Tehuti y la princesa Serrena para la ceremonia de la boda después de haber calculado cuidadosamente la fecha de la luna roja de la novia y dejado pasar diez días para asegurarse de que ella estaría lista para concederle a su nuevo marido la adecuada bienvenida real en la primera ocasión que él visitara su lecho nupcial.

Esto significaba que los invitados empezarían a llegar y las festividades comenzarían en el mes anterior a Shomu, que por supuesto era Renwet, el último mes en la «Aparición» del período de altas aguas del Nilo.

Todos trabajamos como esclavos bajo el látigo porque el tiempo se nos escapaba y mis dos amadas, Tehuti y Serrena, seguían soñando nuevos entretenimientos para que yo les organizara a nuestros huéspedes, cada uno más elaborado y complicado que el anterior.

—Sabemos que puedes hacerlo con facilidad, Tata querido. Eres un absoluto genio. Nada está más allá de tus habilidades. Nunca me decepcionarías. Después de todo, es la boda de Serrena. —Me animaba Tehuti y me besaba en la mejilla para alentarme a hacerlo.

El resultado iba a ser ajustado, pero a medida que las falúas de nuestros invitados fueron apareciendo en el horizonte desde todas direcciones y se dirigían hacia la gran bahía de Githion, compañías enteras de nuestros guerreros encabezadas por sus oficiales estaban allí para darles la bienvenida en tierra y luego escoltarlos por el río Hurotas hasta la ciudadela, donde los suntuosos alojamientos estaban listos para recibirlos. Esto era en sí mismo un asunto complicado, especialmente si más de un grupo de invitados reales

llegaba simultáneamente. Nuestros huéspedes eran muy sensibles con sus privilegios. Estaban dispuestos a defender su orden de precedencia con sus dientes y espadas desenvainadas, lo que puso a prueba mi diplomacia hasta el límite para no ofender a ninguno de ellos.

Sin embargo, mis abundantes encantos calmaron los ánimos exaltados y mi sentido exquisito del protocolo prevaleció para impedir disturbios.

Apenas llegaban a tierra, los principales huéspedes, sus esposas y concubinas eran conducidos a las plataformas donde esperaban los carros escoltados por caballería montada y bandas tocando. El camino estaba cubierto de flores y flanqueado por bailarinas y multitudes que aclamaban desde el muelle de puerto Githion hasta las puertas de la ciudadela.

Ahí el rey Hurotas y la reina Tehuti esperaban para recibirlos. Estaban acompañados por el príncipe Ramsés y su futura esposa. Muy pocos de los huéspedes que llegaban habían posado sus ojos en Serrena anteriormente y, aunque debían haber sido informados de su extraordinaria belleza, ninguno de ellos parecía estar preparado para su presencia real. Incluso aquellos que habían viajado previamente a Lacedemonia para pedir su mano parecían haber olvidado lo hermosa que realmente era, y fueron sorprendidos de nuevo. Uno tras otro se quedaban boquiabiertos y solo podían mirarla con asombro. Pero en pocos minutos Serrena rompía el hechizo con su estilo cálido y sencillo, además de su sonrisa radiante.

Esta era una de las muchas virtudes que ella demostraba tener. Parecía no darse cuenta del esplendor de su propia apariencia y carecía totalmente de vanidad. Por supuesto, eso solo la hacía más impresionante. Yo podía seguir su camino por la oleada de excitación que ella provocaba, y la animación de aquellos que se amontonaban a su alrededor para disfrutar de su belleza. Lo extraño era que no parecía provocar envidia ni celos entre las otras mujeres. Era como si nunca consideraran competir con ella. Ella era tan inalcanzable como una estrella fugaz. Más bien, se enorgullecían de ella como el pináculo y epítome de su propio sexo. Su belleza se reflejaba en todas ellas, y la amaban por ello.

Así comenzamos el período previo a la boda real, y a medida que el día se acercaba, los invitados se entusiasmaban y se llenaban de alegre expectativa. Era como si toda la naturaleza fuera consciente de la importancia de la ocasión y contribuyera de todo corazón a ello. Llovió, pero solo durante la noche. El ruido de la lluvia sobre los tejados era tranquilizador y reconfortante. Luego las nubes se apartaban con el amanecer, y el sol brillaba

sobre nosotros con benevolencia. Los vientos disminuyeron hasta convertirse en un suave céfiro que venía del sur, apenas suficientemente fuerte como para erizar las aguas y empujar las naves de los últimos invitados a la boda suavemente hasta puerto Githion.

Solo hubo una inquietud persistente que echaba alguna sombra sobre las festividades, y esta fue el intento fallido de los agentes del faraón Utteric de robar el trirreme de guerra *Memnon* y sacarlo de puerto Githion y la amenaza a la seguridad del príncipe Ramsés y su novia que implicaba ese acto.

Para entonces todo el mundo civilizado ya sabía que el faraón Utteric era un loco con un gran ejército y una gran flota a su disposición y que no dudaría en usarlos a la más mínima provocación, o sin provocación alguna.

Aunque el rey Hurotas amaba verdaderamente a su hija Serrena, y las fiestas de la boda eran principalmente en su honor, detrás de escena se sentía absolutamente feliz de usar la ocasión para ocuparse de otros asuntos de Estado. Todos los días a mediodía llamaba a una reunión secreta a puertas cerradas de su cámara de consejo a todos los jefes de Estado reunidos en Lacedemonia. El momento elegido para estas reuniones era deliberado. Más tarde en el día, una vez reanudados los festejos y el consumo de los magníficos vinos de los viñedos del rey Hurotas, no era un momento adecuado para discutir un pacto de protección mutua.

A los quince días antes de la fecha fijada para la boda del príncipe Ramsés de Egipto con la princesa Serrena de Lacedemonia, los dieciocho jefes de Estado, que incluían a Hurotas y al príncipe Ramsés, se reunieron en la cámara del consejo de la ciudadela.

El día anterior, el consejo había votado no reconocer a Utteric como Faraón de Egipto, debido a su manifiesta insania. Habían elegido a Ramsés para ocupar el lugar de Utteric.

Una vez que todos los miembros estuvieron sentados, Hurotas dio comienzo a la sesión.

—El Consejo del Norte está ahora en sesión, y convoco al Señor Taita, el secretario del consejo, para leer el Pacto de Protección Mutua que nos ha sido presentado para su ratificación por el Tirano de Kallipolis, el rey Tyndarco.

Tyndarco, Ramsés y el rey Hurotas eran los únicos miembros del consejo que sabían leer. Yo era el único en la cámara que no tenía que mover los labios al hacerlo. Por eso Hurotas había elegido a Tyndarco para presentar el rollo de papiro y a mí para leerlo en voz alta. Consistía en poco más de quinientas palabras, pero obligaba a todos los Estados miembros presentes

del Consejo del Norte a acudir en ayuda de cualquier miembro del consejo cuyo país o ciudadanos estuviesen amenazados por un tercero.

Hubo una discusión trivial después de haberse leído el documento, pero luego todos lo firmaron o dejaron su marca al pie del rollo de papiro. El ánimo de los miembros del consejo era jovial y despreocupado. Salieron de la cámara del consejo hasta el patio de armas donde el rey Hurotas tenía atado un magnífico semental negro.

Cada uno de ellos fue obsequiado con una jarra de plata, y se reunieron alrededor del caballo. Hurotas levantó su hacha de batalla y con un solo golpe abrió el cráneo del semental, matándolo instantáneamente. Entonces, uno tras otro, los gobernantes y reyes avanzaron y recogieron una jarra de la sangre fresca que brotaba, y la alzaron muy alto antes de entonar solemnemente: «Si rompo mi juramento solemne, que mi propia sangre fluya libremente». Luego bebieron el contenido de la jarra. Algunos de ellos rugieron de risa, pero otros sintieron náuseas ante el sabor de la sangre cruda. Sin embargo, estoy seguro de que ninguno de ellos soñó que serían llamados a cumplir con su juramento antes del final del mes.

Los festejos previos al casamiento de Ramsés y Serrena fueron aumentando a medida que se acercaba la fecha. Cuando faltaban solo catorce días para la boda, Hurotas dio inicio a una cacería del jabalí lacedemonio. Este era un animal con una larga historia, y era una pesadilla él mismo.

Después de que Zaras y Tehuti llegaron a Lacedemonia hacía ya tantos años y Zaras se convirtió en el rey Hurotas, una de sus innovaciones fue plantar los primeros viñedos y hacer los primeros vinos con las uvas que él cultivaba.

Entonces el rey Hurotas cometió un grave error. Cuando consagró sus viñedos a los dioses, olvidó incluir a la diosa Artemisa en la lista de honores. Entre sus muchas otras funciones, Artemisa es la diosa de los bosques y de todos los animales salvajes. Hurotas taló los bosques para hacer lugar a sus viñedos, y alejó o mató a los animales, incluidos los jabalíes, que podían destruir sus cultivos. El jabalí salvaje es una de las criaturas favoritas de Artemisa, y ella se enfureció por aquel comportamiento arrogante y prepotente.

Ella envió al jabalí lacedemonio para destrozarse sus viñedos y enseñarle humildad. Este animal no era un cerdo salvaje común. Solo un ser divino o alguien nacido para ser rey podía eliminarlo, y solo después de una lucha colosal. Por muchas veces que mataran al jabalí lacedemonio, Artemisa se

ocupaba de que renaciera cada año y lo enviaba de nuevo a acosar a Hurotas. Cada año el animal enviado por la diosa era más grande, más feroz y temible que el del año anterior.

Se decía que el último jabalí que Artemisa había enviado para enfrentar a Hurotas tenía una altura de seis codos, tan alto como un hombre. Pesaba quinientos débens, tan fuerte como un caballo de gran tamaño.

Vivía en los densos bosques del monte Taigeto y salía solo por la noche para hacer estragos en los campos que los hombres cultivaban en los valles. De modo que pocas personas lo habían visto. Podía devorar la siembra anual de cinco o seis pequeños y esforzados propietarios en una sola noche. Lo que no comía, lo pisoteaba en el barro.

Sus colmillos eran tan largos como la espada de un guerrero. Con ellos podía arrancar las entrañas de un caballo con una sola sacudida de su horrible cabeza. Su piel era tan dura y gruesa, y el pelo grueso que lo cubría era tan denso, que hacían rebotar cualquier arma que lo alcanzara, salvo la lanza arrojada con mayor habilidad y fuerza. Sus pezuñas eran tan agudas que podían destripar a un caballo de guerra con una sola patada. No era de extrañar que dos de los antiguos pretendientes de Serrena rechazaran la invitación a la cacería, uno de ellos alegando su edad avanzada y el otro, su muy recientemente deteriorada salud. De todas maneras, ambos aceptaron la invitación para observar la caza desde lejos o desde la copa de un árbol alto.

Había un aire de excitación nerviosa entre aquellos que aceptaron el desafío cuando salieron a luchar contra el monstruo. Como era natural, el rey Hurotas conducía la cacería con el almirante Hui, su íntimo amigo, a su derecha. Muy recientemente Hurotas me había visto luchar en la batalla de Luxor contra las hordas de los hicsos que habían invadido Egipto, así que no fue sorpresa para nadie que me eligiera a mí para montar al otro lado.

Hurotas ordenó que su esposa y su igualmente amada hija permanecieran en la retaguardia de la partida de caza, y que el príncipe Ramsés cabalgara con ellas como su principal protector. Si hubiera acudido a mí en busca de consejo, yo podría haberle ahorrado el mal rato y la pérdida de dignidad. De inmediato se encontró con la feroz oposición de los tres. La reina Tehuti llevó la represalia con la habilidad de un protestón profesional y toda la autoridad de más de treinta años de matrimonio.

—¿Cuándo fue la primera vez que te salvé la vida, querido? —le preguntó dulcemente a Hurotas—. ¿No fue antes de casarnos? Sí, ahora lo recuerdo. Eras todavía el humilde capitán llamado Zaras. Tú y Taita vinieron para

rescatarme del bandido Al Hawsawi que me había secuestrado, pero el bandido te apuñaló en el estómago antes de que pudieras cumplir con tu noble misión. Al final, fuimos Taita y yo los que tuvimos que rescatarte a ti. —Puso un énfasis tan especial en la última palabra que Hurotas palideció de indignación. Incluso yo estaba asombrado por la manera en que ella había manipulado su versión de ese incidente en particular, pero antes de que ninguno de los dos pudiera encontrar las palabras para protestar, ella continuó —: Esa fue solo la primera de muchas veces que te salvé la vida... —y procedió a recordarle varias más.

Entonces Serrena intervino con tanta suavidad en el momento oportuno que ni aun habiéndolo ensayado una docena de veces lo habría logrado con tanta perfección.

—Además mamá y yo hemos hecho un pacto para compartir la espada azul que le dio su padre. —Su hermosa voz se estremeció con un almibarado sentimiento—. Si no estamos juntas para esta cacería, significará que una de nosotras será privada del arma que podría salvar su vida, o la tuya. No puedes permitir que una de nosotras sea entregada desarmada a merced de este cerdo asesino, ¿verdad, papá? —Hurotas se volvió para mirarla antes de incluso haberle respondido a su esposa, pero el príncipe Ramsés se interpuso entre ellos antes de que él pudiera protestar.

—Es mi deber proteger a mi futura esposa Serrena de un terrible peligro, Su Majestad. Tengo que estar a su lado cuando nos encontremos con esta bestia voraz.

El rey Hurotas miró a los tres, y ellos permanecieron hombro con hombro contra él. Buscó apoyo a su alrededor y, por supuesto, me vio a mí moviéndome discretamente en segundo plano.

—Taita, explícale a estos idiotas que se trata de un animal extremadamente peligroso el que estamos cazando. Todos estarán en mortal peligro cuando lo encontremos.

—Su Majestad, solo un tonto sigue discutiendo cuando es superado en número y en ingenio. Estoy aquí para dar testimonio de que no eres tonto. Te sugiero que aceptes lo inevitable —repliqué y me miró fijamente con un furioso ceño fruncido y a la vez un centelleo de risa en sus ojos al darse cuenta de que ni siquiera contaba con mi apoyo. Luego se volvió y caminó hacia donde dos palafreneros sostenían su caballo de guerra. Saltó sobre su lomo y recogió las riendas. Y desde allí nos fulminó con la mirada.

—¡Vengan entonces! Si están absolutamente decididos a morir, síganme.

Y que Artemisa y todos los demás dioses tengan misericordia de tanta estupidez, aunque creo que eso es poco probable.

El área que teníamos que cubrir era inmensa, y el terreno era montañoso y densamente boscoso, con los viñedos esparcidos a lo largo del pie de la alta cordillera. El ritmo que Hurotas impuso fue pensado para castigar a su esposa y a su hija por su descaro previo, cuando desafiaron sus órdenes. Sin embargo, ellas lo adoptaron fácilmente. Huelga decir que yo también estaba a la vanguardia de la caza, manteniendo alguna distancia detrás de las dos damas reales. El resto de la partida de caza, casi un centenar de personas, se extendía detrás de nosotros a lo largo de varias leguas de dura marcha. Sin embargo, todos estaban de humor jovial, la mayoría de ellos seguros de que los relatos sobre la presa eran exagerados, y que el jabalí lacedemonio era la inofensiva criatura promedio que se podía liquidar con una docena de flechas y la fuerza de una lanza. La mayoría de ellos estaba mucho más interesada en los odres de vino que pasaban libremente de mano en mano.

Los pocos que íbamos en la vanguardia encontramos abundantes pruebas de la presencia del jabalí. Grandes extensiones de viñedos habían sido arrancadas y los canales de riego laboriosamente construidos por los campesinos estaban arruinados. El agua caía por la ladera de la montaña y volvía al río en el valle de donde había salido y desde allí era llevada directamente al mar. Los viñedos que no habían sido devastados por el jabalí se veían marrones y sin hojas y morían de sed. Los campesinos que se encargaban de mantener los surcos estaban demasiado aterrorizados por el jabalí como para trabajar los campos y se escondían en sus chozas, con más miedo por el monstruoso animal, que incluso el que sentían por Hurotas.

La diosa Artemisa no pudo haber elegido un área más vulnerable o hiriente del imperio de Hurotas que sus terrenos vinícolas sobre los cuales hacer caer el castigo por su arrogancia. El rey amaba su vino casi tanto como amaba el contenido de sus cámaras del tesoro, y cuando tenía una bota de esa magia roja líquida en su mano y otra debajo de su cinturón era un hombre satisfecho. Si bien los administradores de sus tierras le habían informado sobre la magnitud de la destrucción, aún no había podido visualizarla. Escuchar hablar sobre eso era una cosa, pero verla en su realidad era totalmente otra muy distinta.

Él cabalgaba a la cabeza de nuestra partida, agitando su lanza de caza por encima de la cabeza y gritando improperios a la diosa y su criatura. Me estremecí al oír tales insultos dirigidos a una hija de Zeus. El más suave de

estos epítetos era «horrible y espantosa bruja ramera». Lo peor fue acusarla descaradamente de mantener relaciones antinaturales con su propio jabalí. La imagen que aquello evocaba en mi mente era demasiado terrible como para contemplarla, pero tanto Tehuti como su querida hija, Serrena, la consideraron muy divertida.

Entonces, de pronto, sus risitas alegres fueron interrumpidas abruptamente por otro sonido más terrible, que casi nos ensordeció a todos. Hurotas se detuvo en su corcel y miró a su alrededor con una expresión de sobresalto, y confieso que incluso yo, que no me alarmo fácilmente, quedé desconcertado.

Solo una vez antes en mi vida había oído algo tan amenazante y eso fue a orillas del río Nilo, en Etiopía. Era un sonido que habría erizado el pelo de la nuca de un hombre valiente e incluso podría haberle aflojado tanto la válvula de su vejiga como la que controla los excrementos. Era el rugido de un león macho de melena negra, aunque mucho más fuerte que en la naturaleza. Mi cabeza, como si tuviera voluntad propia, giró en la dirección hacia la cual partía aquel sonido como de un trueno.

Del borde del bosque en el extremo más lejano del viñedo apareció una enorme cabeza achatada que parecía pertenecer a una criatura de la mitología. Estaba cubierto de pelo rizado negro como el alquitrán. Sus enormes orejas eran puntiagudas y apuntaban hacia adelante. Los ojos eran brillantes y de una maldad porcina. Tenía el hocico aplastado en la punta, y sus fosas nasales olfateaban nuestro olor. Los colmillos eran tan largos y curvos que las puntas afiladas casi se unían por encima de la enorme cabeza de la bestia.

Emitió otro rugido como el de un león y me di cuenta de que aquello era la creación del capricho de una diosa, no algo de la naturaleza. Este monstruo probablemente podía gritar como un águila, o balar como una cabra si así lo quisiera. Los árboles del bosque se torcían y caían mientras el animal los empujaba descuidadamente a un lado para salir al aire libre. Los músculos de sus cuartos traseros eran visiblemente fuertes, y su lomo se elevaba en una joroba hirsuta entre los hombros. Rompía el suelo con pezuñas que eran varias veces más grandes que las del búfalo salvaje que yo también había cazado en las nacientes del Nilo. Levantaron una densa nube de polvo marrón que envolvió al jabalí y lo dotó de una presencia mística que hacía más imponente su amenaza. Súbitamente, lanzó su gran masa en una carga ladera abajo por los viñedos abiertos, para ir directamente a Hurotas, apuntándole como si lo reconociera como el principal enemigo de su dueña, Artemisa.

Inmediatamente, Hurotas acomodó su lanza y cabalgó para enfrentar la

precipitada carrera del verraco. Lanzó un salvaje grito de guerra, probablemente más para reforzar su propio valor que para asustar a la bestia, que le respondió con una ensordecedora cacofonía de rugidos y gruñidos.

El jabalí tenía la ventaja de un ataque cuesta abajo. Su volumen era tan imparable como una avalancha de roca por una ladera de montaña sacudida por un terremoto. Al llegar el punto de encuentro, Hurotas se irguió sobre los estribos y levantó su pesada lanza de caza. La arrojó a la bestia con toda la fuerza de su brazo derecho, endurecido y templado al calor de muchas batallas. El tiro fue perfecto. La lanza voló directamente al blanco y la mitad de su longitud atravesó el cuero peludo de la bestia y la gruesa piel para clavarse profundamente en su cavidad torácica. Lo único que pude pensar fue que debió haberle atravesado el corazón y otros órganos vitales de un lado a otro.

Sin embargo, la bestia no mostró la menor reacción a la profunda y terrible herida que Hurotas le había infligido. No se tambaleó ni perdió el ritmo de su marcha. Su velocidad no se alteró; el rugido de su furia era aún más ensordecedor, ya que balanceaba su horrible cabeza con toda la destreza y la potencia de un verdugo blandiendo su hacha. Los grandes y brillantes colmillos blancos curvados refulgieron en el aire para luego clavarse en el pecho del semental. Desgarraron la piel, la carne y los huesos en una sola herida espantosa que dejó al caballo abierto desde el centro del pecho hasta la caja torácica, el hueso del hombro y por el flanco, de modo que todos sus órganos vitales y tripas se derramaron por la herida; luego los colmillos del jabalí desgarraron la articulación de la pata trasera. El caballo se desplomó con dos de sus patas del lado derecho cortadas. Hurotas también debería haber perdido una pierna, pero la violencia del primer impacto lo arrojó de la silla un instante antes de que los colmillos dejaran la montura hecha añicos. Fue arrojado lejos, pero aterrizó con la cabeza, y a pesar del casco, el golpe lo dejó inconsciente.

El jabalí se concentró en el caballo derribado y siguió destripándolo furiosamente. Yo azotaba a mi caballo por la empinada pendiente, y Tehuti estaba muy por delante de mí, corriendo hacia el gran jabalí y el caballo derribado sin preocuparse por su propia seguridad. Serrena y Ramsés estaban a mitad de camino detrás de ella. Todos gritaban como salvajes. Tehuti iba maldiciendo al jabalí por matar a su marido y amenazándolo con su propia muerte, blandiendo la espada azul por encima de la cabeza. Ramsés y Serrena se alentaban mutuamente, enloquecidos por la excitación, toda la fuerza de la

razón arrastrada por los vientos de la guerra. Yo les gritaba a los tres que tuvieran cuidado, que se apartaran de la bestia y dejaran que yo me ocupara de ella. Como de costumbre, ninguno de ellos prestó la menor atención a mis órdenes.

Tehuti cabalgaba directamente detrás del jabalí y se inclinó hacia fuera de la silla para darle al tendón en sus patas traseras. En el mismo instante el jabalí pateó hacia atrás violentamente y su pezuña le dio a la muñeca de la mano de la espada de Tehuti. Le rompió el hueso e hizo que la espada azul saliera girando fuera de su puño. El dolor debió de ser intenso porque Tehuti perdió el equilibrio y cayó de la silla para terminar bajo las pezuñas en movimiento del gran jabalí, agarrándose la muñeca herida con la mano sana. Ramsés, que cabalgaba cerca, detrás de ella, se dio cuenta de la situación y desmontó de un salto. Hábil como era, aprovechó su ímpetu para adelantarse y tomar a Tehuti en sus brazos y rodar por la pendiente del campo fuera del alcance de los terribles colmillos y las pezuñas voladoras del jabalí.

Serrena estaba tan preocupada por la seguridad de su madre que por un momento se distrajo y cuando el jabalí cargó contra su caballo, el animal se escurrió debajo de ella y fue arrojada de la silla. Se las arregló para aterrizar de pie, pero había perdido la lanza que llevaba y miró a su alrededor en busca de otra arma, o al menos de un modo de escapar de la situación.

Mientras tanto, yo había visto dónde había caído la espada azul en el barro, entre las vides esparcidas y rotas. La hoja de ese mágico metal de plata que brillaba como un atún fresco recién pescado había atraído mi atención.

Con la presión de mis rodillas dirigí mi caballo hacia donde estaba la espada y me incliné fuera de la silla a todo galope. Mis dedos se cerraron sobre la enjoyada empuñadura. Cuando volví a quedar bien sentado en la silla, grité:

—¡Serrena! —Mi voz se alzó por sobre el estruendo de gritos y chillidos salvajes, el tronar de los cascos al galope y los furiosos rugidos del gran cerdo de la diosa Artemisa.

Serrena volvió sus ojos hacia el sonido de mi voz e hice girar la espada azul una vez alrededor de mi cabeza.

—¡Aquí, Serrena! ¡Atrápala!

Con todas mis fuerzas lancé el arma hacia arriba. Giró una vez mientras caía hacia donde estaba ella. Serrena giró graciosamente debajo de ella y luego la tomó en el aire. Una vez que la maravillosa arma estuvo en la mano que correspondía, la de una semidiosa, el problema que nos propuso Artemisa

estaba a punto de llegar a una solución. Serrena corrió al encuentro de la siguiente carga del cerdo salvaje. La observé con el corazón latiendo fuerte, envuelto en una oleada contradictoria de orgullo y terror. Orgullo por su belleza y su coraje. Terror ante el peligro que la acechaba.

El jabalí debió de percibir su acercamiento, pues dejó el caballo que estaba destrozando y giró para enfrentarse a Serrena. En el instante en que sus ojos se fijaron en ella, se lanzó a la carga. Serrena se detuvo y se balanceó sobre la punta de los dedos de sus pies, haciendo alarde de sí misma ante el gran cerdo, pero en el último momento posible se apartó con una pirueta. Cuando pasó junto a ella, el jabalí envió los terribles colmillos con los que había destripado con tanta facilidad al caballo del rey Hurotas. Una de las puntas de marfil se enganchó en los pliegues de la túnica de ella, pero la tela se desgarró sin alterar su equilibrio.

Luego, mientras la bestia pasaba feroz junto a ella, ella lanzó un golpe de revés con la hoja azul plateada. El brillante filo dio en la articulación de la pata trasera del jabalí y la cortó limpiamente. El miembro truncado permaneció erguido, con la pezuña enterrada en el barro adherido y sus músculos cortados temblaban y se sacudían.

De todos modos, con sus tres patas restantes, el jabalí era casi tan ágil como lo había sido con cuatro. Giró sobre sí, usando la pata trasera que le quedaba como pivote. Ya no bramaba sino que castañeteaba las mandíbulas de modo que sus colmillos chocaban entre sí como castañuelas: un sonido aterrador. Una vez más, Serrena dejó que se le acercara al cargar contra ella, para luego apartarse dando un giro y la espada en su mano pareció disolverse en un chorro de mercurio al cortar el codo derecho delantero del jabalí y lo atravesaba como si fuera un tallo de espárragos hervidos.

Privado de dos de sus patas, el jabalí cayó de cabeza al suelo y con una pirueta quedó sobre el lomo. En un salvaje intento para recuperar el equilibrio, estiró el pescuezo por el suelo fangoso. El codo era tan grueso como un tronco de árbol. Serrena se paró sobre él y con las dos manos en la empuñadura de la espada azul, la hizo girar sobre su cabeza y luego la volvió a bajar haciendo un arco reluciente. La hoja produjo un agudo silbido en el aire con toda la potencia detrás del golpe. La colosal cabeza del jabalí pareció saltar de los hombros encorvados. Tenía la boca abierta y emitió un lúgubre sonido al golpear el suelo, en parte un aullido de rabia y en parte un lamento de muerte. Un chorro de sangre oscura brotó de la garganta cortada y empapó las faldas de la túnica de Serrena, que estaba allí erguida en una actitud de

triunfo.

Grité con feroz aprobación e inmediatamente un centenar de otras voces se unieron a la mía. Ramsés corrió hacia ella para abrazarla con alivio. Tehuti se puso en pie y, dominando el dolor de su muñeca destrozada, que todavía tenía aferrada sobre el pecho, corrió para seguirlo. Los reyes y generales extranjeros, con el almirante Hui a la cabeza de sus espartanos, se acercaron todos por entre las viñas para exaltar el valor de Serrena y sus habilidades guerreras. Uno tras otro cayeron de rodillas ante ella y solo se escuchaban alabanzas y elogios dirigidos a ella, quien les agradecía a todos con un gesto amplio de sus brazos. Luego tomó por los hombros a Tehuti y la ayudó a acercarse al lugar donde el rey Hurotas seguía inconsciente.

En muy poco tiempo lo hicieron reaccionar y él se sentó mirando adormecido a su alrededor. Recién entonces las dos mujeres que yo amaba más que nada en esta creación se volvieron hacia mí ambas a la vez para sonreír con gratitud por encima de las cabezas de la multitud que aclamaba.

Con ese simple reconocimiento me sentí satisfecho.

Ber Argolid de Beocia, en Tebas, el hombre conocido como «Brazo Fuerte» por el peso de la espada que manejaba, era el más importante y poderoso de los caudillos menores. Había ordenado a sus acompañantes que llevaran su trono al terreno de caza para su comodidad, pero sobre todo para hacer notar su importancia. Pero en ese momento insistió en que Serrena se sentara en el trono, como reconocimiento por su hazaña de armas al matar al gran jabalí. Para no quedar atrás, los otros reyes y caudillos visitantes demostraron su respeto conduciéndola al trono en una procesión de honor. De ocho en ocho fueron turnándose para levantarla sobre sus hombros y cantar alabanzas a ella mientras la conducían desde las laderas del monte Taigeto hasta la ciudadela.

La noticia de su maravillosa hazaña se había difundido de boca en boca, de modo que lo que parecía ser la población entera de Lacedemonia se había volcado a los costados del camino para dar vivas a su nombre y arrojarle pétalos de flores en un clamor irrefrenable. Yo iba a su izquierda, un lugar de honor. Mi característica modestia dictaba que no debía ocupar ese lugar, pero la princesa Serrena insistió.

El regreso a casa tomó la mayor parte del resto del día, y el sol descendía hacia el horizonte cuando el trono portátil fue finalmente colocado sobre el estrado en el patio de armas de la ciudadela. Y tampoco ahí pudo Serrena

abandonar el trono.

Su padre, el rey Hurotas, para entonces ya se había recuperado completamente de su encuentro con el gran jabalí y, siempre oportunista, aprovechó la ocasión para confirmar y consolidar la lealtad de los dieciséis caudillos menores al estandarte de la Lacedemonia Espartana.

La importancia y la emoción de la ocasión eran irresistibles. Si la belleza de Serrena antes había sido deslumbrante, en ese momento era inefable al mostrarse resplandeciente ante la adulación que se acumulaba sobre ella. Nadie —hombre o mujer, anciano o joven, noble o plebeyo— podía resistirse. Los visitantes reales y los antiguos pretendientes de Serrena eran arrastrados a ello, tan impotentes como el resto de nosotros.

Cuando el rey Hurotas se puso de pie para dirigirse a todos, con su reina herida a un lado, luciendo noble y valiente con su mano dañada en un cabestrillo que yo había preparado para ella, y su encantadora hija en el otro lado, todos estaban pendientes de cada palabra que pronunciaba y lo aplaudían al final de cada frase emocionada de su discurso. La mayor parte de los reyes se había equipado ya con odres del buen vino rojo de Hurotas, al que trataban con respetuosa atención. Los esclavos estaban listos para rellenar las copas antes de que estuvieran medio vacías.

Hurotas dijo a los reyes y dignatarios allí reunidos de qué manera había llegado a considerarlos como sus hermanos, unidos por una causa común y un respeto mutuo. Esto despertó un estallido de aplausos excepcionalmente ruidosos y entusiastas. Cuando estos finalmente se acallaron, el rey Ber Argolid se puso de pie, decidido a no ser superado por la oratoria extravagante de Hurotas.

—De ahora en adelante, una ofensa a uno de nosotros es una ofensa a todos nosotros por igual —gritó—. Juntemos nuestras manos y hagamos un juramento de protección mutua.

—¿Quién oírá nuestro juramento? —preguntó Hurotas.

—¿Quién otro que la mujer más hermosa del mundo? —respondió Ber Argolid—. ¿Quién otro que la mujer más valiente que mató al jabalí de Lacedemonia?

Así pues, uno tras otro, sin ningún orden en particular, los dieciséis reyes avanzaron y doblaron la rodilla ante la princesa Serrena e hicieron el Juramento del Gran Jabalí. La ceremonia y la celebración que la acompañó, duró hasta mucho después del anochecer. Uno podría haber pensado que todos habrían estado demasiado exhaustos para entonces, pero eso fue solo el

comienzo. El baile, la bebida y la juerga apenas habían comenzado, y Serrena era la más incansable de todos nosotros. Bailó con todos los reyes, incluyendo su propio padre y Ramsés que todavía no era rey. Incluso bailó conmigo más de una vez, y me felicitó por ser el de pies más ligeros de todos los hombres que habían sido sus compañeros de baile, excepto Ramsés. Pero convengamos en que ella estaba obligada a decir eso porque estaba comprometida con él, ¿no?

Cuando Hurotas desafió a Ber «Brazo Fuerte» Argolid a un combate de lucha libre, la mayoría de los hombres salieron de la pista de baile para hacer sus apuestas sobre el resultado de la pelea. Las cantidades que apostaban eran ruinosas, y su entusiasmo era igualmente excesivo al alentar a los gritos a su favorito. Los protagonistas, apenas cubiertos por un taparrabos, estaban cara a cara por sobre la mesa de roble del banquete, gruñendo, gimiendo y sudando mientras trataban mutuamente de arrancarse los brazos a la altura de los hombros.

Probablemente yo era el único de los presentes cuya audición era lo suficientemente aguda como para discernir algo por encima del pandemonio que ellos y su público estaban creando. Pero gradualmente fui percibiendo las suaves melodías de un dulce canto que llegaba desde más allá de las murallas de la ciudadela.

Abandoné la competencia y subí al parapeto de la muralla exterior y desde allí vi un grupo de no menos de cincuenta mujeres, todas vestidas con túnicas blancas hasta el tobillo, y con sus caras también pintadas de un blanco como de muertas con plomo blanco, y los ojos enmarcados de kohl negro. Estaban subiendo por el camino que llevaba a las puertas de la ciudadela, cada una llevaba una linterna encendida y cantaban una oda a Artemisa. Me di cuenta por su maquillaje y su vestimenta religiosa que se trataba de devotas de la diosa. Yo sabía que Hurotas y sus leales seguidores no verían con agrado que sus festejos fueran interrumpidos por las secuaces de Artemisa gimiendo y llorando por la muerte de su cerdo favorito. Así que me apresuré a bajar la escalera hasta las puertas principales de la ciudadela para decirles a los guardias que les negaran la entrada, pero me encontré con que era demasiado tarde. Los guardias habían reconocido la procesión de las sacerdotisas y les habían abierto las puertas para darles la bienvenida.

Cincuenta sacerdotisas de Artemisa y el doble de guardias armados se habían atascado en el pasadizo de ingreso a la ciudadela, diseñado deliberadamente estrecho como parte de la defensa. Regresé empujado por

esa multitud y me encontré una vez más en el patio de armas, donde inmediatamente me vi rodeado por Hurotas y sus nuevos aliados, los caudillos menores encabezados por Ber «Brazo Fuerte» Argolid. Todo el mundo gritaba, incluido yo mismo. Pero ninguno de nosotros estaba escuchando.

Entonces, inesperadamente, una voz más límpida y más lírica se impuso sobre el alboroto. Fue tan imperativa que el silencio cayó inmediatamente sobre todos nosotros. Todas las cabezas se volvieron hacia el lugar de donde venía, y se abrió un espacio entre las irregulares filas enfrentadas por el que avanzó la figura ágil y encantadora de la princesa Serrena.

—¡Reverenda Madre! —Saludó con una reverencia a la Suma Sacerdotisa —. Eres bienvenida aquí, a la ciudadela de mi padre.

—Mi preciosa niña, te traigo saludos y un mensaje de la diosa Artemisa. ¿Estás dispuesta a recibir su sagrada palabra? Si es así, te ruego que te arrodilles para recibirla —respondió la hermana Hagne, que era la reverenda madre de la Orden de las Hermanas del Arco de Oro. El Arco de Oro era uno de los muchos símbolos de la diosa Artemisa.

El rey Hurotas se adelantó, con la expresión belicosa y los ojos llenos de agresividad.

—Ya veremos con eso... —empezó. Pero, afortunadamente, yo estaba lo bastante cerca de él como para agarrarlo del brazo desnudo, todo pringoso por el sudor de sus esfuerzos recientes.

—Detente, Zaras —susurré para que solo él me oyera. Utilicé su nombre anterior para ejercer el dominio que tenía yo sobre él en otros tiempos. Inmediatamente me miró y se calmó. Nuestro ligero contratiempo pasó inadvertido en la intensidad religiosa del momento.

Serrena se puso de rodillas inmediatamente ante la Suma Sacerdotisa, quien con su dedo índice dibujó el símbolo del arco en su frente y luego empezó a hablar de nuevo en tonos más profundos e impresionantes que me pusieron la piel de gallina.

—La diosa Artemisa te reconoce como su hermana de sangre y carne...

No pude evitar mirar a Tehuti que estaba junto a su esposo, aferrada a su otro brazo. Al igual que yo, ella trataba de contener su enojo. Instintivamente, me devolvió la mirada tan pronto como sintió mis ojos sobre ella. Se sonrojó y bajó los ojos mientras ambos recordábamos lo que me había contado de su sueño, su sueño muy real y palpable de la concepción de su única hija. Luego volví mi atención a la Suma Sacerdotisa. Como todos los demás presentes,

estaba ansioso por escuchar lo que ella tenía que decir.

—Artemisa reconoce y aplaude el golpe que diste hoy para exaltación y prestigio de todas las mujeres. Has demostrado que las mujeres somos totalmente iguales a los hombres que querrían dominarnos y subyugarnos. — Al decir esto, vi que Hurotas abría la boca para protestar con renovada indignación y vigor. Sin embargo, Tehuti le pateó la canilla para evitar que blasfemara. Fue un golpe astuto porque oí el poder detrás de él, y Hurotas bramó de dolor.

—¡Oh, mujer! ¿Tratas de mutilarme de por vida?

Grité con él y como yo estaba más cerca de donde estaba la sacerdotisa, mis palabras se impusieron sobre las suyas:

—¡Oh, mujer, has salvado la vida del rey!

Los dieciséis reyes se unieron en la adulación.

—¡La princesa Serrena ha salvado la vida del rey! ¡Toda la gloria para ella!

La Suma Sacerdotisa, que llevaba el equívoco nombre de Hagne, que significa Pura, estaba encantada con este apoyo y vi que sus ojos se encendían, a pesar del kohl que opacaba gran parte de su brillo, al dirigirse hacia el rey Ber Argolid por primera vez.

La diosa Artemisa era virgen y ningún animal, hombre o dios jamás podría poseerla. Ella y su cuerpo eran sacrosantos. Ella desataría una venganza terrible sobre cualquier varón que siquiera intentara tener conocimiento carnal de ella. Sin embargo, uno de los deberes más importantes de las sacerdotisas de Artemisa era actuar como sustitutos eróticos de su adorada diosa. A ellas se les permite tener contactos sexuales con cualquier criatura en esta tierra, sea hombre, mujer, humano o animal, pescado, ave o bestia. Todas las sensaciones físicas experimentadas de esta manera podían ser transmitidas en su totalidad a Artemisa. Pero la diosa misma permanecería para siempre pura e inmaculada aun después de las más desnaturalizadas uniones de diversas carnes, órganos o aberturas que fueran visitadas por sus sustitutas. Es este un arreglo que siempre me ha fascinado. Promete posibilidades ilimitadas incluso para alguien tan físicamente desposeído como yo.

Las cincuenta sacerdotisas de Artemisa siguieron a su Suma Sacerdotisa al salón principal de la ciudadela. Su comportamiento era formal y lleno de gracia, pero había una rapacidad subyacente en todas ellas que me recordaba a un banco de peces tigre en el río Nilo que ha percibido sangre en el agua.

Al cabo de una hora toda pretensión de modestia había sido abandonada por nuestros visitantes junto con la mayor parte de su ropa. El baile se convirtió en algo cercano a la cópula, pero admito que la mayoría de ellos tuvo la paciencia de retirarse a las cámaras circundantes antes de dar los últimos pasos por el sendero del placer.

También me sentí aliviado al ver que Bekatha y Tehuti mantenían a sus esposos y descendientes femeninos bajo sus ojos de águila durante toda la noche. Bekatha fue más indulgente, sin embargo, cuando se trató de sus cuatro hijos varones. Escuché sin querer un intercambio entre Serrena y su primo más joven cuando este regresó de una breve estancia en una de las cámaras exteriores.

—¿Dónde has estado, Palmys, y qué has estado haciendo? —preguntó Serrena—. Quería que bailaras conmigo.

—Estaba haciéndole un sacrificio a Artemisa —dijo el muchacho con aire de suficiencia.

—Creía que eras estrictamente un adorador de Apolo.

—A veces es bueno apostar a dos carros en la misma carrera.

—¿Me enseñarás a hacer un sacrificio a uno de los dioses? —preguntó Serrena ingenuamente.

—Me ofrecí a enseñarte una vez, pero te negaste. Fuiste muy tonta. Así que ahora tendrás que esperar hasta que Ramsés te enseñe el truco.

Ella lo miró por un momento mientras meditaba su respuesta, entonces sus ojos verdes parecieron duplicar su tamaño y su intensidad de verde cuando ella captó el sentido de su alusión.

—Siempre has sido un muchacho puerco, ¿no es así, Palmys? —dijo dulcemente—. Pero ahora parece que te estás convirtiendo en un hombre más puerco todavía. —Y le dio un bofetón detrás de la oreja, tan inesperadamente y tan fuerte que él aulló protestando.

No todas las asociaciones de esa noche fueron tan poco afortunadas. El rey Ber Argolid regresó mucho más tarde de dondequiera que hubiera estado llevando a cabo su contacto con la Suma Sacerdotisa Hagne. Tenía una expresión libertina en el rostro y un brillo lascivo en los ojos. Se dirigió directamente a su anfitrión, el rey Hurotas, para anunciar su compromiso con Hagne, quien, al parecer, había renunciado recientemente a su cargo de reverenda madre de la Orden de las Hermanas del Arco de Oro.

—¿Te entendí mal cuando dijiste que ya tenías diez hermosas esposas en tu isla natal de Rodas Minoica? —Hurotas apenas podía evitar sonreír.

—La cifra correcta es en realidad trece, querido Hurotas. Pero como sin duda sabes, este es el número más desafortunado en nuestro lexicón de la numerología, mientras que catorce es extremadamente propicio.

Hurotas los casó esa misma tarde, y fue otra causa excelente para más celebraciones. Al día siguiente era el decimotercer día antes de la boda de Serrena y Ramsés, pero no pensé en ello en ese momento.

Me desperté a la mañana siguiente con dolor de cabeza y una sensación de presentimiento extremo. Permanecí echado sobre mi lecho y traté de comprender la razón de mi repentino cambio de ánimo desde el día anterior. Envié a uno de mis sirvientes a ver qué estaban haciendo los novios del día anterior, el rey Ber Argolid y la reverenda madre Hagne, pero regresó para informarme que aún estaban encerrados en su alcoba. Pero a juzgar por los chillidos de placer femenino y otros sonidos que sugerían que los muebles pesados eran movidos enérgicamente o quizás incluso eran rotos en pedazos pequeños, en realidad no estaban durmiendo. Además todas las otras esposas y sus hijos, incluida la princesa Serrena, estaban bien y ninguno de ellos había sido afectado por enfermedad alguna o cualquier otra desgracia. De hecho, mientras el criado me informaba de sus descubrimientos, oí gritos felices y risas de voces jóvenes que subían por las ventanas de mis habitaciones desde el patio de armas. Fui hasta las ventanas y miré hacia abajo.

Me sentí sumamente aliviado al ver que Ramsés y la princesa Serrena estaban montados en sus corceles favoritos y, acompañados por dos camareras de Serrena y un número de hombres armados de Ramsés, salían cabalgando por las puertas de la ciudadela rumbo a alguna excursión de placer. Sonreí para mí cuando me di cuenta de que mi sensación de tragedia inminente era probablemente el resultado de los dos o tres cuencos adicionales de excelente vino tinto que Hurotas me había hecho tomar la noche anterior, en contra de mi mejor juicio.

Bajé al río y nadé desnudo en las aguas frías, una cura soberana para las desagradables consecuencias de la uva fermentada. Luego, con la cabeza y la conciencia limpias volví a la ciudadela y fui a unirme a Hurotas y Hui en la cámara del consejo, con doce de sus dieciséis aliados reales. Los otros cuatro habían enviado sus disculpas, pero estaban todos indispuestos.

Poco después del mediodía, Ramsés regresó solo a la ciudadela y vino a

reunirse con nosotros en nuestros preparativos bélicos.

—¿Dónde está la princesa Serrena? —fue mi primera pregunta para él.

—La dejé en la playa del norte, en la Laguna Azul.

Yo la conocía bien.

—No la dejaste sola, espero, ¿no?

—Casi sola. —Me miró con aire de un largo sufrimiento—. Con solo dos de sus criadas y ocho de mis mejores guerreros. Creo que debería estar lo suficientemente segura durante las próximas horas. Sentí que era mi deber unirme a esta reunión ya que tus planes implican la participación de mi nave y de mis hombres. Debes tener en cuenta que Serrena ya no es una bebé, Taita. Es muy capaz de cuidar de sí misma. Prometió regresar aquí cuatro horas después del mediodía.

—Ramsés tiene razón. —Hurotas, sin invitación alguna, se unió a nuestra discusión privada—. Está bien protegida.

Por supuesto Hui tenía que meter su larga nariz en donde no era particularmente bienvenido

—Uno de sus guardaespaldas es Palmys, mi hijo menor. Puede que sea joven, pero es feroz —se jactó.

Sentí que mi ánimo se volvía sombrío de nuevo, pero los otros dieron por agotado el tema y siguieron adelante con sus deliberaciones. Cuando traté de mantenerme distante, siguieron molestándome e insistiendo en involucrarme en su planificación. Era difícil ignorarlos y, a pesar de mí mismo, fui gradualmente atraído hacia el debate. De hecho, fue una discusión tan profunda que poco a poco perdí toda sensación del paso del tiempo.

Hasta que al final dos muchachas esclavas entraron a la sala en silencio y comenzaron a encender las lámparas de aceite con candelas encendidas. Esto me sorprendió, hasta que miré por las ventanas con una espléndida vista del monte Taigeto y vi que el sol de la tarde se deslizaba por detrás de las crestas irregulares de las montañas.

—¡En el nombre del poderoso Zeus! —blasfemé con sorpresa cuando me puse de pie—. ¿Qué hora es?

Hui se levantó y cruzó hasta el reloj de agua que estaba sobre la mesa en el otro extremo. Golpeó el medidor con el dedo índice.

—Este reloj debe estar mal ajustado. Está goteando demasiado rápido. Marca ocho horas después del mediodía. Seguramente eso está mal

—Mira al sol por la ventana. Eso nunca está mal —respondí, y entonces me volví hacia Ramsés—. ¿A qué hora acordaron que Serrena y el resto del

grupo debían regresar?

Ramsés se puso en pie de un salto. Su expresión era de culpa.

—Estoy seguro de que ya deben estar de vuelta en la ciudadela. Deben haber regresado hace varias horas. Pero Serrena no habrá querido perturbarnos. Hurotas dejó instrucciones estrictas...

No esperé a oír más de sus no muy convincentes suposiciones, pero cuando estaba ya a mitad de camino de las puertas de la habitación, Hurotas me llamó.

—Vuelve, Taita. ¿Dónde crees que vas?

—A las puertas principales. Los centinelas sabrán si Serrena regresó o no —grité por encima del hombro. Apenas si podía reconocer mi propia voz, estridente por el pánico, que resonaba en mis oídos. No tenía idea de por qué estaba tan agitado, pero de repente todas mis anteriores premoniciones sombrías se cernían sobre mí con alas de buitre y el hedor repugnante del desastre amenazaba mi nariz. Corrí como un ciervo perseguido por los perros, y podía oír el ruido de botas en las escaleras que hacían los que me perseguían. Irrumpí en el patio de armas y les grité a los guardias desde una distancia de cien pasos.

—¿Ha vuelto la princesa Serrena a la ciudadela? —Tuve que repetir el grito antes de que uno de ellos me entendiera.

—Aún no, mi Señor Taita —me gritó en respuesta—. Hemos estado esperando...

No podía yo soportar más seguir escuchando sus tonteras. Pasé junto a él y seguí corriendo hacia los establos. Recordé que había dejado mi espada colgada en la cámara del consejo, pero no podía volver a recuperarla, no en ese momento. Yo sabía con la más absoluta certeza que algo terrible le había sucedido a Serrena. Ella me necesitaba desesperadamente.

Metí el bocado entre los dientes de mi animal favorito, una hermosa yegua alazana que Tehuti me había regalado. Luego, sin perder el tiempo ensillándola, monté sobre el lomo desnudo y apreté los talones sobre las costillas.

—¡Arre, Summer! —le grité y salimos volando del establo y tomamos el camino que cruzaba el paso en las montañas para luego bajar hacia la costa norte. Miré atrás una vez y vi a los demás, conducidos por Ramsés, Hurotas y Hui muy lejos detrás de mí, pero cabalgando duro en un inútil intento por alcanzarme.

La luz del día empezaba a desvanecerse cuando llegué al estrecho sendero

que conducía a la playa y a la laguna Azul. Yo seguía azuzando a mi cabalgadura, cuando de repente la yegua se apartó tan violentamente del camino que un jinete menos experto habría sido arrojado de su lomo. Pero la apreté entre mis rodillas y le hice bajar la cabeza hasta detenerla. Miré hacia atrás, al objeto que estaba en el camino y que había perturbado a mi yegua. Entonces, con una oleada de consternación, me di cuenta de que era un cadáver humano. Me deslicé del lomo de mi yegua y la conduje haciéndole mover la cabeza y arrastrándola hacia donde el cuerpo estaba tendido boca abajo. Estaba empapado con chorros de sangre. Puse una rodilla en tierra y lo di vuelta suavemente sobre su espalda. Lo reconocí de inmediato.

Era Palmys, el hijo de Hui y de Bekatha. Estaba completamente desnudo. Sus asesinos habían jugado con él antes de cortarle la garganta. Le habían abierto el vientre y le habían sacado las entrañas. Le habían cortado sus partes varoniles y apuñalado los ojos, dejando las cuencas como huecos vacíos. Ya no era un joven de buen aspecto, y sentí una amarga punzada de compasión por sus padres.

Cuando me levanté de nuevo y miré a mi alrededor, vi por qué lo habían torturado una vez que lo habían sometido. Palmys había puesto un precio amargamente alto a su propia vida. Esparcidos entre la maleza cercana se venían los cuerpos de cuatro de sus asaltantes, aquellos que se había llevado consigo en su viaje hacia Anubis en el inframundo.

Los maldije en los términos más virulentos, pero las palabras no pueden socorrer a los muertos. Toda mi atención se dirigió a aquellos que todavía vivían, si es que quedaba alguno. «¿Cuántos habían sido los agresores?», me pregunté, porque el sendero había sido pisoteado por muchos pies. Estimo que debían haber sido unos treinta por lo menos, incluidos los cuatro que Palmys se había llevado consigo.

Pero ante todo en mi mente, eclipsando a todo lo demás, estaba la imagen de Serrena. ¿Qué habían hecho con ella? Cuando le quitaron toda la ropa, ¿alguno de ellos habría podido resistirse a su desnuda belleza? Casi podía oír su clamor lascivo cuando la acostaron y esperaron su turno para montarla. Sentí que las lágrimas corrían por mi cara, lágrimas de ira, horror y compasión. Monté en el lomo de Summer y con salvaje desesperación la hice volar por el sendero hacia la Laguna Azul.

Había otros siete cadáveres caídos en el camino. Todos ellos eran varones y la mayoría de ellos horriblemente mutilados. Eran los que Ramsés había dejado para proteger a Serrena. No perdí tiempo en detenerme para

examinarlos. A pesar de mí mismo, sentí un destello de esperanza, porque no había encontrado ningún rastro de Serrena ni de sus dos criadas. Quizás los intrusos habían perdonado a las mujeres. Tal vez sabían lo que valía Serrena para un rescate si no había sido golpeada y violada.

Seguí por el bosque para salir encima de la playa y me detuve de nuevo. La luz del día se desvanecía con rapidez. De todos modos, pude ver las huellas que los intrusos habían dejado en la playa de arena dorada que conducía al borde del agua. Pero ante mis ojos el horizonte se desvaneció en la penumbra y la oscuridad. No pude ver el menor rastro de alguna nave extranjera en el oscuro mar. Mi primer impulso fue bajar hasta el borde del agua, pero con un esfuerzo me contuve cuando me di cuenta de que al hacerlo podría borrar señales valiosas que los saqueadores podrían haber dejado en la arena suave.

Desmonté y rápidamente até a mi cabalgadura con las riendas a una rama robusta en el borde del bosque. Luego seguí las huellas en la arena, manteniéndome lejos de ellas para no estropearlas. A las primeras pocas yardas me di cuenta de algo que premió por completo mi diligencia. Había una serie de huellas de arrastre regulares superpuestas al desorden de otros muchos otros pies. Las reconocí casi de inmediato.

Ya me había concentrado en la idea de que los asaltantes eran una pandilla de piratas que habían llegado a Serrena y sus compañeros por casualidad. Sin embargo, en ese momento me di cuenta de que no había sido así. Pero en ese momento me distrajo el ruido de pezuñas y voces que gritaban mi nombre desde el sendero del bosque sobre la playa. Reconocí la voz de Ramsés y también la de Hurotas.

—¡Aquí! —les respondí.

Salieron del bosque hacia el espacio abierto. Apenas me vieron, dirigieron sus cabalgaduras hacia donde estaba yo, los dos gritando preguntas desesperadas.

—¡Serrena! ¿La has encontrado?

—¿Está aquí?

—¡No! Se ha ido. Pero creo que sé dónde debe estar —respondí.

—¡En el nombre de la gentil Artemisa! —suplicó Ramsés—. Sean quienes fueren estos forajidos, han asesinado a Palmys y a todos nuestros hombres. Dejamos a Hui con el cuerpo de su hijo. Está totalmente destruido por la pérdida. Te lo ruego, no permitas que hayan hecho lo mismo con mi Serrena.

Montando a la izquierda de Ramsés, Hurotas iba siendo dominado por una

rabia ingobernable, gritando juramentos y amenazas salvajes.

—Encontraré a quienquiera que haya hecho estas cosas monstruosas, aunque me lleve el resto de mi vida —rugió—. Y cuando los atrape, les daré una muerte que asombrará a los mismos dioses.

Frenaron sus monturas a mi lado.

—¿Quién fue, Taita? Tú lo sabes todo. —Ramsés bajó de la silla de su caballo y me agarró por los hombros. Empezó a sacudirme violentamente.

—¡Suéltame y cálmate! —le grité de nuevo, y con un esfuerzo logré liberarme—. ¡Ahí! ¡Mira tú mismo! —Señalé las huellas en la arena.

—No lo entiendo... —me gritó Hurotas—. ¿Qué tratas de mostrarnos?

—Mira esas huellas allí en el centro de la huella. Mira cómo quien sea que las hizo arrastraba el pie derecho.

—¡Panmasi! —Ramsés gritó el nombre al darse cuenta de lo que yo le decía—. El que la misma Serrena nos obligó a dejar en libertad. El desgraciado bastardo volvió aquí para agarrarla y llevarla a la guarida de Utteric.

—Bueno, al menos ahora sabemos que hay una excelente posibilidad de que Serrena siga con vida. Utteric nunca le permitiría a Panmasi matar a una rehén tan valiosa —traté de consolar tanto a Hurotas como a Ramsés.

—Ruego por que tengas razón, Taita. Pero debemos ir tras ellos de inmediato. —Ramsés habló como un hombre estirado en el potro de tortura. —Tenemos que arrancar a Serrena de sus garras.

—Ella es mi hija, mi única heredera, y estos canallas me la han robado. Ramsés tiene razón. Debemos ir tras ella de inmediato. —Hurotas también estaba dominado por la rabia y la desesperación—. Con el favor de los dioses, podríamos llegar a atraparlos antes de que lleguen a la desembocadura del Nilo, porque ciertamente es ahí a donde la están llevando.

Yo no estaba en un estado mucho mejor que el de cualquiera de ellos, pero pude contener mis emociones con más firmeza.

—No perdamos más tiempo aquí, gimiendo y golpeándonos el pecho. — Hablé con dureza, tratando de organizarlos—. Para cuando hayamos vuelto a puerto Githion y preparado nuestras naves para zarpar, Panmasi habrá tenido casi diez horas enteras de ventaja sobre nosotros. Además de eso, no tenemos idea de en qué tipo de nave la lleva secuestrada. —Señalé las marcas de la proa de un barco en la arena, al borde de la playa—. Las señales indican que se trata de una pequeña barca comercial. Pero el mar entre aquí y Egipto está lleno de tales naves. Apenas cualquiera de ellas nos vea, nos tomarán por

piratas y huirán de nosotros. Tendremos que perseguir a todos los barcos que veamos: una tarea larga y agotadora. Mientras tanto, Panmasi correrá hacia el Nilo con todas las velas desplegadas y los remos reforzados con el doble de hombres.

Eso era suficiente para que se preocuparan por el momento, así que no señalé la posibilidad de que Panmasi no se dirigiera directamente a la desembocadura del Nilo. Podría haber dispuesto que carros de guerra lo esperaran en uno de los muchos pequeños puertos de la costa norteafricana para llevarlo a Luxor con su cautiva por tierra. Una vez que Panmasi entrara en el río Nilo o siguiera por territorio egipcio, estaría fuera de nuestro alcance.

—Hurotas tiene razón —dije con toda la fuerza que pude reunir—. Cada momento es valioso. Tenemos que ir a puerto Githion inmediatamente. Tenemos que zarpar e intentar seguir la pista de Panmasi antes de que se desvanezca.

A pesar de mi bravuconería, la oscuridad de la noche sin luna nos demoró y era bastante después de la medianoche cuando llegamos al puerto.

Mientras Ramsés, Hurotas y Hui preparaban sus barcos para ir al mar con desesperada prisa, me dieron la odiosa tarea de ir a la ciudadela para darles las noticias de la pérdida de sus hijos a Tehuti y a Bekatha. Es probable que sea poco amable de mi parte sugerir que ni Hurotas ni Hui tuvieron el valor de hacerlo ellos mismos. Sin embargo, yo ya estaba acostumbrado a los horrores que habían caído sobre todos nosotros.

Fui primero a entregar el mutilado cadáver de Palmys a Bekatha. Cuando sus criadas la despertaron en su cama, la abracé y traté de explicarle el terrible destino que había alcanzado a su hijo menor. Creo que todavía estaba embotada por el vino que había bebido más temprano. Seguía asegurándome que Palmys había terminado su cena y ya dormía en su cama.

Suavemente la conduje hasta la antecámara donde mis hombres lo habían colocado. A pesar de mis esfuerzos por disimular sus heridas, lavando la sangre de su rostro y peinándole el cabello, y luego cerrándole los párpados sobre las cuencas vacías y envolviendo su vientre destripado, seguía siendo una visión terrible para cualquier madre a la que se le presentara. Ella retrocedió apartándose de él y se aferró a mí durante unos momentos, y luego se arrojó sobre su cuerpo, gimiendo y temblando de desesperación.

Después de un rato pude persuadir a Bekatha para que tomara un poderoso sedante que había preparado con mi caja de medicamentos y esperé con ella

hasta que le hizo efecto. Entonces llamé a uno de sus otros hijos para que se encargara de ella en mi lugar, y fui a buscar a Tehuti.

Esto fue todavía más angustioso para mí que la muestra de dolor de su hermana menor.

Envié a sus criadas a esperar en una de las habitaciones exteriores y luego me dirigí a su dormitorio. Estaba durmiendo encima de sus mantas, tumbada sobre la espalda con un camisón hasta los tobillos. Su hermoso y largo cabello estaba peinado y brillaba como las nieves en los picos del Taigeto a la luz de la luna que repentinamente entró por los altos ventanales. Parecía una niña otra vez. Me acosté a su lado y la tomé en mis brazos.

—¡Taita! —susurró sin abrir los ojos—. Yo sé que eres tú. Siempre tienes un olor muy agradable.

—Tienes razón, Tehuti. Soy yo.

—Tengo tanto miedo —dijo—. He tenido un sueño terrible.

—Debes ser valiente, Tehuti, tan valiente como siempre lo eres.

Se dio vuelta entre mis brazos para mirarme a la cara.

—Tienes una triste noticia para mí, y puedo sentirla. Se trata de Serrena, ¿no?

—Lo siento mucho, querida. —Me ahogué con las palabras.

—Dime, Taita. No intentes ocultarme la verdad.

Me escuchó en un desdichado silencio, el rostro pálido y con los ojos como piedras en el resplandor de su lámpara de noche que mantenía encendida para asustar y ahuyentar a los malos espíritus. Cuando llegó mi momento de quedar en silencio, ella me preguntó en voz baja:

—¿Dices que fue Utteric quien hizo esto?

—Solo puede ser él.

—¿Le hará daño?

—¡No! —Mi voz se elevó con una vehemente negación para disimular mi incertidumbre. Utteric estaba loco. No actuaba ni pensaba como otros hombres—. Ella no tiene valor para él si es asesinada o mutilada. —Crucé los dedos de mi mano izquierda cuando lo dije. No quería fastidiar a los dioses haciendo afirmaciones a la ligera.

—¿Vas a encontrar a mi bebé y traerla de vuelta a mí, Tata?

—Sí, Tehuti. Sabes que lo haré.

—Gracias —susurró ella—. Es mejor que te vayas ahora, antes de que me convierta en una completa idiota.

—Eres la mujer más valiente que conozco.

—Bekatha me va a necesitar. Tengo que ir a verla.

Me besó. Luego se puso de pie, se cubrió con la capa que estaba sobre la mesa al lado de la cama y salió de la habitación con dignidad. Pero al cerrar la puerta al salir, me pareció oír un sollozo ahogado. Sin embargo, podría haberme equivocado, ya que Tehuti no era muy dada a llorar.

El borde superior del sol ya estaba sobre el horizonte antes de que finalmente llegáramos otra vez a puerto Githion. Descubrí que Hurotas estaba a bordo de su buque insignia en el puerto, y cuando yo también subí a bordo para presentar mi informe, él acababa de terminar una reunión con los dieciséis reyes menores de la alianza. Todos ellos habían confirmado su juramento y su compromiso con él: «Una ofensa a uno, es una ofensa para todos».

Todos ellos se habían comprometido a zarpar en los próximos días rumbo a sus respectivos reinos y allí reunir los ejércitos de cada uno en preparación para la campaña que se vislumbraba ante todos nosotros. Esta fue una noticia realmente importante. Yo, por ejemplo, había esperado que dos o tres de nuestros aliados jurados renegaran de sus obligaciones si alguna vez se les pidiera que cumplieran con ellas. Felicité a Hurotas y a Hui, y luego les dije que había informado a sus esposas del secuestro de Serrena y de la muerte de Palmys. Ellos estuvieron tan agradecidos conmigo y tan avergonzados de sí mismos como yo esperaba que estuvieran respecto a que ninguno de ellos había mostrado el coraje de dar la terrible noticia a sus esposas y enfrentar las primeras oleadas de su dolor y desesperación.

—Todo está muy bien —les dije—. Pero ahora tenemos que ir tras Panmasi. El tiempo de hablar se ha terminado. Se acerca el tiempo de matar.

Por fin tuve la libertad de correr por el muelle hasta donde el *Memnon* estaba acortando los cabos de amarre, en preparación para zarpar.

—Pensé que nunca estarías listo para partir —me dijo Ramsés con severidad mientras subía a bordo. No lo había visto sonreír desde que supo que Serrena había desaparecido—. ¿Dónde, por el honor y la dignidad del gran dios Zeus, te has estado escondiendo, Taita?

—¿Es eso una acusación de cobardía? —le pregunté en un tono que lo hizo empalidecer y retroceder un paso.

—Perdóname, Taita. Nunca debí haberte dicho eso a ti, precisamente, entre toda persona con vida. Pero estoy medio loco de angustia.

—Yo también, Ramsés. Por eso nunca te oí decir lo que acabas de decir.

—Y continué de inmediato—. ¿Has traído mis palomas a bordo?

—Una jaula con doce. Todas hembras, porque son las más fuertes, más rápidas y más decididas, como todas las mujeres, como me lo has dicho más de una vez. —En ese momento oí el conocido arrullo que subía por la escalerilla desde la cubierta inferior. Ramsés mostró una débil sonrisa, probablemente la primera desde que había perdido a Serrena.

—Escucharon tu voz. Ellas te aman, Tata, como todos nosotros.

—Entonces, demuéstramelo haciendo que esta nave zarpe inmediatamente, si no antes —dije con severidad y bajé a ver a mis bellezas.

Al lado de la jaula en mi camarote, encontré mi estuche para escribir sobre el escritorio donde debía estar, y un rollo de papiro al lado. Inmediatamente empecé a escribir un mensaje corto pero lúcido para enviar a Weneg en su tienda de vino a la sombra de los muros del palacio de Utteric en Luxor. Le decía que estaba enteramente seguro de que era Utteric quien había ordenado el secuestro de Serrena; pero fue Panmasi quien lo había llevado a cabo.

Panmasi se dirigía a Egipto y estábamos persiguiéndolo, pero tenía más de doce horas de ventaja sobre nosotros. Había una gran posibilidad de que no pudiéramos atraparlo antes de llegar a Egipto. Si esto resultara ser así, entonces Utteric casi seguramente mantendría a Serrena en el palacio de Luxor o en las Puertas del Tormento y la Tristeza. Le pedí que confirmara mi evaluación de la crisis, y que me mantuviera informado de cualquier cosa más que pudiera ser de valor para nosotros en nuestros intentos por encontrar y rescatar a la princesa.

Una vez que estuve satisfecho con mi mensaje, lo escribí en tres copias diferentes de papel de papiro ligero. Siempre repito mis mensajes tres veces. Esto es para asegurar que al menos una copia llegue bien a destino. Los cielos son un lugar peligroso para las palomas jóvenes y regordetas, porque son observadas celosamente por halcones y cernícalos; y la experiencia pasada me había convencido de que al menos uno de cada tres de mis pájaros se las arreglaba para regresar con seguridad al palomar en el que había nacido.

Así pues, seleccioné tres de las aves más fuertes de la jaula y aseguré un mensaje idéntico en cada una de sus patas. Luego llevé a una de ellas hasta la cubierta de popa bajo el brazo y dejé a las otras dos en su jaula.

Al salir a cubierta, me sentí aliviado al ver que habíamos salido del puerto y nos dirigíamos al mar abierto. Entonces solté mi primer pájaro en el viento. Dio tres vueltas sobre el barco y luego se alejó en dirección sur. Con intervalos de una hora solté a los otros dos pájaros y los vi desaparecer en el

horizonte. Los seguimos más tranquilamente en el *Memnon*.

El viento soplaba en ese momento del noroeste, así que nos pusimos por delante para navegar aprovechando el viento, nuestro mejor punto de navegación. Nos alejamos de la isla de Creta en seis días de navegación y luego vimos la costa africana en cinco días más. Durante este tiempo nos detuvimos y abordamos nueve barcos extraños para revisarlos. Todos ellos nos tomaron por piratas y trataron de escapar de nosotros. Así que tuvimos que correr tras cada uno de ellos en una ardua persecución. Esto explicaba en gran medida el tiempo que nos llevó hacer la carrera al sur desde puerto Githion hasta la desembocadura del río Nilo. No me sorprendió que Serrena no estuviera a bordo de ninguno de los barcos que interceptamos, pero Ramsés y yo no podíamos arriesgarnos a perderla.

Le rogué a Artemisa que si Serrena ya estaba encerrada detrás de las Puertas del Tormento y la Tristeza, la diosa no permitiera que el temido Oneub abusara de ella. No era ningún consuelo para mí saber que el propio Faraón no iba a seguir ese camino con ella. Él prefería seguir caminos no tan dulcemente perfumados como los de ella.

Una vez que llegamos a la desembocadura del río Nilo lo patrullamos durante tres días más. Nos mantuvimos por debajo del horizonte durante las horas de luz del día, pero cerca de la costa durante las horas de oscuridad. Al cuarto día, Ramsés y yo estábamos de acuerdo en que era inútil permanecer allí detenidos. Sabíamos que para ese momento Serrena estaba ya casi seguramente en Egipto, dado el tiempo que había pasado desde que la habían secuestrado. Así que volvimos a la dirección noroeste y volvimos a nuestra ruta hacia puerto Githion en Lacedemonia. El viento ya no estaba a nuestro favor. Los días se diluían con irritante lentitud.

Cuando finalmente avistamos puerto Githion fuimos saludados por un barco de pesca que salía del puerto. Nos detuvimos y esperamos a que el pesquero llegara a nuestro lado. La persona que nos había detenido resultó ser otro de los hijos del almirante Hui, un fornido y atractivo muchacho llamado Huisson.

—¡Tío Tata! —gritó tan pronto estuvo suficientemente cerca como para que su voz llegara a nosotros—. Hemos tenido noticias de Serrena. Está bien, a salvo. —Continuó gritando su mensaje mientras nuestros barcos se acercaban—. Un comerciante levantino que se dirigía a Egipto entregó un mensaje de la corte de Utteric en Luxor a nuestro buen rey Hurotas. Utteric se jacta de que sus agentes se han apoderado de nuestra prima la princesa

Serrena y que la tiene como rehén en Luxor. Ofrece negociar un intercambio por ella, pero según sus propios términos.

Sentí una gran oleada de alivio ante estas noticias, seguida casi de inmediato por una caída en la desesperación. El alivio fue por el hecho de que Serrena estuviera viva. Mi desesperación se debió a que Utteric tuviera un elemento de negociación tan vital en sus viscosas garras.

Huisson vino a bordo del *Memnon* y entramos a puerto Githion analizando todas las implicaciones de estas noticias con ansiedad y temor. Apenas amarramos nuestra nave, le dije a Ramsés y a Huisson que me esperaran mientras yo iba a recoger los mensajes que las aves le habían traído a mi encargado del palomar. Corrió a mi encuentro con un rollo de papiros en la mano, todos enviados por Weneg desde Luxor. Fue una amarga lectura para mí y lloraba cuando terminé.

Según Weneg, Panmasi y su cautiva, la princesa Serrena, habían llegado a Luxor dieciocho días antes. Eso era tres días antes de que nosotros en el *Memnon* hubiéramos alcanzado la desembocadura del Nilo en su persecución.

Weneg había sido un espectador más en la multitud de varios cientos de ciudadanos que se habían reunido en los muelles, por orden del faraón Utteric Bubastis, cuando Serrena había sido llevada a tierra desnuda, descalza y los gloriosos bucles de su cabello cayendo hasta la cintura, pero no tan abajo como para cubrir sus partes pudendas.

Weneg registró que los ciudadanos de Luxor habían quedado en total silencio ante su belleza y por la conmoción producida por el trato humillante al que era sometida. Por supuesto, ninguno de los espectadores tenía idea de quién podría ser esta extraña ante ellos.

Ya en el embarcadero, sus captores obligaron a Serrena a arrodillarse, mientras uno de los compinches reales le cortaba mechones de su glorioso cabello. Un sordo murmullo de protesta surgió entre los presentes.

Utteric los fulminó con la mirada, tratando de averiguar cuál de ellos lo estaba desafiando. Esto los obligó a callar. Luego Utteric se volvió y le hizo señas a Oneub, el torturador y verdugo real. Este avanzó con rapidez, seguido por una banda de sus esbirros enmascarados que conducían un tiro de bueyes que arrastraba un carro de estiércol. Levantaron a Serrena y la subieron al carro. La ataron a una viga vertical, para que no pudiera cubrir su desnudez. Luego, con un tambor abriendo la marcha, la hicieron recorrer las calles de Luxor, donde la población se amontonaba a los costados y era incitada por

los hombres de Oneub a cubrirla de insultos y estiércol. Finalmente la llevaron colina arriba hasta las Puertas del Tormento y la Tristeza. Allí desapareció por las puertas que se cerraron de golpe detrás de ella. Desde entonces Weneg no la había vuelto a ver.

Cuando terminé de leer el relato que hacía Weneg de su humillación, salí de puerto Githion y subí a la cumbre del monte Taigeto. Corrí la mayor parte del camino para dominar mi angustia con un duro esfuerzo físico. Desde el pico de la montaña, grité mi indignación a los dioses del monte Olimpo, y les advertí que, a menos que cuidaran mejor a su hija, yo tendría que asumir esa responsabilidad.

Tal vez era solo el ascenso al pico de la montaña, pero me sentía mucho más seguro de mí mismo y de lo que tenía que hacer cuando bajé y encontré a Ramsés y Huisson esperándome con los caballos ensillados. Nos encaminamos inmediatamente a la ciudadela. Cuando llegamos, nos dirigimos a la sala del consejo donde encontramos que el rey Hurotas y el almirante Hui estaban en un serio cónclave con tres de los caudillos menores. Hurotas se puso de pie de un salto y se precipitó hacia mí apenas entré en la sala.

—¿Te has enterado de las noticias? —gritó—. Hemos recibido un mensaje directamente de Utteric, traído por un comerciante levantino. ¡Tenías razón, Taita! En efecto, fue Panmasi, el sirviente de Utteric, quien se apoderó de mi Serrena. Se ufana de ello sin vergüenza. Ella fue quien le salvó la vida, y así es como este cerdo infame le ha pagado. Pero ya sabemos lo peor de todo, y sabemos dónde la tienen. Pero lo más importante es que no la han lastimado. Solo la han humillado de la manera más repugnante.

—Sí. —Abracé a Hurotas para tranquilizarlo—. Huisson me lo ha contado. Dice que Utteric ofrece negociar.

—No confío en él. Utteric es una serpiente venenosa. Al final, casi seguramente tendremos que ir a la guerra contra él —reaccionó Hurotas—. Tendremos que ver qué precio exige. No será barato, eso es lo único de lo que podemos estar muy seguros. Pero con plata y con sangre le pagaré lo que se merece —me prometió con gesto sombrío y luego se volvió hacia los tres caudillos menores en la mesa del consejo—. Estos son los jefes Faas, Parviz y Poe.

—Sí, los conozco bien. —Los saludé a los tres.

—Por supuesto, lo había olvidado. —Hurotas se mostraba ligeramente avergonzado—. Pero estoy distraído por las noticias sobre mi Serrena.

Perdóname, Taita.

—¿Le has transmitido la buena noticia a Tehuti? —pregunté—. Aún no —admitió Hurotas—. Yo recién me enteré hace menos de una hora. De todos modos, ella ha salido a caballo y no sé dónde buscarla. —Hurotas hizo una pausa expectante, y por supuesto supe lo que quería de mí.

—Creo que sé dónde está. Con tu permiso iré a verla —le sugerí.

—¡Sí! Ve de inmediato, Taita. Tiene el corazón roto. Y tú, de todos los vivientes, sabes muy bien como aligerar su estado de ánimo.

Cabalgué hacia el pabellón real a orillas del río Hurotas. Dejé mi caballo atado y recorrí las habitaciones vacías llamándola, pero todas estaban desiertas. Así que salí del edificio y bajé a la orilla del río.

Oí el ruido del agua antes de llegar a la laguna en la que ambas, madre e hija, habían pasado tanto tiempo nadando. Seguí por la curva del río y vi su cabeza, con sus densos cabellos pegados al cráneo, mientras nadaba en la corriente. No me había visto, así que me senté sobre una roca al borde del agua y la observé con placer. Sabía que ella trataba de dominar su dolor interno con un duro esfuerzo físico, tal como yo había hecho al subir a la cumbre del Taigeto.

Nadó muchas veces de un lado a otro en la corrientes hasta que sentí mis propios músculos doloridos. Entonces se acercó a la orilla debajo de mí y se puso de pie en la parte menos profunda. Estaba desnuda, y su cuerpo se veía tan elegante y musculoso como hacía treinta años, según lo recordaba yo. Caminó por el agua hasta la orilla. Todavía no me había visto sentado en silencio sobre mi roca.

En ese momento me levanté y me vio. Se detuvo y me miró inquieta. Entonces le sonreí y al instante su bello rostro se hizo eco de mi sonrisa con placer. Corrió hacia mí sacudiendo la superficie del río para convertirla en espuma.

—¡Gracias! ¡Gracias, Taita! —Se rio entre sus lágrimas de alivio.

Me reí con ella.

—¿Cómo sabías que traía buenas nuevas?

—¡Por tu cara! ¡Por tu hermoso rostro sonriente! —Corrió hacia la orilla y arrojó su frío y húmedo cuerpo a mis brazos. Nos abrazamos y ella preguntó —: ¿Dónde está?

—Está cautiva en la cárcel de Utteric. —No quise pronunciar el nombre

de «Tormento y Tristeza».

La sonrisa desapareció de su rostro.

—¿En Luxor?

—Está bien y sin daños —le aseguré—. Utteric está dispuesto a negociar su liberación.

—¡Oh, cómo me gustaría estar con ella! —Su voz se redujo a un susurro. Sacudí la cabeza.

—¡No! Tú nunca regresarías, pero Serrena sí va a regresar. Puede tomar un tiempo, pero te juro que la traeré de vuelta a ti —dije simplemente—. Me iré apenas termine con los arreglos finales. No creo poder llegar hasta donde está detenida, pero si de alguna manera puedo hacerle saber que estoy cerca, eso reforzará su coraje y aliviará un poco su sufrimiento.

—Todos nosotros te debemos mucho, Taita. ¿Cómo podremos alguna vez pagarte?

—Una sonrisa y un beso es todo lo que te pido, Tehuti. Ahora debo ir a ver a tu hermana. Ella también me necesita.

—Iré contigo. Mañana ella y su marido van a sepultar a su hijo menor, Palmys. Otra víctima del loco Utteric.

Palmys había sido un muchacho estimado y bien amado por todos, y varios cientos de dolientes caminaron con nosotros hasta el monte Taigeto, hasta el complejo de cuevas donde todos los parientes y compañeros cercanos del rey Hurotas y del almirante Hui estaban sepultados. El féretro que contenía los restos de Palmys iba en un trineo de madera tirado por diez bueyes negros.

Bekatha caminaba detrás de él. Su marido Hui, con lúgubre expresión en el rostro, iba a su lado, sosteniéndola y Tehuti, en el otro lado, hacía lo mismo. Lloraba desconsolablemente. Sus tres hijos supervivientes iban todos juntos detrás de ella, seguidos por los hombres de su regimiento. Todos llevaban armadura completa y cantaban himnos de gloria, las canciones de batalla de su regimiento. Era un espectáculo espléndido y un bello homenaje a un galante joven guerrero cuya vida había sido tan cruelmente interrumpida.

Incluso yo, que he visto a muchísimos jóvenes sepultados o cremados y convertidos en cenizas en las piras funerarias, no pude evitar sentirme conmovido por la ocasión. Tenía hambre y sed de un día de venganza. Entramos en el valle de Ares, el hijo de Zeus, que es el dios de la cara violenta y cruel de la guerra.

Los altos peñascos a cada lado se elevaban verticales al cielo, dejando las profundidades del valle en oscuras sombras. Los bueyes arrastraron el féretro hasta la entrada de la tumba, una grieta profunda y dentada en la cara de la montaña. No podían ir más lejos y los animales fueron liberados de su carga y llevados de regreso por el camino por el que habían venido. Entonces los camaradas de Palmys se adelantaron y llevaron en sus hombros el sarcófago hasta su último lugar de descanso. Bekatha se arrojó encima del féretro sollozando y gimiendo por el dolor, hasta que entre Tehuti y Hui pudieron apartarla y llevarla de regreso a la ciudadela por el mismo camino.

Demasiado lentamente para mi corazón deseoso de batalla, los caudillos menores comenzaron a reunir sus batallones, llegando desde todas direcciones y entrando a la bahía de Githion con sus flotillas. Manchando las aguas azules con sus velas blancas como nieve, soltaron sus anclas lejos de la orilla. Puerto Githion ya estaba tan lleno de embarcaciones que era posible caminar de un lado a otro sobre sus cubiertas, cruzando de un salto los estrechos espacios que separaban un casco de otro.

Poco a poco los campos abiertos a orillas del río Hurotas se fueron llenando de tiendas y refugios para las multitudes de guerreros armados que llegaban a tierra, y el valle se llenaba con los ruidos de choques de espadas con escudos y con cascos, además de los gritos de los instructores de entrenamiento militar que exhortaban a sus legiones a esforzarse más.

Yo pasaba horas cada día en las alturas de las montañas escudriñando las aguas en busca de unas velas en particular en medio de muchas otras, las de la nave del comerciante levantino que volvía del sur con las exigencias del faraón Utteric. Pasaron varias semanas de espera antes de finalmente poder ver las características velas de color azul, lejos en las aguas de la bahía. Esta coloración proviene de los jugos de un raro caracol de mar, y posee poderes de protección ante mares peligrosos e incluso ante más peligrosos corsarios. Esperaba contra toda esperanza que este avistamiento fuera de buen augurio, pero dudaba que este fuera el caso, teniendo en cuenta de dónde procedía.

El puerto estaba demasiado congestionado como para permitir el acceso al *Levanter*. Tuve que ir remando en un pequeño bote de pesca para ir a encontrarlo. Ben Zaken, pues así se llamaba, confirmó que tenía un mensaje del faraón Utteric Bubastis el Grande y el Bueno, otro inapropiado epíteto de Utteric. Pero se negó a entregármelo a mí. Insistió en entregarlo

personalmente al rey Hurotas, como era su solemne y jurado deber. Yo sabía que él consideraba que era también su solemne deber cobrar todos los débens de la recompensa ofrecida por Hurotas. Traté de persuadirlo para que me dejara ver el mensaje y así poder transmitirle las partes más angustiosas a Hurotas y Tehuti de una manera gentil y diplomática, pero se mostró inflexible.

Ben Zaken y yo cabalgamos por el valle hasta la ciudadela donde nos encontramos con los padres de Serrena que esperaban impacientes. Hubo un breve retraso mientras Ben Zaken contaba y luego discutía la cantidad de su recompensa, pero Hurotas dirigió toda su furia contra él, que se retiró con expresión de dolor y murmurando quejas por ese tratamiento tan áspero.

Cuando Hurotas, Tehuti y yo quedamos solos en la sala del consejo, Hurotas rompió el sello en el pequeño receptáculo de alabastro que Utteric nos había enviado. Contenía un rollo de papiro y un pequeño frasco sellado de cristal verde opaco, como aquellos en los que yo y otros doctos médicos conservamos nuestros medicamentos y especímenes más raros y valiosos.

Hurotas colocó estos objetos aparentemente comunes en el centro de la mesa y los miramos en silencio durante un rato. Hasta que Tehuti habló suavemente.

—Esto me aterra. No quiero saber qué hay en ellos. Y puedo sentir el mal que contienen.

Ni Hurotas ni yo le respondimos, pero yo sabía que todos ahí sentíamos lo mismo.

Finalmente Hurotas pareció sacudirse como si estuviera despertando de una pesadilla. Se limpió el rostro con la mano abierta y parpadeó como para despejar los ojos. Tomó el rollo de papiro y examinó el sello de cera que lo cerraba. Luego sacó su daga de la vaina en el cinturón y pasó la punta por debajo del sello, separándolo del papiro. El rollo crujió en su rigidez mientras lo desenrollaba y lo sostenía a la luz de la alta ventana. Los labios de Hurotas se movieron cuando empezó a leer los jeroglíficos en la página.

—¡No! —exclamó Tehuti—. Léelo en voz alta. Yo también debo saber cuál es su contenido.

Hurotas se detuvo sorprendido por ese pedido.

—Solo trataba de protegerte.

—¡Léelo! —repitió Tehuti, y él hizo una mueca, pero luego se rindió y empezó a leer en voz alta.

A Zaras y Hui, cobardes desertores del glorioso ejército de Egipto.

Tengo a la pequeña ramera llamada Serrena. Ella está en mi mazmorra más profunda donde ustedes jamás la encontrarán. Sin embargo, estoy dispuesto a intercambiarla por las siguientes consideraciones.

Ítem uno. Ustedes me reembolsarán el monto de trescientos lakhs de plata. Esta es la cantidad precisa que ustedes, como oficiales jóvenes en el ejército de mi padre el faraón Tamose, me han robado en los años desde que desertaron de las fuerzas armadas de este amado Egipto.

Ítem dos. Me entregarán a la persona a quien erróneamente ustedes se refiere como «príncipe Ramsés». Este criminal es en realidad un esclavo inferior que pretende tener sangre real egipcia. Él desertó de su puesto en el ejército de Egipto. Debe ser puesto en mis manos para ser castigado con severidad extrema.

Ítem tres. También me tienen que entregar a la persona a quien ustedes erróneamente se refieren como «Señor Taita». Esta criatura es en realidad un nigromante y un practicante de las artes oscuras y malas de brujería. Además, es un esclavo inferior que se ha escapado de su amo. Debe serme entregado para ser castigado con severidad extrema.

Tienen un mes para responder a estas exigencias en su totalidad. Cada mes que pase sin que ustedes cumplan con este, mi plazo, les enviaré un recordatorio. Agrego el primero de estos recordatorios en el pequeño frasco de cristal verde que acompaña esto.

*Faraón Utteric Bubastis de Egipto
(también conocido como el Invencible)*

Los tres volvimos la vista hacia el frasco de vidrio verde, de apariencia inocua, que contenía el recipiente de alabastro. Fue Tehuti quien rompió el espantoso silencio que nos tenía dominados a todos nosotros.

—No creo que pueda soportar mucho más de esto. Conocí a esta criatura, Utteric. Él era el primogénito de mi hermano el faraón Tamose, lo que lo convierte en mi sobrino. Era un niño enfermizo y tímido, así que pensé que era inocuo. Cuán tristemente mal lo juzgué. Él es el epítome de todo mal. — Ella hablaba en un susurro que era interrumpido por sus sollozos ahogados, por lo que era apenas posible dar sentido a sus palabras. Pero ella nunca apartó los ojos de la ampolla de vidrio verde—. Me estremezco al pensar en

lo que nos ha enviado. ¿Quieres abrirlo, por favor, Taita?

—Uno de nosotros debe hacerlo —dije; luego tomé el frasco y examiné el tapón. Vi que estaba tallado en madera blanda y había sido sellado en la boca del frasco con cera de abejas. Lo moví con cuidado para romper el sello y el tapón salió por su propia cuenta con un suave silbido como si estuviera impulsado por gas. Volqué el contenido sobre la tapa de la mesa y los tres nos quedamos mirándolo fijamente en un silencio de miedo.

Era un dedo índice humano. Había sido cortado en la tercera articulación. Era delgado y elegante en su forma y la piel era lisa y sin manchas, era el dedo de una joven noble no marcada por el trabajo o la negligencia.

Tehuti soltó un grito de desesperación y retrocedió hasta la pared de la sala, mirando fijamente al horrible objeto, horrorizada, al darse cuenta de lo que era.

—Utteric ha comenzado a desmembrar a mi querida Serrena. ¿Nada es demasiado obsceno para él? —Se volvió y huyó del lugar, mientras Hurotas y yo la observábamos consternados.

Finalmente yo rompí el silencio.

—Tienes que ir tras ella —le dije a Hurotas—. Aunque ella no lo reconozca, ella te necesita ahora como nunca antes. Ve tras ella. Dale consuelo. Te esperare aquí. —Él asintió y se apresuró a salir de la sala, dejando la puerta entreabierta.

Después de unos instantes mientras mi mente se recuperaba del horroroso impacto, volví a acercarme a la mesa. Me incliné sobre ella para examinar el dedo cortado más de cerca y desapasionadamente. No veía ninguna razón para dudar de lo que se suponía que era: el dedo de una hembra joven, probablemente de crianza aristocrática. Nunca había examinado meticulosamente las manos de Serrena, pero este dedo parecía pertenecer a ella, solo que... había algo no congruente al respecto. Me concentré en él desconcertado durante un rato antes de recordar el suave silbido de escape de gas cuando le quité el tapón al pequeño frasco de cristal. Me incliné para acercarme más al dedo cortado y lo olí. A pesar de la ligera cobertura de sal que le habían aplicado como conservante, se sentía el olor inconfundible de la putrefacción que emanaba de él.

Estaba tan concentrado en el enigma que había descubierto que no oí a Hurotas cuando regresó por la puerta abierta, y seguí totalmente ajeno a su presencia hasta que habló suavemente detrás de mí.

—La carne divina no se pudre —dijo.

Me di vuelta y lo miré consternado.

—¿Qué dijiste? —pregunté tontamente.

—Creo que me has oído bien, viejo amigo. —Me dirigió un gesto de asentimiento y simpatía.

—Sí, te he oído —estuve de acuerdo en mi confusión—. Pero ¿qué quisiste decir con... lo que dijiste?

—La carne divina no se pudre —repetió, y luego dijo algo más—: Ese dedo no puede pertenecer a Serrena. —Señaló con la cabeza el triste resto que estaba en la mesa—. Porque Serrena es divina.

—¡Lo sabías! —exclamé, y él movió la cabeza por tercera vez.

—¿Cómo lo supiste? —insistí.

—Yo también tuve un sueño —explicó Hurotas—. La diosa Artemisa vino a verme en ese sueño y me contó cómo había sido concebida Serrena. —Hizo una pausa, y estaba tan subyugado como nunca antes lo había visto—. Artemisa me dijo: «Tu esposa lleva el hijo de tu corazón, pero no el hijo de tus entrañas».

—¿Le has contado esto a Tehuti? —quise saber, y él sacudió la cabeza.

—No, nunca haría eso. Podría destruir nuestra confianza el uno en el otro y nuestra felicidad. Por eso he vuelto a ti. Quiero que le digas por qué sabes que esto es solo otro desagradable subterfugio de Utteric. Quiero que tú preserves nuestra confianza el uno en el otro, entre Tehuti y yo. —Me tomó el brazo y lo sacudió, pero suavemente—. ¿Lo harás por mí, por nosotros?

—¡Por supuesto! —le aseguré y salí al jardín iluminado por el sol donde sabía que encontraría a Tehuti. Estaba sentada junto al estanque de peces, que era uno de sus lugares favoritos. Ella me miró mientras yo permanecía de pie junto a ella. Su expresión era de desolación.

—¿Qué voy a hacer, Taita? No puedo entregarte a ti y a mi sobrino Ramsés a las garras de ese monstruo y, sin embargo, no puedo permitirle desmembrar a mi única hija.

—No hace falta ninguna de esas dos decisiones fatales. —Me senté a su lado, puse mi brazo alrededor de sus hombros y la abracé. —Verás, mi querida Tehuti, la carne divina nunca se descompone.

Ella sacudió la cabeza.

—No entiendo.

—Ese dedo se está pudriendo, a pesar de la sal en que ha sido envuelto. No es carne divina, por lo tanto, no pertenece a Serrena. Utteric ha tenido que cortarlo de alguna otra desafortunada joven.

Me miró y sus hombros se enderezaron y afirmaron con fuerza y determinación renovadas.

—Tienes razón, Taita. Lo olí cuando abriste el frasco. Pero no me detuve a pensar en ello. Pero ahora que lo has explicado, se trata de una prueba positiva.

—Sí, pero nunca debemos permitir que Utteric tenga la menor idea de que no hemos caído en este ardid suyo.

—¡Por supuesto que no! —estuvo de acuerdo—. Pero ¿qué pasa con mi marido? Prométeme que nunca le dirás a Hurotas quién es el verdadero padre de Serrena.

—Tu marido es un hombre encantador y un gran rey, pero dudo que distinga a un dios de una cabra. Nunca podría sospechar que sea posible quedar embarazada en un sueño. Además, confía en ti sin reservas —le aseguré. Soy un mentiroso elocuente y fluido cuando me veo forzado a serlo.

* * *

Vacilé antes de tomar la decisión de informar a Ramsés de mi firme intención de entrar clandestinamente en Egipto en un intento de llegar hasta Serrena y darle consuelo y apoyo, aun cuando no pudiera conseguir su liberación de su vil cautiverio. Finalmente fui a su alojamiento en la ciudadela y, después de revisarlo bien para estar seguros de que estábamos completamente solos, se lo dije. Terminé con la orden de no decir una sola palabra de mi plan a absolutamente nadie.

Ramsés me escuchó en silencio, y cuando terminé de hablar sacudió la cabeza sombríamente.

—Yo también he tomado exactamente esa misma decisión. Pero no iba a decírtelo ni siquiera a ti —confesó.

—¿Eso significa que vendrás conmigo? —Fingí sorpresa, aunque esa había sido mi intención.

—Qué pregunta tan frívola, Tata. —Me abrazó brevemente—. ¿Cuándo partimos?

—¡Cuando antes, mejor! —repliqué.

Envié mi habitual trío de palomas a Weneg en su tienda de vinos en Luxor para advertirle de nuestra inminente llegada a Luxor. Luego, Ramsés y yo

fuimos a despedirnos del rey Hurotas y de la reina Tehuti. Ambos se sintieron muy animados al enterarse de nuestros planes para ir en auxilio de Serrena. Tehuti me dio un regalo extraordinario y valioso para darle a su hija cuando llegáramos a ella, si es que lo lográbamos. Prometí cuidarlo con mi propia vida y dárselo a Serrena apenas estuviera con ella.

Ramsés y yo zarpamos luego en el *Memnon*. Durante el viaje rumbo al sur, ensayamos los papeles que habíamos acordado. Yo me convertí en un bufón simplón, y Ramsés era mi descuidado guardián. Me conducía con el extremo de un cayado de pastor. Mi modo de hablar era confuso y caminaba a los tropezones y perdiendo el equilibrio. Conseguimos nuestros disfraces de un par de mendigos en las puertas de puerto Githion. Uno de mis sirvientes negoció la compra para que no los asociaran con nosotros. De todas maneras, eran ropas auténticamente ásperas, sucias y malolientes. Afortunadamente no tuvimos que ponérselas hasta que tuvimos a la vista la costa egipcia.

En el *Memnon* nos quedamos en el horizonte hasta que cayó la noche y entonces avanzamos en la oscuridad de nuevo hacia el sur hasta que pudimos distinguir la cercanía de la tierra. Cuando esto ocurrió, lanzamos la pequeña falúa que llevábamos como carga de cubierta a bordo del *Memnon*. Finalmente nos despedimos de la tripulación y los dejamos que regresaran a la isla de la espartana Lacedemonia, mientras nosotros dos vestidos con nuestros harapos dirigimos nuestra falúa hacia la Wadi Tumilat, una de las más insignificantes de las nueve bocas del poderoso río Nilo.

Cuando amaneció ya estábamos a cuatro o cinco leguas río arriba, y no éramos más que una de docenas de pequeñas embarcaciones que se amontonaban en aguas egipcias. Pero como teníamos la corriente del río en contra, pasaron muchos agotadores días más antes de llegar a la ciudad dorada de Luxor. Para entonces nuestra apariencia desaliñada y sin afeitar era completamente auténtica, en lugar de simplemente inventada, de modo que cuando Ramsés me condujo con el cayado, a la vez que mi cabeza asentía, con los ojos dando vueltas y arrastrando los pies, para entrar a la tienda de vinos de Weneg, nuestro amigo no nos reconoció a ninguno de los dos y trató de echarnos para que nos retiráramos por donde habíamos venido. Cuando por fin logramos convencerlo de nuestra verdadera identidad, Weneg en un primer momento se sorprendió y luego se alegró mucho. Pasamos la mayor parte de esa primera noche, discutiendo el paradero posible y probable de la princesa Serrena, y probando las mercancías de la tienda de vino, una confirmación del buen gusto de nuestro anfitrión. Al mismo tiempo,

aproveché para esconder, bajo una pila de jarras de vino en el sótano de la tienda de vinos, el regalo que había traído de la reina Tehuti para darle a su hija Serrena apenas me encontrara con ella.

Después de considerar todas las otras posibilidades, finalmente estuvimos de acuerdo en que Serrena era probablemente huésped del horrible Oneub. Ella había sido vista por última vez acompañada por él cuando era paseada por las calles de Luxor. Por supuesto, siempre existía la posibilidad de que eso fuera exactamente lo que Utteric y sus secuaces querían que creyéramos, mientras la mantenían en otra de las numerosas prisiones que habían surgido desde que Utteric había ascendido al trono del faraón. Sin embargo, lo más probable era que Utteric prefiriera las Puertas del Tormento y la Tristeza para sus invitados más ilustres, aunque solo fuera por el atractivo de ese nombre. Yo era el único de nosotros que había tenido la suerte de haber entrado en esas saludables instalaciones. Así que me encargaron la tarea de dibujar de memoria un mapa del interior.

Mi vista también es famosa por ser muy aguda. Siempre que la luz sea buena, puedo reconocer sin dificultad las facciones de cualquier persona a una distancia de hasta una legua, que es la distancia que un hombre puede caminar en una hora. De modo que se me asignó además la tarea de vigilar el establecimiento de Oneub durante el día desde las colinas circundantes. La verdad es que yo mismo elegí esta tarea para mí. Ansiaba poder ver, aunque más no fuera a la distancia y fugazmente, a la divina mujer a la que tanto amaba, aunque solo fuera para reforzar mi resolución y mi determinación de arrancarla de las garras de esas horribles criaturas, Utteric y Oneub.

A través de amigos suyos, Weneg pudo conseguirme un rebaño de una docena de descuidadas ovejas negras. Todas las mañanas, blandiendo mi cayado de pastor, conducía a estos animales a las colinas que daban al camino entre la ciudad de Luxor y la prisión. Desde esta posición privilegiada pasaba la mayor parte de las horas del día vigilando a mis ovejas y, subrepticamente, a todo el movimiento por ese camino. Pronto me di cuenta de que casi todos los pasajeros transportados a la prisión estaban en un viaje de ida. Nunca regresaban de las Puertas del Tormento y la Tristeza. En este sentido podía yo considerarme extremadamente afortunado por ser la excepción.

Por supuesto, Ramsés quería acompañarme en estas cotidianas expediciones. Pero lo disuadí haciéndole dos preguntas sencillas:

—¿Has visto alguna vez a un par de pastores cuidando un rebaño de una

docena de ovejas? ¿Y si alguna vez lo viste, no te pareció un poco sospechoso?

Levantó las manos en un gesto de frustración.

—¿Cómo te sientes teniendo siempre razón, Taita?

—Es extraño al principio. Pero uno finalmente se acostumbra —le aseguré.

El vigésimo día de mi vigilia conduje mi rebaño por la puerta sur de la ciudad apenas los guardias la abrieron, que fue cuando amanecía. Para entonces, yo era una imagen habitual y al pasar apenas si me dirigieron una fugaz mirada. Mi carnero de cuernos en espiral conocía el camino que subía por las colinas y nos sacó del recinto de la ciudad. Este camino particular era generalmente evitado por la gente de Luxor, que lo consideraba de mala suerte, porque sabían hacia donde conducía. Mi rebaño y yo teníamos las colinas para nosotros, hasta llegar a la primera curva cerrada, que estaba rodeada por bosques a ambos lados. Recibimos muy poca advertencia: solo el ruido de cascos y el ruido de ruedas revestidas de bronce, antes de que una columna de cinco carros de guerra cargara contra nosotros en la curva. Iban en dirección opuesta a nosotros, de regreso a la ciudad de Luxor. El primer vehículo se metió entre mis ovejas al galope, rompiéndole el cogote a mi carnero y matándolo, y también destrozando las patas delanteras de una de mis ovejas. La pobre bestia estaba caída y balaba lastimeramente. Yo me había encariñado bastante con mi pequeño rebaño y corrí para protestar y expresar toda mi indignación.

Pero el conductor del carro principal estaba maldiciéndome a mí y a mis «sucios animales», y se abría paso haciendo sonar su látigo de cuero. Cuando aparecí yo, echó la capucha de su túnica negra por encima de los hombros para revelar las horribles facciones de Oneub, el Terrible. No me había reconocido con mi barba desaliñada, mi largo y sucio pelo, además de mi vestimenta de harapos, pero para estar seguro, aparté mi cara y me puse a arrastrar el cuerpo de mi carnero sin mirarlo, para sacarlo del camino y luego matar a la oveja herida con una roca que tomé del camino. Una vez que el camino estuvo despejado, Oneub pasó con su carro y me dio otro latigazo en mi espalda semidesnuda. Gimoteé patéticamente mientras el segundo carro pasó veloz junto a mí. Y luego me quedé boquiabierto al ver a la pasajera en el tercer carro que se acercaba.

Tenía la cabeza afeitada y la habían golpeado hasta dejarle el rostro hinchado y todo magullado. Tenía un ojo casi cerrado. Llevaba una túnica

corta que estaba desgarrada y manchada con sangre seca y otras inmundicias indeterminadas. Pero ella seguía siendo todavía y por mucho, la mujer más bella que jamás he visto.

Serrena miró donde yo estaba junto al camino. Nos separaban dos o tres brazos de distancia. Por un breve instante no me reconoció disfrazado como estaba, pero luego su expresión cambió abruptamente. Abrió los ojos con sorpresa y alegría, incluso el que tenía el párpado hinchado. Sus labios articularon mi nombre, pero sin emitir sonido alguno. Le hice una leve advertencia frunciendo el ceño, y ella se controló y bajó la mirada. Luego el carro en el que iba ella se alejó. Serrena no se dio vuelta ni dio ninguna señal de reconocimiento, salvo que sus hombros ya no caían en desesperación y su cabeza afeitada se mantenía más alta. Un aura de esperanza renovada parecía envolverla, que era evidente incluso desde esta distancia.

Mi propio ánimo se sintió aliviado porque también pude fugazmente ver sus manos sin ataduras. Y cada uno de sus dedos se veía claramente intacto y sin daño alguno. El intento de engaño de Utteric quedaba así expuesto. Además, yo sabía que el daño que se le había infligido a su hermoso rostro pronto sanaría milagrosamente, pues la suya es carne divina.

Permanecí en una actitud de sumisión humilde y desesperada hasta que el convoy de carros de Oneub desapareció detrás de la siguiente cresta, luego dejé escapar un gran grito de alegría dando saltos en círculos como un lunático, arrojando mi cayado de pastor por el aire. Me tomó un poco de tiempo recuperar el equilibrio, y luego recuperé mi cayado de donde había caído y salí corriendo hacia la ciudad. Mi rebaño de ovejas prestado entró en pánico ante mi repentina partida y corrió tras de mí, con balidos de angustia. Pero yo fui el primero en regresar a la tienda de vinos de Weneg, superando a mi rebaño por una buena distancia.

Encontré a Weneg y Ramsés en el sótano secreto debajo de la tienda de vinos, donde Weneg guardaba el equipo relacionado con su verdadero propósito de permanecer en Luxor, tan cerca del palacio real de Utteric. Allí estaban las jaulas de palomas que llevaban nuestros mensajes de ida y vuelta entre Lacedemonia y Luxor y una gran cantidad de arcos, flechas y varias otras armas.

—¡La encontré! —grité al irrumpir y acercarme a ambos.

Me miraron llenos de asombro y preguntaron al unísono cuando se pusieron en pie:

—¿A quién?

—¡A Serrena! —Yo estaba exultante—. ¿Quién más podría ser?

—Dime —Ramsés se precipitó hacia mí—. ¿Dónde está ella? —Me agarró por los hombros y me sacudió—. ¿Está bien? ¿Le han hecho daño? ¿Cuándo puede...

Tuve que esperar a que el alboroto se calmara antes de poder hacerme oír.

—Oneub la tiene en las Puertas del Tormento. La llevaba en un convoy de carros en esta dirección... —Rápidamente le expliqué que era muy probable que Oneub la escoltara al palacio de Utteric, ahí en Luxor para un nuevo y duro interrogatorio. Luego pasé a dar mi opinión informada sobre qué futuro le tendrían reservado a Serrena.

—La han golpeado y maltratado. Su cara y sus brazos están magullados y maltratados, pero no parecen haberle infligido ningún daño permanente. Contrariamente a sus amenazas, no parecen haberle amputado ninguno de sus dedos ni ninguna otra parte del cuerpo. No hay nada grave en su vista ni en su mente. Está alerta y en pleno control de todas sus facultades. Todo esto tiene sentido, porque es demasiado valiosa para Utteric como rehén y jamás permitiría que sus matones le causen algún daño real. —Me las arreglé para serenar a Ramsés y a Weneg, y así calmarlos y tenerlos listos para escuchar mi buen juicio.

—Esta es probablemente la mejor, si no la única, oportunidad que jamás tendremos para liberar a Serrena del cautiverio, y para llevarla a un lugar seguro. Una vez que esté encerrada detrás de las Puertas del Tormento y la Tristeza, quedará completamente fuera de nuestro alcance. Tienes mi palabra sobre esto. ¡Estuve allí y lo sé! —Ninguno de los dos me lo discutió, pero la expresión de Ramsés mostraba una extraña mezcla de esperanza y premonición.

—Dinos qué debemos hacer —suplicó.

—Así es como lo veo yo —les dije—. Sabemos que en este momento Serrena está fuera de los muros de la Tristeza. Por alguna razón que su mente enloquecida haya soñado, o probablemente solo para regodearse con ella y humillarla todavía más, Utteric le ordenó a Oneub que la trajera a palacio. Casi con seguridad Oneub piensa tenerla detrás de las Puertas del Tormento y la Tristeza antes del anochecer esta misma noche. Así que en algún momento entre el mediodía y el atardecer de hoy Oneub volverá por el mismo camino a su guarida en el que él y yo nos encontramos esta mañana. —Me volví hacia Weneg y le pregunté—: ¿Cuántos hombres buenos y confiables puedes traerme antes del mediodía de hoy?

Weneg se quedó pensando en mi pregunta apenas un momento, contando en silencio con los dedos. Luego estuvo listo para dar una respuesta.

—Doce con seguridad —dijo—. Quince con un poco de suerte, pero todos ellos son enemigos mortales de Utteric y buenos y duros luchadores. Sin embargo, no sé cuántos de ellos tendrán sus propios caballos.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Mientras tengan armas, sé dónde podremos encontrar caballos. Por lo tanto, estaremos bastante parejos con los rufianes de Oneub, y tendremos el vital elemento de sorpresa a nuestro favor.

—Una cosa es segura, no lograremos nada sentados aquí y charlando uno con otro como un grupo de viejas.

Ramsés se paseaba agitado en la bodega. Estaba casi tan angustiado por la situación de Serrena y emocionado por la perspectiva de su liberación como yo. Pero me demoré un poco más para sacar de debajo de la pila de jarras de vino donde había escondido el regalo de Tehuti que había traído conmigo desde la ciudadela de Lacedemonia para entregárselo a su querida hija. Lo até a mi espalda bajo los desgarrados y sucios pliegues de mi túnica, donde quedaría oculto a cualquier mirada indiscreta.

Le di a Weneg una lista de artículos esenciales que él y sus reclutas debían llevar consigo. Luego acordamos reunirnos en el puente de piedra sobre el arroyo donde bajaba de las colinas media legua más allá del punto donde yo había disfrutado mi reciente encuentro con Oneub. Le insistí en que cada uno de nuestro grupo debía estar allí a más tardar una hora antes del mediodía. Yo sabía que era un plazo imposible para ellos, pero lo puse a fin de disuadirlos de que se demoraran en el camino.

El resto de mi fiel rebaño de ovejas me esperaba en el patio detrás de la tienda de vinos, y volvimos a salir por la puerta sur de la ciudad a paso lento. Por supuesto, yo y mis ovejas fuimos los primeros en llegar a la cita prevista en el puente sobre el arroyo, pero no pasó mucho tiempo hasta que el resto de los guerreros de Weneg comenzara a llegar. Tal como yo se lo había pedido, llegaban solos o en parejas para no llamar la atención. Por supuesto, estaban todos bien armados como era de buen juicio y prudente que lo hiciera un grupo pequeño que viajaba al exterior en esos tiempos turbulentos.

Naturalmente, no todos cumplieron con el plazo que yo había fijado. Era ya la media tarde antes de que los últimos llegaran al punto de reunión. Pero

finalmente tuve un total de trece formidables guerreros armados ocultos en el bosque a cada lado de la carretera que conduce al puente de piedra sobre el arroyo.

Todos estos hombres habían servido a mis órdenes en al menos una de las campañas que habíamos lanzado contra los hicsos, y todos me reconocieron de inmediato y expresaron su alegría por nuestro encuentro. No fue necesario hacerlos practicar más de una vez su papel en la próxima emboscada. Ya lo habían hecho todo antes, y muy bien.

Yo ocupé mi posición en un punto privilegiado desde donde podía ver bien el camino a la ciudad de Luxor. Admito que me estaba poniendo un tanto inquieto hasta que al fin vimos más abajo de nosotros la nube de polvo que levantaba la columna de carros que se aproximaba después de haber salido de la ciudad, colina arriba hacia donde los estábamos esperando. Todavía debajo de nosotros, pasaron por el punto donde Oneub y yo habíamos intercambiado nuestras bromas esa mañana, y cuando se acercaron fue con mayor velocidad y seguridad. Yo sabía que esto era así porque en el fondo de su mente suspicaz, Oneub probablemente había quedado perturbado por nuestro encuentro anterior. Pero en ese momento se tranquilizó y bajó la guardia. Yo tuve esto en cuenta cuando hice mis planes. Una cuidadosa previsión es a menudo el sello distintivo del verdadero genio.

Se dirigieron a mi trampa al trote, gritando bromas entre ellos y azuzando a sus caballos. Vi que otra vez llevaban a Serrena en el tercer carro. Mi plan confiaba en que así sería, y me había colocado más atrás en mi línea de ataque para poder ser uno de los primeros en llegar a ella.

El primer vehículo pasó junto a nosotros con sus ocupantes mirando hacia adelante. No advirtieron nuestra presencia en el espeso matorral en los bordes del camino. Oneub, cubierto con su capa negra, lo siguió hasta el puente en el segundo vehículo. Luego Serrena quedó a mi lado en el tercer carro, y mi corazón se aceleró cuando pasó tan cerca de mí sin tener conciencia de mi presencia. Finalmente, el cuarto y último carro salió disparado hacia la frágil estructura del puente.

En ese momento quedaron todos comprometidos. No había espacio en la estrecha calzada para que ninguno de los cuatro carros pudiera hacer un giro de ciento ochenta grados e intentara escapar de la trampa que yo les había tendido.

Con dos dedos entre mis labios, lancé el silbido agudo que era mi acordada señal de ataque. Es un sonido que he perfeccionado. De cerca es

ensordecedor. Pero incluso en el alboroto de la batalla se puede oír claramente a distancias extraordinarias. Mis hombres lo habían estado esperando. Y reaccionaron al instante.

Había colocado a mis dos hombres con martillos al otro lado del puente. Estaban agachados debajo de la superestructura, uno a cada lado de la calzada. Al oír mi silbido, saltaron de su escondite y se lanzaron hacia delante, con los enormes martillos de pedernal con los que estaban armados. Con uno o dos golpes fuertes rompieron los radios en las dos ruedas del carro principal. Las ruedas cayeron destrozadas. El conductor y sus hombres fueron tomados completamente por sorpresa y lanzados fuera del carro. Los restos de su vehículo bloquearon la salida del puente. Los tres carros siguientes se amontonaron uno tras otro.

Conduje el ataque al puente. Nuestros gritos de guerra confundieron aún más a los aurigas y sobresaltaron a sus caballos. Estos se encabritaron salvajemente y enredaron los arneses de los carros. Un animal perdió el equilibrio, golpeó contra el parapeto y cayó sobre un lado del puente. Quedó colgando en el aire, pateando y chillando con fuerza por el terror e inmovilizando a los otros animales de su tiro. Los aurigas se gritaban unos a otros para despejar el puente, pero Oneub era el que gritaba más fuerte de todos ellos. Todos quedaron envueltos en un pandemio y entraron en pánico.

A mi derecha tenía el regalo que la reina Tehuti me había dado para entregarle a su hija. Yo la había sacado de la vaina, y el metal azul de su hoja brillaba a la luz del sol, más brillante que cualquier otro metal en existencia y tan mortal como el fin del mundo.

—¡Serrena! —grité su nombre por encima del alboroto. Se dio vuelta y me vio.

—¡Tata! —gritó—. Yo sabía que vendrías. —Su belleza pareció tomar alas y me llenó de fuerza.

—¡Tómala! —hice girar la espada azul una vez alrededor de mi cabeza y luego la dejé volar. Estiró completamente el brazo derecho y la atrapó en el aire cuando pasaba por encima de ella. Luego puso su mano libre sobre el borde del carro y balanceó las piernas hacia un costado. Se dejó caer en la estrecha calzada del puente tan ligeramente como un pájaro solitario que se posa sobre una flor y se lanzó hacia adelante.

—¡Oneub! —ella lo llamó, dándole a ese obscenamente feo nombre una bella y cantarina cadencia. Oneub no pudo evitarlo y se volvió para mirarla.

Ella corrió hacia él casi sin peso, sus pies descalzos apenas rozando el suelo. Oneub vio el acero brillante en su mano y supo que nunca podría sacar su propia arma a tiempo para defenderse. Supo que era la muerte lo que iba hacia él. Se encogió detrás del borde de su carro, traicionero cobarde hasta el final. Ella saltó alto por el aire y desde la parte más alta de su salto empujó su espada sobre el borde del carro y la clavó en la espalda de él. Vi la hoja azul hundirse hasta la mitad en la túnica negra. Oneub lanzó un fuerte grito de agonía e involuntariamente echó atrás la cabeza. Su cara estaba contorsionada, haciéndola aún más fea de lo que yo había visto antes.

Con un gesto lleno de gracia, Serrena retiró la hoja de la espada azul de la herida. Estaba cubierta con la sangre de Oneub hasta la mitad. Y en ese momento la tuvo perfectamente posicionada para el golpe de revés. Ella hizo una pirueta, y la hoja en su mano pareció disolverse en un destello de sol.

La cabeza de Oneub se separó de los hombros y cayó al suelo del carro. Durante un largo momento su cadáver sin cabeza permaneció arrodillado y, de repente, un chorro de sangre brillante brotó del muñón del cuello. El cadáver sin cabeza de Oneub se derrumbó detrás del costado del carro.

—¡Vamos, muchachos! —grité a mis incondicionales que aún estaban paralizados por la sorpresa del mágico juego de espada de Serrena—. Ocupémonos del resto de esta basura. —Apunté mi espada a los hombres en los carros que todavía estaban con vida.

—¡No, Taita! —Serrena me detuvo con su grito urgente—. ¡Déjalos! Son hombres buenos y honrados. Ellos me salvaron de las atrocidades indescriptibles que Oneub quiso que perpetraran conmigo.

Vi que el alivio florecía en los rostros de nuestros cautivos. Sabían lo cerca que habían estado de la muerte.

—Ustedes, sinvergüenzas, deberán dar humildes gracias a Su Alteza Real por todos los días que sigan con vida —los reprendí, pero con una débil sonrisa en mis labios para mitigar la severidad de mis palabras. Entonces se escuchó su nombre gritado con fuerza desde la retaguardia de la columna.

—¡Serrena! ¡Sé que eres tú! Escuché tu voz. ¡La reconocería en cualquier parte, en cualquier momento! —Y el príncipe Ramsés se acercó corriendo desde su posición de batalla en la retaguardia de la columna.

Serrena, la poderosa esgrimista que momentos antes había despachado al temido Oneub, chilló como si hubiera estado sobre un carbón vivo con sus pies descalzos.

—¡Ramsés! ¡Ramsés! Creí que todavía estarías en Lacedemonia. ¡Oh, doy

humildemente gracias a Horus y a Hathor porque hayas venido a rescatarme y protegerme!

Los amantes corrieron uno hacia el otro y se abrazaron con tanto fervor y poca atención a otra cosa en este mundo que las hojas de sus armas chocaron entre sí, y que sus dientes probablemente fueron sometidos también a ese mismo tratamiento impetuoso. Me mortificaba, pero no me sorprendía ver que Serrena estaba llorando sin vergüenza y Ramsés no estaba lejos de las lágrimas. Me di vuelta y los dejé hasta que pudieran recuperar el control de sí mismos, mientras yo preparaba a los demás para la siguiente fase de nuestra ofensiva.

Me ocupé del cadáver de Oneub de la manera más simple: lo alcé por encima del pretil del puente y lo arrojé al río que pasaba por abajo. Pero retuve su cabeza cortada y la metí en un talego con pienso para los caballos. Más tarde me ocuparía de ella. Por supuesto, retuve su túnica negra con capucha para su uso inmediato. Esta era demasiado amplia para mi cuerpo delgado y bien proporcionado; pero la rellené con sus otras prendas, aún húmedas con la sangre que Serrena le había hecho derramar. Nos vimos obligados a abandonar el único carro con los rayos de las ruedas destrozados, de modo que los tres vehículos restantes estaban muy cargados cuando volvimos a partir hacia las Puertas del Tormento y la Tristeza. Además de las tripulaciones originales de los carros, llevábamos a los trece hombres de Weneg, además de mí y de Ramsés. Afortunadamente, no estábamos lejos de nuestro destino y cuando la pendiente se hacía demasiado pesada, había un montón de manos dispuestas a bajar y empujar.

Llegamos a la prisión cuando el sol tocaba el horizonte occidental. Me senté en el banco atravesado del carro principal con los brazos cruzados pomposamente sobre mi pecho y la capucha negra estirada para ocultar mi rostro. Cerca detrás de mí estaba Serrena con sus ropajes de prisión, con las muñecas atadas visiblemente delante de ella. Ella es una actriz consumada y se la veía desamparada y desesperada. Pero el nudo corredizo que ataba sus muñecas podía ser deshecho en un instante con un tirón de sus afilados dientes blancos. Y la espada azul yacía a sus pies, oculta bajo una capa de paja suelta. Ramsés iba erguido detrás de nosotros dos, con su espada envainada y su rostro oculto por un casco de guerra de bronce tomado de uno de nuestros amables guardias. Sus hermosas facciones eran bien recordadas y

amadas en Egipto como el favorito de los muchos descendientes del faraón Tamose, pero aquél no era el momento de exhibirlas.

Yo había programado nuestra llegada a las puertas del Tormento y la Tristeza para la caída del sol, cuando la visibilidad era mínima. Las puertas no fueron abiertas de inmediato por los guardias, que eran principalmente los hermanos, hijos y sobrinos del ahora desaparecido Oneub. Gritaron preguntas suspicaces sobre la discrepancia entre el número de hombres y vehículos que habían salido esa mañana y los que regresaban en ese momento. Varios miembros de nuestro grupo trataron simultáneamente de explicar la pérdida de uno de nuestros carros en el desfiladero, el número de hombres que habían muerto en ese desastre y los hombres adicionales que el faraón Utteric supuestamente había enviado desde Luxor para aumentar la guarnición debido a la importancia del prisionero recientemente capturado, es decir, la princesa Serrena de Lacedemonia.

Yo había instigado deliberadamente esta conmoción y estos malentendidos para atraer a tantos carceleros y guardianes de la prisión como fuera posible a las almenas y al patio de la entrada, para que pudiéramos ocuparnos de ellos como una sola masa concentrada sin tener que perseguir a los individuos por el laberinto de edificios, patios entrelazados y mazmorras dentro de las murallas.

Cuando calculé que mi ardid había tenido éxito y al menos treinta de los guardias de la prisión estaban alineados en las murallas sobre nosotros, me puse de pie en el carro principal y realicé una imitación convincente de Oneub exhibiendo uno de sus berrinches. La capucha negra ocultaba mi cara mientras gritaba maldiciones y amenazas a los hombres de las murallas, dirigiéndome a algunos de ellos por el nombre, y mi amplio y sucio vocabulario resultaron convincentes. Mis gestos y manierismos fueron perfeccionados a partir del original. A menudo he pensado que podría haber sido un celebrado actor si hubiera elegido esa carrera. El hecho fue que estos parientes cercanos de él fueron totalmente engañados y creyeron que estaban hablando con Oneub en persona.

Uno de ellos pronunció la tradicional bienvenida: «Entrad bajo vuestra propia responsabilidad. ¡Pero sabed que todos los enemigos del Faraón y de Egipto están condenados eternamente una vez dentro de estos muros!», mientras los demás bajaban por la escalera y se agolpaban en el patio de entrada para recibir a su ilustre pariente.

Solo la mitad de ellos portaba armas. El resto de ellos no se había

molestado en tomar sus armas para no perder la emoción de las ceremonias. Esta falta total de disciplina era típica del comportamiento desordenado de las tropas del nuevo régimen bajo Utteric Turo.

Reconocí al hermano mayor de Oneub, que se llamaba Gambio, cuando corrió a darme la bienvenida a mi regreso. Él era una excepción a la regla, pues era un guerrero astuto e inteligente y un adversario peligroso, pero aún más horrible que su hermano. Yo sabía que si dejaba que él tuviera el menor indicio acerca de la situación real, solo sería cuestión de segundos antes de que estuviéramos envueltos en una lucha seria. Bajé del carro y me dirigí a su encuentro, imitando a su hermano. Mi espada estaba todavía en su vaina, pero mi daga estaba en mi mano izquierda, escondida entre los pliegues de mis ropas. Cuando llegamos al punto de encuentro tomé la mano derecha extendida de Gambio con toda mi fuerza y le hice perder el equilibrio. Vi el terror en sus ojos cuando finalmente me reconoció. En ese instante supo que estaba condenado. Apuñalé con la punta de mi daga por debajo de sus costillas y hacia su corazón, y luego lo encerré en un abrazo con mi brazo izquierdo. Su grito de muerte se ahogó en el alboroto general que nos rodeaba. Mientras esperaba que se desangrara, dediqué su alma a la memoria de los cientos de inocentes en cuyo sufrimiento y muerte él había participado con intenso placer.

Los otros moradores de la prisión tardaron en darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Se amontonaron alrededor del carro principal y comenzaron a insultar y a amenazar a Serrena, tratando de arrastrarla para bajarla del carro. Toda su atención estaba centrada en la hermosa prisionera. Yo sabía que estaban ansiosos por desnudarla nuevamente. Nuestros compañeros de los dos siguientes vehículos bajaron de un salto y avanzaron rápidamente para rodear el carro principal, al mismo tiempo que desenvainaban sus espadas. Silenciosamente se pusieron a trabajar, sin alertar a sus enemigos con gritos de guerra. La mitad de los guardias de la guarnición fueron eliminados antes de que los otros se dieran cuenta del peligro que los había envuelto. Al final, los últimos arrojaron sus armas y cayeron de rodillas para pedir misericordia. Esta fue otra decisión insensata. Fueron arrastrados por los talones a las piras funerarias que ardieron durante el resto de la noche.

Nuestra primera preocupación una vez que nos apoderamos de las fortificaciones fue liberar a los prisioneros que estaban en las mazmorras de los subsuelos. Había poco más de ciento veinte prisioneros, de las cuales

unos treinta eran mujeres. Serrena y yo no podíamos contar los números exactos, porque morían casi tan rápidamente como podíamos sacarlos a la superficie. Las causas de la muerte eran sobre todo hambre y sed, pero otros factores eran los azotes prolongados, la extracción de uno o ambos ojos, los intestinos arrancados, el haberles arrancado la piel estando vivos, la inserción de varas de metal recalentadas por el ano y otros ingeniosos procedimientos soñados por Oneub y sus camaradas.

La razón por la que Ramsés y yo habíamos regresado a Egipto era simplemente la de averiguar dónde Utteric tenía encerrada a Serrena; y si era posible de alguna manera darle fuerzas y aliento para sobrevivir a la terrible prueba a la que se enfrentaba. Yo ni siquiera había imaginado vagamente un intento por parte de nosotros dos de arrancarla de las garras de Utteric. Pero una vez que tuvimos éxito en estos dos intentos improbables, si no imposibles, mi única preocupación era sacarla de África y llevarla a casa de su amada familia en Lacedemonia tan pronto como fuera humana o divinamente posible. Estoy seguro de que si se le hubiera dado a Ramsés alguna injerencia en el asunto, habría estado totalmente de acuerdo conmigo. Ninguno de los dos había tenido en cuenta la opinión y los deseos de la princesa Serrena.

Ella nos permitió unas pocas horas de descanso por nuestros no insignificantes esfuerzos y luego llamó a una reunión de altos mandos. Al principio pensé que se trataría de una reunión para decidir la manera más rápida, más fácil y más conveniente de regresar a su hogar, y a su madre.

Al amanecer, los cuatro nos reunimos sobre las murallas de las Puertas del Tormento y la Tristeza. Digo los cuatro porque Serrena había convocado a Weneg para que asistiera a su reunión.

—Bueno, hemos logrado nuestro primer objetivo, que es una base segura desde donde operar. Por eso debo mi agradecimiento a ustedes tres —abrió ella la reunión. Miré a Ramsés y a Weneg y vi que estaban tan desconcertados por este anuncio como yo—. Nuestra próxima prioridad es establecer comunicaciones con mi padre en Esparta —continuó.

—Estoy seguro de que quieres decir que nuestra próxima prioridad es sacarte de Egipto y cruzar el mar hacia Lacedemonia y ponerte al amoroso cuidado de tu padre tan pronto como sea posible —la interrumpí.

Me miró con asombro.

—Lo siento, mi querido Tata. No entiendo de qué estás hablando. Lo que has logrado aquí es obra de un genio. ¡No! Es mucho más que eso. Has hecho un milagro. Has abierto una base en medio de un territorio enemigo. Estamos completamente aislados aquí.

—Quieres decir hasta que nuestro paradero actual llegue a oídos de Utteric en Luxor. —Señalé la silueta del palacio dorado que era claramente visible en el horizonte, al sur de nosotros, a no más de cinco o seis leguas de

distancia... o diez como máximo.

Me dirigió su preciosa mirada de fingida inocencia.

—¿Quién va a transmitirle las noticias?

—Uno de los guardias de la prisión... —comencé y luego me interrumpí.

Desde el día anterior por la tarde todos los guardias estaban muertos y quemados. Me corregí—: Quiero decir, cualquiera de los subordinados de Utteric que traiga provisiones o prisioneros desde Luxor.

—A nadie le está permitido atravesar las Puertas del Tormento y la Tristeza —señaló Serrena—. Todos los suministros y los nuevos prisioneros son depositados en el patio de entrada, donde tú los recibirás con tu celebrada personificación de Oneub con la capucha negra. —Luego ella cambió la voz —: «¡Sabed que todos los enemigos del Faraón y de Egipto están condenados eternamente una vez dentro de estos muros!»

Aunque su imitación fue muy convincente me negué a ser engañado y me las arreglé para mantener una cara indiferente al hacerle mi siguiente pregunta.

—¿Y cuando Utteric te convoque a Luxor para una reunión? ¿Qué quieres que yo, en mi papel de Oneub, le diga?

—Tengo el juramento solemne de Utteric de que nunca querrá verme otra vez. Él realmente es un chico muy estúpido, y muy fácil de ridiculizar. Todos sus hermosos muchachos se reían de él cada vez que yo lo superaba en un intercambio de palabras. Él quería que me ejecutaran de inmediato, pero le señalé que yo no valía nada para él si estaba muerta. Al final, literalmente estalló en lágrimas de frustración. Casi me sentí mal por él. Juró ante todos los dioses que no quería nunca más volver a verme y salió de su sala del trono.

No pude contener mi júbilo, y me eché a reír ante su descripción. Pero de todos modos hice un último esfuerzo.

—¿Qué hay de los granjeros locales? ¿De los pastores que apacientan sus rebaños? —Sabía que se trataba de un esfuerzo inútil, pero seguí adelante.

Serrena golpeó un pie sobre las almenas.

—Estas murallas son bastante gruesas —señaló—. Ni el pastor más vigilante podrá ver a través de ellas. Además de lo cual, el único pastor que se acercó a este lugar de aterradora reputación fue un pícaro viejo amigo llamado Taita. Ni siquiera el faraón Utteric el Invencible querrá aventurarse a acercarse a él. Por eso fue que envió a sus secuaces a buscarme.

—¿Y tus amorosos padres? Están desesperados por verte de nuevo. —Yo

iba a intentar cualquier cosa para llevarla de vuelta a la seguridad de Lacedemonia.

—Mi padre y mi madre no volverán a verme hasta que vengan a Egipto — me dijo con firmeza.

—¿Por qué no? —Una vez más me había tomado por sorpresa.

—Porque Egipto es ahora mi hogar. Mi futuro esposo está destinado a ser el faraón de Egipto, y yo voy a ser su reina. Incluso he elegido mi nombre. Me conocerán como la reina Cleopatra. Que significa, como estoy segura de que lo sabes, «la Gloria de su Padre». Papá será aplacado con eso.

Ramsés se echó a reír.

—¡Y yo también!

Reconozco una causa perdida cuando me encuentro con una. Así que me puse de rodillas ante ella.

—¡Todos los honores a la reina Cleopatra! —capitulé.

—¿Ahora vamos a tratar de hablar en serio? Tenemos trabajo que hacer — preguntó dulcemente, y se volvió para dirigirse a Weneg—. ¿Cuántas palomas tienes en tu tienda de vinos y en cuánto tiempo puedes sacarlas por debajo de la nariz de Utteric y traerlas aquí a las Puertas de... —Se detuvo al pronunciar el terrible nombre que Utteric le había dado a su prisión, y pensó durante unos segundos—... ¡el Jardín de la Alegría! ¡Eso es! —Su expresión se llenó de dicha—. ¡Ese es el nuevo nombre de nuestro cuartel general aquí! Y lo primero que quiero es deshacernos de todos esos cráneos en la entrada. Les daremos a todos un entierro decente y respetuoso.

—Me gustaría mantener un cráneo en la entrada, si le place a Su Majestad. Puedes enterrar o quemar a todos los demás —protesté.

—¿Cuál es? —preguntó ella con recelo.

—El del temido Oneub —le dije y su risa fue como un tintineo.

—Solo tú podías haber pensado en eso, Taita. Pero estoy de acuerdo en que es muy apropiado.

Weneg volvió otra vez a su papel de comerciante de vino y entró por las puertas principales de Luxor esa misma noche. Oneub había sido un cliente regular de él, por lo que no llamó la atención que a la mañana siguiente saliera por esas mismas puertas con cinco burros cargados de botellas de vino. Debajo de cada carga en los burros se ocultaba una cesta con una docena de palomas. Todas las aves tenían los ojos vendados para evitar que

susurraran al pasar por las puertas de la ciudad delante de los guardias.

Mientras Weneg estuvo ausente en esta misión, Serrena y yo preparamos nuestro mensaje para su padre, el rey Hurotas. Estos papiros eran demasiado voluminosos para ser llevados por una sola paloma, así que cuando Weneg regresó los despachamos en forma de serie. Nuestro mensaje completo requería cinco pájaros para llevarlo.

Contenían las noticias del rescate de Serrena por parte de Ramsés y mía del poder de Utteric y Oneub. Por supuesto, no recibimos ninguna confirmación ni ninguna respuesta de Hurotas, pues él no tenía palomas que hubieran nacido en la ciudad de Luxor o en el Jardín de la Alegría. Así que solo pudimos imaginar el alivio y la felicidad que la noticia produjo en la ciudadela de Hurotas.

Seguimos despachando aves cada tantos días. Por supuesto nuestros mensajes subsiguientes eran mucho más sucintos, y consistían sobre todo en detalles de los movimientos de la tropa de Utteric y en cálculos informados del número de sus galeras de guerra, carros, regimientos y sus ubicaciones.

Le sugerí a Weneg un método más satisfactorio para establecer comunicaciones recíprocas entre la ciudadela de Lacedemonia y el Jardín de la Alegría. Cada vez que regresaba de sus visitas a la tienda de vinos, traía consigo una serie de aves, tanto machos como hembras, suficientemente maduras como para el apareamiento. Le explicamos a la princesa Serrena nuestras intenciones de criar pájaros en el Jardín de la Alegría y de enviarlos por tierra y mar a Lacedemonia, de modo que cuando fueran lanzados allí iban a volver inmediatamente a su lugar de nacimiento, con mensajes de su padre, el rey Hurotas.

—Las palomas son criaturas maravillosas —le explicó Weneg—. Entre otras virtudes, son monógamas.

Ella se mostró ligeramente desconcertada, así que se lo expliqué.

—Son fieles el uno al otro de por vida, sin concubinas emplumadas al acecho en segundo plano.

—Eso es tan dulce... —Se volvió hacia Ramsés y le dirigió una mirada reveladora—. ¡Tan dulce!

Él lanzó una protesta silenciosa que hizo que los ojos verdes de ella parpadearan.

Cuando Weneg y yo introdujimos una paloma macho en el palomar que había construido y que ya tenía seis hembras, se produjo un gran alboroto entre las palomas que revolotearon en histriónico pánico. Tomó algún tiempo

para que el macho hiciera su elección, pero cuando lo hizo, Weneg quitó a las cinco hembras rechazadas del palomar y dejó al macho para que continuara su cortejo con la hembra elegida.

—Ahora observa al pájaro macho —continuó Weneg su explicación.

—Espera un momento, Weneg —lo detuvo Serrena—. No puedes seguir llamándolo así. No es solo un pájaro macho. Debería tener un nombre real.

—Por supuesto, tienes toda la razón, como siempre, Alteza. Debería haber pensado en eso. ¿Qué nombre le ponemos? —preguntó Weneg—. ¿Qué tal Señor de las Bellas Plumas?

—¡No! —Serrena pensó por un momento—. ¡Míralo! ¿Acaso no cree ser el mejor de los amantes, y nosotros queremos que engendre un montón de hijos, no? Solo hay un nombre para él. ¡Tío Huí! ¡Lo llamaremos Tío Hui!

Los tres soltamos risas divertidas, y nos tomó un tiempo recuperarnos. Finalmente Weneg nos llamó al orden.

—Miren cómo infla el pecho y se pavonea alrededor de ella. Por supuesto ella se le escapa.

—Pero no se aleja mucho, ni muy rápido —señalé.

—Por supuesto que no —coincidió Serrena—. Es una hembra, de modo que no es estúpida.

—Ahora él la persigue desplegando la cola y arrastrándola por el suelo. Pero ella se mantiene apenas delante de él.

—¡Por supuesto que sí! ¡Es una chica inteligente! —Serrena aplaudió—. No quiere hacerle las cosas demasiado fáciles a él.

—Por fin se vuelve hacia él y le abre el pico —observé.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Serrena.

—Eso se llama besuqueo. Él la invita a ser su única amiga especial. —Me hice cargo de las explicaciones de Weneg, porque sé mucho más sobre las palomas que él.

—Vamos, no te dejes engañar —le advirtió severamente Serrena a la hembra—. Recuerda lo que te dijo tu mamá. Nunca confíes en un varón. — Pero la paloma hembra ignoró su consejo y metió toda la cabeza por la garganta del macho. Después de una pausa retiró la cabeza y apoyó el vientre en el suelo.

—¡Te arrepentirás! —Serrena suspiró suavemente cuando el palomo macho saltó sobre su lomo y golpeó las alas con fuerza, luego extendió las plumas de la cola para cubrir sus regiones inferiores. —O tal vez no — corrigió su advertencia y con tímido gesto tomó la mano de Ramsés.

Fingí no darme cuenta del juego lateral y continué con mi explicación.

—Ahora, dentro de unos diez días, pondrá dos o tres huevos, que eclosionaran unos dieciocho días más tarde. Los polluelos madurarán y estarán listos para el largo vuelo desde dondequiera que los enviemos de nuevo aquí al Jardín de la Alegría en otro mes y medio.

—Eso es mucho tiempo —dijo Serrena con pesar—. No tienes idea de cuánto anhelo tener noticias de mi padre y de mi madre. —Sacudió la cabeza con tristeza, aunque luego pareció recuperarse—. Pero ahora tenemos que encontrar una manera de enviar las aves maduras a Lacedemonia para volar de regreso con los mensajes de mis seres queridos...

Antes de que yo pudiera responder, se oyó una trompeta desde la alta torre. Era una señal de advertencia de los centinelas, e interrumpí la conversación.

—Eso significa que hay extraños en la carretera que viene de Luxor. Todos ustedes ya saben cuáles son sus papeles y qué posición ocupar en cualquier eventualidad. Tengo que ponerme mi traje de Oneub —les dije y me apresuré a ir por lo mío.

Estaba más que un poco ansioso porque esta era la primera aparición de desconocidos desde que Serrena regresó de su última visita a Utteric. Me aterraba la idea de que hubiera cambiado de opinión y pidiera que la llevaran de nuevo a su palacio para atormentarla. Corrí todo el camino hasta el patio central, y luego, sin detenerme a recuperar el aliento, subí la larga escalera hasta las almenas en lo alto de la torre. Inmediatamente vi la nube de polvo levantada por el veloz avance de los carros de combate. Iban subiendo por el camino que venía desde Luxor.

—¿Cuántos carros? —le pregunté al centinela, y se encogió de hombros.

—Unos cuantos; calculo que alrededor de diez o una docena. Vienen a gran velocidad.

Sentí una ráfaga de alivio. Utteric no habría enviado ese número de carros si solo quisiera llevar a Serrena a Luxor para seguir jugando con ella.

—¿Reconoces a alguno de ellos?

—Todavía están demasiado lejos, pero casi seguramente son prisioneros y sus escoltas —confirmó mi evaluación de la situación.

—Reténgalos en la puerta de entrada, como siempre. Voy a cambiar mi disfraz.

Para cuando volví y me dirigí al rastrillo encima de las puertas principales, había once polvorientos carros de guerra formados delante de ellas. Todos los

carros estaban llenos de pasajeros, la mayoría de ellos encadenados.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Quién los envió? ¿Y a qué vienen? —Los desafié con los tonos de Onueb desde lo alto de las murallas.

—¡Somos aurigas reales del faraón Utteric, el Invencible! Nos envía el Faraón para entregarte treinta y un prisioneros para su castigo y ejecución con extrema severidad.

Ordené que los prisioneros bajaran de los carros y, encadenados por los tobillos, se arrastraran a través de las puertas hasta el patio de entrada, donde las órbitas vacías del cráneo de Oneub los miraban desde el nicho en lo alto. Usé el jeroglífico de Oneub para firmar el recibo de papiro por los prisioneros. Luego los aurigas de escolta se retiraron por las puertas principales, subieron a sus carros casi vacíos y se pusieron en marcha de regreso a Luxor. La larga fila de prisioneros fue conducida a través de las puertas interiores a los jardines recién plantados de la princesa Serrena. Cuando entraron, la banda que los esperaba estalló con música alegre y acogedora.

Los presos fueron arrancados de su letárgica desesperanza mientras miraban asombrados a su alrededor. Muy pocos de los arbustos y plantas estaban ya en plena floración, y las horcas y patíbulos que esperaban ver habían desaparecido. En su lugar, tres herreros estaban listos con sus yunques, martillos de piedra y cinceles en la mano para cortar las cadenas de los tobillos de los prisioneros. Cosa que fueron haciendo a medida que cada uno de ellos avanzaba. Luego, para su mayor asombro, cada uno de los condenados recibió una jarra de barro con cerveza espumante, un pan y una gran salchicha seca para fortalecer sus ánimos. Entre las personas que distribuían toda esa generosidad algunos reconocieron inmediatamente al príncipe Ramsés, a quien el rumor había dado por muerto hacía mucho tiempo. Los prisioneros lo vivaron fascinados y, una vez liberados de sus cadenas y devorada la comida que se les había proporcionado, se agolparon alrededor del príncipe, haciéndole una profunda reverencia y envolviéndolo con sus leales sentimientos y felicitaciones por su regreso de entre los muertos. Por supuesto que me conocían también a mí, y tal vez mejor que a cualquier pretendiente al título de Faraón. También yo acepté mi parte de gratitud y alabanza.

Mis sargentos pusieron un poco de orden entre ellos. De todas maneras, el hedor que emanaba de ellos era irritante. Tenían puestas las mismas vestiduras desde su arresto por la policía especial de Utteric varios meses

antes. Ordené que los llevaran a los pozos de agua dulce debajo de las cocinas, donde los hicieron desvestirse y lavarse y lavar su ropa con lejía. Hicieron esto con celeridad y alegría, ambas producidas por el alivio casi histérico ante el repentino cambio en su tratamiento y circunstancias.

Una vez limpios y vestidos, Ramsés y yo reconocimos a doce de ellos. Estos eran todos los jefes de las principales familias de Egipto y habían sido íntimos amigos del faraón Tamose antes de su muerte. Todos habían sido fabulosamente ricos. Cuando los interrogamos descubrimos que en todos los casos, sin excepción, habían sido acusados de alta traición, declarados culpables y condenados a muerte. Naturalmente, todos sus bienes habían sido confiscados por el tesoro real del Faraón. Utteric nunca había sido tímido para ayudarse a sí mismo.

Aparte de la rica élite de la sociedad egipcia, había entre los prisioneros algunos de los funcionarios administrativos y oficiales del ejército más exitosos y queridos por todos en Egipto. Cuando sus identidades quedaron aclaradas les dirigí un discurso de bienvenida. Les aseguré que eran precisamente el tipo de ciudadanos que Ramsés y yo estábamos encantados de acoger entre nosotros. Expresé mi simpatía por ellos por el trato que habían sufrido a manos del falso faraón, y les aseguré que nosotros habíamos sufrido en igual medida a manos de Utteric. Los invité a unirse a nuestra facción que veía a Ramsés como el único legítimo Faraón de Egipto. Les aseguré que sus sentencias habían sido dejadas de lado, y que eran una vez más ciudadanos plenos y libres de este gran país; y además, que Ramsés y yo nos sentiríamos honrados de escuchar sus opiniones sobre el tema.

Parecía que cada uno de ellos tenía opiniones fuertes y todos querían expresarlas simultáneamente; el alboroto resultante pronto se habría escapado de nuestras manos completamente, si la princesa Serrena no hubiese elegido ese momento para entrar a la sala de conferencias. En verdad, fui yo quien arregló que su presencia se produjera en ese momento crítico.

El clamor y los gritos se hundieron rápidamente en un silencio aturdido cuando estos herederos de la nobleza la vieron por primera vez. Recordemos que se trataba de hombres que no habían visto a ningún miembro del sexo opuesto durante casi todo el año en que habían sido encarcelados por Utteric.

En ese momento experimentaban una revelación casi religiosa de la belleza, el momento en que la carne se vuelve divina a los ojos del espectador. Y que su divina sangre había hecho que sus lustrosos cabellos volvieran a brillar aún más que antes y era algo asombroso de contemplar.

Ramsés la tomó de la mano y la condujo hacia adelante para presentársela a ellos.

—Esta es la mujer que ha prometido convertirse en mi esposa. Ella es la princesa Serrena de Lacedemonia Espartana, —les dijo y un murmullo recorrió sus filas. Fue en parte un suspiro de deseo y la otra parte un himno de adulación.

No soy de los que vaya a perderse una oportunidad. Levanté ambas manos en una silenciosa pero inconfundible invitación a dar su asentimiento, y casi fui arrastrado por el trueno de sus voces unidas.

—¡Viva Ramsés y viva Serrena! ¡Faraón y Reina de nuestro amado Egipto!

Parecía que el obtuso e inculto Utteric había elegido, por alguna extraña casualidad, a las treinta y dos personas para ejecutarlas con extrema severidad que casi perfectamente formaban un gabinete de gobierno superior, ideal para asistir y aconsejar al faraón Ramsés para la administración del gran Egipto.

Incluía en sus filas a expertos e innovadores en los campos de la agricultura, la alimentación, el bienestar de los animales, la educación, la pesca y la silvicultura, la minería de metales, la construcción, la riqueza y los impuestos, el suministro de agua y —lo más valioso de todo— el ejército, la marina y el arte de hacer la guerra. Aceptaron las funciones que les fueron ofrecidas por el Faraón con gusto y sobre todo, con buen sentido. Mi vida no se hizo más fácil y más relajada ya que estos reconocidos expertos venían a mí en busca de consejo en cada curva del camino, sobre todo si ese giro los llevaba a un callejón sin salida.

De vez en cuando nuevos prisioneros llegaban a las puertas del Jardín de la Alegría, enviados por Utteric el Invencible para su ejecución sumaria. Muy pronto tuvimos varios cientos de reclutas que venían de esta fuente. De entre sus filas, Weneg y yo elegimos carpinteros y constructores de barcos. Los pusimos a trabajar en la fabricación de cuatro balandras rápidas y un par de cúteres que yo había diseñado. Estas naves serían usadas para comunicarnos con el rey Hurotas y nuestros aliados en Lacedemonia. Mientras preparábamos la primera de estas embarcaciones para que estuviera lista para ser lanzada al mar, Serrena me buscó con gran emoción con la noticia de que los tres huevos de paloma producidos por la hembra, con poca ayuda del pájaro que ella había llamado Tío Hui, acababan de eclosionar. En pocas

semanas los polluelos habrían madurado y aprendido a volar con la fuerza suficiente como para poder ser enviados a los padres de Serrena en Lacedemonia para comenzar con el trabajo de su vida, transportar mensajes ida y vuelta entre nuestros dos campamentos.

Serrena, por su parte, estaba ocupada todas las noches hasta mucho después de que la mayoría de nosotros ya estábamos durmiendo. Estaba armando lo que ella llamaba su *Codis Brevus*, una forma de escritura que era doce veces más breve que los jeroglíficos tradicionales, y totalmente segura. Comprendía un solo símbolo para las doscientas palabras básicas de nuestra lengua egipcia, suficiente para formar la mayoría de los mensajes. Para otras palabras más raras había un código para replicar el sonido. Cuando me explicó los principios básicos del código, quedé inmediatamente intrigado por la simple belleza del sistema y consternado por el hecho de no haber yo pensado en desarrollarlo por mi cuenta. Conmigo para ayudarla, tuvimos un primer borrador para enviar a sus padres en Lacedemonia con el primer envío de palomas. Dos mentes superiores que trabajan a la vez suelen ser más efectivas que cincuenta trabajando de manera individual.

Botamos la primera de nuestras balandras, a la que llamamos *Promesa de Artemisa*, poco después de medianoche, cuando la luna llena se había deslizado por debajo del horizonte y solo las estrellas iluminaban la navegación por el río. La tripulación estaba compuesta por media docena de los marineros más expertos que pudimos encontrar entre aquellos que habían hecho el viaje de Egipto a Lacedemonia en varias ocasiones. El capitán de esta pequeña nave era un experimentado marino llamado Pentu. Confiaba en él como hombre y como marino. Llevaban treinta y seis palomas en jaulas a bordo. Ese era el número total de aves que habíamos podido hacer nacer en el Jardín de la Alegría y criar hasta la madurez. Eran lo suficientemente fuertes como para hacer el largo vuelo sobre el agua abierta y lo suficientemente inteligentes como para aprovechar la oportunidad de evitar las atenciones de las águilas pescadoras y otros rapaces que patrullaban el cielo por encima de ellas.

Además de estos pájaros, llevaban casi un centenar de rollos de papiros llenos de jeroglíficos artísticos salidos del pincel de la princesa Serrena y dirigidos al rey Hurotas y a la reina Tehuti.

A última hora de la tarde hubo un ligero toque a la puerta de mis aposentos y cuando la abrí un poco con cautela, descubrí a la pareja real acurrucada en el umbral, envuelta contra el frío.

—¿Te molestamos, Magus? ¿Podemos entrar? —Ramsés solo usaba esa forma de tratamiento cuando quería algo excesivo de mí. Con cautela abrí la puerta un poco más.

—¡Dulce Hathor, por supuesto que no y por supuesto que pueden! O viceversa. —Construí mi respuesta de manera suficientemente ambigua como para no comprometerme, pero me aparté para dejarlos entrar.

Se sentaron uno al lado del otro en un incómodo silencio durante un rato y luego Ramsés se irguió y mostró su fibra.

—Pensamos que te gustaría orar con nosotros.

—¡Qué extraño pensamiento! —Me mostré asombrado—. Los dioses toman sus propias decisiones sin consultarnos. De hecho, muy a menudo prefieren hacer exactamente lo contrario de lo que pedimos, solo para demostrar su superioridad.

Ramsés suspiró y miró a Serrena con expresión de «yo te lo dije». Los hermosos ojos de ella se hicieron enormes y luego, para mi consternación, empezaron a llenarse de lágrimas. Sé que es una consumada actriz, pero suspiré con resignación.

—Muy bien —capitulé. La severa expresión de Ramsés se transformó en una sonrisa y al mismo tiempo las lágrimas de Serrena se secaron milagrosamente—. ¿Cuál es la sustancia de nuestras oraciones? ¿Cuál es nuestra petición a los dioses? —Como si yo no lo supiera.

—Queremos que las deidades más benévolas protejan y cuiden al *Promesa de Artemisa* y que lo lleven con seguridad a sus amarras en puerto Githion —dijo Serrena con seriedad—. También queremos que cuiden a nuestras palomas y que las guíen con seguridad hacia nosotros, con los mensajes intactos de mi padre y de mi madre.

—¿Eso es todo? —pregunté—. Muy bien. ¿Debemos formar un círculo y tomarnos de las manos? —Serrena tiene hermosas manos suaves, y me gusta tomarlas entre las mías.

Cada uno de nosotros elaboró un cálculo o más bien una conjetura esperanzada en cuanto al tiempo que haría falta para que el *Promesa de Artemisa* hiciera el viaje por el Nilo hasta el mar y luego a través de la mitad del gran Mar del Medio hasta puerto Githion; luego el tiempo para que Hurotas y Tehuti leyeran y respondieran a nuestras cartas escritas en el nuevo *Codis Brevus* de Serrena y finalmente lanzaran las palomas y que estas hicieran el peligroso vuelo de regreso al Jardín de la Alegría. El cálculo de Serrena fue de quince días; Ramsés fue más realista y calculó veinte, y el mío

fue de veintitrés días, pero solo si los dioses estaban de acuerdo.

Los días pasaban con la velocidad máxima de tortugas lisiadas; el primer cálculo de Serrena fue superado y luego los veinte días de Ramsés con claros cielos arriba. Incluso yo me estaba desanimando y mis pesadillas estaban llenas de nubes de plumas rotas y arrancadas de pájaros sacrificados. Pero precisamente a las veintitrés mañanas después de la partida de las balandras, los dioses finalmente cedieron y el cielo por encima del castillo pareció volverse azul y morado con palomas que regresaban. Las contamos en voz alta cuando una tras otra aleteaban en sus acogedoras jaulas.

Habíamos supuesto que Hurotas y Tehuti las iban a soltar con moderación. Quizás dos o tres cuando hubiera algo importante que informar. Pero nuestro asombro aumentaba a medida que seguíamos contando aves, hasta que llegamos al número de treinta y seis y nos miramos sin poder decir nada.

Dos elementos nos dejaban estupefactos. En primer lugar, Hurotas y Tehuti habían enviado de vuelta a las treinta y seis palomas en una sola y compacta oleada. Y en segundo lugar, todas ellas habían sobrevivido a los peligros del vuelo.

—Solo mi querida madre pudo haber ignorado mi petición y haber escrito con semejante exageración. —Serrena habló en un tono de asombro. Naturalmente, me sentí obligado a salir en defensa de la mujer que amo.

—Vamos, Serrena. ¿No te parece que estás siendo un poco injusta con la espléndida mujer que te dio a luz?

—¡Compara las páginas de mi madre con el número enviado por mi padre! —Me desafió. Y eso hice.

Treinta y dos páginas estaban pintadas con los hermosos jeroglíficos multicolores de Tehuti. Había ignorado las sugerencias de su hija en cuanto a la brevedad. Una gran parte de su respuesta era poesía con rima, y me vi obligado a admitir que gran parte de ella era realmente muy inteligente. Celebraba el hecho de que su hija Serrena hubiera sobrevivido al desgarrador secuestro de Panmasi y su posterior encarcelamiento y humillación por parte de Utteric. Exaltaba el coraje y la fortaleza de Serrena y esperaba con impaciencia su reencuentro. Preguntaba si el viejo y pícaro Taita se había acordado de dar a Serrena la espada azul que ella había enviado; y le encomendaba mantener la hoja afilada, con sugerencias sobre cómo hacerlo. Le aseguraba a Serrena que el vestido para su boda con Ramsés finalmente había sido terminado y era realmente espléndido. Ansiaba verla con ese vestido. Luego enviaba una serie de recetas de pájaros cantores horneados en

miel y anguilas glaseadas que ella quería el permiso de Serrena para servir a los invitados de la boda. Finalmente, terminaba lamentando la falta de espacio en las diminutas hojas de papiro para otras noticias, y repetía su amor y deseos de corazón por la seguridad permanente y salud floreciente de su hija. Y al final le pedía a Serrena que le enviara muchas más palomas, porque había muchas más noticias importantes que simplemente tenía que relatarle, incluyendo el hecho de que la esposa de Huisson había dado a luz a un varón.

En contraste, las cuatro páginas enviadas por Hurotas eran una obra maestra de brevedad y claridad, el trabajo de una gran soldado experimentado. Estaban escritas en el *Codis Brevus* desarrollado por Serrena y luego mejorado por mí.

En estas cuatro páginas que Tehuti le permitió a Hurotas, este pudo exponer para mí su orden de batalla contra Utteric. Esta se realizaría en dos fases: una marítima y otra terrestre. Como era la costumbre el almirante Hui comandaría la flota y Hurotas mismo estaría al mando de los carros y de los soldados de infantería.

Al principio de la campaña los carros estarían en principio estacionados en el puerto de Sazzatu, que estaba situado a treinta y cinco leguas al este del punto donde el Nilo desemboca en el gran Mar del Medio. Era el lugar ideal desde donde lanzar la invasión por tierra de la Madre Patria, Egipto. Hurotas ya había enviado por mar doscientos sesenta carros de guerra y sus tripulaciones a Sazzatu y los dejó allí, para apoderarse de la ciudad y sus alrededores. La flota había regresado a Lacedemonia para embarcar otro contingente de hombres y carros. El número final de carros reunidos en Sazzatu sería del orden de los novecientos. Esto la convertiría en la unidad de caballería más grande y más formidable de la historia.

Una vez que la caballería tuviera un punto de apoyo en el continente africano, la marina estaría libre para lanzar su ataque por el río Nilo. Hui se iba a dirigir inicialmente a la ciudad de Menfis. Allí se reunirían él y Hurotas. Una vez consolidada la toma de esa ciudad podrían comenzar la larga marcha de acercamiento a Luxor.

Hurotas terminó con la única palabra de saludo y despedida usada entre hermanos de armas. Este era el símbolo críptico de «ESPADAS». El significado se entendía entre nosotros como: «Tu compañero de armas hasta el final».

Cuatro páginas contra treinta y dos. Serrena ladeó su cabeza hacia mí.

—¿Aún crees que tengo prejuicios?

—Nunca usé esa palabra. —Rechacé su protesta con dignidad, y me dirigí a Ramsés—. Hurotas se expresa muy sucintamente.

—Lo hace parecer todo muy fácil —protestó Ramsés. Así que me volví a Serrena, seguro de haber confundido y oscurecido el objeto de la discusión.

—¿Qué piensas? —Ella sonrió y extendió las manos en un gesto de derrota.

—Cuando se dé cuenta de que está en contra de ti y de mi padre, creo que los pies de Utteric van a patinar sobre cualquier sustancia fétida que deposite debajo de él mientras se dirige hacia el sur, a las selvas del África más oscura donde pueda esconderse entre sus pares, los simios.

—¡Admiro la manera pintoresca en la que te expresas, mi querida princesa! —Puse mi brazo alrededor de sus hombros y apreté para mostrar mi aprobación, y también porque la encuentro tan eminentemente apretable.

—Siempre eres tan amable, Taita querido —ronroneó.

Ramsés sonrió mientras nos observaba.

—Eres una chica con suerte, Serrena. Tienes dos buenos hombres que te aman.

—Sé que uno es Taita, pero dime por favor, ¿a quién te refieres como segundo?

Weneg y mis otros espías en Luxor informaban que no había ninguna indicación de algún repentino movimiento de tropas en la ciudad de Luxor, pero les advertí que aquello era inminente, y sería la señal de que Utteric se había dado cuenta de que Hurotas y sus dieciséis aliados habían comenzado el ataque expedicionario contra su dictadura aquí, en Egipto.

Yo esperaba que Utteric reaccionara reuniendo rápidamente todas sus fuerzas disponibles para correr hacia el norte, hacia Menfis y la costa para reforzar y fortalecer sus regimientos allí y resistir e intentar repeler la invasión del rey Hurotas.

Ramsés estaba ansioso por comenzar de inmediato nuestra ofensiva, incluso antes de que Utteric se trasladara desde Luxor río abajo hasta Menfis y el delta. Argumentaba que ya habíamos reunido en secreto una fuerza de élite de casi cuatrocientos hombres altamente entrenados en el Jardín de la Alegría, hombres que habían sufrido grotescamente a instancias de Utteric y sus brutos y estaban ansiosos por tomarse la revancha.

—¿Qué daño crees que nuestra pequeña fuerza de cuatrocientos hombres

pueda infligir al ejército de Utteric de más de cuatro mil? —le pregunté.

—Si atacamos después de la medianoche deberíamos poder incendiar la mayoría de los barcos que Utteric tiene amarrados en el puerto, y también quemar los depósitos a lo largo del río donde almacena una gran cantidad de sus armas y otros suministros —explicó.

—Al mismo tiempo también revelaríamos nuestra existencia. Tal como están las cosas, Utteric cree que Serrena está en confinamiento solitario detrás de las Puertas del Tormento y la Tristeza, y que todos los prisioneros que envía al mismo lugar han sido fielmente ejecutados por Oneub, y que tú y yo estamos en algún lugar en el lejano extremo norte del mundo. ¿Queremos desilusionarlo ahora? —le pregunté y él se mostró avergonzado.

—Pensé que... —comenzó, pero yo lo interrumpí.

—No pensaste lo suficiente. Lo que tenemos que hacer es ponernos en contacto con Hurotas, ya sea por palomas o por mensajeros especiales, para poder coordinar nuestra estrategia. Pero, entretanto, debemos contener nuestros nobles instintos hasta que podamos infligir la mayor desolación y desesperación a Utteric, el Máximo Loco.

Serrena, que había estado escuchando ávidamente nuestra conversación, aplaudió encantada.

—Oh, Taita, ese es un apodo encantador para él. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—La ocurrencia fue de tu padre y no mía. Yo nunca he robado las bromas de otro —expliqué con una expresión sobria antes de volver a Ramsés—. Puedo ver por tu expresión que estás conmigo, Ramsés.

Así que afilamos nuestras espadas y esperamos con impaciencia mientras los días se convertían en semanas. Entonces, en la oscuridad de la luna, el intrépido Pentu zarpó con la pequeña balandra *Promesa de Artemisa* de vuelta a su amarra escondida en el río debajo del Jardín de la Alegría. Sentí que la nave había justificado el nombre que le habíamos dado al completar con seguridad un doble viaje tan azaroso en tan corto tiempo. Su bodega estaba llena de regalos de la reina Tehuti a su hija Serrena. Estos incluían una docena de botellas de su perfume favorito, una plétora de vestidos de varios y magníficos colores cosidos y bordados por sus modistas favoritas, un par de sandalias para combinar con cada vestido, una gran selección de joyas de plata y oro tachonadas con brillantes piedras y numerosos rollos de papiro cubiertos con magníficos jeroglíficos.

En una de esas pesadas epístolas, Tehuti explicaba en detalle lo

preocupada que estuvo ella, Tehuti, todo ese tiempo por un aspecto particular del encarcelamiento de su hija. Y lo expresaba de esta manera: «No hay sufrimiento, ni siquiera el parto, que una mujer se vea obligada a soportar, que sea tan terrible como el de verse privada del uso de ropaje adecuado».

Como carga de cubierta, el *Promesa de Artemisa* llevaba casi cincuenta jaulas de palomas que habían sido criadas en la ciudadela de Lacedemonia y, por lo tanto, estaban condicionadas por su naturaleza a regresar allí en la primera oportunidad que tuvieran de volar por los cielos. Claramente Hurotas y Tehuti estaban decididos a seguir en contacto con nosotros.

Antes de la salida del sol yo había escrito tres mensajes en *Codis Brevus* dirigidos a Hurotas. Los sellé en las bolsas de seda que llevaban en el pecho las palomas. Parecían tan ansiosas por volver al lugar donde habían nacido como estaba yo por verlas volar de regreso. Pero las hice esperar un poco más mientras escribía una nota aparte en la que confirmaba que el *Promesa de Artemisa* había regresado con seguridad a sus amarras y que todas las comunicaciones de Hurotas y Tehuti que llevaba fueron recibidas correctamente y respondidas. Cuando los primeros rayos del sol de la mañana dispersaron las sombras de la noche, besé las cabezas de cada una de las tres aves y las lancé al aire. Subieron al cielo con alas ansiosas y dieron dos o tres vueltas sobre la fortaleza antes de volar hacia el norte.

Luego nos acomodamos para esperar con toda la paciencia que pudimos reunir. Weneg y sus espías vigilaban día y noche el palacio de Luxor y el puerto atentos a la primera señal de cualquier actividad inusual. Sabía que no tendríamos que esperar mucho, pues Pentu me informó que Hurotas estuvo casi a punto de seguirlo cuando salió de puerto Githion. El hecho fue que pasaron solo doce días antes de que Weneg se apresurara a subir por el camino que venía de la ciudad. Lo vi venir desde lo alto de la torre principal del Jardín de la Alegría. Incluso a una distancia de casi media legua, pude distinguir la expresión excitada de su rostro. Cuando me vio, se paró en los estribos y agitó ambas manos sobre la cabeza.

Corrí escaleras abajo para encontrarme con él en las puertas principales.

—¡Toda la ciudad de Luxor está alborotada! —gritó tan pronto como estuvimos lo suficientemente cerca para oírnos—. ¡Los tambores retumban y los cuernos resuenan! Utteric prepara su cuerpo para la guerra, yo debería decir que prepara los cuerpos de sus hombres para la guerra mientras que él se oculta debajo de la cama.

—Esto debe significar que Hurotas y Hui se acercan por fin a este amado

Egipto, con sus aliados. ¡Busca a Ramsés! Hace una hora estaba en el jardín con la princesa. Dile que vamos a Luxor para evaluar la dimensión de los preparativos bélicos de Utteric y tratar de dilucidar sus intenciones. Usaremos los mismos viejos harapos que usamos en nuestra primera visita a tu tienda de vinos. Nos encontraremos en las puertas principales tan pronto como esté listo.

Yo había dejado deliberadamente mi disfraz sin lavar y guardado en una caja de madera, para evitar que el fuerte hedor que emitía se evaporara. Este era todavía lo suficientemente fuerte como para hacer brotar lágrimas en mis ojos cuando lo olfateé. Me ensució la cara y las manos con hollín y me puse en la cabeza una peluca compuesta de un surtido de varios tipos de pelos, tanto humanos como animales. Esta también estaba sin lavar, y llena de bichos. Los bichos servían para disuadir a los extraños de hacer cualquier examen indeseable.

Al pasar por los establos me detuve para examinar mi reflejo en el agua del caballo y vi que mi aspecto era suficientemente repulsivo. Corrí hacia las puertas de la ciudad donde Ramsés ya me estaba esperando. Él también resultaba intocable en su aspecto y robusto en su olor, pero con un estilo más principesco que el mío, y, digamos de paso, que el de la vieja bruja que lo acompañaba. Esta tenía un sobrepeso excesivo y sus rasgos faciales quedaban ocultos detrás de una melena enmarañada de cabellos grises. Ella se adelantó para saludarme, y cuando me di cuenta de que su intención era abrazarme, retrocedí alarmado.

—¡Por favor, señora, suélteme! —le dije apartándola—. Debo advertirle que estoy enfermo de lepra y de viruela negra.

—¿Las dos cosas? ¡Qué codiciosos eres, Tata! Pero no soy quisquillosa. De ti tomaré cualquiera que quieras darme. —Ella se hizo escuchar con su propia risa encantadora—. Quédate quieto para darte un beso.

—¡Serrena! —grité—. ¿Cómo engordaste tanto tan de repente?

—Solo unos cuantos de los vestidos que mamá me envió, envueltos en la cintura. El truco lo aprendí de ti. Pero debo felicitarte: me encanta tu peinado.

Los tres nos deslizamos por la puerta trasera de la fortaleza en el lado más alejado de la ciudad. Luego, con la protección del bosque, dimos un círculo y llegamos a Luxor desde otra dirección totalmente diferente. Mucho antes de que pudiéramos ver las murallas de la ciudad oímos la música marcial: los tambores, los pífanos y las trompetas resonaban subiendo desde el valle. Después, cuando pudimos mirar hacia abajo desde las colinas circundantes,

lo primero que llamó nuestra atención fue la flota de barcos de carga y de guerra anclados en el río Nilo. Parecía haber varios cientos de ellos, demasiados como para contarlos. Estaban amarrados unos a otros tan estrechamente que hacían que el gran río pareciera un terreno firme.

Aunque tenían las velas recogidas, todos los mástiles y aparejos estaban adornados con banderas de todas las formas, tamaños y colores imaginables. Cientos de pequeños botes de remo recorrían los estrechos espacios de agua libre entre ellos. Iban llenos de barriles y equipajes que llevaban a los barcos grandes. Mi corazón latió más deprisa y la sangre en su interior bullía ante este despliegue bélico.

La mayoría de las personas me ven como un sabio y un filósofo, un hombre de espíritu noble y una naturaleza esencialmente suave e indulgente. Sin embargo, debajo de ese revestimiento se esconde el vengativo guerrero y el despiadado hombre de acción. En ese momento, el odio que sentía por el faraón Utteric era tan intenso que parecía quemarme el alma.

Cuando miramos hacia la ciudad que se alzaba entre nosotros y la orilla del río vimos que dentro de sus murallas la excitación y los preparativos de guerra eran tan intensos como los del mismo río. Cada torreta y cada torre, cada techo y todos los muros que circundaban la ciudad misma estaban adornados con banderas.

Fuera de las murallas de la ciudad todos los caminos y senderos estaban totalmente cubiertos por la intensidad del movimiento. Había carros, carruajes y carretas tirados por hombres, por caballos, por bueyes e incluso por cabras. Toda esa multitud convergía hacia Luxor. Los tres comenzamos a descender a través del denso bosque que cubría la ladera; nos escondimos en él hasta que encontramos una de las vías que conducían a las puertas traseras de la ciudad. Uno a la vez, abandonamos la pantalla de vegetación y acomodamos nuestras ridículas ropas como si hubiéramos estado ocupándonos del llamado de la naturaleza entre los arbustos, y nos unimos a la columna que avanzaba hacia Luxor. Nadie nos prestó la menor atención, y nadie nos preguntó nada cuando llegamos a las puertas de la ciudad. Las atravesamos empujados por la multitud.

Las calles de la ciudad estaban aún más densamente llenas de gente que los caminos rurales. Las únicas personas que podían moverse con algún propósito eran los escuadrones y pelotones de hombres fuertemente armados que marchaban en filas interminables hacia los muelles para subir a bordo de sus transportes. Delante de ellos iban los sargentos con látigos, maldiciendo a

la multitud y golpeando a los que bloqueaban el camino.

Apenas terminaban de pasar, las calles se cerraban de nuevo, de modo que solo pudimos movernos amontonados, hombro con hombro y vientre contra espalda. Por supuesto, tanto Ramsés como yo conocíamos el diseño de la ciudad a la perfección. Alguna vez había sido el hogar de ambos. Nos las arreglamos para escapar de las vías principales y seguir por las callejuelas y túneles subterráneos entre los edificios y debajo de ellos. Algunos de estos pasajes eran tan estrechos y oscuros que teníamos que movernos en fila, hundiendo la panza y poniéndonos de lado en los lugares más estrechos. Llevábamos velas o antorchas encendidas para poder ver el camino a seguir. Teníamos que armarnos de valor sabiendo que los edificios desvencijados por encima de nosotros eran propensos a derrumbarse, y cerca de nosotros, bajo los escombros, yacían los cadáveres aplastados de cientos de desgraciados que habían muerto por los frecuentes derrumbes.

Los túneles que estábamos siguiendo llevaban sin advertencia alguna, o con muy poca, a cavernas y cámaras de varios tamaños y alturas. Todas esas habitaciones estaban llenas de comerciantes muy ocupados vendiendo o comprando cualquiera de los miles de objetos que se ofrecían.

Entre algunas de las mercancías más inusuales que vi estaban los recipientes con orina de la diosa Hathor. Le ofrecí una de estas como regalo a la princesa ya que estaban a un precio muy razonable. Pero ella lo rechazó diciendo que ella era absolutamente capaz de producir la suya propia.

Uno de los vendedores, una criatura con un rostro muy pintado y de género indeterminado, me abordó con sus saludos.

—Hola, querido muchacho, ¿qué tal un poco de movimientos o si lo prefieres de poner y sacar?

—Demasiado temprano para mí, me temo. Todavía no he digerido mi desayuno. Me dará hipo —rechacé educadamente.

Él, ella o eso me miró con recelo y luego me desafió:

—Me recuerdas al famoso Señor Taita, el vidente y sabio. Pero tú eres más viejo y mucho más feo.

—Dudo que hayas conocido a Taita —repliqué.

—Oh, sí que lo conocí. —Agitó su índice bajo mi nariz—. Lo conocí muy bien.

—Entonces, dime algo de él que nadie más sepa.

—Tenía un palo de placer que era más largo que la trompa de un elefante, y más grueso que el pene de una ballena. Pero él está muerto ahora.

—No, es su hermano gemelo en el que piensas. El verdadero Señor Taita era zurdo. Esa es la única manera de distinguirlos —expliqué.

Parecía perplejo y se tocó la nariz. Luego sacudió la cabeza y murmuró:

—¡Es extraño! Ni siquiera sospeché que el Señor Taita tuviera un gemelo. —Se alejó siempre con el dedo en la nariz. Ramsés y Serrena levantaron el pelo de sus pelucas que colgaban sobre sus ojos y me miraron fijamente.

—Ojalá pudiera mentir con una cara tan inexpresiva —me dijo Ramsés en un tono de melancolía.

—¿Cuál es el nombre de tu hermano gemelo? Si es más joven y más guapo que tú, me gustaría conocerlo —me preguntó Serrena en serio, y Ramsés le pellizó la nalga y ella gritó.

Ramsés y yo continuamos nuestro camino a través del laberinto subterráneo hacia la superficie. Finalmente subimos por un desagüe abandonado y salimos a una esquina de la plaza de armas detrás de la pila de viejos escombros que ocultaban una letrina al aire libre que era muy usada por ambos sexos. Había varios clientes absortos en lo suyo cuando emergimos entre ellos. Nos prestamos poca atención unos a otros, y todos nosotros continuamos imperturbables con lo que nos ocupaba.

En ese día memorable la plaza de armas era la zona más concurrida y más llena de toda la ciudad. No habríamos podido forzar nuestro camino hacia el anfiteatro si hubiéramos intentado la ruta habitual. Tal como previamente habíamos arreglado, nos encontramos con Weneg y cuatro de sus rufianes esperando para darnos la bienvenida en la salida de la informal letrina. Los tres nos rodearon y formaron un capullo protector para evitar que fuéramos pisoteados por la multitud, y nos abrimos camino a la fuerza para subir por las gradas de piedra hasta llegar a una cornisa, cerca de la parte más alta desde donde teníamos una espléndida vista sobre el estadio. El estadio estaba lleno con lo que parecía ser la población total de Luxor y la gente se amontonaba casi hombro con hombro.

Solo el centro del estadio se veía vacío. Estaba protegido y rodeado por guardias formados hombro con hombro mirando al exterior con las espadas desenvainadas para evitar que el lugar fuera invadido por aquella masa humana. Debajo de nuestra posición había un elevado podio de madera para los saludos. Pero, por el momento también estaba vacío. Frente al podio había un pabellón de música en el que una banda de cincuenta miembros estaba tocando vigorosas y melodiosas marchas y otros temas patrióticos.

El volumen se elevaba de manera constante hasta que, con un choque final

de platillos, la banda quedó en silencio y el tambor mayor se volvió para mirar al público con los brazos en alto. Lentamente todo ruido cesó.

Luego, en silencio, una figura alta subió al pabellón. Era una figura de oro puro. De la cabeza a los pies estaba cubierta con el brillante metal. Casco y máscara de oro, coraza de oro, grebas y sandalias de oro. La luz del sol daba de lleno sobre ella, encandilando los ojos. Fue una hábil demostración de maestría escénica.

Entonces una vez más la banda estalló en un himno a plena voz. Lo reconocí como el poema épico creado por Utteric para su propia gloria, al que le había dado el modesto título de «El Invencible». Esta era la señal para que un regimiento de Guardias Reales entrara al campo. Era una fuerza de mil hombres que marchaban, golpeando sus espadas contra los escudos y cantando el coro del himno:

*Diez mil muertos en el campo,
¡Pero el Invencible sigue con vida!
Diez mil años pasan,
¡Pero todavía el Invencible persiste!*

Al escuchar las afirmaciones absurdas y ridículas del corso sentí que mi furia y mi odio volaban de nuevo hacia el monstruo que en ese momento gobernaba Egipto. Su locura era realzada por la astucia y la habilidad con la que la enriquecía. Miré a Serrena que estaba sentada a mi lado. Al instante se dio cuenta de que mis ojos la miraban. Me respondió sin palabras, sin apartar los ojos de la figura dorada.

—Tienes razón, Taita. Utteric es loco pero inteligente. Está matando a su propia aristocracia, el gran cuerpo de hombres que su padre, el faraón Tamose, había entrenado a la perfección, al ejército que derrotó a los hicsos y los expulsó de esta tierra de Egipto porque son los hombres de su padre. Y eso porque su lealtad es para con su padre en su tumba. En la visión de Utteric, son todos los hombres de ayer. Hombres como tú y Ramsés. Sabe que todos ustedes lo desprecian, así que quiere verlos destruidos para reemplazarlos por hombres como Panmasi que lo adoran.

En ese momento ella volvió la cabeza, me miró por primera vez y sonrió.

—Por supuesto, tú sabes que Panmasi, el que me capturó, ahora es general en el nuevo ejército de Utteric, ¿no? De hecho, él está al mando de los

Guardias Reales, el regimiento que ves allí. —Señaló con su barbilla. Era demasiado astuta como para usar su dedo índice y así atraer la atención sobre sí misma—. Ese es Panmasi, de pie detrás del Faraón, en el podio para la revista militar.

No lo había reconocido hasta el momento en que Serrena lo trajo a mi atención. Su casco oscurecía sus facciones y estaba parcialmente oculto por quienes lo rodeaban.

—¿Y tú? —le pregunte a ella—. ¿No sientes rabia cuando ves a esos dos juntos, a Utteric y Panmasi, los que te humillaron y te torturaron?

Ella pensó en mi pregunta durante unos segundos y luego respondió con voz suave:

—No, no es rabia. Ese es un término demasiado leve para ello. Lo que siento es una trepidante sensación de furia.

No podía yo ver su expresión detrás de los mechones colgantes de la peluca que llevaba, pero su tono era completamente convincente. En ese momento los guardias que marchaban se detuvieron con un último golpe de sus pies y sostuvieron sus armas desnudas en saludo a Utteric con su armadura dorada. El abrupto silencio que se apoderó de todos nosotros, espectadores y participantes, fue tan profundo que resultaba casi palpable.

Entonces la figura vestida de oro del Faraón se dirigió al frente del podio. Lentamente, deliberadamente, se quitó el guante de su mano derecha, y sostuvo su mano desnuda en lo alto. Sentí que Serrena se puso rígida a mi lado, pero no pude ver ninguna razón para su reacción. No era extraño que el mismo Faraón desnudara su mano derecha de esta manera para saludar a sus tropas.

Sin embargo, lo que sucedió luego fue totalmente inesperado.

En el otro extremo de la plaza de armas, frente al podio, había una colina que era un mirador excepcional desde el cual se permitía a los espectadores privilegiados ver la marcial exhibición. Era una distancia de menos de doscientos pasos desde la cresta de la loma hasta el borde delantero del podio.

De repente, un objeto oscuro y pequeño salió disparado de entre la multitud en el distante cerro. Tengo una visión excepcionalmente aguda, e incluso con la densa masa de humanidad como fondo, pude distinguirlo en el mismo instante en que salió volando. Al principio pensé que era un pájaro, pero casi de inmediato me di cuenta de mi error.

—¡Mira eso! —exclamé—. ¡Alguien ha disparado una flecha!

—¿Dónde? —preguntó Ramsés, pero Serrena la había visto un instante después de mí.

—Allá, por encima de la loma. —La señaló cuando alcanzó el cenit de su vuelo y comenzaba la caída. Venía directamente hacia nosotros.

Hice el cálculo.

—No nos alcanzará. Ha sido lanzada demasiado alto. Pero está cayendo directamente hacia Utteric. —Me puse rápidamente de pie. De repente me horroricé ante el hecho de que era Utteric, mi enemigo mortal, quien estaba en peligro. Si la flecha llegaba a matarlo, yo no podría vengarme por todo el sufrimiento que me había infligido a mí y a las personas a quienes yo más quería. Quise gritarle una advertencia pero la flecha estaba cayendo demasiado rápido como para que cualquier advertencia fuera eficaz. Utteric seguía con la mano derecha levantada. Su casco dorado y la coraza que le cubría el pecho eran un faro brillante hacia el que la flecha volaba de manera inexorable. Era como si Utteric estuviera dándole la bienvenida a la muerte.

Vi que la pesada cabeza de la flecha estaba hecha de pedernal cincelado, diseñada especialmente para atravesar la armadura. Iba a atravesar el maleable peto de metal como si fuera un papiro. El tiempo pareció detenerse. Todo el mundo, incluido los hombres de Utteric y especialmente yo, parecieron quedar congelados, incapaces de moverse. La flecha se desdibujó por su velocidad en los últimos tramos para golpear con un ruido metálico como el de una gran campana. Utteric fue lanzado hacia atrás. Pero en el fugaz instante en que estaba todavía de pie, vi la cabeza de la flecha y la mitad del eje que sobresalían entre sus omoplatos. Lo había inmovilizado por completo.

Luego Utteric cayó sobre las placas de madera del podio con tal fuerza que algunas de ellas se astillaron. Permaneció inmóvil, con su maligno corazón atravesado, muerto al instante.

El silencio que siguió fue total y completo. Fue como si el mundo entero hubiera contenido el aliento, para luego soltar un grito de terrible consternación, un gran grito de duelo como si el mundo hubiera perdido a su padre. El personal militar de Utteric se precipitó hacia delante, encabezados por el general Panmasi y varios de sus otros aduladores y sirvientes. Uno de ellos tomó una manta en la que envolvió el cuerpo, sin hacer ningún esfuerzo por quitar la punta de flecha de sílex de los órganos vitales de Utteric, ni la armadura que cubría su cabeza y su torso.

Luego una docena de ellos levantaron el cadáver y lo bajaron por las

escaleras que llevaban desde el podio hasta el edificio de piedra más abajo. La banda comenzó a tocar un lamento. La masa de gente parecía confundida e insegura de cómo debía reaccionar. Algunos de ellos estaban llorando y gimiendo ostentosamente, arrancándose manojos de su propio cabello. Sin embargo, muchos de ellos tenían dificultad para contener su alegría. Trataban de ocultarlo con los pliegues de sus túnicas y frotándose los ojos vigorosamente para que fluyeran las lágrimas.

Yo era quizás uno de los pocos en esa multitud que estaba verdaderamente triste al ver muerto a Utteric. Abracé a Ramsés y a Serrena para mi propio consuelo, y no estaba yo lejos de las lágrimas sinceras y sentidas.

—No debería haber terminado así —les susurré—. Utteric ha escapado del castigo que merecía por su crueldad y monstruosa maldad.

Por otro lado, Ramsés estaba eufórico.

—Al menos se ha ido, de una vez y para siempre. —Por supuesto, él era el siguiente en la línea del trono del Faraón—. Me pregunto quién fue el que disparó la flecha. Me gustaría darle mi sincero agradecimiento y recompensarlo por su coraje.

Hubo un movimiento entre la multitud. Con vacilaciones e incertidumbre avanzaron hacia las puertas de salida. Los tres nos unimos a ellos. Sin embargo, no llegamos muy lejos antes de ser detenidos por los guardias armados ubicados allí. Sus severas órdenes llegaban claramente hasta donde estábamos moviéndonos, empujados por la gente.

—¡Retrocedan! Todos ustedes deben permanecer en sus asientos. Nadie va a salir del estadio hasta que el asesino sea encontrado. —Dieron vuelta las lanzas y con ellas aguijaban y empujaban a la multitud hacia atrás, lejos de las puertas—. Sabemos quién fue el que disparó la flecha que mató al faraón Utteric, el Invencible.

Con gruñidos y protestas volvimos a nuestras ubicaciones originales.

Serrena se sentó junto a mí. Su rostro no miraba a Ramsés, que aún se quejaba con su vecino al otro lado. Ella habló en voz baja, apenas moviendo los labios. Solo yo podía escucharla.

—No era él —dijo.

—No entiendo. ¿Quién no era quién? —Le pregunté también en voz baja, como ella.

—Esa figura en armadura de oro no era Utteric. No fue Utteric quien fue alcanzado por la flecha —repitió—. Ese era un imitador, un doble.

—¿Cómo lo sabes? Estaba completamente enmascarado. —La agarré del

brazo y la empujé hacia mí. Sentí una oleada de alivio al pensar que todavía podría tener mi venganza en el Utteric con vida.

—Yo vi su mano derecha —dijo Serrena con sencillez.

—Todavía no entiendo —protesté—. ¿Qué tiene que ver su mano...? — Interrumpí mi protesta y la miré fijamente. Por lo general, no soy tan lento—. ¿Reconociste que la mano que vimos con el guante no era de Utteric?

—¡Exactamente! —me respondió—. Utteric tiene manos suaves e inmaculadas. Casi como las de una niña. Él se siente tremendamente orgulloso de ellas. Sus amigos dicen que se las lava en leche de coco tres veces al día.

—¿Cómo lo sabes, Serrena? —insistí—. ¿Cuándo estudiaste esas manos?

—Cada vez que las levantaba para golpearme en la cara. Cada vez que intentaba retorcerme la nariz. Cada vez que me clavaba los dedos en la vagina o los empujaba por el ano para hacer reír a sus preciosos noviecitos —dijo amargamente; su tono realzaba su persistente indignación—. El hombre de la máscara de oro que fue golpeada por esa flecha tenía manos ásperas y callosas, como las de un granjero. No era Utteric.

—Sí, lo que dices tiene sentido. Pero lamento haberte hecho revelar detalles tan íntimos y repugnantes de la humillación a la que te sometió.

—Siempre que Ramsés no se entere de lo que me hicieron. No querría que él lo supiera. Prométeme que nunca se lo dirás.

—Tienes mi solemne promesa. —Sabía que las palabras eran banales, pero le apreté la mano con fuerza para darles peso.

Esperamos una hora, y luego otra. El único alivio, por lo que valía la pena, eran los solemnes cantos fúnebres interpretados sin cesar por la banda para llorar el fallecimiento del Faraón. Para entonces, el murmullo entre la multitud se había convertido en enojo. Escuché abiertas manifestaciones que bordeaban la traición. Muerto el Faraón, aquellos ciudadanos que solían tener mucho cuidado al expresar sus opiniones sobre él, se volvían mucho menos discretos.

De repente e inesperadamente, la banda cambió su música por otra brillante y alegre, en contraste con lo que habían estado tocando hasta ese momento. El murmullo entre la gente se redujo a un desconcertado silencio. Pude ver hombres y mujeres que durante las últimas dos horas habían expresado opiniones intemperantes con respecto al Faraón y su muerte, en ese momento miraban a su alrededor con ansiedad, tratando de determinar quién más los había oído y lamentando sus palabras.

El general Panmasi y otros cuatro oficiales de alto rango del ejército del Faraón marcharon juntos por las escaleras desde el edificio de abajo hasta donde solo dos horas antes habían llevado el cadáver envuelto en una manta del Faraón. La banda les dio la bienvenida con una fanfarria entusiasta mientras los cinco permanecieron de pie hombro con hombro en la parte delantera del podio. Cuando por fin la banda quedó en silencio, el general Panmasi dio un paso adelante y empezó a hablar a través de la trompeta de voz que llevaba en sus manos. Con este instrumento su voz se escuchó en toda la plaza de armas. Otros oficiales más jóvenes estaban ubicados a intervalos para retransmitir el discurso de Panmasi a los que estaban más alejados, detrás de los demás.

—Ciudadanos leales y verdaderos del poderoso Egipto, les traigo a ustedes noticias de alegría. Nuestro bien amado faraón Utteric, a quien todos vimos derribado por la flecha de un traidor, ha demostrado que su apodo de Invencible es veraz. ¡Ha engañado a la muerte! ¡Él está con nosotros todavía! Él vive eternamente.

Un silencio lleno de dudas recibió esta revelación. Todos habían visto la flecha que atravesaba el cadáver de Utteric. Habían visto con sus propios ojos que fue un golpe mortal. Pero les preocupaba que aquello se tratara de una especie de truco para hacer que se traicionaran a sí mismos. Bajaron los ojos y movieron los pies, tratando de evitar intercambiar miradas con sus vecinos o hacer cualquier otro gesto incriminatorio.

Panmasi se volvió hacia lo alto de la escalera y cayó de rodillas en una reverencia. Los otros cuatro altos oficiales siguieron de inmediato su ejemplo, golpeando sus frentes sobre los tablones del podio.

La misma figura en armadura de oro que habíamos visto antes siendo llevada en una manta empapada de sangre emergía ahora de la escalera. Caminó alto, orgulloso y audaz. No había en él prueba alguna de la herida mortal que le habían infligido, salvo por los restos de sangre seca en su armadura y el agujero que había abierto la flecha del asesino en la parte delantera de su coraza de oro. Se dirigió al frente del podio y levantó su casco de la cabeza para revelar las verdaderas facciones del faraón Utteric que la población había llegado a reconocer tan bien.

Las mismas personas en la muchedumbre que antes habían aplaudido con disimulo su muerte, en ese momento se postraron con fervor leal, retorciéndose como cachorros y expresando su alegría extravagante ante aquel milagroso regreso de entre los muertos.

Utteric los miró con altivez; sus facciones, realzadas por el maquillaje que llevaba, eran orgullosas, burlonas y afeminadamente bonitas. Obviamente disfrutaba de aquella adulación salvaje. Finalmente, levantó las manos para pedir silencio.

—Tienes mucha razón —le susurré a Serrena—. Tiene manos de niña. Ella asintió con la cabeza.

—¿Quién habrá sido el que fue muerto por la flecha? —me preguntaba yo.

—Nunca lo sabremos —me aseguró Serrena—. Ya está convertido en cenizas o en las profundidades del Nilo con pesas atadas a sus pies. —Y luego me hizo callar con el resto de los allí reunidos cuando el Faraón empezó a hablar.

—¡Mi amado pueblo, mis leales súbditos, he vuelto a ustedes! He regresado del lugar oscuro al que me envió la flecha del asesino. —La multitud rugió su alegría ante esa supervivencia. Luego el Faraón alzó las manos una vez más y callaron de inmediato—. ¡Ahora todos sabemos que hay traidores por todas partes! —Utteric continuó con su voz que se volvió repentinamente acusadora y enojada—. Hay quienes conspiraron mi asesinato e intentaron llevar a cabo sus malvados planes. —La gente gimió de angustia ante la sola idea de semejante traición—. Yo sé quiénes son estos traidores asesinos. Mis leales guardias han arrestado a los treinta. Todos ellos cumplirán el destino que tanto merecen. —Encabezados por el general Panmasi, los espectadores estallaron en vítores y manifestaciones de lealtad patriótica. Cuando estos finalmente se serenaron, el Faraón continuó—: El primero y más importante de estos villanos es el hombre que disparó la flecha que estaba destinada a matarme. Es uno de mis principales ministros en quien deposité toda mi confianza. Mis guardias lo vieron preparar el arco que lanzó la flecha que me golpeó pero no pudo matarme. —Alzó la voz y gritó—: Traigan al traidor Irus.

—¡No el ministro Irus! —exclamó Ramsés en un susurro horrorizado—. Es un hombre viejo, pero noble y bueno. Nunca cometería un asesinato. Dudo que todavía tenga la fuerza suficiente como para disparar un arco recurvado.

Serrena tomó su mano para calmarlo y evitar que se levantara.

—Irus está más allá de toda salvación, querido —susurró ella—. El hombre que lanzó la flecha asesina es más que probable que sea el mismo hombre que está llevando a Irus a la decapitación. Su nombre es Orcos y él es uno de los secuaces más despiadados de Utteric. Pero también tiene la reputación de ser un formidable arquero.

Ramsés asintió con tristeza.

—Conozco bien a Orcos. También sé que Irus ha tratado de oponerse a algunos de los juicios más salvajes y crueles de Utteric. Este es el precio que debe pagar por esas indiscreciones.

—Utteric está dando uno de sus golpes maestros aquí, hoy. En primer lugar, está afirmando su pretensión de inmortalidad. Sus súbditos lo vieron muerto. Ahora ha vuelto de los muertos, para destruir a los que buscan oponerse a él. —Serrena habló en voz baja, pero con convicción. —A hombres como Irus. Utteric se dispone a silenciar las voces de todos los hombres honestos y honrados en Egipto. Él se ha enterado de que mi padre está en el mar con su flota y sus carros y los de todos sus reyes vasallos. Está asegurándose la retaguardia antes de marchar para oponerse a la invasión de mi padre. No hay nada que podamos hacer hasta que lleguen aquí, a Egipto. Solo podemos esperar. Quizás Utteric envíe a Irus y al otro acusado a las Puertas del Tormento y la Tristeza. Si es así, podemos ocuparnos de él.

Los guardias reales llevaron a Irus y a los demás prisioneros al podio con las manos atadas por delante. Era evidente a simple vista que todos habían sido golpeados y tratados con dureza. La mayoría de ellos estaban sangrando, e Irus, su supuesto líder, estaba medio inconsciente. Su rostro, alguna vez hermoso, estaba tan hinchado y magullado que apenas pude reconocerlo. Sus largos mechones blancos estaban enmarañados con su propia sangre seca. Le habían quitado la ropa, salvo un pequeño taparrabos, y las marcas de los latigazos le cubrían la espalda desnuda. Eran necesarios dos de los guardias reales para que no se cayera y mantenerlo en pie cuando lo arrastraron para enfrentar al Faraón.

Inmediatamente, Utteric lanzó un ataque verbal contra él. Al hacerlo, fue entrando en uno de sus maníacos ataques de furia. Rara vez he oído todas las obscenidades que salían de sus labios mezcladas con la saliva que salpicaba. Tenía una fusta en la mano derecha. La usaba para reforzar su diatriba, cruzándola en el rostro del anciano, moviéndola de un lado a otro hasta que más sangre goteaba por su barba y sus piernas se aflojaron debajo de él. Los dos guardias lo levantaron para mantenerlo cara a cara con su torturador y recibir cada golpe de su castigo.

Finalmente, Utteric dio un paso atrás. Jadeaba salvajemente e hilos de sudor le corrían por las mejillas. Dejó caer la fusta con la que había golpeado a Irus y sacó su espada de la vaina en el cinturón.

—Suéltlenlo —ordenó jadeando a los guardias—. Dejen que caiga de

rodillas en actitud de súplica. Corten las ataduras de sus muñecas para que pueda extender sus manos y pedirme clemencia. —Era obvio que los guardias habían hecho eso muchas veces antes con otros prisioneros. Sonrieron con expectativa mientras cumplían con las órdenes del Faraón.

—Alza las manos, traidor venenoso. ¡Ruega por mi real misericordia, viejo y apestoso cabrón! —le gritó a Irus. El anciano estaba ya demasiado perdido como para responder. Sacudió la cabeza con desconcierto y las gotas de sangre salpicaron las tablas debajo de él.

—¡Hagan que me obedezca! —gritó Utteric a los guardias. Siempre sonriendo, estos se adelantaron y tomaron los extremos de la cuerda que habían dejado deliberadamente atadas a sus muñecas. Se echaron hacia atrás e Irus fue arrastrado boca abajo sobre las tablas del podio, pero sus brazos quedaron extendidos en su totalidad delante de él.

Utteric dio un paso adelante con la hoja de la espada desnuda lista. Tocó suavemente el antebrazo de Irus para medir la distancia y luego la levantó por encima de su cabeza y la bajó con fuerza desde lo más alto. La hoja de bronce cortó a través del brazo izquierdo de Irus, carne y hueso, sin detenerse. El guardia que sostenía la cuerda cayó hacia atrás y la sangre brotó del muñón cortado en un chorro. Irus soltó un débil grito y la multitud que lo miraba rugió, la mitad de ellos horrorizados y la otra mitad en gritos de aprobación.

Una vez más Utteric levantó la hoja y midió el golpe con ojo de esgrimista. Luego la levantó y cortó limpiamente el otro brazo de Irus. Despojados de sus dos brazos, Irus quedó echado y gimiendo en un charco de su propia sangre.

El general Panmasi se adelantó por la izquierda de Utteric e hizo una señal a uno de los carros que esperaban para que se adelantara. El auriga llevó su vehículo al pie del podio, con los cuatro caballos haciendo cabriolas y tratando de apartarse del hedor de la sangre. Mientras tanto, los dos guardias habían atado cuerdas a los tobillos de Irus. Le dieron los extremos de estas al auriga que los ató rápidamente a los anillos en la parte trasera de su vehículo. El Faraón luego saltó del podio y ocupó en el carro el lugar del auriga que este había dejado libre para él. Utteric sacudió las riendas y el tiro de cuatro avanzó al trote, arrastrando el cuerpo mutilado de Irus detrás del vehículo. Irus gritó de dolor al ser arrastrado y al principio trató desesperadamente de equilibrar su cuerpo desnudo y mutilado sobre el suelo áspero y también intentó defenderse de las piedras y otros obstáculos que cubrían la pista del estadio con los ensangrentados muñones de sus brazos. Pero en la segunda

vuelta al estadio, poco a poco se fue debilitando hasta que ya no pudo defenderse. Su cabeza golpeó y se sacudió contra el suelo hasta que la última chispa de vida se extinguió. El faraón Utteric arrastró su cadáver hasta el podio y saltó del carro.

—Faraón Invencible, ¿qué debemos hacer con esta otra basura? — preguntó el general Panmasi mientras Utteric subía de nuevo al podio. Con la espada desenvainada señaló a los otros veintinueve prisioneros arrodillados, preparados como cerdos para la matanza.

Utteric les dirigió una mirada desdeñosa.

—He hecho suficiente trabajo duro por un día. Envía a toda esta banda traicionera a las Puertas del Tormento y la Tristeza. Dejemos que los expertos allí los traten adecuadamente.

—Tendremos que apresurarnos a regresar al Jardín de la Alegría para recibir a los prisioneros de Utteric —le advertí a Serrena y a Ramsés cuando el Faraón y su séquito volvieron a subir a sus carros y salieron del estadio en dirección al palacio dorado.

Tuvimos que abrirnos paso a la fuerza por las calles llenas de gente, pero tan pronto llegamos a las puertas de la ciudad, corrimos casi todo el camino de regreso por las colinas, tomando atajos, vadeando arroyos y subiendo las empinadas caras rocosas demasiado empinadas para los caballos que tiraban carros cargados, que sabíamos que estaban cerca, detrás de nosotros. Una vez más me sorprendió lo bien que Serrena se mantenía a la par de Ramsés y de mí. Ella era a menudo la primera en alcanzar la cima de las subidas más ásperas. Por supuesto, ella era mucho más ligera en sus pies que cualquiera de nosotros. Estábamos a no mucho más de una hora por delante del convoy de carros que llevaba a los condenados desde la ciudad de Luxor. De hecho, todavía estaba yo ocupado con mi maquillaje y poniéndome mi traje de Oneub cuando se escucharon los gritos de los centinelas en las torres de vigilancia que avisaban el acercamiento de muchos vehículos por el camino que venía de la ciudad.

Me apresuré a llegar a las puertas principales justo a tiempo para saludar a los recién llegados con el habitual sombrío intercambio de preguntas y respuestas y luego conducirlos hasta el encantador Jardín de la Alegría de Serrena. Tan pronto como se recuperaron de la impresión de encontrarse en el paraíso en lugar de lo que esperaban, me despojé de mi traje de Oneub y les presenté a Ramsés. Nos conocían bien a Ramsés y a mí, ya que habíamos vivido en Luxor y ambos habíamos sido hombres de posición y exposición.

Pero Utteric les había informado que ambos estábamos muertos desde hacía mucho, de modo que el asombro y la alegría fueron ilimitados. Nos rodearon y aclamaron por la oportunidad de abrazarnos a los dos y expresar su gratitud infinita por quitarles la amenaza y la sombra de la muerte.

Se necesitó apenas un mínimo de sugerencia de mi parte para que todos reconocieran rápidamente en Ramsés al futuro Faraón de Egipto y reemplazo de la repugnante criatura que se había arrogado ese título para sí mismo, y que precisamente los había sentenciado a todos ellos a una muerte tortuosa.

Primero uno por uno y de dos en dos comenzaron a arrodillarse ante Ramsés y a reverenciarlo como Faraón, y luego pronto todos estuvieron cantándole alabanzas y jurándole lealtad. Dejé que su fervor alcanzara el punto de ebullición y luego comenzara a disminuir antes de jugar mi truco ganador.

Serrena había estado esperando mi convocatoria en el pabellón cercano y en el momento exacto ella apareció. Los prisioneros liberados se volvieron hacia ella con expresiones curiosas, que rápidamente se convirtieron en expresiones de silenciosa estupefacción. Yo le había insistido en la necesidad de presentarse con el aspecto más triunfante en su poder. Pero ni siquiera yo había esperado que ella mejorara esa perfección.

Llevaba el vestido más llamativo de todos los que le envió su madre, Tehuti. Era de un celestial tono de verde que cambiaba milagrosamente pasando por todos los otros colores del arco iris cuando ella se movía y la luz jugaba sobre él. Sugería la forma tentadora de su cuerpo debajo de la tela. Llevaba los brazos desnudos y su piel estaba bruñida a la perfección. La cabeza equilibrada en el cuello largo y elegante era orgullosa e inefablemente encantadora. El verde de sus ojos era más brillante que cualquier preciosa esmeralda e hipnotizaba al observador con su perspicacia.

Me acerqué a ella, tomé su mano con la mía y la llevé a donde Ramsés esperaba para recibirla. Ella brillaba y se deslizaba a mi lado y la sonrisa que dirigía a sus espectadores parecía cautivarlos a todos de nuevo. Ramsés extendió la mano para darle la bienvenida. Luego me volví hacia nuestros invitados y me dirigí a ellos de nuevo.

—Tengo el infinito placer de presentarles a la hija del rey Hurotas y su esposa la reina Tehuti. Esta es la Princesa Real de Lacedemonia. Serrena es su nombre. Es la prometida de nuestro faraón Ramsés. Él la rescató del cautiverio en manos del falso faraón Utteric. Ella se convertirá en su reina. Mis señores, por favor, ¡les ruego que le presenten sus respetos!

Uno tras otro, se adelantaron y se inclinaron ante Serrena y ella dirigió a cada uno de ellos una sonrisa que estoy seguro de que los convirtió de inmediato en sus admiradores y seguidores para toda la vida. De esta manera fui un instrumento para asegurar la ascensión de Ramsés al trono de Egipto, y de mi propio puesto como su canciller y consejero.

Les di a nuestros nuevos reclutas muy poco tiempo para encontrar sus lugares en nuestras filas. Yo conocía por su nombre y usualmente por la cara a aquellos que eran verdaderamente valiosos para nuestra causa y no perdí tiempo en presentarlos a los otros que los habían precedido. Luego le asigné a cada uno de ellos la posición en la que serían más útiles para nuestros planes.

Mi primera preocupación real era aprender de ellos todo lo que sabían acerca de Utteric y sus complicadas maquinaciones, para poder así estar en una posición más fuerte para luchar y destruirlo. Mucho de lo que pudieron decirme, yo ya lo sabía. Pero me sentí fascinado al saber por boca de ellos de qué manera Utteric había logrado convertirse en una personalidad elusiva solo superficialmente en contacto con la realidad. Él había ideado una serie de identidades o alias, como la persona que había sido derribada por una flecha en el podio del estadio para luego regresar como el Utteric vivo unas horas más tarde. Según mis nuevos informantes, las personas que desempeñaban el papel de Faraón en público eran, con frecuencia, impostores. Estos incluían a los que comandaban sus ejércitos en el campo, que eran casi exclusivamente sustitutos. Esto era también un buen engaño para que él evitara los peligros del campo de batalla mientras ganaba todos los aplausos de la victoria y evitaba la ignominia de la derrota. Por supuesto, esto hacía que fuera mucho más difícil para nosotros derribarlo. Nunca podríamos estar absolutamente seguros de estar atacando al verdadero Utteric, y no a su sustituto.

También me enteré por estas fuentes que los ejércitos de Hurotas y sus aliados habían desembarcado finalmente en Egipto. Habían salido del gran Mar del Medio en una enorme flotilla de naves para desembarcar casi un millar de sus carros en Sazzatu, a solo treinta leguas al este de donde el Nilo desembocaba en el mar. Mientras estos carros conducidos por el general Hui se dirigían por tierra hacia la ciudad de Abu Naskos, los barcos entraron en las numerosas bocas del Nilo mismo y se abrieron camino hacia el sur luchando hasta sitiar esa misma ciudad con un ataque en pinza, tanto desde

tierra como desde el río.

Abu Naskos había reemplazado a Menfis como capital del norte de Utteric. Menfis había sufrido daños irreparables durante el asedio anterior de Hurotas y mío cuando minamos las murallas para derrotar a Khamudi, el líder de los hicsos. Utteric había construido una nueva ciudad y una capital formidable en Abu Naskos cuarenta leguas más al norte. Estaba en el sitio de las ruinas de otra ciudad antigua, cuyos orígenes se perdían en las nieblas de la antigüedad.

Con todo esto muy presente en mi mente, decidí que debía juzgar por mí mismo si era el Utteric real quien estaba llevando la mayor parte de su ejército hacia el norte o si uno de sus dobles estaba haciendo ese papel. Si fuera Utteric quien iba a la cabeza de su ejército, entonces estaríamos justificados al intentar tomar la ciudad de Luxor en manos de las disminuidas divisiones que había dejado para guarnecerla, a pesar de que éramos solo cuatrocientos hombres escondidos en el Jardín de la Alegría. Debíamos esperar poder persuadir a los restantes defensores de la ciudad a seguir nuestra bandera. Yo estaba decidido a ir solo y ser testigo en persona de la salida de Utteric de Luxor, sin llevar ni siquiera a Weneg o a Ramsés para acompañarme. Les advertí a los centinelas de las puertas principales que no difundieran la noticia de mi salida al exterior y, una hora después de la medianoche, la hora más tranquila de la noche, salí por las puertas del Jardín de la Alegría hacia la oscuridad y me dirigí colinas abajo hacia la ciudad de Luxor.

La luna estaba todavía alta y llena y todavía faltaban varias horas para el amanecer cuando llegué a mi destino y miré hacia el Nilo desde los terrenos más altos. El puerto estaba iluminado casi tan brillante como si fuera de día por las balizas y los fuegos. Una corriente constante de estibadores se movía por el muelle llevando pesadas cargas para depositarlas en las bodegas de los barcos. A medida que se llenaba cada barco, se cerraban las escotillas y se apartaba del muelle, dirigía la proa corriente abajo y desaparecía en la oscuridad rumbo a la ciudad de Abu Naskos.

Luego, cuando el cielo se iluminó y el borde del sol salía subiendo por encima del horizonte oriental, un pequeño grupo de jinetes galopó por la entrada al puerto y detuvo sus monturas junto a una de las galeras de guerra allí amarradas. Los jinetes desmontaron y en grupo subieron por la planchada hasta la cubierta superior del barco. Todos iban vestidos en el estilo difundido entre las clases altas desde el ascenso de Utteric al trono. Estos ropajes

incluían sombreros de ala ancha que ocultaban sus facciones. La tripulación de la galera la alejó del embarcadero. Y mientras el barco cruzaba la corriente, uno de los pasajeros se quitó el sombrero y se inclinó para besar a su compañero en la boca abierta. Luego, cuando se volvió y se puso otra vez el sombrero, pude ver brevemente sus facciones. Suspiré satisfecho. Eran inconfundiblemente las de Utteric el Invencible. Mi vigilia había sido totalmente recompensada.

Volví al Jardín de la Alegría y llamé al gabinete de guerra a una sesión urgente para planear nuestra siguiente jugada. Quería aprovechar al máximo el hecho de que Utteric hubiera salido de Luxor para precipitarse a la defensa de su ciudad septentrional, que estaba más evidentemente amenazada por el ataque del rey Hurotas. Fue un debate medido y bien razonado que duró la mayor parte del resto del día.

Finalmente decidimos esperar otros cinco días completos para dar tiempo a Utteric para que estuviera bien en camino hacia el norte antes de lanzar un ataque abierto a las fuerzas que había dejado en Luxor. No teníamos manera de saber exactamente cuán numerosas eran. Por supuesto, Utteric era un comandante inexperto, y además, aparte de sus errores, no tenía manera de saber que nosotros habíamos logrado construir un bastión en el Jardín de la Alegría con los hombres superiores que nos había enviado para su ejecución. Era extremadamente posible que hubiera reducido su guarnición en Luxor a un grado peligroso. En esencia, lo que teníamos que averiguar era a quién había dejado al mando y qué fuerza había puesto a disposición de la persona designada.

En el ínterin decidimos que algunos de nosotros que éramos conocidos y bien considerados en Luxor, a pesar de la enemistad de Utteric y del hecho de que se rumoreaba que fuimos eliminados por Oneub y sus torturadores, debíamos ir a la ciudad y tratar de hacer contacto con aquellos ciudadanos que sabíamos estaban bien dispuestos hacia nuestra causa. Debíamos advertirles acerca de nuestras intenciones y tratar de atraer sus simpatías para la elevación de Ramsés a Faraón en el lugar de Utteric.

Como si todas esas angustias y estos incipientes desastres no fueran suficientes para preocuparme, esa misma tarde, justo cuando abría una jarra de vino tinto para calmar mis nervios deshilachados, fui visitado inesperadamente en mis aposentos en la torre sur por Ramsés y Serrena. Su

comportamiento era inusual, e inmediatamente me puse en alerta. En primer lugar, llamaron tímidamente a mi puerta en lugar de entrar sin ser anunciados. Estaban tomados de la mano, y ninguno de los dos podía mirarme directamente a los ojos. De todas maneras, expresaron su ferviente esperanza de estar molestándome en modo alguno. Cuando les aseguré que no era así, la conversación llegó a una abrupta interrupción. Rompí el silencio ofreciéndole a cada uno de ellos una copa de mi vino, a pesar de que era mi última jarra. Ambos aceptaron agradecidos y una vez más se produjo un silencio, mientras probábamos el vino con feroz concentración.

Finalmente rompí el silencio preguntándoles si había alguna otra manera en que yo pudiera ayudarles. Ante esto, ellos intercambiaron miradas silenciosas pero significativas y luego Serrena dio el salto.

—Tenemos que casarnos —dijo.

Esto me tomó de sorpresa.

—No estoy seguro de qué quieres decir con eso —respondí con cautela—. ¿Quieres decir que se han portado mal jugando a la bestia con dos espaldas, y ahora tienen que casarse para evitar las consecuencias?

—¡No! ¡No! No seas tonto, querido Tata. Acabamos de tener nuestra primera pelea real porque no hemos sido traviesos.

—Ahora estoy de verdad muy confundido —admití—. Tendrás que explicarme esto.

—Acabamos de tener nuestra primera pelea porque yo quiero y Ramsés no quiere hacerlo. Dice que le dio su palabra a mi madre de no hacerlo conmigo hasta que nos casemos.

—¿Acaso no diste tu palabra tú también, Serrena? —pregunté.

—Sí, pero no pensé que significara para siempre —dijo con melancolía—. He esperado un año y ya es suficiente. No puedo esperar otro día. Lo siento mucho, Tata, ¡pero tienes que casarnos esta noche!

—¿Qué tal mañana? —procrastiné—. ¿Me das la oportunidad de acostumbrarme a la idea?

Ella sacudió su cabeza.

—¡Esta noche! —repitió.

—¿Me permitirás que termine mi vino?

Ella asintió con la cabeza.

—¡Por supuesto! Y después nos casarás.

—¿Qué lugar has escogido para ese evento auspicioso?

—Mi jardín, donde todos los dioses pueden vernos y darnos su

aprobación.

—Muy bien —capitulé—. ¡Será un gran honor para mí officiar la ceremonia!

Les hice una ceremonia encantadora. La belleza de mis palabras hizo que los tres nos deshiciéramos en lágrimas de felicidad. Cuando pronuncié las palabras fatales: «A la vista de todos los dioses os declaro marido y mujer», los dos desaparecieron como humo en un viento fuerte. No los volví a ver durante algún tiempo. Cuando por fin los vi, todavía estaban tomados de la mano, pero no estoy sugiriendo que eso fue todo lo que habían estado haciendo durante los dos días intermedios.

—¿Bien? —pregunté—. Supongo que ya están satisfechos por fin. ¿no?

—Si solo hubiera tenido la menor idea de lo maravilloso que es realmente, me habría casado con Ramsés el mismo día en que lo conocí —respondió ella con toda seriedad—. Gracias mil veces, Tata. Sobrepasó todas mis expectativas más extravagantes.

Al tercer día después de que Utteric hubo salido de Luxor, pensé que era seguro para nosotros hacer un reconocimiento de la ciudad. Ramsés y yo elegimos a diez hombres que conocíamos bien y en quienes confiábamos completamente entre aquellos que se habían refugiado en el Jardín de la Alegría. Todos hicimos un voto de guardar el secreto en el caso de ser capturados. Iríamos a nuestras muertes sin entregar información alguna. Nos separamos y nos acercamos a las puertas de la ciudad individualmente. Casi de inmediato me alarmó la actitud de los guardias. Estaban mucho más alerta de lo que yo los había visto antes. Tanto es así que Ramsés y yo decidimos cuando todavía estábamos a cierta distancia que no deberíamos correr el riesgo de tratar de entrar en la ciudad. Tomamos una de las vías que no pasaba por las puertas donde una multitud se había reunido para entrar y todos estaban siendo meticulosamente revisados y minuciosamente observados por los guardias antes de que se les permitiera entrar.

Desde una distancia segura nos quedamos entre los ociosos fuera de las murallas y observamos los procedimientos. Vimos que a uno de nuestros compañeros lo agarraron y fue llevado por los centinelas. Obviamente lo habían reconocido como uno de los que habían sido detenidos en el estadio de la ciudad el día en que Utteric había demostrado su invencibilidad sobreviviendo al asesinato del arquero oculto. Sin embargo, vimos que dos de

nuestros compañeros pasaban por entre los guardias y se les permitió ingresar a la ciudad. De todos modos, decidimos no correr nuevos riesgos y llamamos a nuestros compañeros que aún estaban esperando en fila para entrar en la ciudad. Luego todos nos retiramos discretamente y, siempre moviéndonos individualmente, volvimos al Jardín de la Alegría. Allí esperamos ansiosamente que regresaran al jardín a los dos compañeros que habían logrado pasar el escrutinio de los guardias. Cosa que pudieron hacer justo antes del atardecer cuando se cerraban las puertas de la ciudad. Sin embargo, de todos modos perdimos a uno de nuestros mejores hombres. Nunca lo volvimos a ver, y solo podíamos suponer que fue torturado y ejecutado de inmediato por los matones de Panmasi. Si este fue su destino, no nos traicionó y nunca estuvimos en peligro por sus confesiones a sus captores.

Los dos hombres que regresaron sanos y salvos de la ciudad también eran buenos compañeros. Eran dos hermanos llamados Shehab y Mohab. Habían podido ponerse en contacto con sus amigos, familiares y compatriotas en la ciudad y de ellos obtuvieron información vital. La persona que Utteric había dejado al mando durante su ausencia no era otra que el general Panmasi, el mismo felón y bandido que había capturado a Serrena para sacarla de Lacedemonia. Sin embargo, me detenía el hecho de que él era indudablemente también un adversario astuto y tortuoso.

Por los dos hermanos supimos que el general Panmasi probablemente no tenía más de trescientos o cuatrocientos hombres bajo su mando. Utteric se había llevado al resto de su ejército al norte con él, a Abu Naskos para oponerse a la invasión de Hurotas. Esto indicaba que Panmasi y Utteric no tenían una idea razonable del número de hombres que habíamos liberado de sus garras. Debía estar convencido de que sus órdenes de ejecución habían sido llevadas a cabo al pie de la letra por el temido Oneub. Era claro que no tenían la menor idea de que Oneub ya no estaba en condiciones de matar a más inocentes, y que su pulido cráneo ahora decoraba el portalón del Jardín de la Alegría.

Esperaba desilusionar a Panmasi en la primera oportunidad.

Comenzamos nuestra planificación en cuestión de minutos, después de recibir el informe de los fieles dos hermanos, Shehab y Mohab. Habían averiguado exactamente donde tenía Panmasi acuartelados a sus hombres y cuántos guardias se apostaban en las puertas de la ciudad durante la noche cuando estaban cerradas. Además, y lo que era más importante, se habían enterado de que la leyenda de Ramsés seguía viva y él y yo seguíamos siendo

recordados con cariño en el Alto Egipto, especialmente en Luxor, ya que éramos ambos hijos de esa ciudad. Así que ambos estuvimos decididos a sacar el máximo provecho de nuestra popularidad y usarla para desalojar a Panmasi sin esperar a que el ejército de Hurotas capturara a Abu Naskos y luego se abriera camino Nilo arriba para llegar a Luxor. Esto podría tomar varios meses o incluso años.

En el Jardín de la Alegría, habíamos podido reunir a trescientos ochenta y dos hombres que habíamos rescatado de las garras de Utteric. Pero muy desafortunadamente teníamos muy pocas armas para armarlos. Sin embargo, nuestros dos espías habían podido saber que antes de salir de Luxor, Utteric había ordenado a sus hombres tomar todas las armas que pudieran encontrar en una búsqueda casa por casa de la ciudad y que no estuvieran en manos de sus propias tropas. Estas armas ilícitas fueron depositadas y guardadas por sus hombres a las órdenes de Panmasi en un almacén seguro en el área del muelle, fuera de las principales murallas de la ciudad.

En este oculto depósito de armas había varios cientos de arcos recurvados, y un número apropiado de flechas largas con cabezas de pedernal que se correspondían con las palas de los arcos. También había un gran número de espadas de bronce y dagas y más de cien hachas de batalla almacenadas con los arcos en el depósito.

La noche que escogimos para nuestro ataque a la ciudad de Luxor, la luna estaba reducida, muy oportunamente, a una luna menguante que debía ponerse un poco después de la medianoche. Esto se condecía de manera admirable con nuestro propósito. Nos daba buena luz para nuestra marcha de aproximación al depósito del puerto, para luego ponerse cuando necesitáramos oscuridad absoluta para nuestro ataque final. Nuestro grupo de asalto estaba dividido en pelotones unidos entre sí por una cuerda de longitud apropiada para evitar que se separaran en la oscuridad. Los dos hombres que lideraban cada pelotón estaban armados con mazas para abrir las puertas de los almacenes cuando llegáramos. Los muelles estaban a una distancia suficiente de las murallas de la ciudad como para no alertar a los guardias allí con los ruidos de los golpes de martillo, además, estos eran apagados aún más por la colina intermedia.

Salimos del Jardín de la Alegría una hora después de la puesta del sol. Los pelotones se sucedieron a intervalos cortos, manteniendo un ritmo constante para llegar a nuestro objetivo en buen orden. Cuando llegamos a los muelles, nos deshicimos de las cuerdas y nos deslizamos silenciosamente por las

puertas del almacén. Cuando la voz de que los tres equipos estaban en posición fue pasada en silencio hacia atrás, produjo mi notoriamente penetrante silbido de dos dedos. Esto fue seguido inmediatamente por el opaco golpeteo asordado de los martillos, los crujidos de las puertas del depósito que se abrían y los gritos confusos de los centinelas dentro, bruscamente sacados de su sueño y con la misma rapidez vueltos a la inconsciencia por los golpes de los mismos martillos.

Cuando el último centinela fue silenciado esperamos ansiosamente con las cabezas inclinadas y las orejas alerta a algún sonido de alarma y pánico adicional de algún enemigo que podríamos haber pasado por alto. Pero poco a poco nos fuimos relajando mientras el silencio se prolongaba para ser reemplazado por el ruido del pedernal raspado para encender nuestras lámparas de aceite. Las mechas brillaban y miramos a nuestro alrededor; nos encontrábamos en una gran sala llena de armas de guerra apresuradamente apiladas en montones desordenados por todo el suelo.

—Sírvanse, amigos míos, pero háganlo rápido. Nos espera una larga noche de trabajo —les dije, y se esparcieron por todo el lugar, recogiendo arcos de guerra y armas afiladas de las pilas de equipamiento; probando la tensión de los extremos de los arcos antes de engancharlos con tripa de gato o probando el filo de las espadas con los pulgares. Mientras tanto, Ramsés y yo seguíamos instándolos a que se apresuraran a elegir.

En muy poco tiempo los hombres salieron del almacén con los arcos recurvados ya tensos, abultadas aljabas con flechas colgando de sus hombros y brillantes hojas envainadas en los cinturones para espadas. A las órdenes susurradas de nuestros sargentos y capitanes apagaron las lámparas de aceite y volvieron a sus formaciones. Luego, en orden, iniciamos el avance por la calle empedrada hacia las puertas principales de la ciudad. Cuando llegamos a ellas, estaban cerradas y aseguradas, pero aparentemente desiertas. Los hombres que nos seguían a Ramsés y a mí se refugiaron en el foso de drenaje a ambos lados del camino, mientras seguíamos adelante y puse la oreja en la puerta para escuchar. El silencio continuaba. Saqué mi daga de su funda y golpeé ligeramente con la empuñadura en la madera usando la señal acordada: tres grupos de tres golpes repetidos tres veces.

Fue respondido de inmediato. Me acerqué a la mirilla y esperé hasta que la tapa sobre la abertura se levantó en el otro lado y uno de los brillantes ojos amarillos de Shehab atrapó la luz de las estrellas y parpadeó al mirarme.

—¿Cómo están nuestros amigos mutuos? —pregunté en voz baja.

—¡Dormidos! —contestó con el mismo tono, y cerró la tapa en mi cara. Lo escuché manipular la barra de bloqueo en la parte de adentro de la portezuela. Esta finalmente se abrió. Era una estrecha entrada individual, apenas grande como para permitir el paso de un hombre a la vez, si agachaba la cabeza y mantenía en su sitio el arco en el hombro. Eché un vistazo más allá del rostro sonriente de Shehab y por la débil luz de las pocas lámparas de aceite colocadas en la carpintería del rastrillo, pude distinguir las figuras somnolientas de los guardias de la puerta. Uno o dos roncaban tranquilamente. Otro sostenía una de las jarras de vino tinto que le había dado a Shehab el día anterior. Pero la jarra estaba vacía y la sostenía boca abajo contra su pecho. Al igual que el resto de sus camaradas, no mostraba ningún interés en lo que ocurría a su alrededor. El jugo de las flores rojas con el que había enriquecido el vino era un potente soporífero.

A los primeros cinco de mis hombres que me siguieron a través de la portezuela les delegué la tarea de trepar y amordazar a los guardias comatosos de la puerta, usando para ello las cuerdas de guía y tiras de las propias túnicas de los prisioneros metidas en la boca. A los hombres que los seguían los dirigí a los cabrestantes del rastrillo. Los tomaron de las asas y las hicieron girar con fuerza. Las enormes puertas gimieron y chirriaron mientras se elevaban por las guías. Tan pronto como estuvieron a suficiente altura, el resto de nuestros hombres se deslizó por debajo en una corriente ininterrumpida, con las armas recién adquiridas listas, pero fiel a mis estrictas instrucciones de guardar el máximo silencio posible. No lanzaban gritos de guerra y los sargentos daban sus órdenes en roncós susurros. Pero de todas maneras, los ruidos de sus sandalias de bronce y el tintineo de sus armas eran significativos. Inevitablemente, antes de que todos nuestros hombres hubieran atravesado las puertas y estuvieran ya dentro, fuimos enfrentados por los guardias de Panmasi, que patrullaban las calles internas de la ciudad. Se acercaron corriendo para investigar los ruidos del metal contra el metal y de pies que marchaban y se lanzaron de cabeza contra nuestras falanges. En segundos las tranquilas calles se transformaron en un sangriento campo de batalla. Los bramidos de los respectivos gritos de guerra se hicieron continuos. Los gritos de «¡Viva Utteric el Invencible!» eran respondidos inmediatamente por los de «¡Ramsés para siempre!».

Nuestros hombres eran en general mucho más viejos que los muchachos campesinos de bajo origen con los que Utteric había llenado sus regimientos, presumiblemente porque eran más maleables y no observaban ninguna lealtad

a Tamose y al régimen anterior. Tampoco nuestros hombres estaban tan en forma y eran tan fuertes como lo habían sido antes. Pero eran experimentados en todas las artes de la guerra, guerreros astutos y disciplinados que conocían todas las calles y callejones de la ciudad en la que habían vivido la mayor parte de sus vidas. Al principio fuimos superados en número por las tropas jóvenes que salían de sus cuarteles. Pero mis hombres sabían cómo aguantar. Cerraron sus filas, unieron los escudos y avanzaron severamente sobre las legiones de Utteric. Cantamos nuestros cantos de guerra y la población de Luxor despertó del sueño y nos oyeron. Oyeron el nombre de Ramsés y su sangre se agitó. Los viejos guerreros barbudos de treinta y cinco años e incluso de cuarenta años de edad oyeron el nombre y se acordaron de haber peleado por Tamose, padre de este hombre Ramsés y que había sido un grande y buen faraón.

También conocían el nombre Utteric, que todavía los gobernaba con mano pesada. Pagaban los impuestos extorsivos que les impuso para financiar los templos a su propia gloria, y comían el pan rancio que era todo lo que podían permitirse en lugar de la buena carne roja y el vino que alguna vez les habían tocado en suerte. Habían permanecido en silencio cuando sus viejos compañeros eran reunidos y enviados colina arriba hacia las Puertas del Tormento y la Tristeza, para no volver jamás.

En ese momento, cuando oyeron el nombre de Ramsés, supieron que esa era su última oportunidad de defender lo que ellos sabían que era su derecho. Dejaron a un lado los rollos y los tableros de ajedrez con los que habían llenado sus días vacíos y les gritaron a sus esposas que les trajeran sus armas y corazas guardadas en los sótanos y que no prestaran atención a la herrumbre roja que las envolvía. Luego salieron a las calles oscuras de la ciudad en grupos de cinco o diez a la espera del grito de guerra «Ramsés para siempre». Cuando lo oyeron, cojearon, saltaron o corrieron para unirse a sus viejos compañeros y tomaron orgullosos su lugar en el muro de escudos a nuestro lado una vez más.

Luchamos por el resto de la primera noche, y todo el día que siguió, pero por la noche supimos que estábamos ganando y luchamos aún más y los muros de escudos de las legiones de Panmasi comenzaron a ceder ante nosotros y luego a desmoronarse, los hombres comenzaron a defecionar en masa para seguir el estandarte de Ramsés cuando se dieron cuenta de que era un faraón egipcio y una alternativa atractiva a Utteric. Luego, cuando cayó la oscuridad, los restos del ejército de Panmasi se derrumbaron y huyeron de la

ciudad.

La princesa Serrena fue la primera persona que nos saludó mientras salíamos por las puertas abiertas persiguiendo a Panmasi y sus legiones destrozadas.

Cuando Ramsés y yo decidimos atacar a Panmasi y a sus secuaces en su fortaleza detrás de las murallas de Luxor, había utilizado toda mi influencia y ardid para convencer a Serrena de que le debía a Ramsés y al resto de su familia permanecer en el Jardín de la Alegría y quedarse bien alejada del campo de batalla. Yo le había señalado sin vergüenza alguna que ella era ya una mujer casada y, teniendo en cuenta el gusto con el que había asumido sus deberes matrimoniales, había muchas posibilidades de que ella fuera ya una futura madre. El campo de batalla ya no era su feudo. De ahí en adelante su única preocupación debía ser el contenido de su vientre. Por supuesto, ella discutió conmigo amargamente, empleando todas sus muy considerables astucias para tratar de ganarse un lugar a la derecha de Ramsés en el asalto a la ciudad de Luxor. Pero para mi sorpresa, Ramsés se unió a la discusión de mi parte, exigiendo a su esposa que se mantuvieran ella y su futura descendencia seguras detrás de las murallas del Jardín de la Alegría. En este punto yo esperé presenciar una prolongada discusión entre estas dos criaturas notoriamente tercas. Pero para mi asombro, Serrena capituló casi de inmediato ante su flamante marido. Nunca esperé que Serrena tomara sus obligaciones maternas tan seriamente. Había evitado el campo de batalla por el momento, pero allí estaba a la espera de entrar en acción ante el primer signo de incompetencia masculina. En retrospectiva, yo debería haber esperado no menos de ella.

Para el momento de esta reunión, la luna era solo una fina rodaja en el cielo de la medianoche y la oscuridad era casi completa. Nos resultaba imposible seguir el rastro que dejaban Panmasi y sus jinetes sobrevivientes con esa luz. Pero yo sabía que si le concedía a Panmasi un total de doce horas de ventaja, nunca lo volveríamos a atrapar. Yo quería tenerlo en mi poder. Quería vengarme de él más de lo que he querido nada en mi vida. Recordaba todos los actos de traición y crueldad que había perpetrado sobre mí y sobre las personas que más yo quería. Recordé el cuerpo mutilado de Palmys después de que Panmasi y sus hombres terminaran con él, y el dolor de Hui y Bekatha mientras acompañaban a su hijo a su descanso eterno. Pero, sobre todo, recordé cómo había golpeado y humillado a Serrena y deseaba sentirlo retorciéndose en la punta de mi espada mientras le atravesaba las tripas.

Pero Panmasi se había ido, y todos nosotros estábamos casi agotados. Habíamos luchado incansablemente durante una larga noche y un día más largo aún, y la mayoría de nosotros ya no éramos jóvenes. Casi todos nosotros resultamos heridos. Aunque la mayoría de nuestras lesiones fueron superficiales, de todos modos eran dolorosas y debilitantes. Y yo estaba cansado, cansado hasta la médula de mis huesos. Sin darme cuenta de por qué lo hacía, miré a Serrena. Ella debió haber visto algo en mis ojos que ella interpretó como un llamado, erróneamente, por supuesto.

—Panmasi no es más que un perrito maltratado que corre hacia su amo — me dijo, y me di cuenta de inmediato de que había resuelto el enigma para nosotros. No teníamos que seguir las huellas dejadas por Panmasi. Sabíamos exactamente a dónde iba. Y de repente ya no me sentí agotado.

* * *

De todas maneras, íbamos a necesitar caballos si queríamos atrapar a Panmasi antes de que llegara a Abu Naskos para reunirse con su amo. Parecía que había tomado todos los caballos que necesitaba para él y sus hombres para escapar. Aquellos animales que resultaron superfluos para sus necesidades, fueron mutilados para evitar que nosotros los usáramos. Hay pocas imágenes más desgarradoras que la de un hermoso caballo con los ligamentos de sus articulaciones posteriores cortados. Era propio de ese hombre que él prefiriera infligir dolor a estas criaturas encantadoras para hacernos daño en vez de llevarlos lejos o matarlos directamente. Era un asunto más que yo debía resolver con él cuando finalmente nos encontráramos de nuevo.

Estaba yo tan enojado que casi le recordé a Serrena que era ella quien había insistido en que liberáramos a Panmasi cuando su padre y yo tuvimos al traidor en nuestro poder y estuvimos a punto de ocuparnos de él para asegurarnos de que no nos causara más dolores. Pero no pude ser tan cruel con alguien a quien tanto amo. Incluso la envié a traer los caballos que teníamos en los establos del Jardín de la Alegría. Mientras estuvo ausente puse fin a los sufrimientos de aquellas pobres criaturas que Panmasi había lastimado con un golpe de espada entre las orejas.

Además de los del Jardín de la Alegría, encontramos algunos animales no heridos que habían sido ignorados por los secuaces de Panmasi en su prisa

por abandonar la ciudad. Así fue que reunimos cabalgaduras para que veintidós de mis hombres emprendieran la persecución a Panmasi y llevarlo a la justicia.

Naturalmente, tanto Ramsés como yo protestamos de nuevo cuando Serrena anunció que estaba decidida a unirse a nosotros en la última cacería de Panmasi y sus secuaces fugitivos. Usamos la misma vieja retórica con respecto a la pequeña criatura acomodada en su vientre que podría sufrir lesiones e incluso la muerte si su madre era tan cruel como para someterla a las molestias de una larga y desgastante cabalgata.

Serrena nos escuchó con una dulce sonrisa en la cara, asintiendo con la cabeza como si estuviera de acuerdo con nuestras súplicas y protestas. Cuando finalmente nos quedamos sin palabras y la miramos expectantes, ella negó con la cabeza.

—Ojalá que todo lo que ustedes dicen fuera cierto, pero la diosa Artemisa tiene diferentes ideas —nos dijo—. Casi al momento en que me dejaste en el Jardín de la Alegría ella me envió mi luna roja.

—¿Qué demonios es eso? —Ramsés parecía desconcertado. Todavía era muy ingenuo en lo relacionado a los misterios del cuerpo femenino.

—Díselo, por favor, Tata —replicó Serrena.

—Es la manera que tiene la diosa Artemisa para decir: «No es suficiente. Inténtalo de nuevo.» —le expliqué.

Ramsés pensó en ello durante unos segundos, luego sonrió alegremente.

—¡Dile a la diosa que acepto su desafío con el mayor placer!

A la hora habíamos terminado nuestros preparativos para el largo viaje y estábamos listos para perseguir a Panmasi y tratar de impedirle llegar hasta Utteric en la ciudad de Abu Naskos, en el norte.

Naturalmente, no hubo más discusiones. Luna Roja o no, a Serrena ya no se le podía impedir nada. Ella vendría con nosotros.

Hacía mucho tiempo que yo había perfeccionado el truco de dormir en la silla de montar con mis pies atados juntos bajo el pecho de mi montura y un palafrenero de confianza para conducirnos a los dos. Me desperté una hora antes del amanecer y tardé solo un momento para orientarme. Me sentí totalmente descansado y ansioso para la primera etapa de la persecución.

—¿Hemos cruzado el río Sattakin? —le pregunté a mi principal caballero. El Sattakin era uno de los pocos tributarios significativos de nuestro padre Nilo al sur de Luxor.

—Aún no. —Miró hacia arriba para observar las estrellas—. Calculo que

falta media legua.

—¿Alguna señal de los caballos de Panmasi delante de nosotros?

—Está demasiado oscuro para ver los rastros sin desmontar, mi señor.

¿Quieres que los revise? —preguntó.

—No, estamos apurados. No pierdas un minuto más. ¡Sigue adelante! —ordené.

Miré hacia atrás y pude ver las formas oscuras de Serrena y Ramsés siguiéndome de cerca. Ramsés estaba durmiendo en la silla como había hecho yo, y ella lo estaba sosteniendo para que no se cayera de su montura. No iba yo a despertarlo todavía. Podía oír los cascos de los otros caballos que nos seguían. Aunque había muchos de ellos, no pude distinguirlos en la oscuridad. No tenía ningún sentido aumentar el ritmo mientras no hubiera más luz para ver bien adelante, salvo el de aumentar el riesgo de caer en una emboscada preparada por Panmasi.

Volví a estirar la cuerda de mi arco de guerra, apoyando la pala inferior en el pomo de mi silla de montar para conseguir la tensión adecuada. Luego lo colgué del hombro y saqué cinco flechas de mi aljaba y las acomodé en el cinturón, listas para ser lanzadas en rápida sucesión. Miré hacia atrás y vi que Ramsés ya estaba despierto. Serrena debió haberlo despertado. También estaba ocupado con sus armas, preparándolas para su uso instantáneo.

Él me miró y pude distinguir claramente sus facciones. La luz del amanecer llegaba a paso acelerado. Ya podía ver los caballos y los jinetes que venían detrás de él. Los conté rápidamente y allí estaban los veintidós. Luego miré hacia abajo, al camino debajo de mi montura, y mi corazón se sobresaltó y luego latió más rápido. Había suficiente luz como para ver que la superficie seca del suelo había sido convertida en polvo por el paso de muchos cascos. Las huellas habían sido hechas hacía menos de una hora. Incluso mientras yo observaba una de las huellas de los cascos esta colapsó sobre sí misma en una caída de polvo seco.

Levanté la mano. Los hombres que me seguían se amontonaron detrás de mí y detuvieron sus caballos en silencio. Ramsés y Serrena se acercaron a mí, uno a cada lado, con nuestros calzados casi tocándose, así que pude hablar en un susurro.

—Creo que reconozco el lugar dónde estamos. Delante de nosotros el terreno desciende bruscamente hacia la garganta del río Sattakin. A juzgar por sus huellas, Panmasi no está a más de media hora delante de nosotros. Corrimos el riesgo de encontrarnos con su retaguardia en la oscuridad. Sin

embargo, estoy casi seguro de que Panmasi ha detenido su tropa en la garganta para descansar y dar agua a sus caballos. Obviamente habrán colocado guardias para cubrir el sendero a sus espaldas, pero todavía estamos ocultos por esos pliegues del terreno allí... y allí. —Los señalé y luego me volví para mirar hacia atrás, hacia el camino que habíamos recorrido.

—Nuestra mejor alternativa es la retirada para luego dar un amplio círculo y así adelantarnos a él mientras sus hombres descansan. Luego, cuando empiecen a moverse otra vez, van a seguir mirando el camino a sus espaldas, pero nosotros estaremos delante de ellos.

No hubo ninguna objeción por parte de ellos, ni siquiera de Serrena. Así que nos volvimos y retrocedimos una considerable distancia hacia el sur. Luego nos movimos en un amplio semicírculo hacia el este y cruzamos el Sattakin nadando con los caballos antes de que entrara en la garganta y se lanzara hacia abajo para unirse a las aguas del Nilo.

Continuamos con nuestro semicírculo y finalmente tuvimos a la vista la áspera vía que salía de Luxor por la orilla oriental del Nilo. Nos acercamos a él con cautela y cuando estábamos a unos pocos cientos de metros de él me adelanté yo solo, a pie, dejando al resto de nuestro contingente oculto en un conveniente curso de agua seco. Cuando llegué a la carretera me sentí aliviado, pero no me sorprendí al no encontrar ninguna pista u otros signos de reciente movimiento humano sobre ella.

El río Nilo estaba a solo un par de kilómetros al oeste y era, por lejos, la ruta más usada por la mayor parte del tránsito entre Luxor y Abu Naskos. Como yo había esperado, Panmasi seguía descansando en el cruce del río Sattakin, seguro en la creencia de que nadie lo estaba siguiendo. Habíamos logrado adelantarnos a él. Corrí por el borde del camino, saltando por entre las matas de hierbas y la maleza para cubrir mis huellas mientras buscaba un barranco poco visible que sirviera para una emboscada, cosa que resultaba difícil ya que las colinas a lo largo del río Sattakin estaban casi enteramente desprovistas de árboles y la hierba era escasa y rara vez más allá de la altura de las rodillas.

Pero los dioses me favorecieron, como lo hacen tan a menudo. Descubrí un barranco poco profundo que corría paralelo al camino, casi imperceptible desde una distancia de cincuenta pasos, que era aproximadamente la distancia que separaba el camino del barranco. Era también una distancia perfecta para el alcance mortal de nuestros arcos recurvados. Detrás de nuestro barranco había un discreto afloramiento de rocas, lo que proporcionaba un lugar casi

perfecto para ocultar nuestros caballos. Estos necesitaban solo dos de los nuestros para atenderlos. El resto de nosotros estábamos cuerpo a tierra en el barranco, todos con una flecha lista en nuestros arcos, y flechas de repuesto listas a la derecha.

El sol naciente estaba apenas a cuatro dedos sobre el horizonte cuando oímos el ruido de muchos cascos que golpeteaban por la superficie rocosa del camino que subía por la costa escarpada del río Sattakin. Yo había arreglado una mata de hierba en el borde del barranco para enmascarar mis ojos y la parte superior de mi cabeza mientras observaba. Todos los otros hombres en la emboscada tenían la cabeza muy por debajo del borde y el rostro pegado en el fondo del barranco. Distingo deliberadamente entre los sexos de quienes obedecían mis instrucciones y de los que no.

Serrena estaba directamente detrás de mí y por lo tanto fuera de mi visión. Toda mi concentración se centraba en el camino que tenía delante y la columna de hombres que se acercaba por él. No tenía idea de que ella tenía la cabeza levantada y estaba usando mi mata de hierba como protección. Ella ya había adoptado la clásica posición de arquero agachado, con una flecha ya cargada y los ojos brillantes como los del águila concentrada en su presa el momento antes de comenzar su descenso.

Dejé que Panmasi condujera a sus hombres hasta muy dentro de mi trampa antes de abrir la boca y gritar la orden a mis hombres para que lanzaran sus flechas, pero enmudecí al escuchar el inconfundible sonido de un pesado arco recurvado, uno de cuarenta y seis débens de fuerza, que soltaba su flecha a solo unos centímetros de mi oreja izquierda. Este era un sonido similar al chasquido de un pesado látigo magnificado muchas veces por su proximidad. La flecha pasó junto a mi oreja en un borroso chorro de luz del sol. Solo un ojo tan agudo como el mío era capaz de seguir el vuelo de esa flecha.

A la cabeza de la columna de jinetes que se acercaba, Panmasi iba desnudo hasta la cintura. Llevaba el casco y el peto atados a la parte trasera de su silla. Como la mayoría de los hombres que lo seguían, sudaba intensamente bajo el calor de la temprana luz del sol. La flecha de Serrena le dio justo debajo de la unión de sus costillas y tres dedos por encima de la cicatriz umbilical en el centro del vientre. Se clavó hasta las plumas y su fuerza lo levantó de la silla para lanzarlo hacia atrás. Se retorció en el aire y vi la punta de la flecha que sobresalía en el centro de la espalda. Debió haberle cortado la columna vertebral, y él gritaba por la conmoción y el dolor

de la herida. Fue un disparo mortal, pero calculé por el sitio de la herida y el ángulo de la flecha que tardaría bastante en morir. Serrena había apuntado su disparo para matar inevitablemente, pero también para matar lentamente y sin remordimientos.

Me di cuenta de que ella se estaba vengando por el tormento y el sufrimiento que Panmasi les había infligido a ella y a otros de su clan, como Palmys. No podía reprenderla, aun cuando aquello significaba que había ignorado mis órdenes. Yo estaba ya acostumbrado a las ocasionales desobediencias de ella.

Los hombres de Panmasi parecían no darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Casi ninguno de ellos había visto la flecha de Serrena que lo había derribado. La mayoría de ellos cabalgaba con la mirada baja, y su visión delantera quedaba bloqueada por los jinetes que cabalgan delante de ellos. Cuando fue atacado y arrancado físicamente de la silla de montar, derribó a los hombres que seguían directamente detrás de él. En cuestión de segundos la columna entera se hundió en el caos. Muy pocos de los jinetes habían preparado sus armas, y ninguno de ellos había colocado una flecha en el arco; en su mayoría estaban demasiado ocupados tratando de permanecer en la silla como para darse cuenta de que estaban siendo atacados.

Mientras todo esto sucedía, Serrena lanzó tres flechas más en rápida sucesión. Vi que cada una de ellas volaba con precisión y tres más de los jinetes enemigos cayeron de sus sillas para ser pisoteados por sus monturas. A diferencia de la flecha que ella había apuntado a Panmasi, estas atravesaron la cavidad torácica, perforando el corazón o los pulmones o ambos órganos, para matar casi al instante.

—¡Carguen! ¡Estiren! ¡Suelten! —grité mientras levantaba mi propio arco, tratando de ponerme a la altura de la iniciativa de Serrena. El resto de nuestros hombres se levantó de un salto y empezó a lanzar una lluvia de flechas sobre la columna de jinetes enemigos. Con las primeras andanadas vi al menos quince enemigos derribados, erizados de flechas. Y otros continuaron cayendo, a medida que las subsecuentes andanadas los barrían.

Cuando los vi por primera vez a la distancia, yo había estimado que su número total no excedía los sesenta hombres. Así pues, habíamos reducido su número para dejarlo a la par con el nuestro con menos de una docena de andanadas de flechas. Pero ya se habían dado cuenta del problema en el que se encontraban, por lo que desmontaban y trataban de estirar sus arcos para poder responder a nuestros disparos.

De todas maneras, yo era muy consciente del hecho de que estos eran egipcios a los que estábamos matando, egipcios equivocados con seguridad, pero egipcios al fin. Muy pronto no pude tolerar tanta matanza y les grité:

—Arrojen sus arcos de inmediato, o serán aniquilados. —Luego me volví hacia nuestros propios hombres—. Detengan las flechas. Denles la oportunidad de capitular. —Lentamente el silencio cayó sobre el campo. Nadie se movió al principio. Entonces, abruptamente, uno de los arqueros enemigos rompió filas y dio un paso adelante.

—Sé quién eres, Señor Taita. Luché contigo en las filas de las legiones del faraón Tamose contra los hicsos, en el campo de Signium. Estuviste conmigo cuando me hirieron, y me sacaste del campo cuando esos bastardos hicsos rompieron filas y huyeron.

Sus facciones me resultaban vagamente conocidas, pero mucho más viejas de lo que yo las recordaba. Nos miramos el uno al otro y pareció que toda la creación contenía el aliento. Entonces sonreí al final cuando mi memoria me ayudó.

—No me pidas que te saque de nuevo del campo, Merimose. Porque te juro que has doblado o triplicado tu peso desde nuestro último encuentro.

Merimose soltó una carcajada y luego se arrodilló en reverencia.

—Viva el Señor Taita. Tú deberías haber sido hecho Faraón en lugar de aquel que ahora profana el trono del Alto y del Bajo Egipto.

Siempre me divierte darme cuenta de lo voluble que puede ser el hombre común. Merimose había cambiado su lealtad en el tiempo que se tarda en cargar una flecha y soltarla.

—¡Lejos de ello, Merimose! Te presento al faraón Ramsés y su reina, la princesa Serrena de Lacedemonia, cuyo deber y honor es suyo ahora y más que el mío.

Un murmullo de asombro corrió entre sus filas al reconocer los nombres. Primero uno y luego otro y finalmente todos arrojaron sus armas y cayeron de rodillas, para tocar el suelo con la frente.

Llamé a Ramsés y a Serrena para que se acercaran y los conduje por el campo de batalla ya tranquilo y por entre las filas rendidas de nuestros anteriores enemigos. Al llegar a cada uno de ellos, les hice decir su nombre y rango y hacer un juramento de fidelidad a la pareja real. Solo treinta y dos de ellos habían sobrevivido al encuentro. Sin embargo, cada uno de ellos se declaró un converso ardiente al reinado del nuevo Faraón.

Llegamos finalmente al general Panmasi, que todavía estaba tendido

donde la flecha de Serrena lo había derribado. Nadie se había ocupado de sus heridas. Sus antiguos guerreros leales prestaban escasa atención a sus gemidos y delirantes pedidos de agua para beber. Todos se mantenían alejados de él. Pero nos observaban a los tres con fascinación cuando fuimos a pararnos junto a él.

Ya he mencionado lo mucho que yo lo odiaba. Sin embargo, hay límites incluso para mi odio. Me preguntaba si no me estaba yo rebajando a su propio nivel, permitiendo que padeciera el máximo sufrimiento, cuando yo tenía en mi poder los medios para terminarlos limpia y rápidamente. Sentí que yo vacilaba. Casi por su propia cuenta mi mano derecha bajó para agarrar la empuñadura de la daga que colgaba de mi cinturón. Había afilado el borde de la hoja esa misma mañana mientras esperábamos la emboscada. Como experto cirujano sabía con precisión dónde estaban situadas las principales arterias del cuello. Además sabía lo rápido que sería y casi sin dolor para un hombre en la condición de Panmasi. Pero esto no fue por el bien de Panmasi, que era un villano no regenerado. Eso era por mí y mi propia autoestima.

Antes de que mis dedos tocaran la empuñadura de mi puñal, sentí otro grupo de dedos alrededor de mi muñeca. Eran cálidos y suaves, pero duros como el mármol pulido o la hoja de la espada azul que manejaban tan hábilmente.

Lentamente volví la cabeza y miré a la mujer que me sujetaba. Ella no devolvió la mirada, pero habló en voz tan baja que nadie más podía oírla, salvo su marido que estaba parado en el otro lado junto a ella.

—¡No! —ella dijo.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Quiero que sufra —respondió.

—No tengo otra opción —le respondí.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Para no rebajarme a su nivel —dije simplemente.

Ella guardó silencio durante veinte latidos de mi corazón. Y entonces sus dedos se abrieron y mi mano quedó liberada. Ni siquiera en ese momento ella me miró, sino que cerró los ojos y asintió con la cabeza en un gesto infinitesimal de aceptación.

Saqué mi daga de la vaina y me incliné para tomar la barba de Panmasi con mi otra mano. Tiré de la barbilla para dejar expuesta toda la longitud de su garganta. Puse el filo de mi hoja detrás de su oreja y corté tan profundamente que el metal raspó contra sus vértebras y su sangre bombeó

en oscuros chorros de la arteria carótida. Su último aliento siseó al salir de su rota laringe. Su cuerpo se convulsionó por última vez y murió.

—Gracias —dijo ella en voz baja—. Hiciste lo correcto, como siempre, Tata. Te has convertido en mi consejero y en mi conciencia.

Dejamos a Panmasi donde murió, alimento para chacales y aves. Rehicimos nuestro camino de regreso hasta el vado sobre el río Sattakin, llevando con nosotros a Merimose y a sus compañeros que tan recientemente habían cambiado el destinatario de sus lealtades. Decidí detenernos allí y hacer descansar a nuestros caballos y a nuestros hombres hasta el día siguiente. Esa noche, mientras estábamos sentados alrededor del fuego, comiendo nuestra frugal cena y bañándola con una jarra de vino tinto, los tres nos habíamos separado deliberadamente de los otros hombres para poder conversar libremente.

Por supuesto, tocamos ligeramente el tema de la muerte de Panmasi, lo cual nos dejó pensativos y en silencio por un rato, pero luego Serrena cambió dramáticamente de tema con su inimitable estilo.

—¿Y por qué volvemos a Luxor? —preguntó.

—Porque es la ciudad más encantadora de Egipto. —Su pregunta me sorprendió tanto que mi respuesta fue igualmente vacua.

—Probablemente mi padre y mi madre están en Abu Naskos —dijo Serrena con cierta melancolía—. Para no hablar de mi tío Hui, de mi tía Bekatha y de todos mis primos. Seguramente todos ellos han venido a rescatarme de Utteric.

—Estoy de acuerdo en que toda tu familia está probablemente acampando a orillas del Nilo, sin duda alimentando con su sangre a los mosquitos, mientras Utteric y todos sus aduladores están cómodamente instalados dentro de las murallas de la ciudad. —Pude ver hacia dónde estaba llevando esta conversación, y yo estaba tratando de evitarlo—. De cualquier manera que lo mires, es un largo viaje desde aquí hasta Abu Naskos...

—No estaba sugiriendo que lo hiciéramos. Capturamos más de cincuenta buenas naves de Panmasi y están en los muelles de Luxor —me recordó—. Si forzamos nuestros caballos, podríamos regresar a Luxor antes del amanecer mañana por la mañana. Luego, en un cúter rápido con mástiles gemelos, un equipo de robustos esclavos en los remos, y un buen piloto de río en el timón, podríamos estar en Abu Naskos en dos o tres días. Ahora explícame en qué

me equivoco con mis cálculos, te lo ruego, mi querido Tata.

Siempre intento evitar discutir con una mujer hermosa, en particular si es inteligente.

—Eso es precisamente lo que iba a sugerir —accedí—. Pero pensé que tu plan era descansar aquí esta noche y recién comenzar el viaje de regreso a Luxor por la mañana.

—Todos los buenos planes están sujetos a cambios a corto plazo —dijo seriamente. Suspiré con resignación. Ni siquiera me dio la oportunidad de terminar el contenido de mi jarra de vino.

Cabalgamos toda la noche y llegamos a Luxor a la mañana siguiente, justo cuando apenas comenzaba a amanecer. Los guardias de las puertas nos reconocieron inmediatamente y nos condujeron por la ciudad con el mayor respeto y ceremonia. Formaron una escolta alrededor de Ramsés y nos condujeron al palacio dorado de Luxor, donde Weneg ya estaba en cónclave con la Junta Provisional de Gobierno, que estaba compuesta casi por completo de aquellos hombres que habíamos reunido en el Jardín de la Alegría. Muchos de ellos llevaban vendajes ensangrentados como insignias de honor, y parecían rejuvenecidos por sus recientes esfuerzos guerreros.

Estaban muy contentos de darnos la bienvenida y de tenernos entre ellos. Su primer acto oficial fue ratificar unánimemente la ascensión del faraón Ramsés I al trono del Alto y del Bajo Egipto. Ramsés formalmente aceptó el honor e hizo el juramento real desde el trono. A continuación, declaró que la Junta Provisional era su Junta definitiva y totalmente legítima. También anunció que había elegido a Señor Taita para que actuara como Primer Ministro Senior de su nuevo parlamento.

Mientras Ramsés estaba ocupado con estos procedimientos burocráticos, su esposa se ocupaba de los aspectos más significativos de nuestra existencia, como requisar una nave rápida para transportarnos por el Nilo a una reunión con su familia. Para ser justos con Serrena, su matrimonio con Ramsés era un secreto compartido solo por nosotros tres. Su boda oficial solo podía celebrarse una vez que se hubieran tomado en cuenta otras trivialidades, como la presencia de los reales aliados de su padre para presenciar la ceremonia. Por lo tanto, era más prudente y diplomático que Serrena no hiciera apariciones públicas ni oficiales hasta que se cumplieran esos objetivos.

A última hora esa misma la tarde puse mi jeroglífico personal en un documento oficial que designaba a Weneg para actuar en mi ausencia en

calidad de Primer Ministro Senior. Entonces Ramsés y yo nos disolvimos en el paisaje, solo para reaparecer poco tiempo después en el área del muelle del puerto fluvial, donde abordamos discretamente un cúter de dos mástiles llamado *Cuatro Vientos*, que inmediatamente soltó amarras y salió hacia la corriente, alejándose en dirección al norte, hacia Abu Naskos y el Mar del Medio.

Serrena permaneció debajo de la cubierta en el camarote principal hasta que las luces de Luxor se mezclaron con la oscuridad detrás de nosotros. Entonces apareció en la cubierta tan misteriosamente y tan bellamente como la estrella de la noche que estaba encima de ella. Ella rio de alegría al vernos a ambos, me besó en ambas mejillas y luego desapareció por debajo de la cubierta. Ramsés se fue con ella y no volví a ver a ninguno de ellos hasta la mañana. Siguió tres de los días más felices y más tranquilos que puedo recordar mientras el *Cuatro Vientos* se dirigía hacia el norte, hacia Naskos con la corriente empujándolo con rapidez.

La tercera noche me desperté un poco antes de medianoche. Sabía que debíamos llegar a nuestro destino temprano a la mañana siguiente. De modo que para mí seguir durmiendo ya no era posible. Fui a sentarme en la proa a esperar el amanecer. El piloto de la nave, que se llamaba Ganord, se acercó a mí, y como siempre, le estuve agradecido por la compañía. Era un anciano cuyo rostro tenía la misma textura que uno de los cocodrilos del río. Tenía un par de ojos profundos, de un indeterminado marrón como de guijarros de río que no se perdían nada, y una barba exuberante y blancuzca le caía hasta la cintura. Había pasado toda su vida desde la primera infancia recorriendo el río y las orillas del gran mar del norte.

Conocía estas aguas como ninguna otra persona; ni siquiera yo. Sabía los nombres de los duendes del río y de los gnomos del agua, incluso de aquellos que habían desaparecido en la antigüedad con el paso de las antiguas tribus. Había viajado desde la fuente del Nilo, donde caía desde el cielo hasta su culminación, donde se derramaba por entre las rocosas Puertas de Hathor para formar una cascada hacia el abismo y caer por toda la eternidad.

Esa noche Ganord habló de la ciudad de Abu Naskos, lugar por el que pasaba la corriente del río, y que era nuestro destino final. Según él, la ciudad fue habitada por primera vez hacía aproximadamente mil años por una tribu de gente superior; Ganord se refirió a ellos como una raza de semidioses. Eran consumados en la mayoría de las habilidades más importantes, como la construcción, la lectura y la escritura, la horticultura. Irrigaban ambas orillas

del Nilo y construían fortificaciones para protegerse de los pueblos salvajes que los rodeaban. Parecía que habían desarrollado maneras de cruzar rápidamente de una orilla del río a la otra, probablemente con un sistema de puentes, aunque Ganord sugirió que era con brujería. Según él, había todavía muchas pruebas de su presencia anterior en las múltiples capas de ruinas debajo de la actual ciudad de Abu Naskos.

Esa presencia terminó abruptamente hacía unos quinientos años, probablemente como resultado de una catastrófica serie de terremotos. Parece que la población sobreviviente se alejó del Nilo y desapareció en dirección noreste hacia el río Éufrates y Babilonia. Abu Naskos permaneció deshabitada durante los siguientes quinientos años.

Ganord se dio cuenta de que yo encontraba que su discurso era fascinante y fue abajo de la cubierta para regresar con un recuerdo de esos semidioses que me regaló. Se trataba de un pequeño azulejo de color verde brillante, no más ancho que la palma de mi mano, que representaba un extraño pez con largas y ondulantes aletas y cabeza dorada. Aseguró haber encontrado el azulejo entre los escombros de las antiguas ruinas de la ciudad. Me dijo que era la única reliquia existente de la tribu original.

Me sentí ligeramente desencantado cuando nuestra conversación llegó a su fin con el amanecer y la llegada a cubierta de las dos personas que eran mis favoritas especiales. Me pareció que podían haber seguido ocupados entre ellos muy fácilmente en su camarote por un rato más sin sufrir ninguna molestia importante.

Pero Ganord se excusó en el momento en que aparecieron, y, retrocediendo y haciendo reverencias, fue a unirse al capitán del *Cuatro Vientos* en la popa, donde inmediatamente ordenó acortar velas y maniobramos en el río en preparación para la última curva antes de que la ciudad de Abu Naskos apareciera ante nosotros.

El sol salió casi al mismo tiempo, así que tuvimos una hermosa vista de la ciudad que se extendía ante nosotros a lo largo de la orilla occidental del Nilo. En este punto el río tenía más de una legua de ancho, que es la distancia que un hombre puede caminar en una hora. De modo que la parte más alta de sus murallas estaba muy lejos del alcance de las flechas desde la orilla opuesta.

Estaban construidas con enormes bloques de piedra arenisca amarillo dorada. Eran altas e intrincadamente reforzadas con torres al estilo de los hicsos, que habían reconstruido la ciudad después de tomárnosla a nosotros,

los egipcios. Se había necesitado casi un siglo para que expulsáramos al invasor y recuperáramos lo que era legítimamente nuestra herencia, solo para volver a perderla ante un faraón loco y tiránico que en ese momento se escondía detrás de esa estructura formidable.

Debo haber visto cien o más campos de batalla durante mi vida, pero este permanecerá para siempre en mi memoria. Parecía resumir tanto la grandeza como la locura de los hombres atrapados en la furia insensata de la guerra.

Las murallas de la ciudad estaban separadas de las aguas del Nilo por una estrecha franja de arena sobre la que Utteric había varado los barcos de su flota. Los conté mientras nos acercábamos. Había más de un centenar de naves de fondo plano, cada una capaz de llevar treinta o cuarenta hombres. Las almenas de piedra de las murallas de la ciudad se alzaban casi directamente sobre los barcos. De un vistazo pude distinguir las pilas de piedras encima de las murallas que podían ser arrojadas sobre un enemigo que desembarcara para apoderarse, quemar o saquear cualquiera de las naves allí detenidas.

No había puertas en la muralla que daba al río, no había ninguna abertura sobre la cual ni siquiera el más decidido invasor podría lanzar su ataque y lograr el acceso. Las aberturas para observación y las hendiduras para las flechas estaban a media altura de la muralla, a más de cien codos por encima del nivel del suelo.

Las tropas de Utteric iban y venían a lo largo de los parapetos, con sus cascos y sus armaduras brillando bajo la luz del sol, obviamente esperando disuadir con su presencia a nuestras tropas de asalto. Sobre ellas se alzaba un bosque de mástiles en los que se agitaban y flameaban las banderas y los colores de los regimientos de Utteric. Eran evidentemente un desafío y una advertencia a los ejércitos de Hurotas que los enfrentaban desde el otro lado del río.

El grueso del ejército de Utteric estaba oculto por las fuertes murallas del castillo, y su número solo podía ser estimado por sus barcos y banderas y por las manadas de caballos que pastaban en la ladera detrás de las murallas de la ciudad. Mientras que en la ribera opuesta del río, las legiones de Hurotas con su multitudinario equipo y provisiones estaban expuestas a la vista de todos.

La flota de Lacedemonia estaba amarrada a lo largo de la costa oriental del río con pesados cabos que la anclaban a la costa. Con esto se buscaba evitar que el enemigo los cortara en un sorpresivo ataque nocturno. Guardianes de ancla, armados y alertas, custodiaban las cubiertas. Sus mástiles y aparejos

estaban adornados con una serie de banderas de colores para desafiar a las que flameaban en las almenas del castillo de Abu Naskos frente a ellos, al otro lado del río.

En la orilla oriental ocupada por Hurotas y sus aliados no había murallas de fortalezas ni estructuras permanentes. Mi corazón se alegró al ver el campamento de mi viejo amigo y aliado. Un bosque abierto se extendía por las colinas bajas hasta donde llegaba la vista. Pero en ese momento todo eso estaba cubierto por cientos de tiendas y pabellones. Estos habían sido colocados en claros grupos, manteniendo separadas las tiendas para soldados de los puestos de mando de cada uno de los dieciséis ejércitos invasores. Más allá de estos estaban los establos para los caballos, y los espacios donde se estacionaban un millar de carros y un número todavía mayor de carretas para el equipamiento pesado.

En las afueras de esta enorme aglomeración de guerreros estaban las chozas y cabañas de aquellos que apenas calificaban para el título de humanos. Estos eran las putas y los vagabundos, los inadaptados y los inútiles, y toda la chusma que sigue a un ejército de guerreros rumbo a la batalla, aunque solo sea para rebuscar y saquear los cadáveres.

—¡Allí está la bandera de batalla de mi padre!

De repente Serrena estaba bailando a mi lado, golpeándome el hombro con los puños cerrados presumiblemente para dirigir mi atención. Ella tiene un puñetazo poderoso y doloroso.

—¿Cuál es? Señálamela —le pedí, principalmente para inducirla a interrumpir el castigo.

—¡Ahí! Ese con el jabalí rojo de Lacedemonia. —Mi truco dio resultado. En ese momento estaba señalando en lugar de seguir golpeándome.

Por supuesto el estandarte de Hurotas era el más alto del campo y el más cercano a la orilla del río, así como su tienda y cuartel general era la más grande de todos los preparativos para la batalla. Les di sombra a mis ojos con ambas manos para apreciar mejor la figura femenina alta y flexible que en ese momento se agachaba para salir de la tienda de Hurotas. Entonces, cuando la reconocí, no pude contener mi excitación y mi voz igualó la de Serrena en cuanto al volumen.

—¡Y ahí está tu madre, saliendo de la tienda de tu padre!

Serrena gritó incoherentemente comenzó dar saltos arriba y abajo en la cubierta, agitando ambos brazos sobre la cabeza. Tehuti se irguió y nos miró sorprendida por encima del agua. Entonces reconoció a su hija y arrojó a un

lado la canasta que llevaba.

—¡Mi bebé! —gimió en un tono que parecía más desesperación que alegría. Empezó a correr. Empujó a un lado a cualquiera que estuviera entre ella y la orilla del río con una fuerza que los arrojaba al suelo.

Estábamos de pie en la popa del cúter. Le quité a Ganord la caña del timón y la moví con fuerza para dirigir la proa a tierra. Serrena dejó de chillar y se fue corriendo por la cubierta como un ciervo perseguido por una manada de lobos. Cuando llegó a la proa del cúter no hizo ningún esfuerzo para comprobar su velocidad, sino que se arrojó de cabeza por la borda y con una alta salpicadura desapareció bajo la superficie del Nilo.

Mi corazón se detuvo por varios latidos, pero luego su cabeza salió de nuevo y comenzó a nadar frenéticamente hacia la orilla. Movía los brazos con movimientos alternativos por sobre la cabeza. Su cabello se repartió en franjas sobre su cara como la de una rata de agua, y dejaba una estela blancuzca en la superficie del río detrás de ella.

Apenas unos segundos después de su hija, Tehuti llegó a la costa y ella también se zambulló. Casi había olvidado que ambas eran muy buenas nadadoras. Esta era una imagen poco frecuente. De hecho, es muy poco común ver a dos hembras de alto rango involucradas en una actividad tan extraordinaria. Las pocas que saben nadar lo hacen a solas y en secreto; y por lo general desnudas como un sacrificio ritual a Isis, la diosa del amor cuya vulva tiene la forma adecuada de una concha marina.

Madre e hija se encontraron en aguas profundas y se tomaron una a la otra en un abrazo tan fuerte que se hundieron bajo la superficie. Salieron de nuevo todavía unidas, riendo y llorando y jadeando en busca de aliento. Cuando se hundieron por tercera vez, la gente en la orilla del río se aglomeró en una espeluznante anticipación del desastre.

Incluso yo estaba alarmado, y se lo dije a Ramsés.

—No queremos que molesten a los cocodrilos. Tenemos que sacar a esas dos tontas mujeres de allí. —Los dos nos desnudamos hasta quedar con el taparrabos y nos zambullimos por la borda. Cuando llegamos a ellas nos resultó imposible separarlas. Las remolcamos de nuevo al cúter como una sola entidad. Ganord y la tripulación nos ayudaron a arrastrarlas por encima de la borda en medio de los aplausos y el regocijo de los numerosos espectadores en la orilla del río.

—¿En el nombre de Seth y de todos los demás dioses de la muerte, qué está pasando ahí? —gritó una voz familiar desde la orilla. La gente se apartó

otra vez y el rey Hurotas caminó hasta el borde del río, frunciendo el ceño como un ogro hasta que se dio cuenta de que las dos mujeres desaliñadas y empapadas que estaban siendo sostenidas por la tripulación de un pequeño cúter de río eran los amores más queridos de su vida. El tono de su voz cambió, convirtiéndose de inmediato en algo sentimental y empalagoso—. ¡Esa es mi querida Serrena! —Abrió los brazos, que era fuertes y musculosos de tanto manejar las armas de la guerra, y estaban tatuados con imágenes espantosas para aterrorizar a sus enemigos—. ¡Ven con tu papá, mi pequeña!

Para ese entonces, Serrena se había quedado sin aire para gritar, pero todavía tenía más que suficiente para correr y nadar. Se soltó de mis solícitas manos y repitió toda aquella actuación salvaje. Corrió por la cubierta del *Cuatro Vientos* salpicándola generosamente con agua del Nilo, seguida entusiastamente por su madre. En una rápida sucesión, las dos se arrojaron por la borda una vez más y partieron hacia la orilla.

—¿Te parece que vale la pena rescatarlas de nuevo? —preguntó Ramsés solemnemente—. ¿O deberíamos dejar que se arriesguen por su cuenta?

Serrena le llevaba una ventaja a Tehuti en la última vuelta desde el *Cuatro Vientos* hasta la orilla oriental del río, por lo que fue la primera en llegar a su padre. Él la levantó y la arrojó al aire, como seguramente había hecho cuando era pequeña. La atrapó mientras caía y la ahogó con su barba y sus besos. Entonces Tehuti los alcanzó y él la tomó con su mano libre y abrazando a ambas mujeres contra su pecho entró con ellas a su tienda de campaña.

Ramsés y yo nos secamos apresuradamente y nos pusimos la ropa que había quedado cerca mientras Ganord dirigía al *Cuatro Vientos* a la orilla del río. Tan pronto como nuestra proa tocó la costa, saltamos a tierra y nos abrimos paso entre la emocionada multitud hacia la tienda en la que Hurotas había desaparecido con sus dos mujeres. Este no resultó ser un proceso sencillo pues parecía que todos los presentes querían elogiarnos y felicitarnos por rescatar a Serrena de las garras de Utteric. Fuimos abrazados y besados por hombres y mujeres indiscriminadamente. Hasta que al final nos encontramos dentro de la tienda de campaña de Hurotas.

Como la mayoría de las cosas que pertenecían a Hurotas, el interior de su tienda era sumamente grande e imponente. De hecho, competía con el salón de asambleas de la ciudadela de Esparta, lo que resultó bastante conveniente ya que sus invitados ese día comprendían casi la mitad de la fuerza expedicionaria entera, o eso me pareció. Entre ellos se encontraban los cortesanos y las concubinas de las dieciséis cortes reales que habían

acompañado a Hurotas desde Lacedemonia, junto con los altos oficiales militares y los más importantes ministros.

Tan pronto como Ramsés y yo entramos en medio de ellos, el rey Hurotas me hizo señas desde el otro lado de la tienda de campaña para llamar mi atención y luego dijo:

—Tehuti y Serrena han ido a cambiar sus ropas mojadas, de modo que puede pasar algún tiempo. Posiblemente incluso varios días.

Sonreí ante su estilo de humor y luego puse un brazo alrededor del cuello de Ramsés y con mis labios a un par de centímetros de su oreja repetí lo que Hurotas había dicho. La multitud que nos rodeaba era de varios centenares de personas y parecía que cada una tenía una jarra de vino en la mano y le gritaba a su vecino inmediato para hacerse oír. Además, había cuatro o cinco bandas tocando a todo volumen.

Ramsés me miró con expresión solemne pero resignada.

—En el nombre de Dolos, el diablillo del engaño y la trampa, ¿cómo lo haces, Taita? —Cuando recién nos conocimos él solía probar la exactitud de mi interpretación, pero ya no se molestaba. Supuse que algún día aprendería a leer los labios, pero hasta que lo hiciera me divertía confundirlo.

Nos tomó algún tiempo atravesar la tienda llena de gente, pero cuando llegamos a donde estaba Hurotas, este nos abrazó a los dos larga y cordialmente para luego hacernos a un lado y llevarnos a través de una puerta a un compartimiento pequeño y apartado. Allí Hurotas de inmediato se dirigió a Ramsés.

—Apenas he tenido un poco de tiempo para discutir con Serrena la urgencia de su matrimonio contigo. Por una vez, ella está de acuerdo conmigo. Es vital que presentemos a Utteric al mundo en general como un villano que secuestró a una virgen inocente de su hogar y de su familia y la sometió a tormentos indescriptibles y brutales.

—Su Majestad —intervino Ramsés de inmediato—, debo aclarar que Utteric torturó y humilló a tu hija. La golpeó y la encarceló. Sin embargo, se abstuvo de desflorar su virginidad y no permitió que ninguno de sus seguidores lo hiciera.

—Les doy gracias eternas a todos los dioses y diosas en la panoplia del cielo que las cosas sean realmente así —concedió Hurotas—. Sin embargo, en todas las naciones del mundo habrá quienes lancen calumnias y difamaciones sobre mi hija. Solo hay una manera de dejar de lado esas cosas.

—Será un honor para mí tomar a Serrena como esposa tan pronto como

sea posible. No es necesario decir más, poderoso rey Hurotas.

Ramsés no miró en dirección a mí; sin embargo, entendí que las nupcias que yo había realizado para ellos previamente debían permanecer un secreto entre nosotros tres para siempre.

—Estoy encantado de que estemos en total acuerdo. Consideraré un gran privilegio tenerte como mi único hijo. —Hurotas se levantó y me miró—. Buen Taita, tal vez deberíamos ver si calumnié a mis dos amadas sugiriendo que podrían tardar varios días en cambiarse la ropa mojada.

Ramsés parpadeó una vez y luego lanzó una pregunta a su futuro suegro.

—¿Cuándo le hiciste esta sugerencia a Taita, Majestad?

—Hace un momento, cuando ustedes dos recién habían entrado a mi tienda.

—No te escuché decirlo. —Parecía perplejo—. Había demasiado ruido.

—Entonces deberías pedirle a Taita que te enseñe a escuchar con tus ojos. Él es el único que conozco que conoce ese truco.

Ramsés me miró fijamente y su expresión cambió lentamente de la mistificación a la acusación mientras lo elaboraba. Supe que pronto habría dos de nosotros que podríamos leer los labios; Ramsés se encargaría de ello. Me encogí de hombros a manera de disculpa por haberlo engañado. Tal vez era mejor que aprendiera ese arte, porque no podía yo guardármelo para mí para siempre. En los años venideros estaba destinado a resultarnos extremadamente útil para los dos. Ya comenzaba a resultarme evidente que nuestros futuros estaban inextricablemente entrelazados.

En nuestra determinación de demostrar a todo el mundo que Ramsés y Serrena eran marido y mujer y futuros Faraón y Reina de Egipto, todos teníamos que proceder con dignidad y observar el protocolo establecido.

La tarea no se hacía más sencilla por el hecho de que estábamos al mismo tiempo librando una guerra que amenazaba con convertirse en la más salvaje e implacable de la historia de Egipto o de cualquier otra nación en esta tierra.

Con mi habitual sentido común y comprensión decidí no dejarme arrastrar al dominio esencialmente femenino del matrimonio y la boda, para dedicarme totalmente al aspecto masculino de la guerra y el dominio. En este sentido tuve la mejor compañía en mis viejos y fieles compañeros Zaras y Hui; así como mis seguidores más recientes, Ramsés y los otros reyes tanto los principales como los menos importantes.

Como siempre fui guiado por el viejo adagio de cualquier gran guerrero: «Conoce a tu enemigo».

Mi enemigo era Utteric Bubastis, pero yo no lo conocía. Era una figura que parecía cambiar de forma y perfil con cada una de sus respiraciones. Ni siquiera estaba seguro de que todavía fuera una sola entidad. En los dos días siguientes después de que Ramsés y yo llegáramos al campamento de Hurotas, observamos las almenas de la fortaleza en la otra orilla del Nilo y vi a muchos que podían haber sido Utteric, a veces hasta dos o tres juntos. Algunos de ellos me recordaron al Utteric que había estallado en lágrimas al verse amenazado, o al que podía dejarse llevar por sus propios gritos y hacer un berrinche con espuma en la boca.

Sin embargo, no teníamos prisa para iniciar hostilidades. Aquél era un período de consolidación y preparación. Hurotas apenas había terminado de montar su campamento cinco días antes de que llegáramos río abajo desde Luxor para unirnos a él. Además no todos los reyes menores habían llegado desde el norte. Cada día nuevas flotillas navegaban hacia el sur por el Nilo para unirse a nosotros. Sería precipitado que nosotros comenzáramos nuestra embestida antes de que todas nuestras fuerzas estuvieran completamente reunidas. Se trataba de un complejo movimiento de tropas, no facilitado por la decisión repentina de Bekatha de asumir el mando.

Afortunadamente esto sucedió en una cena familiar privada ofrecida por el rey Hurotas para celebrar la huida de su única hija Serrena de sus captores en las Puertas del Tormento y la Tristeza. También tenía la intención de poner en foco todos los instintos bélicos de la familia por la humillación y el sufrimiento infligidos gratuitamente a ellos por el rapto y la tortura de Serrena.

La noche comenzó bien con discursos belicosos de Hurotas y de Huí. Luego los tres hijos restantes de Bekatha unieron sus discursos a la serie. Para entonces Tehuti y Bekatha habían compartido más de las medidas adecuadas del excelente vino de Lacedemonia. Bekatha escuchó las manifestaciones sedientas de sangre de sus hijos, y de repente e inesperadamente ella estalló en un torrente de lágrimas. El humor de los allí reunidos cambió en un instante.

Todas las mujeres presentes se pusieron de pie y se amontonaron alrededor de Bekatha, pronunciando palabras de cariño y conmiseración, mientras los hombres se miraban unos a otros desconcertados. Entonces todos nos volvimos a la vez hacia Hui. No dijimos nada, pero el mensaje estaba

claro: «esto no tiene nada que ver con nosotros. Ella es tu esposa. ¡Tú lo arreglas!».

A regañadientes, Hui se puso de pie, pero tuvo suerte. Antes de que pudiera llegar al lado de su mujer, ella lanzó un grito de angustia abismal.

—¿Por qué tengo que mandar a mis bebés a la muerte?

En ese instante la familia devota y unida se dividió en sectas y segmentos. Tehuti fue inmediatamente al lado de su hermana menor.

—Bekatha tiene toda la razón. Tenemos a Serrena de vuelta con nosotros. No tenemos que pelear ahora en una pequeña guerra inútil.

—¿Inútil? —gritó Hurotas—. ¿Te he oído decir «inútil», mi querida esposa? ¿También te oí usar la palabra «pequeña»? ¿Tienes idea de lo que me ha costado levantar un ejército y traerlo aquí, a Egipto? Alguien tiene que pagar por eso, y ese alguien no voy a ser yo.

—Piensa en nosotros, mamá —replicó Sostratus, el segundo hijo de Bekatha—. Estamos apenas comenzando nuestras carreras. No nos envíes a casa en desgracia. Todo el mundo dirá que fuimos demasiado cobardes para quedarnos y luchar contra Utteric, el impostor.

Yo estaba mirando a Serrena. Sabía que el resultado dependía solo de ella. Hurotas haría exactamente lo que ella quisiera y también Tehuti. Podrían mostrar alguna resistencia, pero Serrena era quien iba a tomar la decisión final. Vi la mirada de ella a su padre y una sombra de duda le nubló la mirada. Luego miró a su madre y a su tía Bekatha y la vi tomar su decisión. Yo sabía que tenía que ser rápido para evitarlo, de lo contrario todos estaríamos en camino hacia el norte, hacia Lacedemonia de nuevo, posiblemente incluso tan pronto como al día siguiente mismo.

—Creo que es cruel forzar a Serrena a pasar el resto de su vida en este país que ella tan obviamente detesta. Creo que Bekatha y Tehuti tienen toda la razón. Todos deberíamos volver a casa, a Lacedemonia, y dejar en manos de Utteric este país destrozado. Estoy seguro de que nuestros aliados, los reyes menores, entenderán nuestra posición y no esperarán compensación alguna por traer a sus ejércitos en nuestra ayuda y luego navegar a casa con las manos vacías. Serrena será perfectamente feliz en la tierra de su nacimiento, viviendo en una cabaña muy bonita con Ramsés y una docena de encantadores mocosos a orillas del río Hurotas. Estoy seguro de que comprenderá que la fortuna de la familia se gastó de buena fe. No era para ella el tonto y pretencioso nombre de Reina Cleopatra... —Para entonces mi oratoria había tomado alas. Mi audiencia estaba muy ansiosa, especialmente

Serrena.

Entonces vi a Serrena revertir la decisión final que había tomado pocos minutos antes, tan suavemente como lo había hecho.

—Todo es cierto lo que tú dices, querido Tata. Pero siempre hay dos lados para cada asunto. Siempre me han enseñado que una esposa debe aceptar sin queja los decretos de los dioses y apoyar a su esposo en la tarea que ellos le asignan. Con el tiempo sé que también aprenderé a aceptar el nombre de Cleopatra, por más trivial que pueda ser. Si Ramsés y yo nos quedamos aquí en Egipto como Faraón y Reina, tendremos fondos suficientes para que mi querida madre me visite cuando quiera. Ambos aprenderemos a apreciar la belleza y abundancia de este amado Egipto. Lo que es más, mi padre no se reducirá a la penuria por mi causa.

Un silencio estupefacto siguió a esta declaración y luego los muchachos de Bekatha se abrazaron entre ellos. Bekatha estalló en sollozo otra vez, pero volví a llenarle la copa de vino y ella tuvo que detener sus lamentos para probar la bebida.

Hurotas se veía solemne.

—Has tomado una decisión amargamente dura, mi querida hija —dijo—. Pero es la correcta. —Me miró, siempre con gesto solemne, pero bajó el párpado derecho en un guiño de felicitación. Habíamos triunfado una vez más, pero había sido por poco esta vez.

La noche siguiente, Ramsés y yo nos pusimos en camino para un reconocimiento de la orilla occidental, el lado en el que Utteric había levantado su fortaleza de Abu Naskos. Utteric no había hecho puertas frente al río. Por supuesto, yo había recibido descripciones de las otras puertas, pero nunca las había visto personalmente. Sabía que era indispensable que lo hiciera. Llevamos solo quince hombres con nosotros. La luna salió después de la medianoche, así que utilizamos el período oscuro para cruzar el Nilo y ocultar nuestros botes entre los juncos. Luego, apenas hubo suficiente luz como para ver bien el terreno, avanzamos en silencio hacia la fortaleza. No habíamos recorrido más de unos pocos cientos de codos cuando nos encontramos con una manada de caballos de Utteric pastando a la luz de la luna. Los rodeamos y enviamos a dos de nuestros hombres para que los llevaran hasta donde habíamos dejado los botes. Repetimos esta maniobra tres veces y reunimos poco a poco una manada de más de ciento cincuenta

hermosos caballos para carros de guerra.

La luz de la luna brillaba magníficamente sobre los muros occidentales de la fortaleza, lo que me proporcionaba una buena vista de las dos puertas desde una distancia segura. Pude calcular el tamaño considerable y la construcción áspera de ambas puertas, y tomar nota de los muros defensivos y las zanjas protegidas con estacas afiladas que los apoyaban.

Después de un tiempo prudencial, nos retiramos. Cuando llegamos al lugar donde habíamos dejado nuestros botes, encontramos que, de acuerdo con mis órdenes, dos de ellos habían sido utilizados para conducir a los caballos al otro lado del río. Los seguimos en el esquife restante. Fue un largo baño nadando para las pobres criaturas; el Nilo tiene más de una legua y media de ancho en este punto. Pero cuando finalmente llegamos a la orilla oriental, al campamento de Hurotas, Ramsés y yo estuvimos encantados de descubrir que todos los animales habían cruzado con seguridad delante de nosotros sin sufrir bajas.

Así animado por el éxito, cuatro noches más tarde, contra mi mejor juicio, dejé que Ramsés me convenciera de intentar una repetición de nuestra incursión. Me duele tener que decir que no fuimos tan exitosos la segunda vez. Los hombres de Utteric habían sacado a los caballos restantes y nos estaban esperando en una emboscada. Luchamos desesperadamente para volver a donde habíamos ocultado nuestros botes. Cuando finalmente llegamos a ellos, descubrimos que los hombres que habíamos dejado para custodiarlos habían sido masacrados, y los fondos de nuestros botes habían sido destrozados. La mitad de nuestros hombres no sabían nadar. Frenéticamente rompimos los barcos dañados hasta convertirlos en tablones individuales. Al mismo tiempo, nos defendimos de la insistente persecución del enemigo. Luego nos refugiamos en el río. Le dimos a cada hombre no nadador un tablón para la flotación y luego los empujamos y los arrastramos hacia la corriente. Con el enemigo gritándonos insultos desde la orilla y lanzando andanadas de flechas contra nosotros, dejamos que la corriente nos llevara lejos. Sufrimos la pérdida de cinco hombres más que se ahogaron o fueron atacados por los cocodrilos. Esto significaba que solo seis de nosotros sobrevivimos, y fuimos arrastrados a la orilla oriental del Nilo. He señalado en mi célebre libro «La historia del arte de la guerra» que a lo largo de los siglos, todos los comandantes militares de mérito y logros ilustres han sobrevivido al menos a una derrota durante su carrera. Lo que importa es que sobreviva a ella, no la manera en que la describe.

Afortunadamente, el último de los reyes menores llegó a la orilla oriental exactamente al mismo tiempo que nosotros. Este era Ber «Brazo Fuerte» Argolid, rey de Beocia en Tebas. Tenía siete naves en su flotilla. En ellas llevaba seiscientos treinta combatientes, y diez de sus numerosas esposas, incluyendo a la reina Hagne, que antes había sido la madre reverendísima de la Orden de las Hermanas del Arco Dorado antes de ser arrastrada por Brazo Fuerte.

Llegaron navegando Nilo arriba desde el delta en fila, un barco tras otro. Se sorprendieron al encontrar al faraón Ramsés y su principal ministro el Señor Taita medio desnudos y cubiertos de barro, flotando en el Nilo aferrados a unos cuantos tablones de botes rotos. Su sorpresa cedió rápidamente a la hilaridad cuando nos subimos a bordo del buque insignia de Ber Argolid.

Cuando vio mi lamentable estado de vestimenta, la reina Hagne me llevó a un lado y se quitó su bata real. Luego me la ofreció a la vez que decía:

—La necesitas más que yo, ministro Taita.

Acepté graciosamente, más porque quería evaluar sus pechos desnudos que por cualquier otra razón. Descubrí que Brazo Fuerte Argolid tenía un excelente gusto en lo que a pechos se refería. Y en retrospectiva, el vestido me resultaba cómodo y el color hacía juego con mis ojos, aunque las mangas y el dobladillo eran un poco cortos. Entonces Brazo Fuerte y todos sus oficiales y esposas se reunieron alrededor de nosotros con expresiones de la máxima expectación para escuchar nuestra historia de desgracia y desastre. Afortunadamente, yo había anticipado este interrogatorio y había recomendado discreción a mis hombres, incluyendo a Ramsés.

—No fue nada importante, en realidad —protesté con aire de modestia cuando la pregunta me fue planteada por Brazo Fuerte.

—Estoy seguro de que fue otro triunfo para ti, mi señor. —La reina Hagne me miró, sin dejarme otra alternativa que exagerar un poco.

—El faraón Ramsés y yo decidimos cruzar el río para liberar tantos caballos de Utteric como pudiéramos para reducir el número de carros que él pudiera lanzar, y por supuesto para aumentar nuestro propio número.

Vi que Ramsés parpadeó y abrió la boca para corregirme. Luego la cerró y asintió cautelosamente.

—¿Conseguiste alguno de sus caballos? —quiso saber Brazo Fuerte—. No me parece que sean muchos. —En este punto, él se burló vulgarmente.

—Tenemos unos cuantos —dije con dignidad.

—¿Cuántos son unos cuantos? —insistió—. ¿Cinco? ¿Diez?

—Un poco más que eso —admití—. Un poco más de ciento cincuenta. Pero los buenos dioses solo saben cuántos de ellos llegarán a nuestro campamento. Por supuesto que se escaparon tan pronto como llegaron a tierra, antes que nosotros, en esta orilla. Ciertamente tendremos algunas pérdidas, pero deberíamos poder recuperar la mayoría de ellos. —Miré a Ramsés interrogativamente—. ¿Tienes algo que agregar, faraón Ramsés?

Él sacudió la cabeza, abrumado por mi versión de los hechos. Pero la reina Hagne intervino en el momento apropiado.

—Así que así es como tú y tus hombres se mojaron. ¿Tuvieron que volver a nado desde el otro lado del río con los caballos? —Era una dama encantadora y sagaz. Cuanto más la veía, más me gustaba. Ella reconocía a un hombre valiente y astuto con solo verlo.

—Tú comprendes nuestra situación, Majestad —estuve de acuerdo con ella—. Por supuesto, tuvimos que romper nuestros propios botes. Aunque eran de poco valor, no podíamos permitir que cayeran en manos del enemigo.

El rey de Beocia en Tebas asintió pensativo y la curva burlona de sus labios desapareció. Luego ordenó a sus asistentes que nos sirvieran vino allí en la cubierta abierta.

—Es realmente una excelente cosecha —me dijo mientras abandonaba el tema de Ramsés y de mi propio ingenio y heroísmo. Los triunfos de otras personas pronto se desvanecen. Los propios pequeños contratiempos y errores de cálculo mejor guardarlos para uno mismo.

Con la llegada de Ber Brazo Fuerte Argolid al campamento de Hurotas, los dieciséis reyes juramentados estaban ya reunidos en un solo lugar y el retrasado segundo matrimonio de Ramsés y Serrena podía por fin realizarse. Yo había sido el único invitado, participante y funcionario de la ceremonia anterior, así que estaba decidido a jugar un papel lo más discreto posible esta segunda vez. Serrena tenía a su tribu entera para apoyarla, mientras que Ramsés tenía a Bekatha que lo había adoptado, y a sus hijos que lo consideraban como a un hermano. En realidad no me necesitaban.

Pude entonces ocuparme de un asunto que había sido interrumpido desde que navegamos desde Luxor en el *Cuatro Vientos* con Ganord como piloto. Se trataba de su descripción de la tribu de seres superiores que en la antigüedad había construido y habitado la antigua ciudad que había ocupado

el lugar en la orilla opuesta donde se levantaba Abu Naskos.

Busqué en mis bolsillos y encontré la tableta de arcilla del pez con cabeza dorada que Ganord me había dado. La examiné una vez más minuciosamente. Lo cierto fue que seguía siendo hermosa, aunque del todo enigmática. Bajé a la orilla del río y busqué al *Cuatro Vientos* entre los pequeños botes y otros barcos anclados allí. Pero los barqueros me dijeron que el cúter había vuelto a Luxor mientras yo perseguía caballos sueltos en la orilla occidental del río. Nadie sabía lo que le había pasado a Ganord. Les mostré el azulejo del pez con cabeza dorada. Estuvieron de acuerdo en que era interesante, pero ninguno de ellos había visto algo parecido antes.

Hice una bolsita con una piel de nutria curtida que cubría el azulejo con precisión, y lo suspendí de un cordón alrededor de mi cuello para que colgara debajo de mi túnica. Me daba placer frotar el azulejo entre mis dedos mientras me concentraba en mis pensamientos.

Durante los siguientes días me acostumbré a dar un paseo solitario a lo largo de la orilla del río. Pero nunca estaba solo. Soy un hijo del Nilo, pero mi fecha de nacimiento es oscura. Sin embargo, sé que el Nilo fue mío desde el día de mi nacimiento, cuando quiera que este haya sido. Yo lo amaba, y sentía que él me también amaba.

Encontré un lugar agradable a la sombra de un árbol desde el cual podía ver por encima de la ancha corriente del río la fortaleza de Abu Naskos en la orilla occidental. Este era el punto donde varias islas pequeñas formaban una cadena a través del Nilo. Todas estaban densamente cubiertas de árboles antiguos y lianas. Aquí el río tenía aproximadamente una legua y media de ancho, de modo que las islas estaban separadas solo por un cuarto de legua entre ellas. Pensé que probablemente podría nadar esa distancia en menos de media vuelta de un reloj de arena. Me sonreí y sacudí la cabeza. ¿Por qué querría hacer eso?

Deseché el pensamiento y me puse de pie. Como de costumbre, tenía el azulejo del pez con cabeza dorada en mi mano derecha. Pero esta vez me pinchó el pulgar. Lancé una exclamación de sorpresa. Lo sentí casi como una picadura de avispa, pero no tan intensa. Pasé el azulejo a mi otra mano y me examiné el pulgar. No había señal alguna de picadura, ni inflamación y el malestar se desvaneció rápidamente. Pensé en ello un poco más y regresé al campamento.

Esa noche Tehuti insistió en que me uniera a ella y a Hurotas para la cena. Ramsés y Serrena también estaban con ellos. No había visto yo a ninguno de ellos durante unos días. Pasamos una noche muy agradable juntos, hablando de las inminentes nupcias.

Me desperté temprano la mañana siguiente, antes del amanecer. Me vestí y salí a pasear por el camino de sirga junto al Nilo. Cuando llegué al punto frente a la cadena de islas me senté en la misma roca lisa que la noche anterior. Me sentí muy relajado y, sin pensarlo, saqué el azulejo del pez de debajo de mi túnica y empecé a frotarla distraídamente. Había una bandada de pájaros tejedores de cabeza negra construyendo sus nidos colgantes en las ramas sobre mí. No sé cuánto tiempo los estuve mirando, pero comencé a sentir hambre y me di cuenta de que aún no había comido nada esa mañana.

Me puse de pie y el azulejo me picó tan fuertemente que lo solté y me chupé el dedo. Se balanceaba en su cordón contra mi pecho. Fue entonces cuando me di cuenta por primera vez que el azulejo estaba imbuido de poderes esotéricos. Lo toqué de nuevo con un dedo. No hubo ninguna reacción. Lo froté entre el pulgar y el índice, anticipando otra picadura desagradable. Tampoco hubo reacción. Y yo había perdido el apetito. Estaba absorto en otras consideraciones ajenas a la comida.

Cambié mi asiento para que la luz del sol cayera directamente sobre el azulejo. Lo estudié como si fuera la primera vez y nunca lo hubiera visto antes. Conté las escamas en el cuerpo del pez. Examiné minuciosamente las aletas y la cola ondulante. No pude detectar ningún otro sentido o significado arcano. Luego examiné el reverso del azulejo. No había señales marcadas ni la menor indicación de jeroglíficos o escritura cuneiforme. Al girarlo nuevamente noté algo que había escapado a mi atención hasta ese momento en que lo giré en ángulo con la luz del sol. Había varios diminutos hoyuelos en el fondo, detrás de la silueta del pez. Podrían haber sido hechos con la punta de una aguja afilada antes de que la arcilla fuera calentada en el horno. Al cambiar el ángulo de la luz desaparecieron. Luego reaparecieron cuando lo moví de nuevo en la dirección opuesta.

Conté esas irregularidades. Había cuatro: dos detrás de la cola del pez y dos delante de la nariz. Pensé en el significado de ellos, pero seguí sin poder encontrar ninguno. Esto estropeó mi estado de ánimo. Supe que algo debía de estar pasando por alto. Eso hizo que volviera a tener hambre. Volví corriendo al campo y me dirigí a la cocina. Los cocineros tenían algunas salchichas frías sobrantes de la comida del mediodía. Estaban grasientas y muy saladas,

pero las comí como un desafío a los dioses que sentí me estaban convirtiendo en su bufón, y no era la primera vez.

Desconsolado, volví a mi roca junto al río, donde me senté repitiendo los desagradables recuerdos de mi salchicha. De nuevo saqué el azulejo del pez de debajo de mi túnica. Lo sostuve mirando al sol, girándolo para que los cuatro puntos aparecieran y desaparecieran. Bajé el azulejo y miré al otro lado del río Nilo.

Contemplé la cadena de pequeñas islas casi idénticas que se extendían a través de las aguas verdes hasta la orilla opuesta. Pero no tenían relación con mi misterio... ¿o sí la tenían?

Sentí un pequeño estremecimiento de excitación lo bastante fuerte como para erizarme los pelos de los antebrazos al darme cuenta de que había cuatro islas casi idénticas en el río, el mismo número de puntos en el azulejo cerámico. Era un vínculo débil y tenue, pero cuatro es el número mágico de Inana, e Inana es mi diosa guardiana. Supe que tenía que hacer una visita a al menos una de las cuatro islas.

Podría tomar un bote y estar en la primera isla en menos de una hora. Pero yo sabía que había ojos hostiles observando desde las murallas de la fortaleza al otro lado del río. Yo podía nadar más rápido de lo que podía remar con un bote, y vista desde el otro lado del río mi cabeza no parecía mucho más grande que la de una nutria. Empecé a quitarme la ropa antes de que mis pensamientos estuvieran completamente definidos.

Caminé por la orilla del río, manteniéndome alejado del borde del agua para no ser visto desde las murallas de Abu Naskos. Cuando tuve la isla más cercana directamente en línea con la fortaleza, me acerqué a la orilla del río y me metí en el agua hasta la barbilla. Hice una pausa para revisar mi equipo. Tenía el cinturón de mi cuchillo atado al taparrabos. Saqué el cuchillo de su vaina y probé la punta y el filo contra mi pulgar. Estaba astutamente afilado. Lo volví a meter en su funda. Luego ajusté el cordón de la bolsa que contenía el azulejo de cerámica de modo que colgara por mi espalda, en vez de colgar en mi pecho donde podía enredarse con mis brazos en alguna de mis brazadas.

Me aparté de la orilla y me dirigí a la isla más cercana, asegurándome de no romper la superficie con el movimiento de mis brazos o con una patada de mis piernas. Tuve que hacer un ángulo muy agudo río arriba contra la corriente para mantener mi cabeza alineada con la isla y la fortaleza más allá.

Cuando llegué a la isla agarré una liana que colgaba sobre mi cabeza y

estiré los pies buscando el fondo. Esta fue mi primera sorpresa. No había fondo. La orilla de la isla caía verticalmente a las profundidades del río. Me quedé colgando de la liana mientras respiraba profundamente varias veces. Entonces me solté y nadé hacia abajo como bucean los patos salvajes. Miré hacia abajo a través del agua límpida, esperando ver en cualquier momento el tramado del fondo. Al final me vi obligado a abandonar el intento ya que mis pulmones comenzaban a doler y jadear.

Cuando salí de golpe a la superficie, agarré de nuevo la liana colgante y llené mis pulmones de aire fresco. Cuando me recuperé nadé hacia la pared de roca que formaba la orilla de la isla. Con la ayuda de las raíces y las ramas subí por la pared de roca y llegué a la parte alta y plana de la isla. Me senté allí mirando a mi alrededor y tratando de volver a orientarme. Luego me abrí paso por la densa maleza y seguí el borde hasta que volví a mi punto de partida.

Me di cuenta de que la isla tenía forma de un tronco de árbol cortado, en vez de tener la habitual forma aplastada de un panqueque. Tanto debajo de la superficie como sobre ella era recto arriba y abajo. La parte superior era circular y aplanada. Era diferente a cualquier otra isla que yo hubiera conocido. Estaba intrigado por ella, pero la vegetación densa hacía difícil estar seguro de las formas y dimensiones exactas. Comencé a cruzarla de un lado a otro, pasando sobre árboles caídos y tratando de cavar con mis manos desnudas para llegar a la roca madre. Pero las raíces de los árboles y las plantas se entrelazaban. Intenté hacerlo con mi cuchillo pero sin resultados. Se habían endurecido con el tiempo.

Sentí que tenía que haber algo extraordinario oculto aquí. La diosa Inana y yo tenemos una relación extraña, pero he aprendido que normalmente puedo confiar en ella. Nunca me ha engañado, o por lo menos, no que yo sepa. Después de otra hora más o menos, tuve que descansar de nuevo. Me dejé caer con la espalda apoyada sobre la base de una higuera silvestre.

—¿Y qué esperabas encontrar aquí? —me pregunté a mí mismo. A menudo hablo en voz alta conmigo cuando estoy solo. Pensé en la pregunta. Entonces me respondí con cuidado—: No esperaba nada. Pero esperaba una señal o un mensaje de la gente antigua. —Con eso de «gente antigua» me refería a los que habían vivido aquí en la antigüedad.

—¿Por ejemplo otro pinchazo en el dedo? —La pregunta fue pronunciada con mi voz, pero no por mí. Miré a mi alrededor en una conjetura salvaje, y la vi. Estaba de pie entre los árboles en los bordes de mi visión. Era solo otra

sombra entre las sombras. Sin embargo yo sabía que era ella.

—¡Inana! —dije su nombre, y ella se rio... tan claramente como una campana y tan dulcemente como un ruiseñor. Entonces volvió a hablar, pero esta vez con su voz inefablemente encantadora.

—Si no puedes ver donde miras, entonces mira donde nunca puedes ver. —Ella rio de nuevo y luego se desvaneció. Me puse de pie de un salto y extendí las manos hacia ella, pero ella ya se había ido.

Sabía que era inútil correr tras ella y llamarla. Ya lo había hecho muchas veces antes. Me hundí de nuevo en el lugar donde había estado sentado. Me sentí desnudo.

Entonces sentí que algo me pinchaba con fuerza. Busqué detrás de mí, entre mis nalgas desnudas. Había algo duro y agudo como un diente de tiburón clavado en mis carnes secretas. Lo tomé entre mis dedos y lo saqué, haciendo una mueca por el agudo dolor.

Lo sostuve con cuidado y lo llevé delante de mis ojos para observarlo con detenimiento. Sentí que mi corazón saltaba y mi sangre se estremecía en las venas. Estiré la mano hasta el hombro y busqué la bolsita de cuero en la que había guardado el perfecto azulejo de cerámica del pez que me había dado Ganord.

Dejé el azulejo entero en la palma de mi mano y luego puse al lado el fragmento afilado que había sacado de entre mis nalgas. El fragmento era idéntico a una esquina del azulejo entero.

Lo notable era que el lugar de la rotura era tan agudo como una aguja, y estaba húmedo con la mancha de sangre de mi parte posterior. En el otro extremo se ensanchaba en la cabeza del pez dorado que yo tan bien conocía.

Puse el fragmento encima del azulejo original entero, y ambos se combinaron perfectamente. Habían sido hechos en el mismo molde, tal vez mil años antes.

Vi esto como una indicación de que el Pueblo Antiguo había estado aquí antes que yo, y estaba aquí de nuevo. Sabía que estaba tratando de decirme algo importante. Tomé el azulejo entero en una mano y el fragmento en la otra, y concentré toda mi atención en ellos. Nada cambió por un buen rato, y luego poco a poco los cuatro puntos en el plano de fondo del azulejo entero se hicieron más intensos y parecieron brillar como estrellas diminutas.

—¡Cuatro! —Susurré el número en voz alta. Supe que estaba cerca de una solución—. Cuatro, no uno ni dos... —Me interrumpí al ver el significado—. Me están recordando que hay cuatro islas, no una sola. ¡Si la solución no está

en la primera isla, debo buscarla en las otras tres!

Metí de nuevo el azulejo entero y el fragmento en la bolsita de cuero y luego me puse de pie de un salto para dirigirme a la parte occidental de la islita. Desde allí miré por encima del río hacia las otras tres islas y las torres de la fortaleza de Abu Naskos. Casi de inmediato me agaché para quedar más bajo que la densa maleza. Había dos botes de guardia enemigos que daban vuelta a la isla más cercana a la mía. Tenían dos remos por lado y un par de hombres en cada remo. Los mástiles de sus barcos no tenían velas, pero tenían un par de arqueros en las crucetas. Estos tenían las flechas en los arcos ya listas para volar, y escudriñaban los matorrales de la segunda isla. Mientras yo los observaba, el bote de guardia más cercano cambió el curso y se dirigió directamente hacia mí. Me alejé arrastrándome y tan pronto como quedé oculto por la vegetación me levanté de un salto y corrí hacia el lado opuesto de la isla y me zambullí desde el acantilado perfectamente vertical. Inmediatamente salí a la superficie y nadé hacia el campamento de Hurotas. Parecía que el enemigo hubiera sabido que yo estaba allí, y me buscaba, pero no podía estar seguro de ello. Puede haber sido una mera coincidencia.

Era un fácil recorrido a nado y usé ese tiempo para repasar lo que había visto y aprendido mientras estuve en la primera isla. Había dos cosas que eran significativas y a las que mi mente seguía volviendo. La primera era la inusual forma de la isla. La segunda era el fragmento de cerámica verde que se había clavado en mis nalgas y que era exactamente igual a una parte del azulejo que Ganord me había dado antes de desaparecer de nuevo en el sur.

Seguí dándole vueltas a estas dos anomalías en mi mente mientras nadaba. Estaba a mitad de camino hacia la orilla oriental y el campamento de Hurotas cuando la primera posibilidad, o mejor dicho, cuando la primera improbabilidad se me ocurrió. Era tan estrambótica que grité las palabras en voz alta.

—¿Podría la isla haber sido construida por el hombre antiguo siguiendo un diseño, en lugar de ser moldeada arbitrariamente por el azar de la naturaleza?

Tragué una bocanada de agua del Nilo en mi excitación, y tuve que detenerme en el agua para toser y expulsarla. Para entonces ya estaba listo con mi segunda improbabilidad: «Y si eso es así, ¿entonces el hombre antiguo también construyó las otras tres islas según el mismo plan? Y si es así, ¿por qué hizo una cosa tan absurda?».

Seguí nadando, todavía pensando en mi tercera improbabilidad. Una vez

más Ganord me dio la respuesta. «¿Podría ser porque quería poder cruzar el río rápidamente y en secreto, como si fuera por brujería?» Dejé de nadar y me mantuve a flote moviendo las piernas por debajo mientras me daba cuenta de la enormidad de mi suposición. Estaba considerando la posibilidad de que el hombre antiguo pasara por debajo de las aguas del Nilo, en lugar de hacerlo por encima de ellas en barco o por un puente. Soy propenso a ideas extrañas como estas. Incluso he contemplado la posibilidad de que el hombre pueda volar. Admito que rechacé esa fantasía después de reconocer a regañadientes que no sería posible que le crecieran alas. Sin embargo, sabía que yo podía bucear hasta el fondo del río. Había dado muestras de esa capacidad en la última hora. Pero incluso mi mente se resistía a la idea de cruzar de una orilla del Nilo a la otra con una sola aspiración de aire. La distancia era de casi una legua y media. Por supuesto, no es posible medir con exactitud la distancia sobre el agua, ni la velocidad de un barco, ni tampoco la velocidad de un nadador. Todavía estaba reflexionando sobre las posibilidades cuando llegué a la orilla oriental del río, justo aguas abajo del campamento de Hurotas.

Estaba con el agua hasta la cintura y vadeaba para llegar a tierra cuando fui encantado por los melodiosos tonos de la voz de Serrena que me llamaba.

—Tata, ¿no sabes que esta parte del río es el refugio de los cocodrilos, y de hombres que son aún más peligrosos? —Como siempre, ella sabía cuándo yo más la necesitaba. Se me acercó corriendo por la orilla del Nilo para rescatarme. Por supuesto, Ramsés no venía muy lejos detrás de ella e igualmente solícito.

Aunque los había visto por última vez el día anterior, los había extrañado muchísimo. Ambos me salvaron la vida una vez más. Tan pronto como llegamos a tierra firme pudimos pasar a ocuparnos de cosas más monumentales.

—Hemos fijado un día para nuestra boda... —empezó Ramsés sin aliento.

—... ¡es para pasado mañana al mediodía! —terminó Serrena por él.

—Espero que sea tan buena como la que yo les bendije.

—Nada podría ser tan bueno, nunca más. —Se puso en puntas de pie para besarme.

* * *

Todos los esfuerzos bélicos fueron dejados de lado hasta después de la boda, aunque si Utteric Bubastis estaba dispuesto a discutir nuestra decisión, estábamos preparados para ocuparnos de él. Con este fin llevaba mi espada en la cadera mientras bailaba con las chicas bonitas. Había aprendido de la peor manera a no confiar en el medio hermano de Ramsés. Las murallas almenadas de Abu Naskos, al otro lado del Nilo, estaban cubiertas por centenares de cabezas curiosas mientras él y sus granujas nos observaban e intentaban averiguar qué estaban haciendo las bandas de música y la multitud que bailaba.

Todas nuestras mujeres llevaban guirnaldas de flores silvestres sobre sus cabezas y las hembras más jóvenes y más lindas estaban desnudas hasta la cintura, lo cual consideré que era algo agradable. A medida que las jarras de vino pasaban de una linda manito a otra más linda aún, el baile se hacía más relajado, la música más fuerte y las palabras del coro más atrevidas. Algunas de las jovencitas más iluminadas se escabullían hacia el bosque con su deseo o, en algunos casos, con sus varios deseos y volvían deslumbrantes con algo más que una mera afabilidad.

Cada uno de los dieciséis reyes pronunció un discurso deseando a los novios la felicidad eterna y luego los abrumaron con regalos exóticos y extravagantes. Entre ellos había elefantes con su correspondiente *mahout* para montarlos, barcos con esclavos en los remos para transportarlos, poemas y poetas para cantarles, trompetas y tambores y músicos para tocar para ellos, diamantes, zafiros y coronas para exhibirlos, buenos vinos y jarras de plata y oro para hacerlos más placenteros al beber.

Sea como fuere, yo había escogido a doscientos de nuestros guerreros más hábiles y los había obligado a moderar la cantidad de vino que pudieran beber durante ese día. Mientras tanto, Hurotas, Hui y yo habíamos escogido posiciones a lo largo de la orilla del Nilo que eran las más atractivas para que los asesinos de Utteric lanzaran un sorpresivo ataque nocturno. Cuando el sol se puso y cayó la noche, los sonidos de la música y la hilaridad continuaban sin disminuir, o más bien aumentaban sustancialmente en volumen.

Hurotas, Huí y yo llevamos en silencio a nuestros hombres escogidos desde el campamento hasta las posiciones de emboscada en la orilla del Nilo que habíamos escogido durante las horas de luz del día. No informé a Ramsés de nuestras intenciones. Para entonces yo ya lo conocía tan bien como a mí mismo. Él habría insistido en unirse a nosotros. Pero yo no quería añadir al día siguiente el cadáver de su marido a la lista de los regalos de boda de

Serrena.

No tuvimos que esperar demasiado tiempo. Después de más o menos una hora los ruidos de hilaridad en el campamento detrás de nosotros comenzaron a disminuir. Durante la siguiente hora cesaron casi por completo. Los capitanes de Utteric eligieron bien su momento. Yo sabía que era muy poco probable que Utteric participara en un ataque nocturno.

Había una astilla de luna amarilla que se mostraba sobre el oscuro horizonte de la otra orilla, y su reflejo danzaba sobre la superficie del río. Era un telón de fondo magnífico para la cantidad de barcos pequeños que se movían por el agua desde Abu Naskos hacia donde los esperábamos.

—Directamente a la boca del tigre —Hurotas rio entre dientes a mi lado—. Yo no podría haberlo organizado mejor.

—No estoy de acuerdo —respondí en un susurro—. Están por lo menos tres codos río arriba.

—Más o menos la distancia de la pierna izquierda de una chica bonita — señaló—. Me parece perfectamente aceptable esa distancia.

De todos modos, dejé que se acercaran un poco más, hasta que los hombres en la proa de los botes principales saltaron por la borda y cayeron para quedar con el agua a la cintura y comenzar a arrastrar los botes los últimos pocos codos hasta nuestra orilla.

—¿Sí? —le pregunté a Hurotas.

—¡Sí! —Estuvo de acuerdo, y puse dos dedos entre mis labios para lanzar un penetrante silbido. Mis arqueros mantenían sus flechas listas y en máxima tensión. Al escuchar mi silbido las soltaron todos a la vez y el aire de la noche se llenó con el zumbido del viento entre cientos de plumas en las flechas. A esto le siguió el golpeteo de las puntas de flecha al chocar contra la carne humana y los gritos de hombres heridos mientras caían luchando en el agua que les cubría las cabezas.

El caos se apoderó de la flotilla de Utteric. Algunos de los botes trataban de alejarse y chocaban con otros que los seguían cerca detrás de ellos. Estos se daban vuelta y se hundían. Los hombres gritaban brevemente mientras el peso de sus armaduras los arrastraba bajo las aguas. Otros gritaban más y con más fuerza cuando nuestros arqueros los derribaban.

Entonces algunos de nuestros hombres avanzaron corriendo y llevando antorchas encendidas para arrojarlas sobre las pilas de paja seca que habíamos amontonado a intervalos a lo largo de la orilla del río. Aquellas se encendieron enseguida, y las llamas se alzaron para iluminar la noche y

revelar en detalle los botes y los hombres a bordo. Nuestros arqueros habían lanzado sus flechas a las sombras; sus andanadas habían sido erráticas. Pero en ese momento sus blancos eran definidos y la matanza fue más eficaz.

Menos de la mitad de los botes enemigos lograron regresar a la orilla occidental, e incluso aquellos iban a medias cargados con heridos y muertos.

Luego nuestros hombres dejaron de lado sus arcos y se metieron en las aguas poco profundas. Desenvainaron los cuchillos para ocuparse de los heridos que quedaban y asegurarse de que fueran llevados por la corriente o arrastrados al fondo del río por el peso de sus armaduras.

Teníamos que tener en cuenta que el área debía ser escenario de alegres nupcias por la mañana. Queríamos evitar los gemidos y quejidos de aquellos combatientes que habían sobrevivido y el hedor de aquellos que habían sido más afortunados.

Al mediodía del día siguiente todos los indicios de conflicto habían sido borrados. Las cenizas y los charcos de sangre seca en la orilla del río habían sido cubiertos con arena blanca. La corriente se había llevado los cadáveres flotando hacia el norte, al mar, o su armadura los había anclado en las oscuras y profundas lagunas donde los cocodrilos y otros habitantes del Nilo les habían practicado los últimos ritos.

Habíamos colocado un cordón de bronce alrededor de nuestro campamento en la orilla oriental del Nilo frente a la fortaleza de Abu Naskos. Los caballos estaban atados a los carros, y cada uno de nuestros diez mil guerreros estaba en plena alerta y armados desde los clavos de las suelas de sus sandalias hasta la visera de su casco de bronce.

La princesa Serrena finalmente había elegido a sus damas de honor para acompañarla al altar dedicado a Isis, la diosa egipcia del amor y el matrimonio, y a la diosa del amor de Lacedemonia, Afrodita. Había empezado con dieciséis señoras, una esposa de cada uno de los reyes menores. Pero esto había llevado a enojos y asperezas, a lágrimas y recriminaciones entre las esposas que no habían sido escogidas. Serrena y la reina Tehuti se habían visto obligadas a elevar el número primero a treinta y dos y finalmente a cuarenta y ocho, pero su única estipulación era que los regalos de boda se incrementaran en la misma cantidad. Era una solución que satisfacía a todos, y no menos a Serrena. Los regalos estaban apilados frente al altar de las diosas. Las grandes bandas de los regimientos estaban reunidas

detrás de ellos, turnándose para cantar los himnos de batalla que eran un desafío para nuestros enemigos en la orilla opuesta del Padre Nilo y un llamado a la acción para nuestros aliados que estaban formados junto a nosotros.

A medida que la hora del mediodía se acercaba, la música se iba haciendo más fuerte y frenética, las espadas desnudas batían marcas en los brillantes escudos de bronce y diez mil voces se mezclaban como el trueno del cielo. Entonces, cuando llegó la hora, se produjo un silencio repentino tan completo que fue un asalto al oído humano y sobrecogió a todo el mundo.

Las filas de los diez mil se abrieron en silencio y la figura alta e imponente del faraón Ramsés, el nuevo gobernante de nuestro amado Egipto, avanzó. Caminó hasta tomar su lugar delante del altar de las diosas Isis y Afrodita. Luego, cuando se volvió hacia la entrada del campamento de mujeres donde Serrena esperaba con sus damas de honor, levantó el brazo derecho y comenzó el canto.

Al principio fue dulce, cálido y bajo como una brisa de verano que viniera de las olas del océano indolente. Luego se convirtió en un himno de alegría y una oda al amor. Las puertas del campamento de las mujeres se abrieron y, a través de ellas, salieron danzando dos filas de mujeres vestidas con túnicas de color arco iris. Había veinticinco mujeres en cada una de las columnas. Sus pies estaban desnudos y adornaban su pelo con cintas y flores. Reían y cantaban, aplaudían o tocaban la lira, la cítara y otros instrumentos musicales. La columna de la derecha estaba encabezada por la reina Tehuti y la columna de la izquierda por su hermana, la princesa Bekatha.

Entre las dos filas caminaban un hombre y dos mujeres. El hombre era el rey Hurotas adornado con oro y joyas. Llevaba rubíes en la corona y diamantes en las zapatillas. Su túnica era de seda púrpura y los calzones eran de seda color crema. Su regocijo era tan contagioso que sus hombres no podían contenerse y reían con él.

La figura femenina a su derecha era alta y flexible. A Hurotas le llegaba hasta el hombro, y estaba cubierta desde arriba de la cabeza hasta las puntas de los dedos de los pies con una tela de oro que brillaba en la luz del sol del mediodía. Y se movía con tanta gracia y energía que, a pesar de que su rostro estaba velado, nadie que la mirara podía dudar ni por un instante quién era.

El faraón Ramsés de Egipto estiró ambas manos hacia ella y el rey Hurotas hizo girar a su hija en una pirueta y la envió girando por sobre la brecha que los separaba para terminar en una profunda reverencia a los pies

de su novio. Ramsés le tomó las manos y la levantó. Entonces él alzó la tela de oro que le cubría la cabeza y con un floreo se la quitó, con lo cual quedó al descubierto toda la verdadera gloria de la princesa Serrena desde lo alto de su brillante cabeza, cuyas llamativas trenzas doradas estaban envueltas en gasa y perlas, y bajando por sobre la ondulante seda multicolor que se adhería a cada curva y cada hueco de su cuerpo y sus miembros.

Humano o divino, no hubo nadie entre de nosotros los presentes ese día que no la reconociera como la criatura más espléndida que jamás hubiéramos visto.

Empezaron a danzar y danzamos con ellos. Recién cuando el sol se puso y la oscuridad cayó, la novia y el novio se retiraron a los alojamientos preparados para ellos. Pero la celebración continuó sin parar durante toda esa noche.

Bailé con Tehuti y con Bekatha y luego me escabullí para regresar a mi propia tienda sin probar una gota del excelente vino de Hurotas, lo cual confieso puso a prueba mi resolución hasta cerca de su límite. Dormí hasta dos horas antes del amanecer, entonces me levanté en la hora más oscura de la noche y bajé al río, buscando el camino con cuidado por entre los cuerpos empapados en vino dispersos al azar como bajas de una batalla salvaje.

Con solo las estrellas para guiarme y vestido con taparrabos, cuchillo envainado y mi bolsita con los azulejos del pescado colgada del cuello vadeé hasta que el agua me llegó a la barbilla y luego comencé a nadar. Pasé la primera isla ya conocida sin detenerme y me dirigí hacia la segunda. Estaba empezando a temer haberla perdido en la oscuridad cuando de repente se alzó delante de mí, iluminada por el primer vislumbre de aurora. Me acerqué para llegar a ella desde el lado río abajo, usando el propio volumen de la isla para romper el flujo de la corriente.

Luego me zambullí hasta la base de la isla en el fondo del río. Para entonces la luz estaba aumentando lo suficiente como para comparar la formación de esta segunda isla con la primera. Me sorprendí al ver que era casi idéntica en casi todos los aspectos. Era del mismo tamaño, o tan parecido que la diferencia era irrelevante. Era empinada también, al igual que la primera, y se elevaba desde el fondo del río. Ya podía estar seguro de que ambas habían sido construidas por humanos, probablemente por el mismo hombre u hombres.

Debió de haber requerido muchísimo trabajo, y todo por poco o ningún beneficio o ventaja. Ninguna de las dos islas que había visitado hasta ese momento era lo suficientemente alta por encima del agua como para ser útil como torre de señales; de hecho parecían haber sido deliberadamente construidas de esa altura como si se quisiera escapar a la detección. El hecho de que estuvieran construidas en aguas profundas y rápidas destacaba la dificultad del trabajo emprendido por los pueblos antiguos. Consideré la posibilidad de que se tratara de los restos de una presa o de una esclusa, pero estaban demasiado separadas entre sí y no había indicaciones en la orilla del río de que hubiese habido un intento de canalizar el agua por ningún motivo, como riego o uso doméstico.

A estas alturas ya había luz suficiente como para que yo pudiera ver los agarres y apoyo para manos y pies y así subir la pared hasta lo más alto de la estructura. Al ascender me di cuenta de que esta era una torre redonda idéntica a la anterior con un plano superior achatado, aunque no tan desgastada como la primera torre. Cuando llegué a la cima, vi que había restos de piedra tallada de avanzado diseño que había sido desgastada por el paso de los siglos. Comencé a cavar y a retirar la mampostería, pero cada piedra estaba perfectamente cortada y ensamblada a la siguiente con juntas apenas del grosor de un cabello. Era una laboriosa tarea. Después de varias horas había descendido solo hasta la altura de la cintura y me preparaba para abandonar la tarea, o al menos para entregarla a una cuadrilla de obreros comunes. Mis uñas estaban agrietadas y astilladas. Estoy orgulloso de mis manos y muchas veces he sido elogiado por las damas por la condición en que las mantengo. Levanté lo que me prometí que sería absolutamente la última losa de la excavación, y entonces me sobresaltó la que estaba debajo de ella. Pude ver solo el borde superior, pero era único y distintivo. Tomé la bolsita que colgaba de mi hombro y con los dedos que me temblaban un poco, saqué el azulejo de arcilla cocida que Ganord me había legado. Lo medí contra el azulejo enterrado, y la coincidencia fue exacta en tamaño.

Ante eso abandoné toda idea de entregar esta excavación a otros, y mucho menos a trabajadores comunes.

Saqué mi cuchillo de la vaina y empecé a aflojar suavemente el extraño azulejo de la argamasa que lo había retenido durante incontables milenios. Por fin se soltó y quedó en mis manos. Me alejé de mi zanja poco profunda y me acuclillé con el nuevo azulejo en mi regazo. Reconozco que antes de sentarme miré el suelo debajo de mis nalgas desnudas para comprobar que

Inana no hubiera colocado afilados fragmentos de cerámica debajo de mí. Entonces pude dedicar toda mi atención a mi nueva adquisición, o más bien a mi nueva antigua adquisición.

Era idéntica en tamaño y forma a mi azulejo del pez, pero en todos los demás aspectos era completamente diferente. El azulejo del pez era verde; este era azul intenso. Este azulejo mostraba un ave marina estilizada, quizás una pardela, aunque también podía haber sido un avestruz. El artista no había dejado claro cuál había sido su intención. Además este azulejo estaba marcado con tres puntos en lugar de los cuatro en mi azulejo del pez.

Yo ya estaba empezando a referirme a las dos islas como la Isla del Pez y la Isla del Pájaro. Miré al otro lado del río hacia la fortaleza de Abu Naskos y me pregunté si a las otras dos islas todavía no exploradas por mí también los antiguos les habrían puesto nombres, quizás las islas Cocodrilo e Hipopótamo. La idea me hizo sonreír.

Volví a mis excavaciones y encontré que había una hilera completa de azulejos del ave idénticos que se extendía alrededor de la antigua estructura. Naturalmente me quedé intrigado por esto y continué cavando hacia abajo con la esperanza de nuevos descubrimientos. Pero a una distancia muy corta me vi interrumpido por una falla. Había habido claramente un movimiento en la corteza terrestre que había dañado los estratos inferiores. Nada tenía ya sentido.

Lo único que había aprendido era que los pueblos antiguos habían cavado dos pozos, uno en la Isla del Pez y el otro en la Isla del Pájaro. No tenía manera de saber hasta qué profundidad y con qué propósito habían emprendido esta tremenda obra que requería tanto trabajo. El pozo debajo de mis pies había sido convertido en escombros.

—¿Y si la Isla del Pez y la del Pájaro se unen de alguna manera mágica?
—Yo no dije eso, ni siquiera lo pensé. Sabía que era Inana imitando mi voz. Ella parece sentir un placer interminable burlándose de mí.

Traté de resistirme a su sugerencia. ¿Para qué se unirían las dos islas? Yo había demostrado por mí mismo que el hombre solo puede existir por un período muy limitado bajo la superficie del agua. Me había sumergido hasta el fondo del río Nilo y otros cuerpos de agua poco profundos, pero solo por un corto espacio de tiempo.

Miré hacia la Isla del Pez y medí la distancia con mi ojo. Mi espíritu se estremeció cuando pensé en viajar apenas una décima parte de esa distancia con una sola aspiración de aire. Me levanté de un salto y me puse a caminar

de un lado a otro, agitado. Pateé el suelo, pero era sólido, sin sugerencia de excavación alguna debajo de él.

—¿Y si hubiese un túnel como los que hacen los conejos que uniera a las dos islas? —Medité, e inmediatamente sacudí la cabeza—. El agua encuentra su propio nivel. —Esa era una verdad que yo había encontrado por mí mismo cuando todavía era muy joven. La madriguera del conejo se llena de agua como cualquier otro agujero en el suelo.

Pero sabía que algo se me escapaba. Lo pensé de nuevo. «¿Por qué mis pulmones no se llenan de agua cuando me sumerjo hasta el fondo del Nilo? Porque los cierro reteniendo la respiración. De modo que si las paredes del túnel son impermeables y las entradas del túnel están por encima del nivel del agua, entonces el túnel también es impermeable. No hay forma de que entre el agua.

—¡Ah, ahí está la trampa! Las paredes del túnel no son impermeables. Están hechos de tierra, y la tierra es porosa. Pero si los antiguos hombres hubieran descubierto otra sustancia impermeable para recubrir las paredes de su túnel, entonces habrían podido caminar bajo las olas.

Esto último fue dicho en los tonos dulces y encantadores de Inana, y levanté la vista y la vi apoyada elegantemente contra un árbol cerca de mis excavaciones. Como de costumbre, su razonamiento era complicado, pero me había conducido por un atajo hacia algo parecido a la verdad.

Luego sonrió y prosiguió.

—Ganord te sugirió que era por brujería, pero como siempre él se equivocaba. Los pueblos antiguos usaban el simple sentido común. Como yo sé que tú también lo haces.

Se apartó del árbol contra el que se había apoyado y caminó hasta el borde del acantilado. Luego dio un paso y cayó ligera como una hoja hasta la superficie del río, allá muy abajo. Se alejó por entre las olas y la niebla plateada del río se elevó en una nube para envolverla.

—Ahora que finalmente estamos todos reunidos, mi primer y único deber es darles las gracias a todos los dieciséis de ustedes por ser fieles a su juramento de «Una ofensa a uno es una ofensa a todos». Estamos aquí para derrocar a un monstruoso tirano que se ha apoderado del trono de los faraones...

Hurotas se dirigió a todos los reyes extranjeros en la franja de verde césped que bordeaba la orilla oriental del río Nilo, frente a la imponente fortaleza de Abu Naskos.

Todos llevaban su equipo completo de batalla. Detrás de ellos estaban reunidas sus tropas que sumaban diez mil hombres. Formaban hombro con hombro en filas aparentemente interminables, escudo con escudo a ambos lados, el rostro sombrío debajo de sus cascos de bronce, sus escudos brillantes y sus arcos aún no tensados, pero las aljabas colgadas de cada hombro estaban llenas de flechas.

Amarrada en la ribera opuesta del Nilo, frente a ellos, estaba su flota, con remos recogidos pero con todos sus gallardetes y sus enseñas flameando, una audaz e inequívoca declaración de su intención bélica.

Hurotas terminó su discurso y se volvió hacia los grandes tambores. Levantó la espada para concentrar su atención. Todos a la vez levantaron las baquetas hasta la altura de los labios. Hurotas hizo una pausa y luego movió la espada a izquierda y a derecha. Los tambores sonaron como un trueno de verano, y las filas de hombres en armadura se desplegaron para marchar hasta donde esperaban los barcos de guerra para subirlos a bordo y transportarlos por el Padre Nilo hasta la muerte o la gloria.

Aquella era una maniobra intrincada y potencialmente peligrosa. Era nuestra intención enviar una flota de galeras cargadas con carros, caballos y hombres al otro lado del Nilo y desembarcarlos en la orilla opuesta. Este era un territorio bien defendido por numerosos escuadrones de Utteric. La fortaleza de Abu Naskos era probablemente la ciudadela más poderosa de Egipto, o incluso de todo el continente africano. Sabíamos que Utteric había tenido mucho tiempo para hacer sus preparativos bélicos, mientras que Hurotas y sus aliados simplemente habían reunido sus propias fuerzas y navegado medio mundo para enfrentarse a ellos. Teníamos buenas razones para creer que Utteric había reclutado sus propios y poderosos aliados más allá de sus fronteras orientales, y de otros países lejanos.

Estos probablemente incluían a los persas, a los medos y a cualquiera de

las otras cincuenta tribus y clanes. Todos ellos tenían fama de ser jinetes y guerreros maravillosos. Sin embargo, es mi experiencia que la reputación a menudo está muy lejos de la realidad y además, Persia y Media están mucho más lejos de Abu Naskos que Lacedemonia.

De todas maneras convencí a Hurotas y a Hui para que hiciéramos una serie de ataques de sondeo en la orilla occidental del Nilo antes de comprometernos en un asalto total. Confiábamos en que nuestros carros eran superiores a los de Utteric, y podíamos usarlos para asegurar una cabecera de playa río arriba de la fortaleza de Abu Naskos, desde la cual podríamos rodear la ciudadela misma y ponerla bajo asedio.

Durante cinco días consecutivos habíamos estado enviando por barco a nuestros escuadrones río arriba y río abajo en un despliegue bélico de agresión. Algunas de nuestras naves iban llenas de hombres armados, pero la mayoría de ellas tenían maniquíes y espantapájaros en todos los pasamanos de la cubierta. Observamos las nubes de polvo levantadas por los carros y la caballería de Utteric mientras seguían nuestras amenazas de asalto. Evaluamos cuidadosamente el número de tropas y carros de Utteric. Era mucho más grande de lo que habíamos anticipado.

Luego, al amanecer del sexto día, enviamos una gran escuadra río abajo como señuelo, mientras que Hurotas y yo tomamos un pequeño convoy cargado con nuestros mejores carros y hombres y navegamos cinco leguas en dirección contraria. Durante los días anteriores de hacer malabares en busca de una buena posición, encontramos un lugar que era el mejor terreno para el desembarco dentro de quince kilómetros de la fortaleza de Abu Naskos en la orilla occidental del Nilo. Habíamos elegido una franja abierta de pastizales con una suave pendiente hacia el río. Allí era donde un pequeño arroyo tributario del Nilo bajaba desde el bosque y se unía a la corriente principal. Esta corriente tenía un fondo firme y pedregoso en el cual las ruedas de los carros no se iban a atascar al desembarcarlos para luego recuperarlos al terminar nuestra incursión por tierra.

Cuando el sol ascendía por el horizonte detrás de nosotros, llevamos dos de nuestros barcos a la orilla occidental y los varamos allí. Cada uno de nuestros barcos llevaba cuatro carros con los caballos ya enganchados a los arneses y nuestros aurigas rienda en mano. Dejamos caer las rampas de carga en la proa y los caballos se precipitaron sobre ellas para luego hacer saltar las aguas poco profundas y dirigirse hacia las orillas del río. Hurotas conducía el primer carro y yo comandaba el último vehículo en la línea de ocho. Todos

nuestros hombres iban equipados con pesados arcos recurvados ya armados listos para la acción inmediata, además de nuestras hachas y espadas de batalla. Esta salida estaba pensada como una patrulla de reconocimiento. El objetivo era hacer contacto con las fuerzas de Utteric, y evaluar su fuerza y su número. Mientras tanto nuestra escuadra de naves fondearía en el río a la espera de nuestro regreso, lista para recogernos de nuevo en caso de que fuéramos fuertemente atacados mientras estábamos en tierra.

Hasta ese momento no había ninguna señal de tropas de Utteric. Nuestros carros adoptaron una ordenada formación y, con Hurotas a la cabeza, comenzamos a seguir el sendero que conducía al bosque por el pastizal abierto.

Habíamos llegado casi a la densa línea de árboles cuando fuimos sobresaltados por una tremenda explosión sonora que repiqueteó por todo el claro. Era un ruido totalmente extraño. Nunca antes había yo escuchado nada parecido. De todos modos supuse que era la conjunción de muchas trompetas de guerra. De inmediato Hurotas alzó el puño cerrado, la señal para que nuestra columna se detuviera. Mientras tanto, nuestros caballos se movían inquietos y tironeaban del freno con la cabeza, arqueaban el cuello y relinchaban agitados. Los aurigas miraban a nuestro alrededor sorprendidos, sin saber a qué se debía aquella conmoción.

El alboroto fue desapareciendo, pero para ser reemplazado por un tronar de pezuñas y ruedas tan fuerte que parecía sonar como la carga de un centenar de carros atravesando el bosque en plena formación de batalla. Instintivamente nos pusimos en línea para recibir esta carga.

Para nuestro asombro, fue un solo vehículo el que salió de entre los árboles, pero no se parecía a nada de lo que alguno de nosotros hubiera visto anteriormente. Venía disparado hacia nosotros y no había dudas de sus intenciones hostiles. Era dos veces más ancho que cualquiera de nuestros carros, y la mitad más alto. Mientras que nuestros vehículos estaban equipados con un solo par de ruedas, este tenía cuatro por lado, o sea, un total de ocho.

Nuestras llantas eran de madera dura y estaban equipadas con seis rayos pesados. Cada una de las ruedas del enemigo era un solo disco de metal plateado pulido de un tipo que yo nunca había visto antes. Desde el eje central sobresalía una hoja curvada, larga como el brazo de un hombre. Además, había cuatro hojas más situadas a intervalos regulares en el perímetro de cada rueda. Todas giraban peligrosamente. Aunque nunca antes

había visto algo parecido, era obvio que podían cortar en pequeños fragmentos cualquier cosa con la que entraran en contacto, incluyendo los rayos de nuestras propias ruedas de carros.

Cada uno de nuestros carros era tirado por tres caballos. El vehículo enemigo estaba tirado por ocho brillantes animales negros con hombros varios palmos más altos que los de cualquiera de los nuestros. Cada uno tenía un largo cuerno de unicornio negro que salía del centro de la frente. Llevaban todos el mismo paso, y de sus narices salían chorros de vapor.

Nuestros vehículos tenían una tripulación de tres hombres cada uno, un conductor y un par de arqueros. El auriga enemigo estaba solo con las riendas, inclinándose hacia atrás para mantener su tiro bajo control. Avanzaba dirigiéndose hacia nosotros.

Era un hombre brutal e imponente. Su armadura era simple y carecía de ornamentación: plata pulida desde la garganta hacia abajo, evidentemente diseñada para desviar las flechas de sus enemigos. Estaba desarmado. Su arco sin cuerda estaba en el receptáculo de las armas junto a él, al igual que su espada. No tenía nada en sus manos con guantelete, salvo las riendas de su carro. Pero el casco era extraordinario. Le cubría solamente el lado derecho de la cara y la parte superior de la cabeza. Su único ojo estaba oculto detrás de la estrecha hendidura en el reluciente metal.

Por otra parte, el lado izquierdo de su cara estaba totalmente expuesto y presentaba una horrible imagen. Era todo un tejido cicatrizado y reluciente. Tenía la boca fruncida y retorcida. El párpado caía sardónicamente, pero detrás de él, el ojo mismo brillaba con una siniestra intensidad.

Mientras corríamos el uno hacia el otro, tomé una flecha de la aljaba que tenía debajo de mi mano derecha y la coloqué en la cuerda del arco. En ese mismo movimiento llevé las plumas de la flecha hasta la altura de mis labios fruncidos y apunté durante la centésima parte de un segundo antes de soltarla. Vi el borrón que recorría el estrecho espacio que nos separaba, volando precisamente hacia el arco del ojo izquierdo en el rostro arruinado.

Era hombre muerto. Yo lo sabía con certeza y esperaba que la flecha se hundiera hasta las plumas en su cráneo. Pero, en el momento más tardío posible, dejó caer la barbilla sobre el pecho. La punta de la flecha golpeó la cresta de su casco a la altura de la frente y se alejó zumbando en su vuelo hacia un denso arbusto detrás de él.

El extraño auriga ni siquiera parpadeó por el golpe. En cambio, concentró toda su atención en Hurotas, que iba a la cabeza de nuestra línea de carros,

obviamente atraído por la magnificencia del casco y la coraza. Dirigió su tiro de unicornios negros directamente hacia Hurotas, quien intentaba desesperadamente evitar una colisión directa y tiró con fuerza las cabezas de sus animales. El resultado fue que el vehículo del extraño los golpeó en un ángulo oblicuo. Las cuchillas giratorias en las ruedas entraron por un costado de la plataforma de Hurotas, cortando las patas de sus caballos que se convirtieron en una nube rojiza de sangre y fragmentos de hueso. Los animales mutilados cayeron gritando y las cuchillas atravesaron los rayos de las ruedas convirtiéndolos en astillas para el fuego. El vehículo cayó sobre un costado y saltó de un lado a otro, arrojando a Hurotas y a su tripulación por sobre los costados. Perdieron las armas cuando golpearon en el suelo y rodaron por tierra.

Los unicornios negros cargaban por la izquierda de nuestros carros, golpeándolos uno tras otro en rápida sucesión y destrozando las ruedas de ese lado, haciendo que se estrellaran contra el suelo uno tras otro. Por fortuna yo estaba en la columna de cuatro vehículos de la derecha, así que el extraño y yo nos cruzamos sin que yo le diera la oportunidad de destrozarme alguna de mis ruedas. De todos modos, cargué otra flecha en el arco, lo estiré y la solté, apuntando a la visera abierta de su casco. Él estaba a solo diez codos de mí, el ancho de dos carros entre nosotros. Mi flecha fue lo suficientemente rápida como para engañar al ojo. Pero él alzó una mano con guantelete soltando las riendas y la apartó con la misma facilidad que si se tratara de una mosca azul que zumbaba. Durante una centésima parte de segundo me miró por debajo de su párpado caído y fue una de las miradas más amenazadoras que he recibido. Luego ya habíamos pasado uno junto al otro.

Dejé caer mi arco y le arrebaté las riendas a mi auriga cuando vi a Hurotas tendido delante de mí, donde había sido arrojado por su carro al volcarse. Estaba tratando de ponerse de pie otra vez, pero obviamente estaba aturdido por la caída. Había perdido el casco, sus armas y todo sentido de dirección. Tenía un lado de la cara hinchado y cubierto de polvo y tierra.

—¡Zaras! —lo llamé por su nombre anterior, y tuvo el efecto deseado. Me miró con los ojos entrecerrados mientras yo maniobraba con mi carro para ponerme junto a él.

—¡Prepara un brazo! —le grité con urgencia. Era algo que habíamos practicado muchas veces cuando éramos mucho más jóvenes. Se empujó para quedar en posición vertical y apoyó el brazo derecho contra la cadera, de frente a mí. Pero se balanceaba de manera inestable sobre sus pies.

Dirigí mi tiro de tres caballos con las riendas todas juntas en mi mano izquierda, me incliné hacia el lado derecho del vehículo y me dirigí hacia él, haciendo girar mi tiro a un lado en el último momento, así que el animal de la derecha pasó por delante de él. Cuando llegué donde él estaba, siempre a todo galope, enganché mi brazo derecho en el suyo. El choque del contacto casi me arrancó del carruaje. Sin embargo, me las arreglé para resistir y para hacer que Hurotas volara y luego lo subí a bordo.

Luego usé un brazo para estabilizar a Hurotas, que todavía estaba aturdido, y con la otra mano seguía conduciendo el carro. Con una rápida mirada vi que los barcos que nos habían traído a tierra se habían dado cuenta de nuestra situación y se habían vuelto hacia el lugar de desembarco para llevarnos de nuevo a bordo. Pero la corriente estaba en ese momento en contra de ellos y avanzaban muy lentamente en su regreso para nuestro rescate. Hurotas era un hombre grande y pesado que comenzaba a hundir nuestro vehículo, y cuanto más nos acercábamos a la orilla del río, más suave y más barroso se ponía el suelo bajo nuestras ruedas.

Miré hacia atrás por sobre mi hombro para comprobar la ubicación de nuestro enemigo y su tiro de monstruos negros con cuerno. No tuve que mirar lejos. Después de haber eliminado la mitad de nuestros carros con sus cuchillas en las ruedas, en ese momento cambió su total atención para dirigirla a mi vehículo. Me di cuenta de que debía haber reconocido a Hurotas como mi pasajero, y probablemente sabía quién era yo también. Todo el mundo conoce mi estatura y posición, ¿por qué no él... quienquiera que sea?

Estaba muy cerca detrás de nosotros y alcanzándonos rápidamente. Aquellos grandes monstruos estigios suyos se volvían más amenazadores con cada paso que daban hacia nosotros. Yo había visto qué terribles lesiones podían infligir con esos cuernos en la cabeza. Pero la orilla del Nilo estaba ya a menos de un par de cientos de pasos delante de nosotros, y los botes para recogernos se habían liberado de la corriente que los demoraba y se acercaban rápidamente a nuestro encuentro.

Había aprendido que era inútil lanzar flechas a nuestro agresor con la cicatriz en la cara. Tal vez las extrañas bestias que tiraban de su carro eran más vulnerables. Pasé las riendas de mi carro a las manos de Hurotas, aunque todavía estaba aturdido y mareado. Agarré mi arco del receptáculo a mi lado, cargué una flecha, me volví y la hice volar hacia el animal central en el tiro de unicornios que ya estaba muy cerca detrás de nosotros.

A pesar de que el carro debajo de mí rebotaba salvajemente sobre el camino áspero, mi disparo fue certero y la flecha le dio en el centro mismo de su enorme pecho agitado, y se clavó hasta las plumas. Supe que le había atravesado el corazón. Sin embargo, el monstruo no vaciló ni perdió el ritmo de su paso, sino que se dirigió inexorablemente hacia nosotros. Fue entonces que me di cuenta con consternación y horror que el auriga con cicatriz en la cara y su tiro de monstruos pertenecían a otra urdimbre de existencia. Eran una aberración de los dioses oscuros.

No bien se formó esa idea en mi mente, Cara-marcada lanzó su tiro de unicornios contra nuestro carro y nuestra rueda izquierda estalló en una nube de fragmentos de madera. Nuestros tres caballos cayeron en un montón que chillaba, a la vez que salían chorros de sangre de sus patas amputadas. Acabábamos de llegar a la orilla propiamente dicha del río cuando esto sucedió. Hurotas y yo fuimos arrojados del carro como piedras de una catapulta. Nos deslizamos y resbalamos por la orilla para caer en las turbulentas aguas del Nilo.

Los barcos se estaban acercando a la orilla para rescatarnos. Estaban a solo veinte pasos de la costa y movían los remos como locos mientras nos gritaban que nadáramos. Saqué a Hurotas a la superficie y comencé a arrastrarlo para ir a su encuentro. A ambos nos demoraba nuestra armadura, y Hurotas seguía aturdido. De todos modos, llegamos al primer bote y manos bien dispuestas nos ayudaron a subir a bordo. Eché un rápido vistazo detrás de mí, y vi que nuestro adversario había detenido su tiro de unicornios en lo alto de la elevada orilla. Pateaban el suelo, resoplaban y lanzaban su aliento humeante por las fosas nasales ensanchadas en protesta contra el arnés que los retenía. Cara-marcada había tomado el arco del receptáculo para armas y lo estaba encordando, doblando la pesada arma con la facilidad que da la práctica.

Llevé la mano a mi hombro y desenganché mi escudo de bronce de su sostén. Luego lo puse delante de nosotros para darnos a Hurotas y a mí alguna protección de la tormenta que yo sabía que estaba a punto de desatarse. Cara-marcada dirigió la mirada hacia el agitado nudo de nuestros hombres que se movían alrededor del bote, y luego levantó el arco para estirarlo por completo. Sonrió y fue la primera emoción que le vi expresar. Retorcó la cicatriz de la mitad de su rostro en una mueca cínica mientras dejaba que la flecha volara.

Estaba apuntándome a mí específicamente, pero yo estaba listo para

recibir el flechazo. Levanté mi escudo para cubrirnos tanto a Hurotas como a mí mismo, pero lo puse en el ángulo particular que desviaría la flecha sin dejar que penetrara ni siquiera una ligera aleación como la que usé para fundirlo. Sentí la sacudida del golpe y oí el metálico ruido de pedernal contra metal, pero la flecha rebotó en el escudo y oí que golpeaba la borda del bote detrás de mí. Arrastré a Hurotas debajo de la superficie del río conmigo, y aunque él luchó para liberarse, lo arrastré por debajo de la quilla del bote hasta salir por el otro lado del casco. Allí estábamos a salvo del arquero con la cicatriz en la cara, allá arriba en la orilla. De todos modos, podía oír que sus flechas se clavaban en nuevas víctimas y también los gritos de la tripulación expuesta del bote mientras morían ahogándose y pataleando en charcos de su propia sangre.

—Vamos, Zaras. —Le abofeteé la cara para tratar de que enfocara su atención—. Ayúdame a llevar este bote nadando hasta la otra orilla, pero en nombre del gran Zeus, mantén la cabeza baja detrás del casco, a menos que quieras que una flecha te atravesase un ojo.

Remamos con las manos y empujamos el bote de vuelta al otro lado del río antes de que el pandemonio en el casco encima de nosotros disminuyera y decidí arriesgarme a mirar hacia atrás, a la orilla lejana, suponiendo que la distancia era ya demasiado larga incluso para un arquero con las habilidades extraordinarias de Cara-marcada. Una rápida mirada me aseguró que la lejana orilla estaba realmente desierta, salvo los cadáveres de nuestros muertos. Cara-marcada y sus unicornios habían regresado para desaparecer en el bosque. Había otros cinco cadáveres en el bote que Zaras y yo estábamos empujando. Todos estaban erizados de flechas.

Hurotas estaba sufriendo mucho por la lesión que había recibido en la cabeza. Se entrecortaba al hablar y apenas tenía la fuerza como para volver al bote cuando finalmente llegamos a la orilla oriental. Tuve que ponerme detrás de él y ayudarlo a pasar por encima de la borda. Luego se derrumbó sobre las aguas de la sentina. Me di cuenta de que no podía empujar yo solo el pesado bote contra la corriente, así que me vi obligado a arrastrarlo a lo largo de la costa desde el extremo de un cabo de remolque. Esta era una tarea tortuosamente lenta y era poco antes de la hora del lobo cuando finalmente llegué al campamento de los dieciséis reyes. Esta es la hora precisamente a medio camino entre el crepúsculo y el alba. Es la hora en que la mayoría de las personas mueren, cuando el sueño es más profundo, cuando las pesadillas son más convincentes. Es la hora en que los insomnes son acosados por sus

miedos más profundos, cuando los fantasmas y los demonios son más activos y poderosos. La hora del lobo es cuando lloramos a nuestros muertos más amargamente.

Pero nuestro campamento estaba completamente despierto, hasta el último hombre y el caos reinaba supremo. Tres supervivientes del ataque asesino de Cara-marcada habían huido del lugar y llegaron al campamento mucho antes que yo. Llevaban consigo la noticia de que toda nuestra fuerza, incluyéndonos a Hurotas y a mí, había sido masacrada totalmente por el temido arquero. Esto había hundido al campamento, incluyendo a las mujeres reales, Tehuti y Serrena, a los dieciséis reyes y sus cortes reales, a todos nuestros ejércitos y a la multitud de seguidores del campamento en tremendas lamentaciones. Habían estado realizando las danzas fúnebres a los dioses de la muerte y cantando los cien cantos a los espíritus del mundo subterráneo desde la puesta del sol.

Habían logrado conservar sus fuerzas y energía solo recurriendo a las abundantes ánforas de arcilla de vino tinto que corrían por el campamento. Las mujeres se habían rasgado las vestiduras y se habían rasguñado los rostros hasta hacerlos sangrar. Los hombres pateaban el suelo y se golpeaban sus pechos desnudos, jurando venganza y cien vidas por cada uno de los nuestros aniquilado por el enemigo.

Precisamente a la hora del lobo, cuando las tres estrellas de Inana alcanzaron su cenit en el cielo sobre nosotros, salí de la oscuridad a la luz brillante de las hogueras fúnebres, llevando en mis brazos lo que era claramente el cadáver del rey Hurotas. Nuestra ropa estaba hecha jirones y empapada con barro de río que parecía exactamente tierra exhumada de una tumba. Solo nuestros rostros eran de un blanco mortal y nuestros ojos muy abiertos y mirando fijo, como los de cadáveres que habían atravesado las puertas del Hades.

Un repentino y dolorido silencio cayó sobre la multitud que nos miraba. Se alejaron de nosotros horrorizados, seguros de que volvíamos del mundo infernal. Desesperadamente busqué a Tehuti y Serrena para tranquilizarlas y las encontré no muy lejos, abrazadas entre dos de las hogueras fúnebres. Ambas nos miraron asombradas. Abrí la boca para darles tranquilidad, pero en ese momento estaba yo tan agotado que el único sonido que pude emitir fue un terrible gemido de cementerio. Entonces me desplomé al suelo con Hurotas encima de mí. Lo siguiente que supe fue que estaba siendo abrazado por las dos mujeres más bellas de la existencia, que me sofocaban con sus

besos y palabras de cariño.

Tuve la idea vívida pero fugaz de que había muerto y había sido admitido en el paraíso.

Hurotas tardó solo unos días en recuperarse. Todavía tengo conmigo un remedio magnífico para las lesiones de la cabeza que me había dado un brujo negro más allá de las grandes cataratas del Nilo cuando habíamos viajado allí con la reina Lostris hacía ya muchísimos años, cuando estábamos huyendo de los hicsos.

De todos modos, nuestra campaña contra Utteric había sido desarticulada por la llegada del misterioso arquero con cicatrices en la cara y sus unicornios. No teníamos idea de quién era, ni dónde lo había encontrado Utteric, pero dominaba la orilla occidental del río. Efectivamente impedía el acceso a ella a nuestras tropas. Cualquiera fuera el lugar y el momento en que hiciéramos nuestros intentos de cruzar y sitiar la fortaleza de Abu Naskos de Utteric, el arquero y sus unicornios nos enfrentaban. Éramos completamente superados por las flechas que él nos arrojaba con tan extraordinaria precisión. Me las arreglé para recoger varios de estos proyectiles que habían dado contra nuestros carros e incluso algunos que habían matado a nuestros hombres a larga distancia. No eran muy diferentes en el diseño o la hechura de los fabricados por nuestros propios armeros. Sin embargo, cuando eran disparadas desde su arco llegaban a casi el doble de distancia que las nuestras. Lo vi disparar en varias ocasiones y conté que era capaz de lanzar al aire cuatro o cinco flechas al mismo tiempo. Muy pocas de ellas no daban en el blanco.

Nuestros hombres, incluso los más valientes y los mejores, se estaban desanimando. Algunos de los reyes menores murmuraban acerca de abandonar la campaña y navegar hacia el norte, hacia sus sórdidas islas y sus gordas y feas esposas.

Incluso yo, el eterno optimista, estaba empezando a desesperarme. Estaba teniendo sueños desagradables en los que Inana, mi diosa favorita, se dedicaba a burlarse de mí. Por otra parte, ella estaba decididamente ignorando mis oraciones y súplicas. El adversario con cicatriz en la cara era claramente de otro tiempo y de otro lugar y yo necesitaba desesperadamente la ayuda y la guía de ella. Parecía que había decidido residir de manera temporal en las cuatro islas hechas por el hombre en el río Nilo frente a Abu

Naskos, así que tuve que buscarla allí.

Tres noches más tarde, después de haberme recuperado completamente de mi última dura experiencia, esperé que saliera la luna antes de atravesar el campamento que dormía. Les hablé en susurros a los centinelas que estaban acostumbrados a mis paseos de medianoche para luego meterme en las oscuras aguas del Nilo y comenzar a nadar. Pasé junto a las siluetas negras de las Islas del Pájaro y del Pez sin detenerme y luego la tercera isla de la cadena se materializó en la noche. Estaba iluminada por la panoplia de estrellas. Este era territorio desconocido para mí. Aunque de lejos parecía idéntica a las dos primeras islas, no estaba seguro de qué podía esperar.

Cuando nadé lo suficiente como para estar cerca y tocar las paredes de piedra, me di cuenta de que eran similares a las otras dos: escarpadas y altas, extremadamente difíciles de escalar, salvo para un escalador de roca hábil, e intrépido. Sin embargo, me dieron bastante trabajo, y al subir me di cuenta de que la erosión del tiempo y los elementos no era tan grave como en las otras dos islas. Incluso pude ver las marcas de cincel de los antiguos constructores en algunos de los bloques de piedra. Cuando llegué a la cima descubrí que estaba pavimentada con las mismas losas. Por supuesto, estas habían sido agrietadas y movidas por las raíces de las plantas que se abrían camino a través de ellas. De manera similar a las dos primeras, la parte superior de la isla estaba densamente cubierta por una espesa vegetación.

Para entonces la luna se había alzado por encima del horizonte. Era una media luna creciente sin ninguna cubierta de nubes para oscurecer su luz. Me abrí camino a través de la densa maleza y cuando llegué al centro de la torre me sorprendí al descubrir que había restos de una antigua escalera que descendía hacia la abertura de un pozo vertical. Era un desafío a toda lógica que los antiguos hubieran construido un pozo para llegar al fondo del río. Entonces me di cuenta de que probablemente no había solo un pozo, sino cuatro, uno en cada isla. Bajé los escalones rotos, arriesgándome a romperme el cuello si perdía el equilibrio, pero muy pronto encontré que mi camino estaba bloqueado por los escombros y desechos acumulados a través de los siglos.

Busqué una continuación del pozo, pero lo único que encontré fue otra línea de azulejos de cerámica sobre la pared. Las criaturas representadas seguramente debían haber sido destinadas a ser nutrias. Túneles con peces, aves y nutrias, pero ninguno de ellos llevaba a ninguna parte.

Lancé una amarga protesta a la diosa Inana por tratarme tan mal y pateé

los escombros compactados que me negaban el acceso a las profundidades del pozo. Este fue un gesto imprudente. Pensé que me había roto un dedo. Me senté apresuradamente y llevé mi pie lesionado a mi regazo.

Afortunadamente, un examen más profundo demostró que mi dedo estaba intacto. Me puse de pie y volví a subir rengueando hasta la superficie.

—¿Escuché a alguien pronunciar mi nombre?

Me sobresalté con culpa cuando una voz familiar habló detrás de mí. Me volví para encontrar a la diosa encaramada en el borde del pozo. Era como siempre increíblemente hermosa. Sus rasgos brillaban a la luz de la luna con un resplandor interior que superaba al del cuerpo celestial en el cielo sobre nosotros. Su sonrisa era más encantadora de lo que jamás había sido.

—Perdona mi impudicia, oh, Altísima. Yo protestaba contra mí mismo, no contra ti. —Habría hecho una reverencia, pero mi pie todavía latía dolorosamente.

—¿Así que cambiaste tu nombre por el mío, querido Taita? Me siento halagada, pero no del todo convencida.

Su comentario fue claramente comprendido, así que lo dejé pasar y cambié el tema de nuestra conversación.

—¿A dónde lleva este túnel, Amada de Zeus?

—A dondequiera que tu corazón lo desee y lo merezca. —Ella todavía me castigaba y lo acepté como algo que se justificaba. Ella cambió el tema sin pausa—: Pero ese parece ser el menor de tus problemas actuales, ¿estoy en lo cierto?

—¿A quién o a qué te refieres? —pregunté con cautela.

—Ni siquiera sabes su nombre —se burló de mí dulcemente—. ¿Cómo puedes esperar imponerte a él sin saber quién es?

—¿Debo suponer que estamos hablando de Cara-marcada? —pregunté.

—No conozco a nadie con ese nombre; ni bueno ni malo. —Ella estaba siendo evasiva otra vez.

—Pero tú conoces a una persona con esa aflicción particular o marca distintiva en su rostro, ¿verdad?

—Su nombre es Terramesh —convino ella—. Es hijo de Hécate y de Phontus.

—Todo el mundo sabe que Hécate es la diosa de la magia, los fantasmas y la necromancia —concedí—. Pero no conozco a nadie con el nombre de Phontus.

—Muy pocos han oído hablar de él, Taita —me explicó Inana—. Era un

mortal que estaba entre los primeros hombres de la tierra. Secuestró a Hécate y la violó. De esa unión ella dio a luz a Terramesh. Así pues, su hijo es un semidiós y medio humano. Es divino, pero no es un dios. Cuando alcanzó la madurez, Terramesh se enfrentó en un duelo con su padre Phontus para castigarlo por la manera en que trató a su madre. Lucharon durante un día y una noche, pero finalmente Terramesh mató a su padre. Y a cambio recibió de Phontus lo que parecía ser una lesión mortal en el lado izquierdo de la cabeza y la cara.

—Si su propio padre le produjo una herida como esa, ¿cómo es que sigue aquí para traerme penas y sufrimientos?

Inana inclinó la cabeza para reconocer la legitimidad de mi protesta.

—Cuando Terramesh yacía moribundo, su madre Hécate vino a él. Y con un hechizo trajo a su hijo de vuelta del umbral de la muerte. Entonces Hécate decretó que su hijo Terramesh no podía morir sino por una herida idéntica en el lado derecho de su cara. Solamente el arma que infligió la herida original en el lado izquierdo puede ser usada para dar ese golpe fatal.

—¿Dónde está esa arma? —pregunté con ansiedad—. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Hécate ha protegido a su hijo con mucho cuidado. El arma está escondida en una cueva en el desierto de Amaroda, al norte del río Tantica.

—Conozco ese río. Es un afluente del Padre Nilo. Está a solo tres o cuatro días de viaje desde aquí —exclamé.

—¡Ah! Pero la cueva está oculta por un hechizo que la misma Hécate hizo sobre ella.

—¿Sabes cómo romper el hechizo?

—Lo sé todo —dijo ella solemnemente.

Parpadeé. Ni siquiera yo me atrevería a hacer una afirmación tan amplia. De todas maneras, sus credenciales son por lo menos iguales a las mías.

—Quizás deberías decírmelo —le sugerí.

—Quizá deberías primero reunir a tus ayudantes.

—¿Por qué necesito ayudantes? —protesté.

—Porque Hécate estipuló que por lo menos dos individuos de origen divino debían recitar el hechizo al unísono a la entrada de su caverna para que se abriera, y luego debían identificar el arma fatal de entre varios cientos de otras que ella enterró en el mismo lugar para complicar el asunto.

—¿Eso es todo? —Oí la amarga ironía en mi propio tono.

—No completamente. Solo un rey puede usar el arma contra su hijo,

Terramesh. No tiene que ser de origen divino, sino que debe lanzar un grito de guerra específico cuando golpee, de lo contrario el golpe será rechazado.

—Creo que puedo encontrar compañeros míos que satisfagan todos esos criterios.

Ella asintió con un gesto.

—He esperado por siglos a alguien como tú. El número de inocentes que Terramesh ha sacrificado es legendario. Pero ahora ha llegado su momento de morir.

—Estoy de acuerdo contigo de todo corazón. Pero antes de que nos separemos de nuevo, me gustaría hablar de estas islas en el río contigo. —Acaricié los azulejos en los que Inana estaba sentada—. ¿A dónde conducen?

—Seguramente, a lo largo de los siglos desde tu nacimiento has aprendido un poco de paciencia, ¿no? —me reprendió.

—No realmente —repliqué, pero ella ya se había desvanecido una vez más.

Fue un largo regreso a nado hasta la orilla oriental del Nilo, pero el tiempo pasó rápidamente porque Inana me había dado mucho en qué pensar. Cuando llegué a la orilla todavía estaba oscuro. Ni siquiera perdí tiempo en secarme, sino que corrí directamente al campamento de Ramsés. Los guardias de las puertas trataron de impedirme que perturbara el real sueño, pero levanté la mano para silenciarlos.

—¡Escuchen, imbéciles! —Se quedaron en silencio y pudimos oír los pequeños gritos de éxtasis que salían de la tienda real—. Ahora, si eso es dormir, me gustaría que alguien me enseñara ese arte. —Entonces levanté mi voz—: Poderoso Faraón, ¿estás despierto?

Un grito femenino me respondió inmediatamente.

—¡Tata! ¿Eres tú? Ramsés y yo acabamos de despertarnos en este momento. ¿Dónde has estado? Te extrañamos en el banquete de anoche. Ven. ¡Adelante! Quiero mostrarte lo que Ramsés me ha comprado.

Cuando entré en la tienda del real dormitorio me hicieron sitio en el colchón. Serrena me regañó.

—Estás tan frío como si hubieras dormido en la cima del monte Taigeto en pleno invierno.

Yo estaba temblando después de nadar y me sentí agradecido por las mantas de piel de camello que ambos amontonaron sobre mí.

Conversamos alegremente por un rato, y luego me dediqué a la delicada tarea de explicarles cómo íbamos a triunfar sobre el monstruo de la cicatriz en la cara. No podía decirles, ni a ellos ni a nadie más, por supuesto, nada sobre mi relación especial con la diosa Inana.

En el relato que había preparado para ellos, Inana era una sabia mujer que me visitaba de vez en cuando. Escucharon ávidamente mi versión de la historia de Terramesh y cómo podía ser derrotado. Solo excluí cualquier referencia a la divinidad de Serrena misma, un hecho que ella todavía, felizmente, ignoraba. Cuando terminé, estaban ellos tan ansiosos como yo por ir a buscar la cueva en el desierto de Amaroda y recuperar el arma fatal que podía matar a Terramesh. Nos tomó el resto de ese día hacer nuestros arreglos para el viaje.

Afortunadamente el desierto de Amaroda está situado en la orilla oriental del Nilo por lo que no era necesario cruzar el río de nuevo y correr el riesgo de encontrar a Terramesh antes de que hubiéramos hecho los preparativos adecuados para ocuparnos de él. Los tres éramos la única fuerza que se necesitaba, con suministros para no más de diez días. El agua no iba a ser ningún problema para nosotros y nuestros caballos. Primero seguiríamos el Nilo y luego el río Tantica hasta la caverna. Por supuesto, tuve que informar a Hurotas y a Hui sobre nuestra expedición y por supuesto ellos quisieron ir con nosotros. Pero usé todos mis poderes de persuasión y señalé que estarían cumpliendo tareas esenciales al permanecer con el ejército principal, la menor de las cuales no sería la de mantener el orden entre los dieciséis reyes aliados, que se las arreglaban para ser difíciles incluso cuando ellos pensaban que estaban siendo de lo más cooperativos. Algunos de ellos ya estaban murmurando acerca de abandonar nuestra aventura ante las flechas de Terramesh.

De modo que con carga muy ligera los tres pudimos movernos con gran rapidez. La cuarta tarde después de salir del campamento frente a la fortaleza de Abu Naskos llegamos a la cabecera del río Tantica, que era el lugar de encuentro que había concertado con Inana. Dejé a mis dos compañeros para que montaran el campamento y alimentaran y dieran agua a los caballos en el río mientras yo caminaba río abajo en busca de Inana, con el imaginativo disfraz que ella hubiera elegido para la ocasión.

No había tenido la oportunidad de bañarme desde que salí de Abu Naskos, así que lo hice en ese momento. Estaba yo sentado en una roca junto a un remanso del río, secándome en la cálida brisa esperando a que Inana

apareciera. Ya me había acercado a una gran rana verde, a una pequeña serpiente marrón y a varios otros insectos y vida silvestre sin éxito visible. Estaba empezando a sucumbir al silencio del desierto y al hecho de que había dormido poco desde que salí del campamento junto al Nilo.

—Estábamos hablando de la paciencia en nuestra última reunión, o más bien la falta de ella —dijo ella de repente e inesperadamente—. Me alegra ver que estás progresando.

Reaccioné completamente despierto y miré alrededor de mí. Había una pequeña tortuga flotando en el remanso cercano.

—Esperaba algo menos frío y escamoso —la amonesté a mi vez.

—¿Y acaso esperabas que tuviera plumas bonitas? —volvió a hablar, pero esta vez detrás de mí. Me di vuelta rápidamente y vi una hermosa y pequeña curruca, esa ave del desierto, sentada en la roca cerca de mí. Su pecho era blancuzco y elegante y las alas eran de un hermoso tono castaño rojizo. Extendió una de ellas y comenzó a acicalarla con el pico.

—Ese color te queda espléndidamente bien, querida —le dije.

—Me alegra mucho que te guste —gorjeó ella, y no pude evitar reírme.

—Estás hermosa, como siempre —dejé escapar una risita ahogada—. Pero si vas a hablar en serio, te prefiero con aspecto humano.

—Entonces aparta tus ojos por un momento —ordenó ella y yo obedecí volviendo a mirar a la tortuga en el remanso—. Ahora puedes volver a mirar.

Me volví hacia ella otra vez y allí estaba la Inana que yo conocía tan bien en todo su esplendor. Giró una vez sobre sí misma con sus trenzas y sus faldas flotando en torno a ella. Luego se dejó caer a mi lado y abrazó sus rodillas contra el pecho.

—Hazme una pregunta —me invitó—. Sé que eso es lo que te mueres por hacer.

—¿Soy tan obvio?

—Me temo mucho que lo eres, pobre Taita.

—¿Dónde está la caverna de Hécate?

—Mira el horizonte directamente frente a ti. ¿Que ves?

—Veo tres colinas cónicas en el horizonte.

—Al pie de la del medio está la entrada a la caverna que buscas.

—¿Cuál es la contraseña que abrirá el camino?

—«¡Abre, poderoso Jano de dos caras!» repetido tres veces.

—Eso es lógico y fácil de recordar —moví la cabeza asintiendo—. Jano es el dios de las puertas y las entradas.

—¿Cuándo vas a partir?

—Los caballos están agotados y nosotros también. Mi plan es descansar aquí esta noche y salir temprano mañana por la mañana, con la primera luz —respondí.

—Te espero en tu destino —prometió y se desvaneció como un espejismo.

* * *

Dejamos el río Tantica antes del amanecer a la mañana siguiente y partimos para atravesar la llanura. Al principio cabalgamos en compañía de miles de gacelas migratorias. Estos graciosos animalitos danzaban en el desierto con cuernos en forma de lira y dibujos faciales delineados en delicados rollos marrones. Serrena compuso una canción a su belleza. Cuando la cantó para ellos, estos escucharon con las orejas alzadas y grandes y luminosos ojos oscuros que miraban asombrados. Seguramente se daban cuenta de su divinidad, porque le permitieron acercarse tanto que casi ella habría podido inclinarse desde la montura y tocarlas. Se alejaron en masa y desaparecieron en el horizonte tan silenciosamente como las suaves nubecillas de polvo levantadas por sus elegantes pezuñas.

Como suele suceder en los paisajes desérticos, las tres colinas cónicas estaban mucho más lejos de lo que parecían estar. Era casi mediodía cuando frenamos los caballos bajo la pendiente de la colina central y miramos a la cima. También era más alta de lo que yo había previsto.

Había hierba verde fresca que crecía en las laderas más bajas así que armamos nuestro rudimentario campamento y maneamos los caballos para luego dejarlos pastar.

Luego los tres salimos a buscar las laderas más bajas para encontrar alguna pista de la entrada a la cueva de Hécate. Tuve una fuerte premonición de dónde iba a encontrar a Inana. Sabía que no querría aparecer ante los tres, así que envié a Ramsés y a Serrena en la dirección opuesta. Luego me paseé yo solo por la ladera norte. La oí antes de verla. Estaba posada en una roca y se acicalaba las plumas otra vez, deteniéndose cada tanto para entonar su dulce y envolvente canto. Encontré un asiento en la roca a su lado y terminó su canción antes de dirigirse a mí.

—Hécate estuvo aquí —explicó ella—. Estaba esperando a que tú

llegases. Quería asustarte. Quería interponerse y ocultar la entrada de su caverna, pero yo la alejé.

Me sorprendió esta noticia. Sentí que mi piel se erizaba como si estuviera cubierta de insectos venenosos. Miré alrededor de mí esperando que Hécate apareciera en cualquier momento, silbando y escupiendo como una cobra.

—¿Tienes el poder de hacer eso? —le pregunté con temor.

—Yo soy Artemisa, hija de Zeus —me respondió simplemente—. Ella huyó gritando para regresar a donde debía estar. Se trepó a mi hombro y me habló al oído—: Recuerda siempre, Taita, que eres uno de mis favoritos especiales. Por eso me gusta molestarte. Ven, déjame guiarte hasta la entrada del horrible escondite de la bruja.

Empezamos a subir la pendiente con Inana haciendo trinos en mi oído e interrumpiéndose de vez en cuando para darme instrucciones. Llegamos a una empinada pared de roca en la base de la colina cónica e Inana me dijo que esperara un momento.

—¿Para qué? —quise saber.

—Los otros dos regresan aquí —me dijo. No tenía yo ni idea de cómo lo sabía, pero pensé que era mejor no discutir. Por suerte no lo hice, porque en unos minutos oí la melodiosa voz de Serrena que charlaba alegremente con Ramsés, y los roncos tonos de él al responderle. Sus voces se hicieron más fuertes a medida que se acercaban, entonces Inana voló de mi hombro y se posó en el acantilado por encima de mí. En ese momento los otros dos aparecieron en una curva de la pared rocosa y me saludaron con la mano. Inana lo había sincronizado perfectamente y ellos no tenían ni idea de que yo estuviera relacionado con el hermoso pájaro posado en el acantilado, allá arriba.

—¿Encontraron algo? —les grité.

—No, nada —respondió Ramsés—. ¿Y tú?

Yo estaba a punto de darle la misma respuesta cuando levanté la vista y vi algo que no había notado hasta ese momento.

—Hay una fisura en la pared del acantilado. Parece interesante.

Aceleraron el paso y cuando llegaron a mi lado, señalé la apertura. Estaba casi oculta por la densa vegetación que la ahogaba, y era obvio que ningún hombre ni animal había entrado allí en muchos años.

La grieta en la pared de roca era lo suficientemente ancha como para permitir que tres hombres adultos entraran simultáneamente hombro con hombro. Saqué mi espada de la vaina en mi cadera y empecé a cortar los

arbustos y enredaderas que obstruían la entrada. Ramsés se unió a mí y Serrena se ubicó detrás de nosotros, dando buenos consejos e instándonos a seguir adelante. Por encima de nosotros, el simpático pajarillo cantaba de arbusto en arbusto parlotando con entusiasmo. Nos abrimos paso hacia la fisura a lo largo de unos veinte pasos antes de llegar a una gigantesca roca redonda que estaba atascada entre las paredes, bloqueando completamente la entrada. Parecía que había estado en su lugar durante mucho tiempo, tal vez incluso durante siglos. Eliminamos los arbustos que crecían allí, delante de este obstáculo y luego me volví hacia Serrena.

—Espero que recuerdes la contraseña —le dije.

—Sí, por supuesto —me respondió—. Es «abre...»

—¡No! —exclamé levantando apenas la voz—. No digas las palabras hasta que estemos los dos listos.

—No tienes por qué gritarme —replicó con altivez.

—Es mejor que estrangularte —reaccioné.

—Supongo que así es, si lo pones de esa manera —convino ella con una sonrisa de arrepentimiento. Ofreció su mano y yo la tomé. Nos quedamos lado a lado frente a la roca trabada, con Ramsés cerca detrás de nosotros.

La curruca voló hacia la fisura y se posó en la parte superior de la enorme roca redonda ante nosotros. Respiré profundamente. Por alguna razón me sentí repentinamente nervioso. Apreté la mano de Serrena y empezamos juntos.

—¡Abre, poderoso Jano de dos caras! —cantamos en unísono, y luego nos detuvimos.

—¡Abre, poderoso Jano de dos caras! —repetimos nuestra exhortación. Luego, respirábamos juntos y lo hicimos por tercera y última vez—: ¡Abre, poderoso Jano de dos caras!

Con un rugido como de trueno, la roca estalló en cientos de trozos voladores. La curruca de alas rojas estaba sentada directamente encima de ella y fue arrojada por la boca de la grieta. Sus gritos de sorpresa y terror casi igualaron la fuerza del estallido. Incluso en medio de mi propia angustia, me sentí agradecido por la inmortalidad de Inana y su invulnerabilidad al daño físico, porque sin esa protección ella habría sufrido graves heridas. Serrena y yo estábamos ubicados bastante alejados, pero fuimos empujados hacia atrás y perdimos el equilibrio para recibir una lluvia de fragmentos de roca y otros escombros. Ramsés estaba dos veces más lejos de la fuente de la explosión, pero siendo solo humano sufrió mucho más que Serrena y que yo. Me sentí

muy conmovido por la preocupación de Serrena por él, pero creo que él estaba más bien exagerando la imagen del héroe moribundo. Los dejé y avancé sobre los escombros hasta la entrada de la caverna que había quedado a la vista, y miré dentro de ella.

En efecto, parecía ser la abertura a la caverna que Hécate había utilizado para guardar las hojas de espada y las otras armas entre las que había tratado de ocultar aquella que podía terminar con la existencia malvada de Terramesh. Pero las densas sombras y la fina nube de polvo que se había levantado por la explosión oscurecían casi por completo el interior. Los tres nos vimos obligados a contener nuestra impaciencia y esperar hasta que el polvo se asentara. Para cuando esto ocurrió, el sol ya se ponía detrás de la colina cónica.

Afortunadamente yo había traído conmigo una buena provisión de antorchas hechas con cañas secas y palos de resinosa madera. Encendimos tres de estos palos de fuego y, sosteniéndolos en alto, volvimos a la entrada de la cueva y espiamos por la abertura.

La caverna que en ese momento se revelaba no era particularmente grande. De todos modos, parecía el interior de un depósito particularmente desordenado; uno que no había sido limpiado ni ordenado en un siglo o más. Toda esa basura estaba apilada de pared a pared hasta la altura de la cabeza. Solamente algunos de los objetos todavía podían ser reconocidos por lo que eran: había haces de flechas, hachas de mano, espadas y otras armas de filo.

El resto del contenido de la cueva consistía en cientos y cientos de otros artículos amorfos, apilados unos sobre otros y luego revestidos con una gruesa capa de polvo que efectivamente ocultaba su identidad. Mi espíritu se acobardó cuando me di cuenta de que tendríamos que sacar todos los objetos a la luz del día, limpiarles la suciedad y luego por algún medio u otro tratar de llegar a una conclusión sobre cuál era el arma que tan gravemente había herido a Terramesh tantos siglos atrás. Como alguien de larga vida y de un putativo origen divino descubrí que no tenía el menor indicio intuitivo de cuál era esa arma.

Miré a mi alrededor en busca de la curruca de alas rojas, pero, típica mujer, ella no estaba a la vista cuando más la necesitaba.

—Bueno, será mejor que empecemos, supongo. —Traté de mostrarme entusiasmado.

—Arriba ese espíritu, Tata —me animó Serrena—. No debería llevarnos más de un mes, aproximadamente.

No había espacio para más que uno de nosotros trabajando adentro de la caverna a la vez. Ramsés y yo nos turnamos para hacerlo. Los otros dos se ubicarían en la entrada de la fisura para pasar cada objeto de mano en mano hasta llegar a ser apilados fuera de la entrada. Fue un proceso lento y tedioso. Incluso con tiras de tela atadas alrededor de nuestras narices y bocas, el polvo que levantábamos nos ahogaba y no podíamos soportarlo por mucho tiempo antes de tener que cambiar de lugar.

Trabajamos mientras la luna se elevó y muy lentamente atravesó el cielo sobre nosotros. Un poco antes de la medianoche, le había entregado mi posición en el almacén principal a Ramsés y volví a entrar en el túnel. En la pared encima de mi cabeza había colocado una de las antorchas de cañas secas en un soporte. Estaba dando buena luz.

Había perdido la cuenta del número de artículos polvorientos que Ramsés me había pasado para llevárselos a Serrena a la entrada, pero luego hizo algo que rompió el ritmo y la monotonía. Me pasó una vieja bolsa de cuero que estaba seca y frágil por el paso del tiempo. Cuando se lo saqué de la mano, el cuero se abrió y el contenido se derramó a mis pies sobre el piso de la abertura. Murmuré una maldición y luego me incliné para recoger el contenido. Se trataba de cuatro puntas de flecha de bronce. Antes de tocarlas me detuve y las miré. Tres de ellas estaban corroídas por el tiempo, negras y desgastadas al punto de ser apenas reconocibles. La cuarta punta de flecha estaba tan perfecta como si hubiera abandonado en ese mismo instante el yunque del herrero. Estaba brillante y afilada, así que la luz de las antorchas danzó sobre su superficie.

Estiré la mano para tomarla, pero cuando mis dedos la tocaron, lancé una exclamación de sorpresa y retiré la mano hacia atrás. Estaba caliente, bastante pero no muy dolorosa al tacto. Tenía la espalda vuelta hacia Ramsés, así que él no había visto mi reacción. Fuera de la entrada de la cueva, Serrena también estaba dada vuelta apilando los otros objetos que yo le había pasado. Ninguno de los dos se dio cuenta de mi descubrimiento.

Junté las cuatro puntas de flecha. Dado que ya estaba preparado para sentirlo, el calor de la cuarta resultaba casi reconfortante. Las llevé a la entrada donde Serrena se volvió para mirarme con una sonrisa cansada.

—¿Ya casi terminamos? —preguntó.

—Bueno, quizás estamos casi a la mitad —le respondí y ella puso los ojos en blanco. Deposité las tres puntas de flechas antiguas y erosionadas en su mano extendida. Ella empezó a alejarse pero la detuve.

—Hay una más —le dije, y ella se volvió hacia mí para ofrecerme su otra mano. Puse la cuarta punta de flecha en su palma. Ella se sacudió como si la hubiera picado una abeja. Arrojó las tres puntas de flecha antiguas en su otra mano al suelo y tomó la cuarta con ambas manos como si fuera algo muy valioso.

—¡Esta es, Tata! —Acercó la punta de flecha brillante a su cara y la miró detenidamente—. Esto es lo que estamos buscando.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Lo sé. Simplemente lo sé. Y tú también lo sabes, Tata. —Me miró acusándome—. Lo sabías antes de dármela, admítelo.

Me reí un poco.

—Llama a tu amigo Ramsés. Cabalgaremos de inmediato hacia el campamento de tu papá en Abu Naskos. Y no pierdas la punta de flecha. Tu reino y la vida de tu marido pueden depender de ello.

Los tres estábamos en camino en menos de una hora y llegamos al río Tantica antes del amanecer. Hicimos beber agua a los caballos y seguimos cabalgando hasta la mitad de la tarde cuando nos detuvimos para que los caballos y nosotros descansáramos durante tres horas. Luego seguimos andando toda la segunda noche. Dos de los caballos cayeron durante esta etapa del viaje, pero los abandonamos y seguimos nuestro camino. Perdimos dos animales más al final del día siguiente, pero llegamos al campamento del rey Hurotas frente a Abu Naskos antes del amanecer. Habíamos cabalgado desde la caverna de Hécate hasta el campamento de Hurotas en tres días, lo cual era una hazaña de la que debíamos sentirnos orgullosos. Pero no me sentía tan orgulloso por haber matado caballos al hacerlo.

Encontramos que muy pocas cosas habían cambiado en nuestra ausencia. Se había llegado a un punto muerto entre los dos ejércitos, en el que cada uno permanecía en el propio territorio en sus respectivos lados del Nilo. Ninguno de nuestros hombres estaba dispuesto a cruzar el Nilo y encarar la certeza de ser enfrentado por Terramesh.

El único cambio significativo había sido la decisión de dos de los reyes menores de renunciar al juramento de «una ofensa a uno es una ofensa a todos». Habían subido a sus barcos con sus ejércitos particulares y navegaron de nuevo por el Nilo hasta el Mar del Medio, y desde allí se dirigieron a sus propios reinos, si es que podía llamarse reino a una pestilente roca barrida por

el viento y habitada por unos piratas traidores. Como señaló Hurotas, había menos de ciento cincuenta en total, y cada uno de ellos era un llorón y un cobarde, incluidos estos dos reyes.

Después de saludar a Hurotas y Hui, lo siguiente que hice fue convocar a Tarmacat, el más famoso fabricante de arcos y flechas del mundo civilizado. Éramos viejos amigos y vino a mí apenas recibió mi llamado. Después de abrazarnos e intercambiar saludos, le dije:

—Quiero que me hagas la flecha más perfecta que exista. El destino del mundo civilizado puede depender de ello.

—Es el pedido por el que he estado esperando toda mi vida —replicó—. Muéstrame el arco y te haré la flecha para él.

Lo llevé hasta la mesa de marfil que había en la parte de atrás de mi tienda y retiré la tela de seda que la cubría. Allí había un arco sin tensar. Tarmacat se acercó y antes incluso de tocarlo, su expresión cambió a una de admiración.

—Solo he visto otros tres arcos que se parezcan a este. —Acarició con reverencia las intrincadas ataduras de hilo de oro que cubrían la empuñadura—. Todos eran propiedad de un rey o de un monarca.

—Este no es una excepción, buen Tarmacat. Pertenece a Ramsés Primero, Faraón del Alto y Bajo Egipto.

—No esperaba menos, mi Señor Taita. Empezaré de inmediato. No perderé otra hora de mi vida.

—Te ayudaré —le dije. Tarmacat tenía gran cantidad de los mejores materiales a su disposición, materiales que había acumulado a lo largo de toda la vida. Tardamos otros dos días en hacer una selección de lo mejor y después tallar y dar forma a cuatro astiles a la perfección. Luego Tarmacat los equilibró para que volaran con precisión a una distancia de doscientos pasos. Finalmente, colocamos las puntas de flecha que Serrena y yo habíamos descubierto en la caverna de Hécate en cada uno de los perfectos astiles, uno después de otro. Ramsés disparó cada flecha una vez, y elegimos la que mostraba la menor desviación, que era menos de un centímetro.

Esa noche nadé hasta la tercera de las cuatro islas en el Nilo frente a la fortaleza de Abu Naskos, y mientras esperaba a que Inana hiciera su aparición, volví a examinar el pozo que el pueblo antiguo había construido. Me di cuenta de que su propósito seguía siendo un enigma para mí. Me sentí aliviado cuando Inana finalmente apareció. La última vez que la había visto fue cuando ella cantaba una linda melodía posada con su bello plumaje sobre

la gran roca que bloqueaba la entrada a la caverna de Hécate. Tuve el buen sentido de no recordarle esa ocasión.

Tal vez, como recompensa por mi tacto, vino directamente a mí desde la oscuridad de la noche y por primera vez me besó en ambas mejillas, y luego, a pesar de estar empapado con agua del río, se acomodó en mi regazo.

—Me alegro de que tú y tu secuaz Tarmacat hayan podido producir la flecha perfecta —me dijo sin preámbulos.

—Nunca se te escapa nada, ¿verdad? —Todavía estaba saboreando esos besos, y me sorprendió lo mucho que disfruté de esa experiencia—. Pero ¿vamos a tener la oportunidad de alguna vez usar esa flecha?

Ella ignoró mi duda.

—Hay un claro oculto en el bosque detrás de la fortaleza de Abu Naskos en la orilla occidental del río Nilo. Hécate lo diseñó como un lugar de retiro y refugio especialmente para su hijo.

—¿Qué quieres decir con eso de «un claro oculto»? —Yo estaba intrigado.

—Quiero decir exactamente lo que digo. No existe sino para aquellos que tienen los ojos para ver y los oídos para oír.

—¿De dónde sacaré el uso de esos ojos y oídos?

—Solo de alguno de nosotros, los que vivimos en el monte Olimpo.

—¿Quieres decir un dios? ¿Ni siquiera alguien de origen divino?

—¡Querido Taita, me sorprendes con tu perspicacia! Eso es precisamente lo que quiero decir.

—Mi perspicacia casi se equipara con tu sarcasmo. —Bajé la voz cuando dije esto.

—Me alegro de no haber oído eso. —Se encogió de hombros—. Pero para volver a asuntos más importantes que la perspicacia y el sarcasmo:

Terramesh, el hijo de la diosa Hécate, está en este jardín secreto en este mismo momento, pero se está poniendo inquieto. Ni siquiera yo sé si estará allí mañana por la mañana.

—¿Cuánto tardarás en llevarnos allí?

—Hablaré con mi amiga la curruca de alas rojas —dijo, y luego sonrió—. Espero que se haya recuperado de la apertura de la caverna de Hécate. La pobre criaturita sufrió una terrible conmoción.

Todavía no era medianoche cuando me separé de Inana y la dejé en la tercera

isla. Les había advertido a Ramsés y a Serrena que estuvieran preparados para actuar con rapidez a mi regreso al campamento de Hurotas. Ambos estaban juntos en mi tienda, completamente vestidos y durmiendo con sueño ligero en mi cama. Respondieron instantáneamente a mi silencioso llamado para despertarlos. Tenía los caballos ensillados y listos para montar en los establos detrás de mi tienda.

También había arreglado que los livianos esquifes de remo estuvieran ocultos a intervalos a lo largo de la orilla del río, tanto río arriba como río abajo del campamento principal, porque aún no tenía idea de dónde debíamos cruzar. Finalmente resultó que el claro oculto de Terramesh estaba a menos de dos leguas río abajo de nosotros. Estaba amaneciendo cuando los tres llegamos a la orilla oriental, frente a él. Dejamos en libertad a nuestras cabalgaduras para que regresaran al campamento. Luego bajamos a la orilla del Nilo y encontramos el esquife escondido bajo un montón de maderas flotantes y otros desperdicios. Apartamos la basura y luego Ramsés y yo arrastramos el bote hasta el borde del agua, con Serrena siguiéndonos y llevando el estuche de cuero con el arco y otro equipo ligero. Subimos al bote, lo apartamos de la orilla y remamos hasta el lado del río de Utteric. Estábamos ocultando el esquife otra vez bajo una cubierta de vegetación cuando oí un gorjeo conocido y levanté la vista para ver a la curruca de pecho rojo revoloteando impaciente entre las ramas del árbol que se alzaba sobre nosotros. Ramsés tensó su arco y comprobó el contenido de su aljaba antes de dirigirnos hacia el norte a un trote liviano y saltarín. Ninguno de los otros dos se dio cuenta de que yo iba siguiendo al pájaro. Ni siquiera eran conscientes de su existencia.

Corrimos durante la mitad de la mañana. No había camino ni sendero para seguir, pero la curruca escogió el terreno más fácil para que nosotros lo atravesáramos. Las colinas que subimos estaban densamente arboladas, y el bosque se hacía más denso a medida que avanzábamos metiéndonos en él.

De repente, sin advertencia, la curruca desapareció. Nos detuvimos abruptamente y Serrena y Ramsés me miraron expectantes. Yo estaba tan perplejo como ellos, pero puse la mejor cara posible y les dije con un aire de seguridad:

—Esperen aquí. No tardaré mucho. Solo quiero comprobar el estado del terreno por delante.

Los dejé y me abrí camino a través de lo que parecía ser una barrera impenetrable de arbustos espinosos. Pero a pesar de la apariencia salvaje de

las espinas con punta roja y en forma de gancho, estas resultaron ser increíblemente complacientes. Se deslizaban sobre mis miembros y mi cuerpo sin lastimar mi carne o mi ropa. Pero después de muy poco tiempo me encontré sometido a una languidez repentina y debilitante. Mis pasos se hicieron más lentos y me detuve. Quería sentarme y descansar, y posiblemente hacer una breve siesta. Mi visión se oscureció.

Recién entonces me di cuenta de que estaba siendo manipulado por una influencia ajena. Me había topado con una barrera psíquica. Sentí que me balanceaba sobre mis pies y mis piernas se iban entumeciendo y las sentía pesadas debajo de mí. Mi mente se iba nublando. No podía pensar con claridad. No podía ir más lejos.

Entonces sentí una ligera presión en el hombro y oí la dulce voz de Inana en mi oído.

—¡Lucha, Taita! Tú sabes de qué se trata. Puedes superarlo.

Respiré hondo y mi respiración silbó en mi garganta y en el pecho y escuché su voz. Sentí que la nube oscura que estaba inundando mi mente comenzaba a aligerarse y a disminuir. Mis piernas se afirmaron debajo de mí. Las obligué a dar otro paso.

—Sí, Taita. Tienes el poder de superarlo. Sé fuerte para ti y para los que amas. Ahora te necesitan.

Di otro paso, y luego otro. Las espinas me rozaron el rostro, pero supe de manera intuitiva que Inana estaba moviendo las puntas para que no me lastimaran la piel.

Entonces de repente las espinas ya no me rozaban la cara y pude ver la luz detrás de mis párpados cerrados. Abrí los ojos y vi un maravilloso paisaje que se abría ante mí. El denso seto de espinosos arbustos había desaparecido. Ante mis ojos se extendía un jardín de delicias. Había límpidos lagos y cascadas que brillaban bajo la luz del sol. Había bosques de encantadores árboles verdes y magníficos. Sus ramas altas estaban salpicadas con llamativas flores que brillaban como rubíes y zafiros. Bajo ellos se extendían alfombras de césped de aterciopelado verde.

Del bosque al otro lado del lago emergió una manada de los hermosos unicornios negros que había visto por última vez tirando del carro de Terramesh con las devastadoras cuchillas en las ruedas. En ese momento corrían libres y sin arneses. Retozaban como potros mientras se dirigían al borde del lago para beber de sus aguas. Una vez satisfechos, trotaron de vuelta hacia el borde del bosque y desaparecieron entre los árboles.

—Este es el jardín oculto de Terramesh —dije con toda seguridad, mis sentidos ya recuperados en su totalidad. El pájaro en mi hombro gorjeó su acuerdo, y sentí una punzada de preocupación—. Pero ¿dónde está Terramesh ahora?

—Está durmiendo.

—¿Estás segura de eso, Inana?

—No tengas miedo. Ahora estás a salvo conmigo.

—No tengo miedo —la corregí con dignidad—. Estaba un tanto preocupado, y eso es todo. —Luego pasé a cuestiones más urgentes—. ¿Cómo vamos a hacer para que Terramesh se ubique en una posición desde la que Ramsés pueda disparar con precisión al lado no dañado de su cara?

Y así fue que consideramos este problema en detalle. Inana abandonó su avatar como ave para volver a su forma humana y de ese modo hacer que su explicación resultara más clara. Señaló el área del jardín que ella había elegido como sitio para matarlo. Luego explicó cómo pensaba manipular a nuestra víctima para que fuera allí, y también dónde debíamos ubicarnos Ramsés, Serrena y yo para esperar la llegada de Terramesh.

—Él nunca antes ha visto a Serrena. Él va a creer que se trata de una aparición más que humana, un espíritu para su placer provisto por su madre o por alguno de los otros dioses oscuros que lo protegen. Estos han hecho estas cosas por él muchas veces antes. Para él se tratará de algo esperable y estará completamente desprevenido. —Inana se dio vuelta y señaló un magnífico árbol solitario que crecía en medio del césped. —El centro de ese tronco de sicómoro está hueco. Tú y Ramsés lo usarán como escondite. Cuando Serrena haya hecho que la presa vaya a la posición correcta, precisamente a la distancia acordada, Ramsés lo recibirá con el desafío. Entonces, cuando se dé vuelta, Ramsés hará el resto. —Me miró con esos ojos asombrosamente encantadores—. ¿Hay algo que no haya quedado bien claro?

—Sí. ¿Cómo voy a hacer para que Serrena y Ramsés atraviesen la cerca de espinas sin que se queden dormidos a mi lado?

—Estoy segura de que algo se te va a ocurrir —respondió ella y oí el eco de la risa en su voz mientras mutaba otra vez de diosa a un hermoso pajarillo—. No puedes esperar que te ayude. No en mi forma actual.

Volví a atravesar el seto de espinas y encontré a Ramsés y Serrena esperándome ansiosos donde los había dejado al otro lado.

—¿Dónde has estado, Tata? —preguntaron al unísono—. Estábamos muy preocupados.

—Lo único por lo que tienen que preocuparse es que tengo que llevar a cada uno de ustedes a través de este seto de espinas. Por favor no discutan. Nos estamos quedando sin tiempo.

—Pero... —respondió Ramsés con indignación.

—Nada de peros, mi querido marido. Ya escuchaste a Tata. Tú vas primero —le dijo Serrena con firmeza, y él se calmó. Indiscutiblemente ella ya estaba en control en su calidad de esposa principal.

Ramsés quería llevar su propio estuche con el arco, pero yo me opuse y lo dejé al cuidado de Serrena, lo que él aceptó a regañadientes. Con las manos vacías, consiguió atravesar el seto de espinas antes de que sus piernas se doblaran debajo de él y se acurrucara en el suelo, roncando suavemente con una sonrisa de felicidad en el rostro. Era un hombre corpulento, todo músculo y hueso, pero logré cargarlo sobre un hombro y llevarlo al jardín oculto. Lo dejé a la sombra del sicómoro gigante y dejé a la curruca encaramada en el follaje sobre él para vigilarlo.

Luego volví a atravesar el seto para buscar a Serrena. Ella saltó a mis brazos sin la menor objeción y me echó los brazos al cuello.

—He estado esperando con ansias esto —me dijo alegremente. Después de haber cargado a su marido, ella parecía ligera como la semilla voladora del cardo y pude llevar el estuche del arco y otras cargas además de a ella. Cuando la deposité bajo el sicómoro junto a Ramsés, ella se acurrucó junto a él sin que ninguno de los dos despertara. Me senté y los miré durante un minuto o dos. Formaban una pareja tan perfecta que me sentí dominado por sentimientos almibarados.

—Esto es muy hogareño y entrañable —gorjeó la curruca en las ramas por encima de mí—. Quizá una canción de cuna cantada por mí sería lo ideal.

Ramsés y yo habíamos acordado hacía mucho tiempo que sesenta y cinco pasos era la distancia máxima para el disparo más preciso de su arco. A esa distancia había demostrado que podía dar en un blanco del tamaño de una bellota una y otra vez, sin fallar nunca. Le di golpecitos en las mejillas hasta que salió de su sueño, y miró a todos lados, maravillado por la belleza del jardín secreto. Sus exclamaciones despertaron a Serrena. Una vez que ambos se acostumbraron a su nuevo entorno, les expliqué qué era lo que yo esperaba que cada uno de ellos hiciera.

Le entregué a Serrena el pequeño envoltorio de cosméticos y otros

adminículos femeninos que yo había llevado con el estuche del arco y con los que podía realzar su belleza hasta un esplendor aún mayor. La dejamos ocupada con esas brujerías femeninas, mientras Ramsés y yo recorriamos el sitio elegido para matar, desde el tronco hueco del sicómoro hasta la flor silvestre de color azul que crecía en solitario esplendor en el centro del césped frente al lago.

Inana nos había asegurado que Terramesh estaba dormido en el bosque al otro lado del lago. Inana, en su avatar de curruca de alas rojas, estaba encaramada en lo alto del árbol bajo el cual yacía él. Ella lo iba a mantener dormido hasta que Ramsés y yo estuviéramos listos para recibirlo. Había un camino elevado por sobre el centro del lago. Inana haría que Terramesh lo usara tan pronto como ella lo despertara.

Finalmente la trampa quedó lista. Ramsés y yo ocupamos nuestras posiciones dentro del centro hueco del sicómoro. Ramsés colocó la flecha fatal en la cuerda de su arco. La punta metálica de la flecha brilló con una peculiar pátina de oro puro. Cerró los ojos durante unos segundos, como si estuviera orando. Luego los abrió de nuevo y me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Entré en el hueco del tronco y miré hacia la amplia extensión del césped hasta donde Serrena esperaba sin llamar la atención bajo el saliente de la cerca de espinas que rodeaba el jardín secreto. Sentada y tensa, esperaba con ansiedad mi señal. Agité mi mano libre por encima de mi cabeza, y ella se levantó y caminó con gracia por el césped para ocupar su posición junto a la flor azul. Esto pareció ser una señal para mí, pero más exactamente era mi señal para Inana que yo sabía estaba mirando desde la copa de los árboles en el otro lado del lago.

Serrena llevaba puesto el vestido de seda que había sido su traje de novia. Brillaba cuando ella se movía y mostraba con exquisito detalle la escultura que era su cuerpo. Las largas trenzas de su pelo atrapaban la luz del sol y sus facciones brillaban con los cosméticos que ella había aplicado, haciendo que todo su entorno pareciera monótono en comparación.

Aparté mis ojos de ella para darme vuelta y mirar al otro lado del lago justo cuando la imponente figura de Terramesh salía del bosque que se extendía al otro lado. Allí se detuvo para estirarse y bostezar de manera cavernosa, antes de avanzar por el camino que pasaba sobre las aguas. Estaba desarmado, no llevaba ni espada ni arco. Vestía solo un pequeño taparrabos, de modo que su extraordinario físico estaba casi completamente a la vista. Parecía estar compuesto enteramente de grandes huesos y abultados

músculos, no necesariamente unos en armonía con los otros. Parecía ser más un animal salvaje que un ser humano.

Solo un lado de su cabeza estaba cubierto por el casco de metal. La mitad expuesta carecía totalmente de pelo, y estaba surcada y marcada por cicatrices, tantas que parecía una parodia de carne y piel naturales. En el centro de esta superficie de carne dañada, su ojo sin párpados miraba sin pestañear hacia adelante.

Estaba a medio camino por sobre el camino sobre el agua cuando advirtió la presencia de Serrena, de pie en el césped delante de él. Se detuvo a mitad de un paso y la miró fijamente con su único ojo.

Serrena le devolvió la mirada igualmente inexpresiva. Luego levantó ambas manos hacia el pecho y, comenzando por el botón debajo de la barbilla, comenzó a abrir sin prisa su corpiño hasta la cintura. Luego separó delicadamente la tela de modo que sus pechos aparecieron en la abertura, grandes, redondos y blancos, coronados por pezones rojizos. Tomó uno de sus pezones entre dos dedos y lo apuntó hacia Terramesh, manipulándolo suavemente hasta que una gota de líquido claro brilló en la punta. Al mismo tiempo entrecerró los ojos en una flagrante invitación, lo que se convirtió en una mezcla perfecta de pureza y lujuria.

Terramesh alzó ambas manos hasta los ajustes del casco, luego se lo sacó de la cabeza y lo dejó caer. El contraste entre un lado de su cara y el otro era sorprendente. La ruina y la mutilación del lado izquierdo eran compensadas por la austera nobleza del lado derecho. Pero de todas maneras el ojo era cruel y la línea de la boca implacable. Sonrió con la mitad no dañada de sus labios pero fue una sonrisa sin humor ni amabilidad. Más bien fue una mueca de lascivia y voracidad.

Con ambas manos se quitó el taparrabos y lo arrojó al suelo, de modo que sus genitales quedaron expuestos. Se balanceaba flácido y blando hasta las rodillas. Tomó el pene en una mano y lo acarició moviendo la mano hacia atrás y adelante. Sus dedos apenas cubrían su circunferencia a medida que iba adquiriendo dureza y rigidez. El prepucio dejó al descubierto el glande, rosado y brillante y del tamaño de una manzana madura. Se extendía rígidamente hacia adelante con la misma longitud del antebrazo.

Serrena parecía estimulada por esta exhibición. Se quitó las vestimentas y quedó desnuda con ambas manos ahuecadas sobre el pubis y las caderas echadas hacia adelante. Sonrió lascivamente y le respondió con la misma concupiscencia de él. Yo estaba sorprendido por esa exhibición de lujuria

desenfrenada de ella, aunque me daba cuenta de que era simulada.

Terramesh empezó a avanzar. Salió del camino sobre el lago y subió por la ladera hacia donde estaba ella. Pasó cerca de donde Ramsés y yo estábamos ocultos en el hueco del sicómoro, tan cerca que pude oír sus gruñidos de excitación como los de un gran jabalí en celo y olía como el hedor de una virulenta plaga.

Lo dejé avanzar veinte pasos por el césped y luego le toqué el hombro a Ramsés. Salimos a la vez de nuestro escondite. Ramsés dio tres pasos delante de mí para tener una vista clara para su disparo, y luego se dejó caer naturalmente hasta la posición del arquero con su arco listo y la única flecha en posición. Sobre el césped ante nosotros, Terramesh se detuvo unos pasos delante de donde se encontraba Serrena. Se alzó sobre ella, casi borrándola de nuestra línea de visión.

En el mismo momento, Ramsés lo llamó con una voz tan atronadora que me sorprendió incluso a mí, que estaba enteramente preparado para ello.

—Hijo de Phontus, te traigo un mensaje de tu padre.

Terramesh se volvió hacia nosotros. Se quedó inmóvil, mirándonos fijamente. Entonces todo pareció ocurrir en el mismo instante. Serrena cayó boca abajo en la hierba detrás de él, despejando así el espacio para el disparo de Ramsés. En un solo movimiento fluido, Ramsés levantó el arco y estiró de nuevo la cuerda a su máxima extensión para luego soltarla con una aguda y casi musical vibración de la cuerda.

La reacción de Terramesh pareció instantánea, pero de todos modos resultó demasiado lenta como para engañar a la letal flecha, que ya estaba a mitad de camino de su objetivo. Llegó a su cenit y comenzó la caída antes de que él siquiera pestañeara. Tanto su horrible rostro como su enorme pene apuntaban al cielo desde donde caía la flecha como un rayo de sol. Lo alcanzó precisamente en el centro de su globo ocular, que explotó en un brillante estallido de líquido acuoso. El astil sobresalía medio brazo de la cuenca del ojo de Terramesh. En ese ángulo y profundidad, seguramente le había atravesado el cerebro. Yo esperaba que cayera instantáneamente y quedara allí tendido. Pero en lugar de eso, empezó a correr y al mismo tiempo lanzaba un grito monótono, agudo y penetrante. Venía directamente hacia nosotros. En primer momento pensé que era un ataque deliberado, pero no daba ninguna señal de vernos. Y cuando Ramsés y yo saltamos fuera de su camino, él siguió derecho colina abajo hacia el lago, gritando ciegamente su dolor y su furia.

Sacamos nuestras espadas y fuimos tras él, persiguiéndolo, pero ninguno de los dos pudo alcanzarlo. Entonces, todavía gritando, corrió hacia el sicómoro gigante, que evidentemente no podía ver. El impacto empujó la punta de la flecha completamente a través del cráneo para salir por la parte de atrás de su cabeza. Pero se mantuvo sobre sus pies tambaleándose en pequeños círculos, sin dejar de aullar. Entonces la carne comenzó a caérsele de la cabeza en tiras como si estuviera pudriéndose. El hueso blanco del cráneo brilló a la luz del sol y luego también empezó a deshacerse.

Simultáneamente la carne de sus brazos y del torso se ennegreció y se separó del hueso en tiras y pedazos. El hedor de putrefacción que su cuerpo emitió era tan abrumador que nos cubrimos la boca y las narices para retroceder alejándonos de él mientras se derrumbaba. Su cuerpo seguía retorciéndose y con convulsiones mientras se convertía en pulpa hasta quedar como un montón informe de excremento. Incluso esto se convirtió en polvo y comenzó a alejarse volando con el viento ligero que corría sobre el lago. Pero la punta de flecha que lo había matado estaba en el lugar donde había caído. Ramsés, vacilando, fue hacia ella y se agachó para recogerla, pero antes de que sus dedos la tocaran, el metal se ennegreció y se deshizo para convertirse en nada. A la larga, no quedó signo ni evidencia alguna de la existencia anterior de Terramesh.

Nos quedamos mirando atónitos y asombrados por un rato, hasta que finalmente nos dimos vuelta para dirigirnos a donde Serrena nos esperaba. Nos sentamos a cada lado de ella. Ramsés le puso el brazo alrededor de sus hombros y ella se apoyó contra él. Su rostro bajo los cosméticos era inexpresivo y pálido como la nieve, y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Tuve que hacer un esfuerzo para mirarlo. Era demasiado horrible —susurró. Luego señaló el lugar donde él había desaparecido—. Miren lo que le está ocurriendo al jardín oculto de Terramesh.

Ante nuestros ojos, el lago y las cascadas se secaron y se convirtieron en apenas unas sórdidas y turbias depresiones en la tierra, llenas de limo verde. Los árboles del bosque dejaron caer su exuberante verdor y las flores que los cubrían. Sus troncos y ramas se volvieron negros y secos. La hierba que crecía debajo de ellos se marchitó. Las ramas del sicómoro gigante cayeron del tronco para quedar retorcidas y enredadas en el suelo, como los de un amputado. El seto de espinas que había encerrado el jardín secreto reapareció, rígido e imponente, pero luego, casi inmediatamente, comenzó a caer y a desvanecerse. No quedaba vestigio alguno de la manada de magníficos

unicornios negros de Terramesh. Habían desaparecido con el resto del jardín secreto. Solo quedaba la decadencia y la devastación. La única excepción era el casco de Terramesh, que estaba donde lo había abandonado. Me agaché para tomarlo como un recuerdo de estos monumentales acontecimientos.

—No hay ninguna razón para que permanezcamos aquí un minuto más — dije mientras regresaba a donde ellos me esperaban. De inmediato Ramsés ayudó a Serrena a levantarse y nos dirigimos hacia donde habíamos dejado nuestro esquife escondido en la orilla del río Nilo. Ninguno de nosotros miró hacia atrás.

El sol se ponía cuando llegamos al campamento de Hurotas y un grito de júbilo se elevó cuando los centinelas nos reconocieron a los tres en el esquife. Algunos de ellos se metieron en el río para agarrar nuestro bote y arrastrarlo a tierra. Para cuando desembarcamos, la mitad del ejército se había reunido para recibirnos. Entonces Hurotas y Tehuti vinieron corriendo de su real tienda y se lanzaron sobre Serrena. Hurotas la tomó en sus brazos y la llevó a su campamento mientras Tehuti danzaba en círculo alrededor de ellos cantando su agradecimiento a todos los dioses por el regreso seguro de su hija. Ramsés y yo los seguimos a una discreta distancia, esperando nuestro turno de tener la atención de Hurotas. Por una afortunada casualidad teníamos con nosotros el saco que contenía nuestro equipo y el casco de Terramesh que yo había recuperado de donde él lo había abandonado en el camino sobre el lago.

Finalmente Tehuti tomó a su hija en sus brazos y, rodeadas por sus damas de honor, se retiraron al serrallo de las mujeres. Hurotas vino a nosotros inmediatamente.

—¡Sígueme! —ordenó—. Quiero saber exactamente lo que pasó y particularmente quiero saber cuál es el paradero de ese monstruo salvaje.

Nos condujo a su tienda privada para reuniones y, mientras buscábamos dónde sentarnos, él sacó un cántaro de vino tinto y sirvió el contenido en los enormes jarros que reservaba para ocasiones especiales. Una segura señal de su aprobación.

—Ahora dime. Cuéntamelo todo —ordenó mientras se dejaba caer en su trono frente a nosotros.

Ramsés me miró. En el viaje de regreso del jardín secreto habíamos discutido acerca de cuánto debíamos revelar a Hurotas de nuestro encuentro

con Terramesh. Nos preocupaba que tanto de lo que nos había sucedido fuera tan extraordinario que podía resultar increíble para cualquiera que no lo hubiera presenciado en persona. Habíamos acordado finalmente no ocultarle a Hurotas ningún detalle, por muy extravagante que pudiera parecer. Si dudaba de la veracidad de nuestra descripción, teníamos como prueba el testimonio de su querida hija. Él nunca podría pasar por alto eso.

Respiré hondo y tomé un largo trago de vino, lo que reforzó mi resolución, y luego comencé a hablar. Hablé durante mucho tiempo incluso según mis propios estándares. Por supuesto, resumí ligeramente algunos aspectos del papel de Serrena en los procedimientos. Después de todo, ella era su hija. Decidí que era innecesario describir su habilidad para distraer a Terramesh en los momentos antes de que Ramsés soltara la flecha fatal. Hurotas escuchaba ávidamente, a intervalos asintiendo su comprensión y aceptación de mi relato.

Cuando terminé de hablar, Hurotas guardó silencio durante un rato y luego dijo:

—Así que trajiste la calavera de Terramesh contigo, como una prueba irrefutable de la muerte de esta criatura.

—No —lo corregí suavemente—. No es eso lo que dije.

—Sé lo que dijiste y por supuesto te creo. Pero ¿para qué complicar las cosas? Tenemos un montón de buenos cráneos desparramados por aquí. Cualquiera de ellos podría haber pertenecido a esta criatura llamada Terramesh. Voy a enviar a nuestras tropas al otro lado del río para tomar la fortaleza de Abu Naskos. Si hubiera alguna posibilidad de que Terramesh todavía estuviera vivo y esperándolas, nuestras tropas se van a mostrar más que reacias a regresar al otro lado del río. Un cráneo bien limpio, o incluso uno sucio, los convencerá de que Terramesh no estará allí en la orilla occidental para recibirlos.

Miré a Ramsés y él me sonrió de nuevo.

—En el corto tiempo que llevo casado, he aprendido a no malgastar mi aliento discutiendo con mi esposa o con mi suegro.

A la mañana siguiente, todos los ejércitos de Ramsés I de Egipto, del rey Hurotas de Esparta y Lacedemonia, y de los catorce reyes menores restantes que le debían vasallaje, se reunieron al amanecer, pero muy alejados del río y fuera de la vista de los observadores en las murallas de la fortaleza de Abu Naskos. El estado de ánimo de nuestras tropas era poco entusiasta. Más tarde me enteré que había circulado un rumor malicioso por el campamento desde

que los tres volvimos la noche anterior de nuestra expedición al otro lado del Nilo. En esencia, este decía que la campaña contra Utteric Turo y su nuevo y formidable guerrero, Terramesh, iba a ser abandonada y que Hurotas y sus aliados estaban a punto de abandonar el campo y regresar a Esparta, llevando a Ramsés y su novia con ellos.

El rey Hurotas y el faraón Ramsés subieron a la plataforma para pasar revista y quedaron hombro a hombro frente a las apretadas filas, pero no hubo vítores ni golpes en los escudos de guerra con las espadas desenvainadas.

Después de una pausa solemne, Hurotas hizo un gesto imperativo y dos esclavos subieron al estrado. Entre ellos llevaban una gran canasta de mimbre, que colocaron en la parte delantera del estrado. Entonces retrocedieron, haciendo reverencias tan profundas que sus frentes tocaban los tabloncillos bajo sus pies. Después de otra pausa, Hurotas empezó a hablar.

—Hace dos días el faraón Ramsés y su esposa la reina Serrena Cleopatra, acompañada por el Señor Taita, cruzaron el río Nilo subrepticamente para entrar en territorio controlado por los rebeldes. Ellos fueron en busca de la vil criatura conocida por todos nosotros como el arquero con cara de cicatriz.

Un gemido bajo e involuntario resonó entre la numerosa tropa. Hurotas agitó la mano para calmarlos y continuó hablando.

—Este arquero también es conocido como Terramesh el Indestructible. Ordené a nuestros tres intrépidos héroes que lo buscaran y lo mataran como el perro rabioso que es, para luego regresar con su cabeza cortada, pero asegurándome de mantenerla oculta hasta que pudieran poner esa cabeza en mis manos. —Para ese momento Hurotas había captado la atención de la gran mayoría de los hombres reunidos ante él. El humor de todos ellos había mejorado. Incluso yo, que fui uno de los participantes, estaba fascinado por la hábil manipulación de los hechos presentada por Hurotas. Con un gesto teatral, Hurotas apuntó a la cesta de mimbre que estaba delante de él y todos los ojos en la densa masa de aurigas y arqueros siguieron el gesto. Hurotas dio un paso adelante y abrió la tapa de la canasta, luego metió la mano y sacó una cabeza humana que sostuvo en alto para que todos la vieran.

Restos de piel y carne podridos todavía se aferraban al hueso y la boca estaba abierta con la lengua azul hinchada colgando hacia un costado. Las cuencas de los ojos estaban vacías.

—¡Les presento la cabeza de Terramesh! —bramó. Ningún hombre en aquella formación podía dudar de su palabra, ni siquiera por un fugaz

segundo, pues ajustado al cráneo estaba el casco dorado que todos conocían tan bien y temían tan profundamente. Un grito de alegría y triunfo salió de aquellas ocho mil gargantas.

—¡Terramesh! Terramesh! ¡Terramesh!

Todos a la vez sacaron sus espadas para golpear los escudos al ritmo del tronar de sus voces.

Hurotas los dejó que gritaran hasta quedar roncos y luego separó el casco del cráneo y lo sostuvo en alto.

—Este trofeo será del regimiento que más se distinga en la batalla que se avecina. —Volvieron a rugir como leones. Luego, con su otra mano, levantó la mutilada cabeza humana con las cuencas de los ojos vacías y la lengua colgando—. Y este trofeo será de Hades, el Rey del Inframundo. Le será entregado por Hefesto, el dios del fuego.

Marchó con la cabeza hacia el fuego de los vigías y la arrojó a las llamas. Todos observamos fascinados mientras se quemaba hasta convertirse en cenizas. Fue la decisión propia de un rey, pensé. Nadie podría cuestionar la autenticidad del cráneo, puesto que ya no existía.

El ejército pasó el resto de ese día reparando las cuerdas de los arcos, afilando las espadas, reacondicionando los escudos y armaduras y descansando. Luego, cuando cayó la noche, esperamos a que la luna gibosa y creciente se pusiera, antes de formar con sus regimientos y marchar hasta la orilla del río para subir a los botes. No llevaban ninguna luz y todas las órdenes eran dadas por los oficiales en susurros. Los botes con tropas se dispersaron siguiendo cada uno su camino río arriba y río abajo hacia sus posiciones de desembarco en la costa enemiga, que habían sido cuidadosamente seleccionadas en los días y las semanas anteriores.

Habíamos esperado tomar a los centinelas enemigos por sorpresa, y llegado el momento no nos decepcionaron. Utteric y sus hombres se sentían seguros bajo la protección de Terramesh. Se decía que Utteric le había pagado la enorme fortuna de diez lakhs de plata para su protección. Sin embargo, hasta ese momento Utteric ignoraba por completo la muy reciente eliminación del monstruo de un solo ojo. Como consecuencia, la mitad de su ejército estaba posicionada fuera de los muros de la fortaleza de Abu Naskos donde estaban dedicados al cultivo de granos y hortalizas, y a la cría de cabras y ovejas para alimentarse a sí mismos y a sus compañeros durante el

resto de la campaña.

Llegamos a la costa después de la medianoche y lanzamos nuestro ataque contra ellos. La mayoría dormía, al igual que los centinelas, convencidos como ellos de que tenían la protección de Terramesh. Cuando los despertamos con nuestros gritos de guerra hicieron muy poco esfuerzo para levantarse y luchar, sino que corrieron a buscar el refugio de las murallas de la fortaleza en medio del caos y el pánico. Más de la mitad de ellos lo lograron. Los demás fueron derribados o tomados prisioneros.

Como era comprensible, nuestros hombres habían sido un poco tímidos en su persecución. A pesar de la exhibición de Hurotas de la cabeza cortada y su demostración de valentía el día anterior, la mayoría de ellos había esperado a medias que reapareciera Terramesh.

De todos modos, logramos capturar a más de cien hombres de Utteric. A dos de ellos los reconocí. Eran buenos hombres que habían sido atrapados en el lado equivocado de la valla. Cuando los aparté para interrogarlos me recordaron que sus nombres eran Batur y Nasla. Eran hermanos y habían luchado conmigo contra los hicsos. Cuando abrí un ánfora de vino y le serví a cada uno un jarro lleno recordaron que éramos realmente buenos amigos. Y con cada jarro que vaciaban se fueron haciendo más complacientes.

Los interrogué minuciosamente sobre las condiciones existentes en el interior de la fortaleza de Abu Naskos y respondieron bien dispuestos. Me dijeron que la fortaleza de Utteric era formidablemente segura contra un ataque. Había solo una entrada y esta era a través de las enormes puertas dobles de las murallas en el lado opuesto al río Nilo. Les pregunté acerca de escalar las murallas y me respondieron que había tres conjuntos de muros uno dentro del otro, y todos ellos eran imponentes en diseño y en construcción. Sugirieron que probablemente la forma más exitosa de asalto sería por túneles debajo de los cimientos. Luego les pregunté si sabían de alguna obra subterránea existente bajo la fortaleza, pero estaban convencidos de que no había ninguna. Aquello no parecía demasiado prometedor, y sonreí con tristeza al darme cuenta de que Utteric había elegido la fortaleza más fácil de defender de todo Egipto.

Batur y Nasla luego me informaron que Utteric había enviado a la mayoría de sus caballos y sus carros, probablemente a sus fuertes en el delta, a donde nos sería difícil seguirlos y encontrarlos. De todos modos, había conservado unos cuarenta carros y caballos que guardaba en los establos de la fortaleza, probablemente para ser usados en incursiones contra nosotros, aunque lo más

probable era que fueran usados para escapar de Abu Naskos si alguna vez eso se hiciera necesario.

Luego hablé con ellos sobre el enigma de la identidad de Utteric y estuvieron de acuerdo conmigo en que estaba usando dobles para confundir a sus enemigos, lo que por supuesto quería decir Hurotas y Ramsés. Sin embargo, Batur y Nasla habían trabajado en estrecho contacto con Utteric y afirmaban que podían distinguir entre él y sus dobles. Este era un recurso que resultó ser muy valioso para nosotros. Luego me dijeron que con cada día que pasaba, Utteric se iba volviendo más extraño y divorciado de la realidad, y que sus fantasías estaban tomando el lugar de la realidad en su mente. Esto no fue una gran sorpresa para mí. Su mente siempre había estado desquiciada.

Los hermanos también me dijeron que habían vivido durante los últimos dos años en la fortaleza de Abu Naskos y habían conocido la mayoría de las entradas y salidas secretas y las demás complejidades de esa enorme estructura. Cuando quise saber cómo fue que ambos se habían visto envueltos en la telaraña de Utteric, me explicaron que cuando eran jóvenes se habían alistado al servicio del faraón Tamose. Cuando fue asesinado por los hicsos, su hijo mayor Utteric había heredado la blanca Corona Hedyet del Faraón. Sin embargo, los hermanos se desencantaron rápidamente de Utteric. Me aseguraron que había sido su deseo más querido desertar y seguir el estandarte del faraón Ramsés, a quien ambos conocían y admiraban.

Le presenté a los dos a Ramsés y este los reconoció. Me dijo que tenía un gran respeto por ellos. Estuvo de acuerdo conmigo en que debíamos emplearlos como agentes secretos y ellos podrían ser utilizados eventualmente para ayudarnos a tener acceso a la fortaleza, de cualquier manera que aquello fuera factible. Batur era el hermano mayor y aceptó volver a Abu Naskos con la coartada de que había sido capturado por los hombres de Hurotas, pero había logrado escapar y regresar atravesando nuestras líneas para llegar a las puertas de Abu Naskos. El hermano menor era Nasla. Él se quedaría con nosotros fuera de las murallas para informarnos y aconsejarnos sobre asuntos relacionados con la fortaleza y el monstruo dentro. Los dos hermanos habían desarrollado un intrincado código de signos con el que podían comunicarse clandestinamente y a la distancia.

Yo confiaba en que iban a sernos sumamente útiles.

Las siguientes semanas fueron ocupadas en el trabajo laborioso de trasladar

nuestras fuerzas al otro lado del río y de acercarnos a la fortaleza para comenzar a prepararnos para el asalto final al baluarte de Utteric. Cuando finalmente este comenzó, pronto cayó en el conocido patrón de tres pasos de avance y luego dos pasos de retirada, en lugar de la forma envolvente de una danza formal. Nuestros ingenieros llevaron las trincheras y los túneles hacia las murallas de la fortaleza, partiendo de una distancia segura para evitar las flechas de los arqueros enemigos en lo alto de las murallas. Entonces, cuando ya estábamos cerca del pie de las murallas, los hombres de Utteric salieron durante la noche e intentaron destruir nuestras trincheras. Esto condujo a una lucha amarga en medio de una oscuridad prácticamente total en la cual era casi imposible distinguir amigos de enemigos.

Luego, a la mañana siguiente, evaluamos los daños y tuvimos que empezar de nuevo todo el triste proceso de reparar nuestras obras de tierra para luego hacerlas avanzar hacia los muros aparentemente inexpugnables. No era un pasatiempo que me atrajera particularmente, y dejé que se ocuparan de ello otros con más paciencia y experiencia en romper los muros de una ciudadela: hombres como Hurotas y Ramsés.

Mis pensamientos volvieron más bien a las cuatro islas misteriosas del Nilo y a mi agradable y más fructífera interacción con la diosa Inana, que estaba muy a menudo allí para recibirme. Había sacado el máximo provecho de las tres islas del lado este del canal, y solo la cuarta isla más cercana a la fortaleza de Abu Naskos todavía me esperaba. Esta isla se encontraba a un tiro de flecha desde lo alto de las murallas de la fortaleza por lo que me vi obligado a acercarme desde la orilla oriental, donde el punto principal del campamento de Hurotas había estado al principio. Pero aquella era una distancia muy larga para cubrirla nadando, incluso para mí, y los días y las noches se estaban haciendo cada vez más fríos. Así que me vi obligado a remar en el esquife durante las horas de oscuridad, cuando no sería un blanco tan obvio y tentador.

La primera noche que intenté esto había una luna gibosa que arrojaba una buena luz, pero no lo suficientemente buena como para hacer que yo y mi esquife fuéramos visibles desde las murallas de la fortaleza de Utteric. Al acercarme a la isla desde el lado más alejado de la fortaleza, me sorprendí por lo cerca que se veían las tres primeras. Cualquiera duda que me hubiera quedado acerca de la interrelación entre las cuatro islas, quedó allí disipada. Cuando llegué a ella, amarré mi esquife a una liana que colgaba desde lo alto de la pared hecha por el hombre hasta casi la superficie del río. Lo primero

que resultó obvio fue que la mampostería de piedra de esta isla estaba en mucho mejor estado de reparación que cualquiera de las otras tres. Pude identificar los bloques individuales de piedra. Incluso encontré puntos de apoyo que habían quedado en la pared, lo que hizo que el ascenso hasta la cima fuera mucho más fácil. Lo escalé rápidamente, alentado por mi entusiasmo, y cuando llegué a la cima encontré la entrada al pozo vertical exactamente donde yo esperaba, en el centro de la torre. Pero como la noche era tan oscura, solo pude ver un breve tramo descendente en el pozo.

Me di cuenta de que iba a tener que encender una de las velas que había traído conmigo. Estas eran una innovación mía muy reciente para reemplazar las antorchas comunes de cañas o hierbas. Las había fabricado con cera de abejas, lo cual era una innovación superior, y la clara luz que arrojaban era visible desde una gran distancia. Decidí correr el riesgo de que pudiera ser vista desde lo alto de las murallas de la fortaleza. Bajé un poco por el pozo hasta donde consideré que estaba seguro. Entonces, con alguna maniobra con los palillos de fuego obtuve un resplandor de polvo de madera que se convirtió en llama cuando acerqué la mecha de mi vela a él.

Mis ojos se ajustaron casi instantáneamente a la luz brillante y luego miré a su alrededor e inmediatamente la admiración me dejó sin aliento. La entrada al túnel en el que me encontraba, estaba completamente revestida de ladrillos de cerámica de un color verde pálido, todos decorados alrededor del margen con diminutas imágenes de un zorro del desierto de orejas puntiagudas.

Sin embargo, a diferencia de los tres primeros túneles, las paredes de este estaban en un notable estado de conservación. Más de una cuarta parte de los frisos de cerámica había sobrevivido a los siglos, y los escalones que yo pisaba estaban apenas gastados por el paso de los pies de los antiguos que los habían utilizado.

El pozo estaba bloqueado en dos o tres lugares por la caída de mampostería y otros escombros, pero pude abrirme paso entre ellos con mis manos desnudas. La escalera descendía al centro de la isla en un ángulo de gran pendiente. Conté los pasos mientras bajaba. Llegué a ciento cincuenta, y entonces me di cuenta con un repentino sobresalto que debía haber ya descendido muy por debajo de la superficie del río.

Estaba en peligro de muerte por ahogamiento. En cualquier momento un torrente de agua podría llegar veloz por el túnel para arrastrarme hacia la eternidad. Me volví y subí apresuradamente la escalera, y mientras subía iba

recitando mis oraciones a todos los dioses, pero más especialmente a Inana, para que me librasen de una terrible muerte, solo en las profundidades de la tierra.

Llegué a la entrada del túnel todavía respirando agitado y con solo mis pies, calzados con sandalias, mojados, pero con el resto de mi cuerpo desde los tobillos hacia arriba seco como las dunas del desierto. Me senté en los escalones superiores del túnel y reflexioné sobre este extraordinario cambio de situación. Me enfrentaba al hecho de haber cometido un error de cálculo, lo cual era inusual en mí. En esta nueva situación parecía posible que no todo túnel o espacio bajo la superficie de un río debiera ser inundado.

Para hacerme justicia a mí mismo, este túnel era el primero en existencia, del que yo tuviera noticia, que corría debajo de un río, especialmente de uno tan poderoso como el Nilo. Yo jamás había pensado, siquiera remotamente, en semejante posibilidad. Sin embargo, no tenía ya otra opción más que revisar mis conclusiones. Desde este punto de vista, era solo cuestión de minutos antes de que hubiera visto el defecto en mi razonamiento anterior.

¿Por qué el casco de un barco no se llena de agua? La respuesta es que eso se debe a que no hay una abertura para que entre el agua. Sin embargo, ¡si uno hace un agujero en el casco, este se llena inmediatamente! Así como la tierra en la que estamos es plana, todo comenzó a tener sentido.

Reconozco que no me detuve en el misterio de las grandes diferencias de volumen entre el casco de un barco y un túnel bajo el río Nilo.

Esperé con impaciencia que Inana hiciera su aparición para poder discutir estos temas con ella y escuchar su consejo, pero ella estaba claramente en uno de sus estados de ánimo femenino negativo y ya estaba amaneciendo, así que tuve que partir antes de ser visto por los centinelas en las murallas de la fortaleza.

Pasé la mayor parte del día siguiente en un frenesí de impaciencia esperando la noche. De todos modos, tuve el buen sentido de emplear parte del tiempo buscando un asistente para trabajar a mis órdenes en mis posteriores emprendimientos. Mi elección recayó en Nasla. No solo era joven y fuerte, sino que además su conocimiento del trazado de la fortaleza de Abu Naskos era más profundo que el de cualquiera en nuestros ejércitos. Quedó intrigado al escuchar lo que yo había descubierto acerca de la isla y el túnel subacuático y estaba ansioso por acompañarme.

Partimos en mi esquife hacia el otro lado del río a la hora del crepúsculo. Una vez que amarramos al pie de la torre y subimos a la cima, exclamó con

asombro a la entrada del pozo y preguntó entusiasmado:

—¿A dónde conduce esto, mi señor?

—No lo sé todavía, pero lo vamos a averiguar.

—Yo iré primero, si así lo deseas —se ofreció. Me encogí de hombros con indiferencia y me aparté para dejarlo pasar. No era que tuviera miedo de las consecuencias. Esperé hasta que su voz resonó alegremente en el pozo, y vi el reflejo de su vela muy abajo, lejos de mí.

—Estoy en el fondo, mi Señor Taita. ¿Quieres seguirme y bajar? —me gritó. No parecía que estuviera ahogándose, y me alegré de que mi hipótesis estuviera resistiendo, tanto en sentido literal como figurado. Me dirigí hacia donde Nasla me esperaba en el fondo. Aquí el eje vertical se nivelaba y se convertía en un túnel horizontal.

—¿Lo has explorado un poco más? —pregunté.

—No, mi señor. Estaba esperando a que tú tuvieras ese honor.

Lo miré con severidad, inseguro de si estaba siendo sarcástico. Pero incluso a la luz de las velas, su expresión no era de cinismo.

—Sígueme, buen Nasla.

Cuanto más lo veía, más me gustaba y confiaba en él. Lo llevé a lo largo del túnel, considerando la posibilidad de ser de las primeras personas que pasaban por esta vía en muchos siglos. Para resistir la presión del agua sobre nosotros, la construcción de las paredes tenía que ser mucho más robusta que en otra parte. Los materiales que los antiguos habían utilizado eran ladrillos de arcilla roja horneados, no los bonitos azulejos de cerámica usados cerca de la superficie. Las uniones entre los ladrillos eran tan delgadas que casi eran invisibles. Las observé de cerca y no encontré fugas.

Luego estudié el túnel horizontal en el que estábamos, y comparé su relación con el pozo por el que descendimos desde la superficie. Tal como yo esperaba, el túnel parecía correr en dirección a la orilla occidental y a la fortaleza de Abu Naskos. Pero no tenía ningún pez mágico para comprobar esta suposición.

—Vamos, Nasla —le ordené y partimos por el túnel. Avanzaba casi en una pura línea recta por trescientos diez pasos que yo mismo conté en voz alta mientras nos movíamos. Las baldosas bajo nuestros pies estaban secas. El aire en el túnel era frío, de sabor antiguo y pesado para respirar, pero suficiente para permitir la vida.

Entonces el piso del túnel bajo nuestros pies se inclinó hacia arriba abruptamente. Nasla me miró inquisitivamente por encima de la vela y le

expliqué lo que estaba ocurriendo.

—Hemos pasado por debajo del río y llegamos a la orilla occidental. Ahora estamos subiendo. Espero que nos estemos dirigiendo a los cimientos de la fortaleza. Claro que eso es solo una suposición, pero mira las paredes ahora.

Las paredes de esta parte del túnel estaban decoradas otra vez con coloridos azulejos de cerámica, lo que indicaba que el agua del Nilo sobre nosotros era más baja o incluso inexistente. No había imágenes impresas en las paredes de azulejos, pero estaban cubiertas con algún tipo de escritura arcaica y fluida. Me di cuenta de que estas debían ser inscripciones de los antiguos constructores. Probablemente eran recordatorios de su propio genio y habilidad. No perdí tiempo en intentar descifrarlos, sino que me apresuré a avanzar, ansioso por saber en dónde salía a la superficie aquel túnel. A ciento cincuenta pasos más por el túnel ascendente nos detuvimos abruptamente. Parecía que el techo se había derrumbado en un sólido montón de rocas. No podríamos ir más lejos. Mi desilusión fue tan intensa que tuve que expresarla de alguna manera inequívoca. Grité una obscenidad y llevé el puño hacia atrás para golpear la sólida pared de roca a la que me enfrentaba.

Nasla me agarró el codo desde atrás e impidió que me rompiera todos los huesos de la mano derecha. Me opuse a él por un momento y luego me rendí con gracia.

—Gracias —le dije—. Te estoy agradecido. Has impedido que le haga más daño a la pared.

—Está bien, mi señor. Estoy acostumbrado a ello. Mi hermano Batur también tiene mal genio. —Lo dijo en un tono tan amable y agradable que me vi obligado a poner mi frente contra la pared y cerrar los ojos durante unos segundos para controlar mi rabia creciente.

Entonces le hablé en un tenso susurro.

—Me parece que es mejor que no digas nada más, buen Nasla. Y llévame de vuelta por el camino que hemos recorrido. Necesito un poco de aire fresco. De lo contrario, uno de nosotros podría morir aquí abajo.

Que nadie diga que soy incapaz de controlar mi temperamento. A la mañana siguiente estaba casi completamente recuperado y me di cuenta de que era solo una interrupción temporaria. Decidí que iba a necesitar el beneficio del sentido común y el buen juicio de Ramsés. Lo encontré en la ribera occidental del río ayudando a Hurotas con las obras de debilitamiento delante de las murallas de la fortaleza de Utteric. Yo estaba encantado de

encontrar a la reina Serrena Cleopatra que estaba a su lado como yo tenía la esperanza y calculaba que ella iba a estar.

Ella actuó como mi guía y me llevó en una amplia gira por las obras del asedio. Me sorprendió el conocimiento que ella mostró tener respecto de las técnicas involucradas. Para entonces, ya era hora de la comida del mediodía. Comimos juntos sentados bajo las grandes ramas de un olmo desde donde teníamos una gran vista sobre la fortaleza de Utteric y el campo de batalla. En el fondo estaba el río y las cuatro islas que tanto me habían ocupado. A esta distancia parecían ser insignificantes, pero sirvieron para que nuestra conversación siguiera en la dirección correcta. Ramsés y Serrena no eran conscientes de mi preocupación por las islas. Tenía yo un conflicto de intereses entre ellos e Inana. Ellos no tenían ni idea de mi relación especial con la diosa, así que tuve que pasar por alto esa parte de mi historia y atribuir todo mi conocimiento al viejo piloto de naves, Ganord, quien me había dado el primer azulejo de cerámica de los túneles y pozos de debajo de la Islas.

Al principio la pareja real solo estuvo vagamente interesada cuando señalé las cuatro islas, pero luego desplegué todas mis habilidades de narrador y ambos rápidamente quedaron cautivados por completo por el misterio que ellas encerraban. Cuando me acerqué al punto culminante de mi historia, Serrena se retorció sobre sus nalgas, apenas capaz de contener su ansia de alcanzar el desenlace, e incluso los ojos de Ramsés brillaban de anticipación. Cuando finalmente llegué al punto en mi relato en el que mi búsqueda era interrumpida por la roca, ninguno de ellos se resignó en primer momento a aceptar que así terminara.

—¿Qué pasó entonces, Tata? ¿Entonces qué hiciste? —preguntó Serrena.

—Sí, Tata. Cuéntanos qué encontraste más allá del montón de rocas —añadió Ramsés—. ¿O todo esto es un verdadero cuento? ¿Te estás divirtiendo un poco con nosotros?

Cuando finalmente aceptaron que se trataba de un verdadero relato de lo que yo había descubierto, ambos quisieron que los llevara inmediatamente a la isla y su túnel. Tuve algunas dificultades para convencerlos de que era conveniente esperar a la oscuridad antes de partir. Pasamos el tiempo discutiendo sobre el túnel subfluvial que se extendía desde la cuarta isla hasta los cimientos de la fortaleza de Abu Naskos.

—Cuando piensas en ello, fue un trabajo infructuoso e improductivo de los antiguos —sugirió Ramsés.

Serrena se volvió hacia él de inmediato.

—¿Qué quieres decir, mi querido esposo? ¡Fue una magnífica empresa!

—¿Magnífica? —Ramsés se rio entre dientes—. ¿Construir un túnel desde una isla hecha por el hombre en medio de un poderoso río hasta un lugar subterráneo? Yo diría que fue algo muy estúpido.

—Creo que no has entendido nada —replicó ella—. El túnel comenzaba en la orilla oriental del río, donde estaba nuestro campamento original. Pasaba por debajo de la superficie del Nilo, bajo las cuatro islas hechas por el hombre una tras otra... Pez, Pájaro, Nutria y Zorro... antes de entrar en los cimientos de la fortaleza que precedió a Abu Naskos.

—¿Por qué? —preguntó Ramsés—. ¿Por qué construyeron cuatro islas?

—Porque el Nilo es demasiado ancho para que fueran menos. El aire en un solo túnel se volvería rancio y venenoso. Tenían que dejar respirar al túnel.

Ramsés se sintió avergonzado.

—¿Qué pasó con el túnel entre las tres primeras islas?

—Cuando el pueblo antiguo se fue, se derrumbó con el paso del tiempo y la falta de cuidados —explicó Serrena dulcemente.

—¡Oh! —exclamó él—. ¡Ya veo!

Y yo también lo vi. Me alegró no haberme involucrado en la discusión y haber sido dejado sin palabras, como le ocurrió a Ramsés.

Fuimos seis los que hicimos el cruce a la Isla del Zorro. Aparte de nosotros tres, había decidido perdonar a Nasla por sus recientes indiscreciones y aprovechar sus conocimientos del diseño de la fortaleza y de las islas. Además, necesitábamos dos marineros comunes para vigilar el bote mientras íbamos a tierra.

Llegamos a la Isla del Zorro dos horas después del anochecer y desembarcamos de inmediato. Nasla había cubierto la entrada del pozo con ramas muertas y otros desperdicios y esto no había sido perturbado durante nuestra ausencia. Entonces Nasla despejó el camino y conduje al resto del grupo por el pozo, deteniéndome solo para que Ramsés y Serrena examinaran los azulejos de cerámica y las imágenes de los zorros del desierto, lo que encantó a Serrena en particular.

Cuando llegamos al fondo del pozo y nos agrupamos en el túnel, le expliqué a la pareja que ya estábamos debajo del río. Serrena alzó la vista hacia el techo tan cerca de la cabeza con expresión solemne en el rostro y luego se acercó a Ramsés y le tomó la mano para tranquilizarse. Mientras los conducía a lo largo del túnel les informé que este medía trescientos diez

pasos de largo, casi lo mismo que el ancho del río sobre nosotros. Entonces cuando el suelo del túnel se inclinó hacia arriba, expliqué la razón de esto.

—Ahora hemos llegado a la orilla occidental y estamos subiendo hacia la orilla.

Ramsés sonrió y Serrena recuperó su voz y señaló la escritura arcaica que cubría las paredes desde este punto en adelante. Luego, para mi asombro, comenzó a traducirla fluidamente a lengua egipcia.

—«Que todos los pueblos de este mundo sepan que yo, Zararand, Rey de Senquat y Mentania, dedico estas obras a la gloria eterna de Ahura Mazda, el dios de la bondad y la luz...»

Antes de poder evitarlo, dejé escapar mis palabras.

—¿Qué idioma es ese, Serrena, y dónde aprendiste a leerlo y a hablarlo?

Serrena se interrumpió confundida y miró a Ramsés.

—No lo recuerdo exactamente. —De pronto se mostró vacilante—. He tenido tantos tutores diferentes a lo largo de los años.

Me sentí inmediatamente irritado conmigo mismo. Había hecho la pregunta demasiado rápido. Debería haberme dado cuenta de que formaba parte de su memoria, propia de un ser divino, un eco residual de sus existencias anteriores que ni siquiera ella podía ubicar con precisión.

—Probablemente tu marido te lo enseñó. —Hice una broma y Ramsés me miró horrorizado. Le guiñé un ojo y él sonrió aliviado y luego se echó a reír.

—Debo declararme culpable, Tata. Por supuesto que yo se lo enseñé. —Sonrió—. Le he enseñado todo lo que sabe. —Serrena le dio un puñetazo en el hombro y todos nos reímos. El momento incómodo pasó y yo los conduje por el túnel, hasta que abruptamente nos enfrentamos al derrumbe de rocas que nos bloqueaba el camino.

Me volví hacia los tres y extendí las manos en un gesto de resignación.

—¡Esto es lo más lejos que se puede ir!

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Serrena.

—El techo del túnel se derrumbó en un montón de rocas —expliqué—. No podemos ir más allá. Parece que todo lo que está más allá de este punto seguirá siendo un misterio para siempre.

—Pero ¿no podemos simplemente limpiar las piedras caídas, como debieron haber hecho los mineros originales? —quiso saber Serrena. Su amarga decepción se expresaba elocuentemente en el tono de su voz.

—Es un derrumbe de piedras —repetí—. No hay un techo sólido por encima. Es una trampa mortal. Si sigues por allí e intentas despejarlo, se

derrumbará de nuevo...

Ramsés se me adelantó y se arrodilló ante las piedras. Pasó las manos por la pared intrusa, comenzando a nivel del suelo y avanzando hacia la parte superior de la pared, y en puntas de pie para alcanzar esa altura. Arrancó un fragmento de roca viva que aflojó de la pared. Luego metió la mano en la abertura que había dejado y empujó hacia arriba. Finalmente sacó la mano y el antebrazo de la pared y se volvió hacia mí, sosteniendo el fragmento en su otra mano y ofreciéndomelo.

—No, Tata, por una vez en tu vida, te equivocas —me dijo—. Eso no es un derrumbe de piedras. Es un relleno rocoso. ¡Mira las marcas de cincel en este pedazo! Pude tocar el techo encima de donde lo saqué. Es sólido y está intacto. ¡Es algo hecho por el hombre! Es una pared de roca compacta y no un desprendimiento rocoso.

Pasé junto a él sin responder y me dirigí al derrumbe deliberadamente refiriéndome a él de esa manera en mi mente. Soy más alto que Ramsés, así que no tuve que ponerme de puntillas para alcanzar la abertura que él había dejado. Esta vez no me apresuré en mi examen. Con un esfuerzo quité dos pedazos más de roca de la parte alta del derrumbe y los examiné minuciosamente. No había dudas de que también estaban marcados por herramientas hechas por el hombre. Entonces empujé mi brazo en el espacio vacío en la pared que había abierto y busqué al tacto alguna unión en el techo de roca por encima de ese punto. No había ninguna. Era sólido. El túnel no había sido bloqueado por una roca; había sido deliberadamente sellado por seres humanos.

Me volví para mirar a Ramsés y me acerqué.

—Tienes razón. Yo estaba equivocado. —Palabras tan sencillas, tan difíciles de pronunciar.

Ramsés lo entendió. Extendió la mano y colocó un brazo alrededor de mis hombros y apretó.

—Parece que tú y yo tenemos algo más que hacer —dijo simplemente. Él comprendía mis flaquezas y con buen tacto las aceptaba. En ese momento lo amé tanto como un hombre puede amar a otro hombre.

Calculamos que había espacio en el túnel para no más de veinte hombres trabajando a la vez. Sin embargo, no teníamos ni idea de cuánto tiempo nos tomaría eliminar la obstrucción. Decidimos que, para empezar, podríamos

hacer que nuestra fuerza de trabajo llevara las piedras más bajas de la pared y las apilara a lo largo de una pared del túnel. Si esto resultaba ser espacio insuficiente, entonces tendríamos que llevarlas hasta el pozo de la Isla del Zorro y luego arrojarlas al río.

Había otros pequeños problemas a tener en cuenta. No sabíamos a qué profundidad por debajo del nivel del suelo estaríamos trabajando, y cuán claramente el ruido de nuestros trabajos sería transmitido a la fortaleza sobre nosotros. No teníamos ni idea de cuánto tiempo se necesitaría y cómo veinte hombres y más podrían vivir, trabajar y dormir en un espacio tan encerrado por un período indefinido de tiempo.

—Ya se te ocurrirá algo —me dijo Serrena alegremente—. Tú siempre inventas algo, Tata.

Después de dieciséis días incluso yo estaba alcanzando los límites de mi inventiva y resistencia. Pronto descubrimos que los antiguos habían hecho grandes esfuerzos para hacer que un proyecto formidable fuera casi imposible. Habían utilizado una sustancia maleable similar a la arcilla para unir las grandes piedras. Esta se había secado y endurecido para adquirir una consistencia que superaba a la de las rocas mismas. Estas tenían que ser rotas en pedazos manejables para ser sacadas del montón de roca. El ruido de los martillos con cabeza de pedernal era tan ensordecedor que los hombres tenían que taparse las orejas con un paño. Estas barreras se alternaban con una ingeniosa combinación de trampas y caídas de rocas. Ocho de nuestros obreros murieron debido a estos artefactos y varios otros resultaron gravemente heridos. Entonces, abruptamente, sin previo aviso, nos encontramos fuera del túnel y en un laberinto de pequeños depósitos y pasillos.

Revisamos esta zona con entusiasmo, pero descubrimos que no había entrada ni salida de ella. Estaba totalmente sellada. Llamé a Nasla como reconocido experto en la estructura y el diseño de la fortaleza de Abu Naskos, ya que Ramsés y yo estábamos convencidos de que estaba encima de este complejo de mazmorras. Se mostró reticente a darnos consejo sin primero consultar con su hermano mayor. Estuvimos de acuerdo con él en que se trataba de un curso de acción razonable y lo enviamos de regreso a unirse a las tropas de Hurotas, que todavía seguían sitiando la fortaleza. Al mismo tiempo, enviamos de vuelta a la mayoría de nuestros trabajadores que habían prestado enorme servicio al romper los muchos obstáculos hasta llegar a nuestra posición actual. Retuvimos a solo cinco de ellos, los que habían

demostrado ser los más sensatos y laboriosos.

Ramsés, Serrena y yo retrocedimos por el túnel hasta la Isla del Zorro y establecimos allí un campamento temporario mientras esperábamos que Nasla regresara de su contacto con su hermano mayor Batur. Pasaron tres días más hasta que esto ocurrió. Nasla había tenido dificultades para contactar a su hermano, pero finalmente lo había conseguido y los dos habían intercambiado largos mensajes codificados por encima de los muros de la fortaleza.

El más importante de estos decía que Batur se había enterado de nuestros esfuerzos para romper la barrera final en los antiguos depósitos debajo de la fortaleza. Se había alarmado mucho con estos ruidos. Sin embargo, Ramsés y yo habíamos restringido el trabajo más ruidoso a las horas después de la medianoche, cuando las tropas de Utteric estaban dormidas o en sus puestos en las almenas arriba del nivel del suelo. No hubo ninguna alarma general causada por los ruidos de nuestros trabajos subterráneos, silenciados como estaban por los depósitos y los muros de piedra que se interponían.

La segunda noticia más importante fue que los dos hermanos habían dispuesto medios para guiarnos hasta el punto en el que podríamos ponernos en contacto directo con Batur. Había llegado a la conclusión de que el laberinto de pequeñas habitaciones y pasillos en los que habíamos llegado a un callejón sin salida formaban parte de la creación original del antiguo gobernante Zararand, rey de Senquat, que había dejado los detalles escritos en las paredes del túnel.

Siglos después, cuando el antiguo reino de Senquatian ya había abandonado el territorio de este amado Egipto, o había sido derrotado y aniquilado en batalla, la fortaleza fue tomada por los gobernantes hicsos. Fueron estos quienes construyeron la actual fortaleza sobre las antiguas ruinas. Y fueron los hicsos quienes cubrieron y sellaron los cimientos originales y los depósitos subterráneos en los que Ramsés y yo nos encontrábamos atrapados en ese momento. Se nos hizo evidente que Utteric no tenía idea de lo que había debajo de su fortaleza de Abu Naskos.

Informados de esto, Ramsés y yo estábamos ansiosos por regresar al complejo subterráneo donde Nasla nos podría guiar para hacer contacto con su hermano Batur. Dependería entonces de Ramsés y de mí sacar el máximo provecho del elemento sorpresa y aparecer desde los propios subsuelos de Utteric con fuerza y caer sobre él, para enviarlo a él y a sus secuaces a la perdición que todos ellos tan justamente merecían. Estos movimientos

tendrían que ser coordinados minuciosamente con las fuerzas del rey Hurotas que rodeaban la fortaleza en el nivel del suelo.

De todas maneras, la principal prioridad de Ramsés y mía era abrirnos paso por entre los antiguos depósitos debajo del falso piso en el edificio de arriba, ocupado por Utteric y sus tropas. A la hora de medianoche acordada con Batur, volvimos con Nasla y nuestros cinco peones al túnel debajo del Nilo y al subsuelo sellado. Nos distribuimos por entre los depósitos y pasillos abandonados. Hice que los hombres apagaran las velas, ya que no había necesidad de desperdiciarlas. Luego nos acomodamos para esperar en absoluto silencio. La oscuridad era completa y el silencio fantasmal. Incluso yo pronto me sentí desorientado por esto y me preguntaba cómo les iría a los demás hombres. Consideré gritarles para darles confianza, pero lo pensé mejor. Ellos podrían haberse preguntado acerca de mi propia fortaleza.

Perdí todo el sentido del tiempo, pero finalmente aquel silencio abismal fue roto por el sonido intermitente y apenas audible de metal golpeado con metal en algún lugar sobre nuestras cabezas. Esto fue seguido por un coro de gritos de alivio y el brillo de velas vueltas a encender por nuestros hombres que esperaban. Durante la siguiente hora, seguimos esos ruidos hasta su origen.

Allí era donde Batur en el piso encima de nosotros había insertado una barra de metal en una abertura perforada a medias con anterioridad en el techo y la estaba golpeando con una barra más pequeña. En este punto, con una barrena hicimos un pequeño agujero directamente hacia arriba en el techo. Era un trabajo tedioso y agotador, pues la losa del techo tenía cuatro codos de espesor. Finalmente, Nasla aplicó su oído a la abertura y reconoció la voz de su hermano que susurraba desde el extremo superior.

Solo faltaba ampliar esta apertura pequeña hasta el tamaño suficiente como para permitir que un hombre adulto con armadura completa y llevando todas sus armas pasara por ahí sin trabas. Esto requirió casi tres días, y finalmente fue terminado y Ramsés y yo, guiados por Nasla, trepamos por la abertura hasta la fortaleza de Abu Naskos propiamente dicha. Ahí nos esperaba el hermano mayor, Batur. Entonces fuimos conducidos por los dos hermanos en un recorrido por las plantas inferiores de la fortaleza, que se usaban sobre todo para almacenamiento y por lo tanto estaban escasamente habitadas. Batur y Nasla eran bien conocidos por las pocas tropas de Utteric con las que nos encontramos y todos nosotros conocíamos bien sus contraseñas, por lo que no despertamos sospechas.

Los hermanos nos indicaron los pasajes que conducían a los principales puntos reforzados de la fortaleza. Luego regresamos por el mismo camino por el que habíamos venido. Batur se quedó atrás para tapar la abertura del pozo recién excavado, utilizando para ello un montón de sacos de cebada seca, que fortuitamente estaban apilados en las salas contiguas del subsuelo.

Nuestra siguiente tarea fue trasladar a casi trescientos hombres del anterior campamento de Hurotas en la orilla oriental hasta las cuatro antiguas islas hechas por el hombre a donde sería fácil transportarlos, y desde donde podían desplegarse rápidamente por el túnel subfluvial que conducía a los cimientos del bastión de Utteric.

Mientras esto sucedía, Ramsés y yo reunimos a todos los oficiales de rango y los aleccionamos acerca del diseño del interior de la fortaleza y sus almenas, de modo que cuando condujeran a sus hombres por el pozo hacia las bóvedas tendrían un sentido exacto de su posición dentro del enorme edificio y podrían encontrar el camino a sus posiciones de batalla. Tratamos de asegurar que, agregado a cada uno de nuestros destacamentos militares, contáramos con al menos un hombre que hubiera visto anteriormente a Utteric y que podría reconocerlo en caso de volver a verlo. Éramos muy conscientes de la resbaladiza reputación de Utteric por usar muchos imitadores y dobles para confundir a sus enemigos.

Luego hicimos ensayos y entrenamos a nuestras compañías en espera para el traslado rápido desde sus alojamientos temporarios en las cuatro islas a la Isla del Zorro, para descender desde allí por el pozo al túnel subacuático hacia la costa occidental y finalmente abrirse camino por entre las bóvedas y subir al cuerpo principal de la fortaleza, la mayor parte del tiempo en absoluta oscuridad. Durante esta operación, los hombres irían atados en grupos de doce, cada grupo liderado por un sargento confiable que era el único que llevaba una antorcha encendida.

Todos estos preparativos se desarrollaron sin dificultades, pero Ramsés se quedó con un problema aparentemente insoluble. Este era el de cómo persuadir a la reina Serrena Cleopatra para que no se uniera a nuestro asalto nocturno por debajo del Nilo, y que permaneciera con su padre en el terreno, donde estaría relativamente segura.

—No lo entiendes, Tata —me aseguró Ramsés—. Si ella piensa que es porque es una mujer y tiene que ser cuidada por un hombre, entonces se negará a cooperar.

—Sí que lo comprendo, Ramsés —corregí su razonamiento—. Conocí a la

madre de tu esposa y a su abuela. Todas tenían algo en común. Todas daban órdenes con esmero, pero nunca las aceptaban graciosamente. Solo tendrás que explicárselo de manera algo diferente. Dile que la necesitas para ayudar al hombre anciano y senil que resulta ser su padre para reconocer a Utteric en caso de que lo encuentren cuando asalten juntos las murallas de Abu Naskos. Hurotas nunca lo ha visto, mientras que Serrena probablemente conoce a Utteric mejor que ninguna otra persona viva. Incluso si su rostro está enmascarado, puede reconocerlo por sus manos.

A la noche siguiente, Ramsés regresó a la Isla del Zorro después de su visita al campamento de Hurotas, donde había asistido a una última sesión informativa con el mismo rey. Ramsés tenía un ánfora de excelente vino espartano debajo de su capa y sonrió mientras me servía una copa hasta el borde.

—Bebe, Tata. Debemos ahogar nuestras penas.

—¿Noticias trágicas? —pregunté.

—No podrían ser mejores. —Y entonces se tomó la frente—. Perdón por este lapsus. Por supuesto quise decir que no podrían ser peores. Mi querida esposa no estará a mi lado en la primera fila de la próxima batalla. Podré concentrar toda mi energía en llegar a las puertas de la fortaleza y mantenerlas abiertas hasta que podamos entrar con toda nuestra fuerza. Serrena estará a cargo de su padre, guiándolo para encontrar a Utteric en medio del tumulto y la pelea. Podemos estar seguros de que Hurotas no permitirá que su única hija se meta en problemas.

Había sido una empresa monumental que se hizo aún más difícil por la naturaleza dual de nuestra ofensiva, pero finalmente todo estaba en su lugar para el asalto a Abu Naskos. Los reales amantes pasaron juntos la noche anterior en el viejo campamento en la orilla oriental del río, y al amanecer se separaron. Serrena cruzó el Nilo para estar con su padre el rey Hurotas en las trincheras delante de la fortaleza, y Ramsés se unió a mí en el abarrotado túnel debajo del río.

Luego, al caer la noche, avanzamos y finalmente ocupamos nuestras posiciones al pie de la escalera que conducía al subsuelo de la fortaleza de Abu Naskos. La señal para comenzar el asalto era la salida de la luna. Esto estaba muy bien para Hurotas y para los demás que tenían una espléndida vista del cielo nocturno desde donde estaban. Sin embargo, Ramsés y yo

teníamos al menos cincuenta codos de roca sobre nuestras cabezas. Teníamos que confiar en los vigías de la Isla del Zorro para pasar el mensaje a lo largo de la fila de hombres en el túnel debajo del Nilo hasta donde Ramsés y yo estábamos agachados a la cabeza de la fila.

El mensaje de la luna llegó por fin y Ramsés y yo nos pusimos de pie y comenzamos el ascenso hasta lo alto de la escalera donde esperaban Batur y Nasla. Los hombres que nos seguían estaban atados unos a otros en pequeños grupos para evitar que perdieran contacto en aquella oscuridad absoluta. Solo el líder de cada grupo llevaba una vela encendida.

Ramsés tenía cinco de estos grupos a su mando. Su objetivo era la puerta principal de la fortaleza. Él y sus hombres tenían que apoderarse de ella, abrirla y mantenerla hasta que Hurotas y Hui pudieran avanzar desde sus trincheras a la cabeza de la fuerza principal y consolidar la brecha.

Yo tenía dos de estos grupos de doce hombres a mis órdenes personales. Los había escogido yo mismo, lo que significaba que no había ninguno mejor que ellos. Nasla nos iba a guiar hasta el último piso de la fortaleza donde estaban situados los aposentos privados de Utteric. Nuestro objetivo principal era capturarlo vivo para estar seguros de que teníamos al hombre adecuado. Pero si nos encontráramos con la menor dificultad, todos estuvimos de acuerdo en que había que matarlo de inmediato. Según Batur, Utteric había sido identificado positivamente al entrar en sus aposentos apenas dos días antes, y nadie lo había visto salir del más alto nivel de la fortaleza desde entonces.

Desde el nivel del suelo la fortaleza tenía ocho pisos y cada planta tenía diez codos de alto, por lo que la escalada que nos esperaba era de unos ochenta codos. Había antorchas encendidas a intervalos a lo largo de las paredes del pasillo, pero estas echaban apenas una débil luz, así que di el orden para que cada hombre encendiera su antorcha. Con eso había ya bastante luz como para que los condujera corriendo aunque las escaleras por las que íbamos eran estrechas y empinadas.

Había considerado cuidadosamente nuestra elección de armas y finalmente la había reducido a armas de filo: espadas y cuchillos largos. Arcos y flechas eran demasiado engorrosos y difíciles de cargar y apuntar en esos espacios tan estrechos. Subimos la escalera con las hojas desnudas en las manos para no ser sorprendidos por la repentina aparición de algún adversario. Justo cuando llegamos al sexto nivel de la fortaleza, el silencio fue roto en las plantas debajo de nosotros por una cacofonía salvaje de gritos

de ira e indignación, junto con gritos de dolor y el choque de metal contra metal.

—¡Los hombres de Ramsés entraron en combate! —gruñó Nasla detrás de mí.

—¡Sigue adelante! —repliqué—. Tiene doscientos hombres y más para ayudarlo a llegar a las puertas.

Recorrimos la curva siguiente en las escaleras y me lancé directamente hacia un pequeño grupo enemigo que descendía tan rápido como nosotros subíamos. Obviamente habían sido alertados por los ruidos de combate en las plantas inferiores, pero no esperaban encontrarnos tan pronto. Sus armas todavía estaban en sus vainas. Maté el primero simplemente levantando mi hoja hasta que quedó alineada con su nuez de Adán. Cuando él corrió hacia ella sentí el ruido del golpe que le rompió las vértebras y el chorro caliente de su sangre sobre mi muñeca cuando le estalló la yugular. Dejé que su cadáver se deslizara lejos de mi hoja, y luego la punta de mi arma estaba perfectamente alineada con el diafragma del hombre que lo seguía de cerca. Este, obviamente, se había vestido de prisa ya que tenía el pectoral desabrochado y su pecho quedaba parcialmente desprotegido. Mi impulso metió la hoja de mi espada hasta la empuñadura. Cuando cayó, tuve que poner un pie en su garganta para que dejara de forcejear. Luego hice girar mi espada para agrandar la herida y permitir que la hoja saliera fácilmente. En ese momento Nasla y los demás ya se habían ocupado del resto de los enemigos. Salté sobre los cuerpos y subí corriendo las escaleras. Finalmente salimos al nivel superior del edificio.

—¿Por dónde seguimos ahora? —le pregunté a Nasla.

—¡Derecho! ¡La primera puerta! —señaló con la barbilla. Avanzamos todos juntos y la puerta se abrió en un estallido cediendo a nuestra prisa. Había una figura masculina junto a la ventana al otro lado de la habitación. Obviamente nos había oído llegar. Se volvió para enfrentarnos. Estaba vestido con armadura completa. Su pectoral era de un metal pulido que podría haber sido oro. La visera del casco estaba baja y sus ojos brillaban a través de las rendijas. Su espada envainada colgaba de la cadera derecha. Solo sus manos estaban desnudas. Eran suaves y pálidas. Libre de arrugas y callosidades, como las de una joven encantadora. Cuando las vi, supe exactamente quién era.

—Utteric, tu tiempo de gloria ha llegado. Estamos aquí para poner a prueba tu inmortalidad —le dije. Llevó la mano a la empuñadura de su

espada y dio un paso hacia nosotros, pero en ese momento nuestros hombres entraron por la puerta detrás de nosotros. Utteric no vaciló más. Se dio vuelta y puso una mano en el alféizar de la ventana. Luego saltó alto, lanzó los pies sobre el alféizar y cayó para desaparecer de nuestra vista.

Sentí un momento de furiosa ira, mezclada con una amarga decepción al ver que mi venganza se alejaba de nuevo. Me oí gruñir como un depredador al que se le escapa la presa. Este era el último piso del castillo. Hombre o bestia, ningún ser vivo podía sobrevivir a una caída desde esa altura. Corrí por la habitación hasta la ventana y me incliné hacia fuera, miré abajo con temor, temiendo ver el cadáver de Utteric esparcido muerto en el suelo abajo.

Sin embargo, la escena que mi mirada encontró fue muy diferente a la que yo había imaginado. Estaba iluminada casi con tanto brillo como si fuera la luz del día. Cientos, no, miles de antorchas encendidas rodeaban las murallas mientras el poderoso ejército de Hurotas avanzaba hacia las puertas del castillo. Estas estaban abiertas de par en par donde Ramsés y sus hombres habían cumplido con su deber. Si el cuerpo roto de Utteric estaba entre ellos, desapareció de mi vista en medio de la multitud y el pandemonio.

En mi desesperación saqué la parte superior de mi cuerpo peligrosamente un poco más por el marco de la ventana. Cuando el campo de mi visión se amplió, vi que a no más de dos pisos directamente debajo de mí había una estrecha terraza en la que se veía el cuerpo con armadura del hombre de las manos femeninas. Mientras yo observaba, se sentó y me miró por entre las ranuras del visor del casco.

—Te veo, Utteric —le grité—. Y voy por ti.

A modo de respuesta se puso de pie de un salto y miró a su alrededor como un salvaje, obviamente buscando una ruta de escape. Por la forma en que se movía me di cuenta de que se había dañado una de sus piernas en la caída. Salté sobre el alféizar de la ventana, me detuve por un instante y luego salté sobre él. Había esperado aterrizar encima de él y derribarlo de nuevo para siempre. Pero él fue más rápido de lo que había previsto. Se las arregló para esquivarme haciéndose a un lado, y yo caí en el lugar en el que él había estado. Aterricé torpemente y la espada que yo sostenía en la mano se soltó y chocó sobre las losas un poco más allá de mi alcance.

Gateando sobre mis manos y rodillas me dirigí a ella, pero por el rabillo del ojo vi que Utteric había sacado su propia espada de la vaina y avanzaba rengueando amenazadoramente detrás de mí. Me lancé hacia adelante y logré recuperar mi arma. Cuando mi mano se cerró sobre la empuñadura, rodé

rápidamente. Para entonces Utteric estaba de pie sobre mí con las piernas abiertas y su propia espada sostenida con ambas manos por encima de la cabeza, lista para clavarse en mi pecho.

Tradicionalmente, todos los egipcios tenemos una abertura en la entrepierna de nuestra armadura entre los muslos que los armeros convenientemente dejaron para poder orinar. Echado de espaldas, pude ver que Utteric no era una excepción. Apunté una patada con mi talón acorazado hacia esa área desprotegida, y sentí que golpeaba con firmeza.

Utteric empezaba en ese momento a bajar su arma para apuñalarme en el pecho. Mi patada llegó mientras él estaba concentrado en otra cosa y era incapaz de evitarla. El tremendo dolor repentino lo desequilibró por completo y desvió su arma. No pudo atravesar mi corazón con la punta de su espada, sino que la condujo a la articulación de mi hombro izquierdo. Luego se alejó tambaleándose, agarrándose los genitales heridos con una mano y gritando como un bebé. Pero en una reacción refleja sacó la hoja de su espada de mi herida y la agitaba en la otra mano.

Me senté y busqué torpemente hasta recuperar mi espada. Luego me puse de pie y me di vuelta para mirar a Utteric. La terraza era estrecha y yo estaba de pie entre él y la puerta al interior de la fortaleza. Lanzó una rápida mirada hacia abajo, pero la distancia hasta abajo era mucha. Lo vi recomponerse para luego volverse hacia mí con una mano todavía entre las piernas, protegiéndose la entrepierna, y la otra sosteniendo la espada. Sabía que tenía que luchar conmigo, y sabía que era a muerte.

Me había recuperado rápidamente del golpe de mi caída y sentía la espada ligera y ágil en mi mano derecha. Ataqué a Utteric con una serie de estocadas interconectadas, avanzando con el pie derecho y haciendo que se moviera girando sobre su pierna dañada, a la que él trataba de proteger. Escuché su respiración y me di cuenta de que se volvía áspera y difícil. No era solo por el dolor de su lesión, sino que también estaba fuera de estado físico.

Recordé el placer que había demostrado cuando le impuso al ministro Irus una muerte muy dolorosa y prolongada en el anfiteatro de Luxor, arrancándole los brazos y arrastrándolo detrás de su carro hasta que su cerebro se desparramó sobre la tierra endurecida. Consideré en ese momento darle el mismo tipo de muerte brutal a Utteric, pero entonces mi esencial sentido humanitario se reafirmó.

Abruptamente cambié mi ángulo de ataque, forzándolo a volverse hacia mi mano de la espada. Trastabilló un poco al hacer el cambio y bajó un poco

la guardia, tal como yo sabía que debía hacer. Mi respuesta fue como el rayo, tan rápida que engañó al ojo. Empujé la punta de mi espada por delante de su pecho, y atravesó su corazón y salió medio brazo de longitud por detrás de él después de atravesarle la espina dorsal. Dejó caer la espada de su mano y sus piernas se doblaron, pero lo mantuve erguido, colgando en mi hoja con sus pies bailando en el aire, apenas rozando el suelo de la terraza mientras moría. Cuando esto ocurrió, bajé el ángulo de mi hoja y dejé que se deslizara libre de ella para caer en un montón a mis pies.

Luego me incliné sobre él, extendí la mano y abrí la visera de su casco. Debí haber sabido que no sería tan fácil. El rostro de Utteric había obsesionado mis sueños durante mucho tiempo. Y supe entonces que seguiría haciéndolo, pues estaba mirando la cara de un extraño total. Solo las manos seguían siendo las de Utteric. Este era solo otro de los trucos de mano de Utteric. Sacudí la cabeza e hice una mueca ante la debilidad de mi propio juego de palabras. Entonces me enderecé y escuché la noche que me rodeaba. Estaba llena de sonidos de conflictos mortales: el tumulto de gritos de guerra beligerantes y los gritos de los heridos; el choque de armas afiladas sobre cascos y petos; los llantos de los heridos y los gemidos de los moribundos.

Entonces la puerta de la terraza detrás de mí se abrió como un estallido sobre sus bisagras, lo que fue seguido inmediatamente por el ruido de pasos de hombres con armaduras y los gritos de aprobación de mis hombres que habían bajado por la escalera desde el último piso de la fortaleza.

—Bien hecho, Taita. Mataste al bastardo traidor. —Ese fue Nasla y me palmeó la espalda.

—Sí, atrapé a uno más de ellos —concedí—. Pero solo Hathor y Tanus saben cuál es este. De todos modos, tomaremos su armadura. Parece ser auténtica y valdrá su peso en oro. Entonces vamos e intentemos de nuevo encontrar al verdadero Utteric.

Dejamos el cadáver medio desnudo del extraño tendido en la terraza, y lo conduje por la escalera hacia el caos de la batalla.

Este se veía exacerbado por la imposibilidad práctica de distinguir la diferencia entre amigos y enemigos. Todos llevábamos los mismos uniformes y hablábamos el mismo idioma, con los mismos acentos. Y la oscuridad y la falta de iluminación en los pasadizos e incluso en los patios y pasillos de la fortaleza añadían más confusión. Era casi imposible reconocer caras a cualquier distancia. Ambas partes en el conflicto se veían obligadas a gritar el nombre de su líder cuando se encontraban entre sí, antes de tomar la decisión

final de dar batalla o de abrazarse unos con otros.

De todas maneras, las puertas de la fortaleza permanecieron firmemente en manos de las tropas de Hurotas. Nos abrimos camino luchando hasta bajar a este nivel en medio del caos y encontramos allí al rey Hurotas que estaba con su hija Serrena y su marido, Ramsés, los incondicionales que habían sido responsables de la captura de las puertas. Él y sus hombres habían elevado el rastrillo hasta dejarlo abierto en ambas puertas y trabaron el mecanismo para que el enemigo no pudiera cerrarlo de nuevo. Los regimientos de Hurotas las atravesaban marchando en orden y, aunque no estábamos seguros del número exacto de hombres de Utteric, teníamos que estar en el punto de superarlos en número. Los gritos de «Hurotas» comenzaban a superar a los «Utteric». Yo sabía que esto significaba que muchos de los hombres de Utteric estaban cambiando de bando. Empezaba yo a sentir que la victoria estaba finalmente a nuestro alcance ahí en Abu Naskos y mis pensamientos comenzaron a dirigirse a Luxor y el tenue poder que Weneg y sus hombres tenían en esa ciudad.

Repentinamente hubo un cambio drástico en los ruidos de la batalla. Los gritos de triunfo se transformaron en un alboroto de alarma y consternación. Las filas ordenadas de nuestras tropas marchando a través de las puertas, de pronto se dispersaron en pánico, dejando libre la puerta. Mientras corrían, miraban hacia atrás por sobre sus hombros. Entonces, de repente, oí el inconfundible ruido de los carros en movimiento: el estruendo de los cascos de los animales que tiraban de ellos y el golpeteo de los bordes metálicos de las ruedas sobre la superficie de piedra del pavimento, el chasquido de los látigos y los gritos de los aurigas con las riendas. Lo que me desconcertó fue que todo este alboroto provenía de las puertas abiertas de la fortaleza y no desde el río. Recién entonces recordé que tanto Batur como Nasla me habían mencionado que Utteric había retenido alrededor de medio escuadrón de carros dentro de la fortaleza cuando envió la mayor parte de su caballería a sus fortalezas en el delta para evitar ser capturados por Hurotas y sus reyes menores.

Tan pronto como pensé en esto, un escuadrón de carros salió corriendo por el callejón hacia las puertas abiertas de la fortaleza. Los aurigas iban azotando a sus caballos sin piedad. Sus acompañantes iban lanzando flechas con sus arcos indiscriminadamente hacia la multitud de nuestros hombres que se esforzaban por apartarse de su camino. Todas las tripulaciones de los carros llevaban armadura completa. Todas las cabezas estaban cubiertas con

yelmos y viseras, lo que hacía imposible distinguir una de otra. Algunos de los hombres de Hurotas fueron demasiado lentos para apartarse del camino y fueron derribados y pisoteados por los caballos para luego ser convertidos en pedazos ensangrentados por las ruedas cubiertas de bronce de los carros. Yo estaba atrapado en medio de la multitud que luchaba e inmovilizado contra la pared del callejón. Pero al menos pude ver por encima de las cabezas de la multitud y estuve en condiciones de contar los carros que se escapaban cuando llegaban al nivel donde estaba yo.

Iban corriendo cuatro de frente, en filas de diez, lo que hacía cuarenta vehículos que era el número que Nasla y Batur me habían dado. Cuando la última fila llegó al nivel donde yo estaba al acecho, vi que el auriga en el vehículo más cercano me miraba. Alguien podrá preguntarme cómo supe esto. Todos ellos, incluyendo este, llevaban cascos que cubrían sus cabezas por completo; incluso las ranuras de los ojos eran apenas aberturas oscuras. Pero pude sentir los ojos de este. Pasaron sobre mí casi con indiferencia mientras cargaba otra flecha en la cuerda de su arco. Entonces su cabeza se echó hacia atrás y su mirada se fijó en mí al reconocirme. No hubo dudas en mi mente. Su odio hacia mí era tan virulento que lo sentí como una jarra de agua hirviendo en mi rostro. Supe con certeza absoluta que estaba mirando a los ojos de mi jurado y dedicado enemigo a muerte: Utteric Turo, autodenominado el Grande, supuesto faraón de Egipto.

Con la mano derecha levantó su arco con un firme y repentino propósito y llevó la flecha con la cuerda estirada hasta tocar la hendidura que formaba la boca de su máscara. Yo estaba atrapado e inmovilizado por la multitud contra la pared de piedra a mi espalda, imposibilitado incluso de mover la cabeza. De todos modos, la maniobra del arco realizada con su mano derecha me recordó que Utteric era zurdo y que por lo tanto su flecha tendría un desvío a la izquierda. Vi y reconocí el primer movimiento de los dedos de su mano derecha que predecía la liberación de la flecha, y giré mi cabeza hacia el tiro. El vuelo de la flecha fue demasiado rápido como para que yo pudiera seguirlo a simple vista, pero sentí el aire en mi mejilla cuando la punta de flecha me cortó la oreja al pasar. Entonces casi simultáneamente oí que golpeaba el pilar de piedra detrás de mi cabeza y el astil que vibraba y se rompía en pedazos por el impacto. Casi de inmediato la presión de la multitud que me retenía aflojó al dispersarse y yo caí sobre las losas de piedra.

No volví a levantarme de inmediato, no porque temiera la siguiente flecha de Utteric, sino porque me tomó un segundo o dos detener la hemorragia del

borde del lóbulo de mi oreja. Cuando volví a ponerme de pie, la formación de carros enemigos había pasado veloz por las puertas principales y corría por la llanura paralela al río hacia el oeste. Eran perseguidos por varios cientos de guerreros de Hurotas. Pero estos iban a pie y sus flechas estaban cayendo muy por detrás de los carros que huían. Muchos de ellos ya empezaban a abandonar la persecución y se volvían hacia la fortaleza. Para la mañana siguiente, Utteric y sus seguidores tendrían una ventaja de veinte leguas o más. Pero ¿en qué dirección se habrían ido? Creí saberlo.

—Entonces, ¿hacia dónde se dirigirá Utteric? —preguntó Hurotas al consejo reunido en la sala de guerra de la fortaleza de Abu Naskos. La mayoría de los demás miembros dirigieron sus miradas hacia mí, así que él se volvió hacia mí—. Mi Señor Taita, ¿tienes alguna idea al respecto?

Al igual que todos los demás, Hurotas estaba en un raro estado de ánimo. Su tono era jovial y su expresión, amable. Hacía apenas una hora había estado presente cuando se abrió la bóveda del tesoro de la fortaleza. Los contadores y asesores reales iban a estar todavía ocupados una semana más evaluando la cantidad total y calculando la distribución entre los valientes hombres que habían liberado a este amado Egipto de la tiranía, sin jamás pensar en calcular el costo.

—Utteric nació en Luxor —respondí a la pregunta de Hurotas—. Ha pasado toda su vida allí. Nunca ha salido de este amado Egipto y no puedo imaginar que alguna vez lo haga. Estoy seguro de que él cree firmemente que la ciudad de Luxor está todavía en manos de sus secuaces. Como un niño que se ha quemado los dedos, correrá a casa.

—Breve y preciso —asintió Hurotas— como siempre, Tata. Ahora dime, ¿puedes atraparlo para nosotros?

—Esa es mi firme intención —le aseguré—. Aparte de cualquier otro incentivo como la lealtad, el honor y la justicia, Utteric todavía tiene la mayor parte del tesoro y la riqueza de Egipto escondida en alguna parte. Lo que recuperamos aquí en el delta en este día es solo una parte muy pequeña del total. Yo, por ejemplo, tengo un gran deseo de recuperar el resto. Mi intención es ir a Luxor de inmediato. Con tu permiso, naturalmente.

Hurotas asintió con la cabeza.

—Ya lo tienes.

—Necesito un miembro de la realeza para acompañarme y dar a mi misión

gran nivel y prestigio. Pido que sea el faraón Ramsés. Sin embargo, aquí se lo necesita.

—Entonces tiene que ser Hurotas o Tehuti quien vaya con Taita, pero debe ser un miembro de la familia real —me apoyó Ramsés. Pero en ese momento se alzaron otras voces indignadas.

—Eres tú, nuestro propio yerno, quien va a ser coronado. No vamos a andar por ahí con Taita mientras eso sucede —protestó Hurotas y Tehuti le tomó la mano y la apretó para confirmar su solidaridad familiar en este asunto.

Serrena era la única de todos ellos que no había hablado, pero en ese momento se puso de pie y se acercó a mí. Su expresión era tan alejada de su habitual aspecto brillante y encantador que un silencio repentino cayó sobre todos en la sala, y todos quedaron mirándola con temor a la espera de que ella hablara.

—Yo iré con Taita —dijo con firmeza.

—¡No! Lo prohíbo. —gritó Hurotas, a la vez que se ponía de pie de un salto.

—¿Por qué me prohibirías cumplir con mi obligación, padre mío? —preguntó Serrena suavemente.

—Lo prohíbo porque eres solo una mujer. —Claramente esas fueron las primeras palabras que le vinieron a Hurotas a la mente, y no fueron las más convincentes ni las más tácticas de todas las que alguna vez le había oído pronunciar.

—Solo que fue esta mujer la que mató al jabalí de Lacedemonia. Solo soy la mujer que le cortó la cabeza a Oneub el Terrible. —Serrena se iba haciendo un poco más alta a medida que respondía—. Soy la misma mujer que disparó una flecha a las tripas del general Panmasi. Yo soy la Reina de Egipto y es mi deber proteger al reino de la tiranía. Perdóname, padre, pero tengo que ir con Taita. —Entonces Serrena volvió la cabeza hacia la reina Tehuti y le preguntó—: ¿Madre?

—Nunca he estado más orgullosa de ti que en este momento, hija mía. —La voz de Tehuti se estremeció por la emoción. Se acercó para abrazar a su hija, con sus mejillas humedecidas por lágrimas de orgullo. Dio un paso atrás y desabrochó el cinturón de la espada de su cintura, y luego con ambas manos se lo ofreció a Serrena—. Espero que nunca tengas motivos para usarla enojada, pero si por casualidad eso ocurre, entonces debes hundirla a fondo, querida hija mía. —El gran rubí de la empuñadura de la espada azul brillaba

con un fuego sublime cuando la puso en la cintura de Serrena.

Serrena miró más allá de su madre hasta donde estaba Ramsés.

—¿Esposo mío? —Le hizo la misma pregunta y la expresión de él se suavizó.

—Ahora te has convertido en una reina, mucho más que solo en el nombre —le dijo Ramsés—. Ya que no puedo acompañarte, entonces no podría yo elegir a otro que no fuera Taita como tu compañero. ¡Vayan ambos con mis bendiciones!

Serrena se volvió hacia su padre.

—Te pido tu aprobación, amado padre.

Hurotas abrió los brazos con una sonrisa de resignación que al mismo tiempo era triste y orgullosa.

—Tienes mi aprobación, querida hija —respondió.

Con alegría, Hurotas nos permitió elegir a cien de sus mejores hombres con sus cuarenta carros y caballos; a estos añadimos a Batur y a Nasla con una media docena de otros incondicionales que habían conocido a Utteric Turo y podían reconocerlo si lo volvían a ver. Entonces Serrena y yo discutimos sobre la manera de viajar con la mayor rapidez posible a Luxor. Naturalmente, el factor decisivo era la dirección de la corriente del Nilo, que sería contraria a nuestra dirección de viaje si íbamos en barco desde el delta hasta Luxor. En esta estación del año en este tramo del río, la corriente es casi la misma del ritmo de un hombre caminando rápido. Eso significa que reduciría la velocidad de un barco a la mitad. Pero un barco puede seguir navegando tanto de día como de noche. Un caballo con un jinete en el lomo solo podía seguir trotando por un tiempo limitado antes de tener que descansar. En consecuencia, Serrena y yo cargamos nuestros hombres y caballos a bordo de cinco grandes naves de río que esperaban bajo las murallas de Abu Naskos. Teníamos más que suficiente tripulación para mover los remos, y para rotarlos regularmente. Apuntaron la proa hacia la corriente y salimos río arriba hacia la ciudad de Luxor.

El viento sopló de manera constante desde el norte, tanto de día como de noche, llenando nuestras velas y empujándonos contra la corriente, pero de todos modos se necesitaron frustrantes horas y días de navegación y remo hasta la madrugada en que subí a lo alto del palo de mesana y por entre la niebla del río pude ver los muros del Jardín de la Alegría en las colinas sobre el río. Una hora más tarde amarrábamos nuestra pequeña flota en el muelle principal de las dársenas de Luxor, y Serrena y yo desembarcamos con media

docena de hombres. Íbamos todos disfrazados, pero más especialmente Serrena. No estábamos seguros de si Utteric había llegado o no a la ciudad antes que nosotros. Si lo había hecho, entonces se abrían todo tipo de desagradables posibilidades. Incluso existía la remota posibilidad de que pudiera haber podido reinstalarse en la ciudad.

Sin embargo, cuando llegamos a las puertas principales, estas ya estaban abiertas y parecía que las actividades se desarrollaban como de costumbre. Incluso reconocí a tres o cuatro de los guardias. Todos eran hombres de Weneg. De inmediato quedó claro que Utteric y su banda de renegados aún no habían llegado del norte, pero sabía que no podían estar muy lejos de nosotros.

Los guardias de la ciudad estuvieron encantados de verme. Cuando le pedí a Serrena que se quitara el disfraz y les mostrara su rostro, la reconocieron inmediatamente. Fuera de sí, en una explosión de adulación, se postraron a sus pies. Tuve que dar unas cuantas patadas para ponerlos de pie y hacer que nos acompañaran a los apartamentos de Weneg en el palacio dorado. Weneg también se entregó a estallidos de alegría por la repentina aparición de la Reina. Tuve que recordarle bruscamente que Utteric y una banda de sus villanos no estaban muy lejos de nosotros.

Cuatro horas más tarde, cuando los carros de Utteric llegaron finalmente frente a Luxor, fue para encontrar las puertas de la ciudad cerradas y reforzadas y la parte superior de las paredes desiertas. El silencio envolvía la ciudad. Él y su séquito se detuvieron cautelosamente, todos a una buena distancia de las puertas, fuera del alcance de las flechas largas. Obviamente habían viajado a todo galope desde Abu Naskos. Aquellos carros que habían sobrevivido el viaje estaban llenos de polvo, muy golpeados y usados en exceso. Yo había contado cuarenta vehículos muy nuevos que salían de la guarnición de Abu Naskos, cada uno de ellos tirado por un grupo de cinco caballos en excelentes condiciones. En ese momento, los carros se habían reducido en número a veintinueve. Once de ellos debían haber perdido las ruedas o roto sus ejes por lo que fueron abandonados a lo largo del camino. Los caballos de repuesto eran arreados en un rebaño desordenado por los aurigas que habían sido privados de transporte de ruedas. Los animales habían perdido estado físico y peso en los días pasados. Tenían las crines sucias y endurecidas por el polvo. Cuatro o cinco rengueaban y estaban demasiado débiles.

Dentro de las murallas de la ciudad, los hombres de Weneg estaban en sus

puestos. La mayoría de ellos estaban alineados en lo alto de la murallas, pero, siguiendo mis órdenes, mantenían las cabezas muy abajo, detrás de los parapetos. El resto estaba reunido dentro de las puertas de la ciudad, escondidos, pero listos para salir cuando yo diera la orden de hacerlo.

Obviamente, Utteric Turo no esperaba encontrar resistencia. Había dejado la ciudad a salvo en manos del general Panmasi. Casi con seguridad, en ese momento esperaba que Panmasi saliera a recibirlo. Cuando esto no ocurrió, Utteric se sintió inmediatamente preocupado. La sospecha estaba profundamente arraigada en su naturaleza. Y como yo lo conocía tan bien, eso había infectado mi propio pensamiento. Me di cuenta de que había cometido un error al ordenar a mis hombres que se mantuvieran fuera de la vista.

—¿Puedes ver a Utteric? —le pregunté a Serrena, que estaba a mi lado en las murallas de Luxor, mirando por el mismo espacio en el parapeto.

—Aún no. Hay demasiado polvo y movimiento —respondió—. Y están demasiado lejos.

Los hombres de Utteric se movían de un lado a otro nerviosamente, esperando la orden de acercarse más a las puertas de la ciudad. La situación se estaba convirtiendo lentamente en una situación de punto muerto.

Vi que la mayoría de los aurigas de Utteric, debido al calor de esta hora del día, se habían quitado los cascos y los pectorales de bronce. Me protegí los ojos de la luz con las manos ahuecadas y miré fijamente al grupo tratando de reconocer a alguno de ellos. De repente, uno de ellos levantó su casco con ambas manos, preparándolo para volver a ponérselo en la cabeza. Al mismo tiempo, su montura se movió debajo de él y la luz del sol le dio directamente en el rostro. Agarré el brazo de Serrena.

—¡Ahí está!

—No tienes que castigarme por ello —protestó. A veces, cuando me emociono, me olvido de lo fuerte que soy. De todos modos, no había duda en mi mente. Era el verdadero Utteric y sus sospechas habían sido despertadas totalmente por el hecho de no habernos mostrado. Se estaba preparando para huir una vez más. Me puse de pie con la flecha ya puesta en mi arco. Sabía que la distancia era extrema, y él era un blanco en movimiento. Movié la cabeza de su montura a un costado y al mismo tiempo lo azuzaba con las espuelas. La distancia era demasiado grande, pero dejé que mi flecha volara. La miré subir al cielo para luego comenzar la caída. Parecía tan buen disparo que pensé que iba a pasar junto a él por lo menos y me alegré en silencio.

Pero entonces sentí una repentina ráfaga que me besaba la mejilla y vi que la flecha se elevaba con una corriente de aire y pasaba por encima de su cabeza. Se agachó al oír el ruido y se estiró sobre el cuello de su corcel. Los otros jinetes y sus monturas se amontonaron a su alrededor y galoparon hacia el este, en dirección al Valle del Rift y al Mar Rojo.

Me puse de pie y observé su nube de polvo hasta que se dispersó y luego llamé a Weneg.

—¿Cuánto tardarás en darme cien jinetes para perseguir a Utteric?

Weneg no respondió de inmediato, pero se puso de pie de un salto y corrió hacia mí por el sendero. Su expresión era de preocupación.

—¿Te propones perseguir a Utteric?

—Por supuesto que sí. —Oí el gruñido en mi propia voz. Aborrezco las preguntas estúpidas.

—Pero va directamente al territorio de Shushukan. No te atrevas a seguirlo con solo cien hombres. Necesitarías un ejército a tu espalda antes de intentarlo.

—¿Shushukan? —Moderé un poco mi tono de voz—. Nunca he sabido nada de eso. ¿De quién o de qué estás hablando?

—Tengo que disculparme, Señor Taita. Debería haberlo explicado con más claridad. Yo tampoco sabía nada sobre ellos hasta hace unas pocas semanas. Son una tribu de renegados y criminales marginados. Viven más allá de la civilización y de la moderación. —Extendió las manos en un gesto de apaciguamiento—. Sugiero que lo discutamos antes de tomar una decisión precipitada, mi señor.

—Si Utteric cabalga directamente hacia su territorio, y son tan malvados como tú los describes, entonces estas criaturas Shushukan seguramente se ocuparán de ellos en lugar de hacerlo nosotros. Nos ahorrarán muchos problemas. —Sonreí, pero Weneg sacudió la cabeza de nuevo.

—Me han llegado rumores de que Utteric mismo es el jefe de los Shushukan y el fundador de su movimiento. No es de extrañar que lo llamen «hombre con cincuenta caras».

Serrena escuchó atentamente nuestro intercambio, y luego habló.

—No entiendo por qué Utteric habría llegado a tales extremos.

Ciertamente, como Faraón de Egipto, tiene el poder y la autoridad supremos sobre todos, ¿no?

Sacudí la cabeza.

—Solo sobre lo bueno. Pero ni siquiera un faraón tiene derecho a propagar

el mal. Si Utteric gobierna como Faraón y al mismo tiempo es el Amo de los Shushukan, tiene tanto el bien como el mal a su disposición.

—¡Qué astuto de su parte! —dijo ella muy seriamente, pero sus ojos brillaban como los de la leona que ha olido su presa—. Seguramente le has cerrado el lado del bien. Le has negado el acceso a Luxor y a cualquiera de las otras ciudades de este amado Egipto. Lo has dejado confinado al lugar que le corresponde, solo con acceso a los Shushukan.

—Debemos aprender todo lo que hay que saber sobre este lugar del mal —decidí—. Debemos enviar a nuestros espías para que aprendan todo sobre los malhechores. Quién gobierna y tiene poder allí; quién hace las leyes, aunque tal vez no haya leyes en un ambiente como el que Utteric ha creado.

—Ya he hecho algunas investigaciones —me aseguró Weneg—. Te lo habría informado antes si hubiera habido ocasión. Pero apenas llegaste Utteric ya te estaba respirando en la nuca. El líder visible de los Shushukan es un hombre que se enorgullece del nombre de Perro Rabioso.

—Eso parece apropiado —estuve de acuerdo.

—Me dicen que es un malvado villano, este Perro Rabioso. En otras palabras, es un excelente hombre para ese trabajo.

—Puede que Perro Rabioso sea simplemente uno de los muchos nombres que Utteric adopta —sugerí antes de preguntar—: ¿Tienes idea de cuántos Shushukan tiene Utteric a sus órdenes?

—No tengo la menor idea. Pero algunos dicen que tiene cien mil hombres.

Parpadeé al oír esa cifra. Aun cuando Utteric tuviera la mitad de ese número, el ejército a sus órdenes sería el ejército más grande del mundo.

—¿Qué otras cosas dicen? —le pregunté a Weneg.

—Dicen que Utteric ya ha construido un imponente castillo en Ghadaka, a orillas del Mar Rojo, desde donde conquistará el resto del mundo.

Me aparté de Weneg y empecé a caminar por el parapeto. Miré hacia el este y vi que la nube de polvo levantada por los carros de Utteric se desvanecía, dispersada por el suave viento. Di la vuelta y regresé a donde Weneg me esperaba.

—Lo que me dices son todos rumores —le señalé, y él se encogió de hombros y movió los pies, incómodo.

—Eso es lo que me han dicho —murmuró, disculpándose.

—Quiero de inmediato enviar exploradores para confirmar esa información. Deben ser hombres buenos y dignos de confianza, que trabajen por separado, para que si uno o más de ellos son aprehendidos por los

hombres de Utteric, los demás sigan teniendo alguna posibilidad de regresar a nosotros con información confiable —le dije, y él asintió.

—Tiene sentido confirmar a fondo nuestra información, Señor Taita.

—Hay dos hombres excelentes que traje conmigo desde Abu Naskos. Son los hermanos Batur y Nasla. Quiero especialmente que los incluyas a ellos en esta misión de reconocimiento.

—Así lo haré. Pero hay que tener en cuenta que les va a llevar varios días llegar a Ghadaka y regresar con lo que hayan encontrado.

—Entonces, cuanto antes los envíes, mejor —ordené, y me volví hacia Serrena—. Majestad, tú ya sabes cuáles son las posibles fuerzas con las que Utteric cuenta para lanzar contra nosotros. Necesito tu ayuda para reunir todos los hombres y carros que podamos poner en nuestras manos antes de marchar hacia la guarida de Utteric en Ghadaka.

—Por supuesto, no tienes más que pedirlo, Tata.

—Gracias cariño. —La tomé del brazo y la llevé por el parapeto—. Creo que los cálculos de Weneg acerca de la fuerza militar de Utteric son exagerados. La idea de que haya construido un imponente castillo a orillas del Mar Rojo sin que nosotros nos enteráramos se vuelve más absurda cuanto más lo pienso. Un edificio de las dimensiones que sugiere tomaría décadas para ser erigido y se necesitarían decenas de miles de trabajadores. Te aseguro que si existiera una fortaleza como esa, yo lo habría sabido hace muchos años. No debería tomarme demasiado tiempo obtener la información correcta. Mientras tanto, podremos reunir la fuerza más grande disponible para oponernos a Utteric.

Cuando Utteric partió de Luxor al comienzo de su conflicto con Hurotas y Ramsés, y navegó Nilo abajo hacia el delta para apoderarse de la fortaleza en Abu Naskos, despojó a la ciudad de Luxor de la mayoría de sus carros y arqueros. No dejó más que los armamentos que consideró necesarios para que el general Panmasi sofocara y sometiera a la ciudad en su ausencia. Estos, junto con los carros que el rey Hurotas nos había dado cuando salimos de Abu Naskos, hacían un total de ciento once.

Estos eran entonces todos los vehículos de los que disponíamos en ese momento para el asalto al enorme e inexpugnable castillo de Ghadaka de Utteric, con sus cien mil salvajes adentro. Esa noche me senté con la reina Serrena Cleopatra Ramsés en las murallas de la ciudad de Luxor, al lado de

uno de los fuegos de los vigías comiendo queso duro que calentábamos en pinchos largos hasta que se derretía. Y lo acompañábamos con un vino tinto que calentábamos en el mismo fuego.

—Entonces, ¿crees que estoy un poco demente? —le pregunté a Su Majestad.

—Eso no es lo que dije, Tata —replicó, y negó con la cabeza—. ¡Dije que creo que estás totalmente loco!

—¿Dices eso simplemente porque cambié de opinión?

—No, lo digo porque solo un loco prepara un ataque a una fortaleza inexpugnable solo con cien carros y sin ningún equipo de asedio.

—No tienes que venir conmigo —observé.

—Oh, no me lo perdería por nada del mundo. —Sonrió—. Podrías tener éxito. Entonces nunca me lo perdonaría.

Salimos de Luxor al día siguiente cuando aún estaba oscuro. Nos llevé tres días de duro viaje hasta llegar al borde del Gran Valle del Rift, que caía sobre las orillas del Mar Rojo, a medio camino hacia el centro de la tierra. Teníamos una espléndida vista de todo ese mar, que es en realidad de un color azul sucio. Está limitado en su lado oriental por playas negras, que puede ser la razón por la que lo llaman Mar Rojo. Uno se sorprendería ante lo perversa y estúpida que puede ser la gente común.

Después de hacer beber a los caballos y de alimentarlos con las cebaderas colgadas en los hocicos, comenzamos a bajar por la pendiente. Y cuando todavía no habíamos descendido hasta la mitad del camino, vimos dos jinetes que subían por el escarpado sendero hacia nosotros. Todavía estaban a un kilómetro y medio o más debajo de nosotros, pero Serrena y yo los reconocimos. Serrena porque es de origen divino aunque no lo sepa, y yo porque tengo una excelente vista.

Ambos les dimos un toque de espuelas a nuestras monturas y galopamos para encontrarlos.

—¡Eh, hola, Batur! ¿Qué hay de nuevo, Nasla?

—He aprendido a no discutir contigo, mi señor —comentó Batur al llegar al mismo nivel, y su hermano menor estuvo de acuerdo con él.

—Debe ser muy aburrido tener siempre razón.

—¿Entonces no hay castillo? —Me sentí muy satisfecho al saber que yo tenía razón una vez más.

—No hay castillo —confirmó Batur—. Pero hay algo cien veces peor. No nos atrevimos a acercarnos más de media legua. Tú tampoco querías hacerlo.

Incluso los hombres de Utteric huyeron y lo dejaron allí solo. Hablamos con ellos cuando nos los encontramos en el camino. Pensaron que seguíamos siendo fieles a Utteric, de modo que hablaron libremente. Regresan a Luxor para someterse a la misericordia del faraón Ramsés.

—¡Estás poniendo a prueba mi paciencia, Batur! —le advertí—. Si no hay castillo, ¿dónde entonces se ha metido Utteric? Habla, amigo.

—Se ha refugiado en una colonia de leprosos, mi señor. —Se dio vuelta en la silla y señaló hacia atrás, al camino por el que habían venido desde el mar—. Allí, en ese pequeño pueblo llamado Ghadaka. Está solo, salvo por varios cientos de leprosos. Ninguno de sus hombres quiso quedarse con él. Creen que ahora está loco. No estoy de acuerdo con ellos. Creo que Utteric ha estado loco desde el día en que nació. —Habló sin sonreír.

Me quedé mudo. Probablemente fue la primera vez en mi vida que me ocurría tal cosa. Sin decir otra palabra, bajé de mi caballo y me alejé por la ladera hasta encontrar una roca conveniente, en la que me acomodé de mal humor y miré hacia abajo, al asentamiento de Ghadaka. Este era un montón disperso de cabañas de una sola habitación y techo de paja. No eran más de cincuenta o sesenta, desparramadas a intervalos a lo largo de una playa en forma de media luna. Cerca de las cabañas pude ver una pequeña reunión de seres humanos, acurrucados en un bosquecillo de palmeras. Era imposible distinguir a los hombres de las mujeres. Todos estaban cubiertos de capas que les cubrían completamente las cabezas y los rostros. Estaban inmóviles como cadáveres.

Tuve miedo. Por primera vez desde que tengo memoria, tuve miedo de la muerte, de ese modo silencioso y misterioso de morir que veía desarrollarse en la playa desde donde yo estaba sentado. Era consciente de mi nacimiento divino, pero ahora no estaba seguro, o más bien no estaba del todo seguro como para actuar de acuerdo a esa idea y entrar en la muerte viviente de una colonia de leprosos.

De repente, advertí la presencia ligeramente perfumada de Serrena sentada a mi lado y el toque sedoso de su mano en mi antebrazo.

—Tú y yo no tenemos nada que temer —dijo Serrena con voz suave.

Me volví y la miré a los ojos. Ella lo sabía. Era tan simple como eso. Ella sabía de nuestra condición divina, a pesar de todos mis mejores esfuerzos para protegerla de ese conocimiento. Ella lo sabía, y por eso volví a creer.

Fue suficiente. Tomé a Serrena de la mano y la puse de pie.

—¿No te contentas con dejar el castigo de Utteric a los dioses? —le

pregunté, pero ella negó con la cabeza.

—Sabes que no me conformo con eso. Se lo he jurado a Utteric y a mí misma.

—Entonces bajemos nosotros dos y hagamos realidad tu juramento.

Volvimos a donde habíamos dejado nuestros caballos y nos dirigimos hacia los carros donde esperaban con los hermanos Batur y Nasla.

A primera hora de la mañana, Serrena y yo tomamos cinco carros cargados de comida y los elementos básicos para vivir y bajamos por la pendiente hasta el punto justo encima de la playa y el mar, donde un par de puertas desvencijadas estaban abiertas en sus goznes. A un lado de ellas había un letrero en el que se veía la siguiente advertencia: «¡No sigas adelante, oh, tú que amas a los dioses y la vida que te han concedido! Más allá de este punto solo encontrarás llanto y tristeza».

Los aurigas detuvieron sus vehículos y descargaron sus mercancías en silencio y con no disimulado temor, amontonando los sacos de grano y las carnes secas sin orden alguno a un costado del camino. Mientras lo hacían lanzaban miradas nerviosas hacia los techos de paja del caserío que se levantaba sobre la playa. Apenas terminaron, azuzaron a sus caballos y galoparon ladera arriba hasta donde los hermanos estaban esperando para guiarlos de regreso a la ciudad de Luxor.

Serrena y yo quedamos solos. Nos dirigimos al caserío de los leprosos. Cabezas encapuchadas con rostros enmascarados nos espiaban desde las entradas a las chozas mientras pasábamos. Estas aberturas carecían de puertas, y las paredes de barro sin pintar no tenían ventanas. Nadie nos gritó ni nos llamó mientras ambos nos dirigíamos hacia el bosque de palmeras sobre la playa. El silencio era profundo y estaba cargado de desesperación.

Serrena dirigió su caballo acercándolo al mío hasta que nuestros estribos se tocaron, y ella susurró apenas lo suficientemente fuerte como para que yo entendiera sus palabras.

—¿Cómo encontraremos a Utteric si está usando una capucha y una máscara como todos estos otros enfermos?

—No te preocupes por eso —respondí—. Tú y yo somos las dos personas que más odia en el mundo. Todo lo que tenemos que hacer es hacernos notar y él nos encontrará. Pero debes estar alerta. Cuando llegue, lo hará con rapidez y sin que tengamos casi ninguna advertencia.

En el bosquecillo encontramos los mismos grupos de personas silenciosas que habíamos visto desde lo alto de la pendiente. No parecían haberse

movido ni mostrado ningún otro signo de vida, salvo que una o dos de las cabezas enmascaradas giraron ligeramente para seguir nuestro avance por el bosquecillo. Finalmente nos detuvimos donde parecían estar un poco más concentrados, con eso quiero decir que eran grupos de casi una docena de personas.

—¿Quién está a cargo aquí? —pregunté en un tono de cementerio que parecía apropiado para este entorno. El silencio que siguió a mi pregunta pareció incluso más pesado de lo que había sido antes.

De repente se oyó una carcajada de risa extraña, y una de las figuras encapuchadas respondió a mi pregunta.

—Hécate, la diosa de los muertos, sigue luchando con Anubis, el dios de los cementerios, por ese honor. —No estaba seguro de quién me había respondido, pero él o ella provocó algunas risas amargas.

—¿Tienes algo que comer? —intenté otra vez.

—Si tienes hambre puedes comer las mismas cáscaras de coco que comí la semana pasada. ¡Ya deberían estar parcialmente digeridas! —dijo una de las criaturas sin rostro. Esta vez la risa fue más fuerte y más burlona. Serrena y yo esperamos que se calmara.

—Les hemos traído comida. —Serrena estaba parada en los estribos y su voz llegó a todos en el bosque—. ¡Cerdo ahumado y pescado seco! ¡Panes de mijo y sorgo! ¡Tanto como lo que puedan comer!

Inmediatamente un silencio profundo y amargo cayó sobre el bosquecillo, roto recién cuando una de las figuras con túnicas se levantó de un salto y retiró la capucha que le cubría el rostro. Fue una imagen terrible y fantasmal. Su nariz y sus orejas habían sido devoradas por la enfermedad, así como su labio superior, de modo que su boca estaba fijada en una sonrisa perpetua, como la de una calavera. Uno de sus párpados había desaparecido mientras que el otro estaba cerrado con fuerza. El ojo abierto estaba vívidamente inyectado en sangre. El hedor de su carne putrefacta flotaba en la dulce brisa del mar. Sentí que mi garganta se henchía y tragué con mucho dolor.

—¡Ustedes, criaturas malvadas! —nos gritó con lágrimas que caían desde su ojo sin párpado por su mejilla devastada—. Venir aquí, como ustedes han hecho para burlarse de nuestra situación. ¿Por qué hablarnos de comida cuando sabes que no hay nada? ¿No tienes piedad ni misericordia? ¿Qué te hemos hecho para que nos trates así?

Serrena se volvió hacia ella y su voz palpitaba por la compasión.

—Te he traído comida para ti y para todos tus compañeros, ¡te lo juro por

el nombre de la diosa Artemisa! Cinco carretas de comida te esperan junto al letrero de bienvenida a tu pueblo. Si estás demasiado enferma te lo traeré y te lo daré con mis propias manos...

Una exclamación de hambre y esperanza salió del grupo, la risa se mezclaba con gritos de desesperación o de dolor mientras se ponían de pie arrastrándose para renguear o avanzar con dificultad hacia las puertas para buscar el milagro que Serrena les había prometido.

Cuando se caían, Serrena y yo íbamos detrás de ellos para levantarlos y ponerlos de pie, para ayudarlos a subir a la montura de nuestros caballos y llevarlos. Los primeros gritos de alegría e incredulidad se alzaron desde la primera fila del grupo a medida que llegaban a los montones de comida.

Caían de rodillas y rompían los sacos abriéndolos con dedos temblorosos. Aquellos cuyos dedos ya habían sido devorados por la enfermedad, los abrían con los dientes y se metían los alimentos en la boca a través de labios rotos y ensangrentados.

El griterío fue oído en las cabañas más alejadas de las puertas de la entrada y los demás enfermos fueron atraídos a ella instintivamente, como bulliciosas abejas. Los leprosos más débiles, los que tenían la enfermedad más avanzada, cayeron derribados, pero trataban de gatear sobre manos y rodillas para encontrar algunas migas de pan. Los más fuertes peleaban entre sí como perros por un trozo de salchicha seca.

Incluso Serrena y yo quedamos separados en medio de tanta confusión. No demasiado separados, pero de todos modos bastante separados. Así que me gritó con urgencia en Tenmass, el lenguaje secreto de los seres divinos.

—¡Cuidado! Él está cerca.

—¿Cómo lo sabes? —respondí en el mismo dialecto.

—Puedo olerlo.

He aprendido a no subestimar el sentido del olfato de Serrena. Es más agudo que el de cualquier perro de caza.

Eché una mirada alrededor y de inmediato vi que había por lo menos cuatro figuras encapuchadas cerca de mí en medio de toda esa gente. Yo llevaba dos cuchillos conmigo. En una vaina en la cadera derecha tenía mi principal cuchillo de caza. Esta era un arma de doble filo con una hoja apenas un poco menos de un codo de largo. Podía sacarlo con la mano derecha. Además, atrás en la cintura, bajo la capa, llevaba una segunda hoja la mitad de larga que la otra y que podía tomarla con cualquier mano. Pero en ese particular momento estaba atrapado en un atolladero de humanidad, y lo que

era peor, de una humanidad enferma y maloliente, y forzado a adoptar una posición poco elegante que dejaba el área estrecha detrás de mi hombro izquierdo desprotegida. Con esfuerzo logré liberarme lo suficiente como para darme vuelta y proteger mi espalda.

Me dirigí de nuevo con urgencia a Serrena, siempre en lengua Tenmass.

—¿Está bien mi hombro?

—¡Déjate caer! —replicó ella, y había un tono de urgencia en su voz como nunca antes había yo oído. Inmediatamente dejé que mis piernas se doblaran debajo de mí, y me deslice hacia abajo en medio del tumulto de pies y piernas en movimiento. Algunos estaban cubiertos de largas túnicas manchadas de sangre seca y pus; otros estaban desnudos y llenos de laceraciones leprosas y úlceras húmedas. Todos se empujaban y aplastaban los unos a los otros.

Justo encima de mi cabeza, una mano humana empuñaba un cuchillo, apuñalando y cortando ciegamente en el espacio que yo había ocupado apenas unos segundos antes. Reconocí la mano por la descripción que Serrena me había dado tan vívidamente en el anfiteatro de Luxor cuando Utteric fue derribado por una flecha, para volver a levantarse de entre los muertos de manera tan milagrosa. Era una mano encantadora, lisa y casi femenina, que pertenecía a la personificación del mal.

En la posición incómoda en que me encontraba, me resultaba imposible tomar alguna de mis propias armas. El cuchillo de Utteric pasó muy cerca de mi rostro y siguió tajeando el muslo desnudo de uno de los otros en medio del gentío. La sangre brotó de la herida y oí a la víctima gritar de dolor. Esto pareció empujar a Utteric a un frenesí. Golpeaba y apuñalaba salvajemente, hiriendo a otra mujer.

Llevé mano hacia arriba cuando el cuchillo pasaba sobre mi cabeza y agarré la muñeca de Utteric, y tan pronto como mi agarre estuvo seguro usé mi mano derecha también para cubrir la suya con el mango del cuchillo. Lo tenía sujeto en una llave de muñeca de la que no podía escapar. Le retorcí la muñeca sobre sí misma hasta que oí que los ligamentos estallaban, y Utteric gritaba de dolor.

Esperaba yo que este grito guiara a Serrena hacia nosotros; y retorcí con más fuerza. Gritó de nuevo con un volumen aún más gratificante. Entonces, bruscamente, el grito se interrumpió, y la tensión salió de su cuerpo y de sus miembros. Sus piernas se doblaron debajo de él y, todavía sin que yo lo soltara, se desplomó sobre mí. Lo hice rodar y vi la empuñadura de la espada

azul que sobresalía de la cintura, en la espalda, con el rubí de la empuñadura brillando con fuego celestial. Estaba perfectamente colocado para atravesarle los riñones y cortarle la columna vertebral.

Serrena se arrodilló a mi lado.

—¿Es Utteric? —quiso saber—. ¡Por favor, Artemisa, que sea la persona correcta la que hemos matado!

—Solo hay una forma de estar seguro —le respondí, y estiré la mano hasta la capucha de leproso que le cubría la cabeza, y se la arranqué. Luego lo giré para dejarlo sobre su espalda y en silencio observamos el rostro del hombre moribundo.

Sus rasgos podrían haber sido nobles como los de su hermano Ramsés, pero no lo eran. Eran las facciones de un taimado y astuto personaje.

O quizás podrían haber sido amables y consideradas como las de su hermano, pero eran crueles y demenciales.

Me levanté y puse el pie en la espalda de Utteric para mantenerlo inmóvil mientras yo le retiraba la hoja azul brillante de sus carnes rotas. Entonces di vuelta mi mano en la empuñadura y se la ofrecí a Serrena.

—¿Quieres terminar tú la tarea? —le pregunté. Pero sacudió la cabeza y respondió en un susurro:

—He tenido suficiente derramamiento de sangre como para que me dure mucho tiempo. Hazlo tú por mí, querido Tata.

Me incliné y tomé un puñado de gruesos rizos oscuros de la parte posterior de su cabeza. Levanté su cara del polvo para que no dañara la hoja cuando le cortara el cuello hasta la tierra pedregosa debajo de él. Con mi otra mano en la empuñadura le toque ligeramente la parte posterior del cuello con el filo para calcular mi golpe. Estaba tan afilada que su piel pálida se separó en una delgada línea roja para orientar mi puntería. Luego levanté la espada y volví a bajarla sin prisa. Se oyó un suave ruido al separarse las vértebras. El cadáver de Utteric cayó en el charco de su propia sangre, mientras yo levantaba su cabeza cortada y le hablé a la cara.

—¡Que sufras mil muertes por cada una de las que has perpetrado!

Entonces me arrodillé y envolví la cabeza en la capucha de leproso que Utteric había utilizado para ocultarse.

—¿Qué harás con eso? —preguntó Serrena mientras me observaba—. ¿Vas a quemarla o enterrarla?

—La colgaré en la torre de entrada del Jardín de la Alegría junto a la de Oneub el Terrible —le dije, y ella sonrió otra vez.

—¡Mi Señor Taita, eres simplemente incorregible!

Serrena insistió en quedarse en la colonia de leprosos de Ghadaka. Registró los nombres de cada uno de los enfermos y prometió que se les proveería de alimentos y otros elementos esenciales para vivir mientras los necesitaran. Luego trató de aliviar su sufrimiento por todos y cada uno de los medios que pudo adquirir, y lloraba por ellos cuando morían. Por supuesto, me convenció para quedarme con ella.

Para cuando pude conseguir que aceptara acompañarme de regreso al otro mundo que habíamos dejado, ya habían pasado diez días. Aquellos leprosos que todavía podían caminar nos acompañaron hasta la mitad de la pendiente. Lloraron y gritaron su gratitud a Serrena cuando por fin se vieron obligados a regresar a sus pestilentes chozas junto al mar.

Cuando finalmente llegamos a Luxor, una de las primeras cosas que hizo Serrena fue organizar los envíos regulares de alimentos y medicamentos a Ghadaka. Todo esto a pesar de las otras exigencias sobre su tiempo y su buena voluntad, como las preparaciones para la ascensión de ella misma y de Ramsés al trono y las coronas del reino.

Por supuesto, el rey Hurotas y la reina Tehuti cedieron a las súplicas de Ramsés y de Serrena para que permanecieran en Luxor durante los festejos previos a la coronación. El general Huí y su esposa Bekatha decidieron seguir este excelente ejemplo. Luego los catorce reyes menores encabezados por Ber Argolid de Beocia en Tebas decidieron que no había ninguna buena razón para regresar apresuradamente a sus reinos, sobre todo porque estos estaban en ese momento firmemente en manos del invierno.

Luxor se estaba volviendo claramente una ciudad superpoblada. Afortunadamente, a la reina Serrena se le ocurrió la excelente idea de devolverme a mí, el Señor Taita, todas las propiedades y derechos que me había confiscado el anterior faraón Utteric, ahora fallecido. Esto me convirtió una vez más en uno de los hombres más ricos de Egipto. Esto me permitió poner mis palacios y otros alojamientos adecuados en la ciudad a disposición del rey Hurotas y de su esposa, así como también de sus seguidores, de los reyes menores.

El faraón Ramsés también me elevó al rango de Señor Gran Canciller y Primer Ministro de su gabinete. Su gabinete estaba compuesto casi enteramente por los treinta y dos funcionarios seleccionados por Utteric para

su ejecución que esperaban en el Jardín de la Alegría, conocido anteriormente como las Puertas del Tormento y la Tristeza. Cuando Ramsés mandó buscarlos, por sugerencia de mi parte, ellos entraron alegremente en la ciudad de Luxor y se dirigieron directamente a sus oficinas designadas en el palacio del gobierno para ocuparse de sus deberes bajo mi autoridad.

Precisamente seis meses después de su regreso triunfal a Luxor, como Señor Gran Canciller, yo elevé al faraón Ramsés y a su esposa la reina Serrena Cleopatra al trono de Egipto para su coronación formal. Casi cuatrocientos invitados llenaron la gran sala del palacio. Entre estos se encontraban catorce otros emperadores y reyes de las tierras que rodeaban el gran Mar del Medio.

Egipto fue restaurado a su antigua gloria y no pude evitar sonreír al colocar las coronas de oro en las cabezas de las dos personas que más amo en el mundo.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

